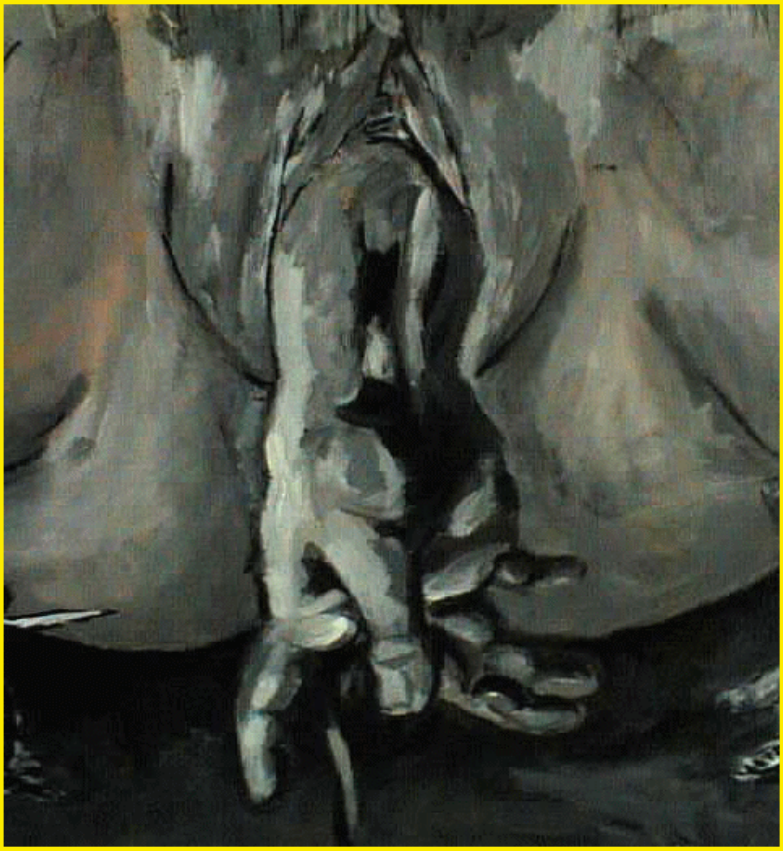
LIBRO dot.com

LA MANO DE DIOS



CHARLES TEMPLETON

Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Ama con sinceridad,
y luego actúa según tu parecer.
San Agustín

Prólogo

Hacía tres días que la caja estaba en el vientre del «707» de «Pan Am». La habían embarcado en Ammán, Jordania, pero el avión se había demorado en Amsterdam para cambiar un motor.

Ahora descansaba encima de un grupo de cajas, cajones y encomiendas, mientras el jet de carga se detenía frente al depósito del aeropuerto John F. Kennedy y apagaba los motores. Al cabo de unos minutos, el contáiner de aluminio donde viajaba la caja era uno de los muchos que serpenteaban hacia el depósito bajo la cellisca de enero. Un estibador abrió el contáiner, metió las manos con indiferencia, recogió la caja y la arrojó sobre una mesa laminada de acero.

-¡Maldita sea' -rugió el supervisor-. Dice frágil. ¿No sabe leer?

-Sí.

-Entonces lea, por el amor de Dios.

La caja, de un metro de largo y treinta centímetros de ancho, era de madera de pino de media pulgada, sin lustrar. La habían asegurado con clavos y flejado con flejes metálicos. Una carta de embarque pegada a la áspera superficie de la madera aclaraba el número de hoja de ruta e informaba que la caja había pasado por la aduana de Ammán y pesaba 9,3 kilogramos. Un papel rectangular, también pegado a la madera, decía:

ENTRÉGUESE A: DR. HERMAN UNGER
JEFE DEL DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA
DESTINATARIO: DR. HARRIS G. GORDON
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
CENTRAL PARK WEST, CALLE 79
CIUDAD DE NUEVA YORK, 10024, EE.UU.

En la madera, escrito cuidadosamente en tinta roja, se leía: ¡FRAGIL! ¡MANÉJESE CON MUCHO CUIDADO!, y debajo, impresas con esmero, estas instrucciones: Contiene material arqueológico. No abrir salvo en presencia del destinatario. Evitar el calor, el frío o la humedad extremos.

El estibador hizo girar la caja sobre la mesa, la levantó y la depositó en una plancha de madera. Una grúa la recogió con sus dientes metálicos y se alejó. En un largo corredor con estanterías abiertas a los costados, el conductor buscó un lugar libre. Frenó, levantó los dientes metálicos, se apeó y empujó la caja hasta la estantería, al lado de una caja de cartón con un teclado de computadora, un recipiente metálico con tres rollos de película etiquetado Prácticas sexuales en Sodoma, una caja de medicamentos y un cajón de madera con rifles automáticos «Jensen».

El conductor anotó algo, subió a la máquina y se fue.

P r i m e r a p a r t e

1

El sol doraba las torres, cúpulas y cruces en el crepúsculo de Roma, y el tráfico impaciente luchaba en las calles cuando un pequeño «Fiat» negro con placa SCV del Estado Vaticano viró en un extremo de la Via Veneto y se detuvo a la entrada de la embajada de los Estados Unidos. Una enorme bandera flameaba sobre tres portones de hierro forjado dándole una bienvenida indolente, y dos infantes de marina uniformados de azul se irguieron para saludar mientras el coche avanzaba a lo largo del edificio, daba una vuelta de ciento ochenta grados y se detenía frente a las puertas de vidrio a prueba de balas, en el patio interior. El chófer saltó del coche para abrir la portezuela, y el reverendísimo cardenal Michael Maloney, obispo de la archidiócesis de Nueva York, salió del auto con un físico menos apropiado para los «Fíat» que para las limusinas. Al acercarse a la puerta, vio que el embajador bajaba apresuradamente las anchas escaleras de mármol con la mano extendida.

-Buenas tardes, Eminencia -dijo, y la voz sonó sepulcral en el vestíbulo abovedado-. Puntual como de costumbre. Me alegro de verlo.

-Lo mismo digo, señor embajador.

El embajador era un hombre muy alto. Le llevaba algunos centímetros al cardenal Maloney, que medía uno ochenta y cinco, y era extremadamente flaco. La cabeza era angosta y calva, y una melena lacia y larga le cubría la nuca. Como no quería intimidar con la altura, siempre inclinaba la cabeza hacia adelante. Al verlo, Michael nunca dejaba de recordar las enormes garzas azules que en verano se paseaban solemnemente por las costas pedregosas cerca de The Cottage.

-¿Qué tal el vuelo desde Nueva York? -preguntó el embajador, tomando el brazo de Michael como si fuera una bomba de agua.

-No pudo ser mejor.

-El Santo Padre, ¿se encuentra bien?

-Le diré que usted preguntó por él.

El embajador echó un vistazo al reloj pulsera.

-Mejor que lo lleve al teléfono. Son casi las cinco y el señor Lieberman... -Interrumpió la frase, y presionando suavemente el codo de Michael desdeñó el pequeño ascensor y lo condujo a la escalera.

- Lo ubiqué en la sala de conferencias -dijo-. Allí hay un teléfono que no puede ser interferido.

La sala de conferencias era alta y proporcionada, revestida con paneles de roble natural. En una pared, escoltado por banderas, colgaba el escudo de los Estados Unidos. A lo largo de la pared había una hilera de retratos enmarcados de los presidentes, los más recientes, en colores. En el extremo de una gran mesa ovalada de palisandro había un teléfono rojo y al lado, dispuestos ordenadamente, una provisión de lapiceras y lápices y un cuadernillo de hojas tamaño oficio. El embajador guió a Michael hasta una silla, lo invitó a sentarse y cogió el teléfono.

-Smitty -dijo-. Su Eminencia está listo. -Colgó el receptor.- Ahora lo dejaré. Tal vez usted quiera organizar las ideas. -Gracias -dijo Michael, y se quedó a solas.

¿De, qué quería hablar Josh Lieberman para tomar la muy extraordinaria medida de hacerlo venir a la embajada? Cuando Michael bajaba la escalerilla de primera clase del «747» de «Alitalia», un chofer de uniforme se había acercado con un sobre sellado. Le pedían que fuera de inmediato a la embajada para recibir una llamada telefónica del Secretario de Estado norteamericano relacionada con un asunto de urgencia. Sólo había una explicación posible: Lieberman se había enterado de la enfermedad del Santo Padre, ¿pero por qué la embajada? ¿Acaso no era más fácil y seguro -y sin duda más apropiado- hablar desde el Vaticano? Tal vez, pese a la reciente intensificación de las medidas de seguridad, el sistema telefónico de allí no era seguro.

Una luz brilló en el teléfono. Michael levantó el receptor y dijo «hola».

-El Secretario de Estado le va a hablar desde Washington, Eminencia. Un segundo, por favor. -Siguió un zumbido, varios bips y la línea se despejó.

-¿Es usted, Eminencia?

-Así es -dijo Michael con cordialidad. Sentía un afecto especial por Joshuah Lieberman. Se habían visto a menudo y habían hablado todos los días por teléfono durante el período previo y posterior a la ascensión del partido comunista en Italia.

-Me alegro de oír su voz -dijo Lieberman con su tono risueño-. No le preguntaré cómo está porque la virtud recompensa a quien la ejerce con un espíritu sereno y...

Michael fingió un gruñido.

-Si empieza así debe necesitar un gran favor.

Imaginó la cara de luna en medio de la alborotada oficina de Washington ensanchándose con esa sonrisa que mostraba los dientes curvos pero asombrosamente blancos. Lieberman era un hombre de fealdad singular. Tenía la piel cetrina, ojos que parecían ranuras prominentes, una papada negra y el pelo semejante a la tonsura de un monje. Aunque no tenía más de un metro sesenta de altura pesaba más de ciento diez kilos, bailoteaba más que caminar, y resoplaba más que respirar. Era el deleite de los caricaturistas políticos: cuando el gobierno se embarcaba en aguas turbulentas él era el bote de goma; cuando volaba en misiones de paz dibujaban un avión con un bulto en medio del fuselaje; cuando lograba reunir a todos los antagonistas de Medio Oriente en una conferencia a bordo de un barco neutral en el Mediterráneo, dibujaban una nave inclinada sobre la popa.

-Lamento haberlo hecho venir a la embajada -dijo Joshuah Lieberman.

-¿Debo suponer que alguien intercepta nuestro sistema telefónico?

-Tal como andan las cosas no me sorprendería. Pero si alguien lo intercepta no somos nosotros. -Rió.- No que yo sepa. Sólo que por esta línea me siento más seguro.

-Comprendo.

El tono del secretario cambió.

-Quise hablarle por tres cosas. Primero, tengo noticias de que el Santo Padre está enfermo.

La vacilación de Michael fue tan breve que resultó imperceptible. En un microsegundo balanceó la prudencia de admitir la verdad contra el riesgo involucrado y concluyó que el secreto estaría a salvo.

-Sus fuentes son fiables -dijo.

-¿Es muy serio?

-Una apoplejía.

-Lo siento, ¿Muy grave?

-Hace días que está en coma.

-Lo siento de veras. -Hizo una pausa.

-Mi segunda pregunta es poco delicada, pero creo que usted sabrá entender. Si el Padre Santo falleciera...

-¿Quién le sucederá?

-En efecto.

-No puede haber ninguna certeza. A nosotros nos gusta creer que Dios interviene en la elección.

-Se lo plantearé de otro modo: debe de haber ciertos hombres con más probabilidades que otros.

-Tal vez existan cinco candidatos.

-Usted estaría entre ellos?

-Eso implicaría una ruptura radical con la tradición, pero para responder a su pregunta, sí.

-Bien. -Por qué?

-Porque nos facilitaría mucho las cosas. -Guardó silencio un momento y Michael oyó resuellos y otros ruidos en la línea.Lamento hacerle esperar pero quería tener a mano un informe. Además de que me preocupaba, como es natural, la salud del Padre Santo, quise hablar con usted porque acabo de enterarme de que el gobierno italiano va a tomar ciertas medidas que pueden afectar seriamente a la Iglesia y me pareció mejor suministrarle la información mientras usted estaba en Roma. Nuestros agentes me han dicho que, después de tantear un poco las posibilidades, el primer ministro Gordini planea...

Cuando Michael colgó, diez minutos más tarde, permaneció un instante inmóvil en la silla, frunciendo el ceño.

El que lo había invitado a Roma, mediante una llamada telefónica a primera hora de la mañana, era el cardenal Paolo Rinsonelli, decano del Sacro Colegio de Cardenales, en un tiempo profesor de Nuevo Testamento en el Colegio Norteamericano de Roma, con quien Michael había preparado la tesis después de convertirse al catolicismo romano. A los ochenta años, firme como un pilote y con la vitalidad de un hombre de cuarenta, Rinsonelli era el terror de la burocracia del Vaticano. No toleraba a los tontos, trataba mal a los conciliadores, se impacientaba con los mediocres y desdeñaba las sutilezas. Era un hombre de gustos patricios y un lenguaje con frecuencia muy terreno, cuya cara arrugada y correosa parecía un mapa en relieve bajo el pelo impecablemente blanco. Era siciliano y adoraba las intrigas. Cuando tenía oportunidad de llamar a Michael por larga distancia -para pedirle consejo o enviarle mensajes del Padre Santo- a menudo usaba el nombre Giovanni y empleaba un código complejo, hablando en exquisito italiano lo que él gustaba de creer una perfecta imitación del argot del bajo mundo. Nunca recordaba la diferencia de seis horas entre Roma y Nueva York y en consecuencia solía interrumpir el sueño de Michael. Esa mañana, cuando el teléfono privado sonó al lado de la cama

arrancándolo de un sueño profundo, Michael miró la esfera luminosa del reloj, comprobó que eran las cuatro, y al oír a Rinsonelli identificándose como Giovanni con su voz de órgano (doble fortísimo porque era larga distancia) murmuró un soñoliento «Maldita sea».

Pronto se despejó por completo. Rinsonelli habló de «tu amigo Tony en Génova» -nombre en clave del Padre Santo y pese a la rebuscada ambigüedad de las oraciones

quedó claro que el papa estaba enfermo de gravedad y Michael debía acudir de inmediato.

El secreto había sido guardado. Sólo los miembros del Sacro Colegio de Cardenales, otros pocos integrantes del clero, el editor del Osservatore Romano, cuatro médicos, un hombre de la Guardia Suiza -y ahora, al parecer, el Secretario de Estado de los Estados Unidos- sabían acerca de la grave enfermedad del papa. Gregorio XVII, vicario de Cristo en la tierra, Supremo Pontífice, Obispo de Roma, sucesor en la Sede de Roma del primer obispo, Pedro, Servidor de los Servidores de Dios, líder espiritual de quinientos millones de católicos en todo el mundo, Patriarca de Occidente, honrado con el Anillo del Pescador, autoridad máxima en el Estado de la Ciudad del Vaticano, sucesor de hombres tales como Benedicto XV, Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI, pero pese a todo mortal, llegaba al fin de sus días.

El ataque no lo había sorprendido, como él lo hubiera deseado, durante sus plegarias o de pie en el balcón mientras bendecía a la multitud en la plaza de San Pedro, sino arqueado sobre un lavabo de mármol, con náuseas, en el baño contiguo a la biblioteca, donde había interrumpido apresuradamente una reunión con el cardenal Valerio Benedetti, Prefecto del Santo Oficio y Secretario de Estado del Vaticano. Benedetti se alarmó cuando transcurrieron quince minutos sin que el pontífice, que ya contaba con 78 años, regresara. Lo llamó y al no recibir respuesta hizo venir a uno de los guardias suizos apostados afuera. El guardia no perdió la calma y rehusó entrar en el baño papal. Finalmente hubo que ordenarle que forzara la puerta. El papa yacía de bruces sobre el lavabo, tan blanco como el mármol. El corpulento cardenal Benedetti -la cara tan escarlata como el manto, resoplando y asustado ante los latidos de su corazón- arrastró, con ayuda del guardia, el cuerpo delgado y vacilante hasta un diván Médici de brocado v telefoneó a un médico.

Los pronósticos no eran tranquilizadores. Gregorio, a sólo cinco años de ocupar el trono papal, era víctima de una embolia localizada en el lado izquierdo del cerebro, que le paralizó el lado derecho del cuerpo y le produjo una afasia que le impedía articular palabras inteligibles en los pocos momentos en que recobraba la conciencia. Otros tres médicos fueron comprometidos a guardar el secreto y llevados al aposento papal por un camino indirecto. Se trajeron máquinas de rayos X y otros aparatos, embalados como si fueran muebles. Se hicieron consultas y se llegó a una conclusión unánime: el Padre Santo podía vivir días, semanas, meses («¿Quién puede saberlo sino el Señor?») o expirar en silencio en menos de un minuto.

Se envió un memorándum altamente confidencial a los integrantes del Colegio, informándoles del estado del papa e indicándoles que estuvieran listos para partir en cualquier momento a Roma. El Secretario de Estado mandó telefonear a varios de los prelados más influyentes convocándolos de inmediato, entre ellos, al cardenal Maloney. Vinieron a Roma y permanecieron cinco días -durante los cuales el cardenal Syzbysko de Hungría sufrió un infarto cardíaco y falleció- discutiendo con la mayor discreción posible las consecuencias inmediatas de la capacidad de Gregorio y midiendo el impacto que produciría su muerte en una Iglesia bloqueada.

No había por qué discutir las disposiciones que se tomarían en caso de que muriera: ya estaban impuestas por una larga tradición y, específicamente, por la Constitución Apostólica de 1945. Los cardenales residentes en Roma -la Curia Romana- se reunirían el día de la muerte en una «congregación preparatoria» para elegir un cardinale camerlengo, un chambelán, quien de inmediato ordenaría el cierre de los aposentos papales, se haría cargo de las propiedades de la Santa Sede, solicitaría, que el Anillo del Pescador y los otros sellos papales se presentaran a la

Curia, dispondría los complejos preparativos para la sepultura y determinaría una fecha para dar inicio al cónclave en el que se elegiría el sucesor.

El cuerpo de Gregorio, una vez que los embalsamadores lo hubieran preparado para exponerlo ante el público, vestido con el atuendo papal y una mitra en la cabeza, sería llevado a la Capilla Sixtina para yacer entre gigantescas palmatorias blancas bajo El juicio Final de Miguel Angel. Con la Ciudad Santa enlutada y Roma solemnizada por el tañido de las campanas de todas las torres, se ofrecerían nueve misas en su honor, se le darían nueve absoluciones y, la cara cubierta por un velo púrpura y el cuerpo envuelto en un manto de armiño rojo, al tercer día lo sepultarían en la gruta sagrada debajo de la Basílica, cerca de la tumba de Pedro: lo sepultarían en tres cajones, uno de ciprés dentro de otro de plomo y ambos dentro de uno de olmo, para que en la muerte quedara unido a los más humildes, los que bajan a la tumba en un sencillo ataúd de madera.

2

Era un extraño atardecer de enero, y el suave viento del sur olía a tierra recién removida. Caminando por los jardines del Vaticano con Paolo Rinsonelli, Michael, gozando de la calidez de

la amistad y los recuerdos de otras noches y otros paseos por estos mismos senderos, se había quitado el abrigo, pidiéndole a su anfitrión que se quedara afuera unos minutos más. Se sentía inmerso en el brillo de la atemporalidad y de la historia, y quería prolongar esa sensación. La luna era un globo rojo sobre el viejo muro del jardín. San Pedro se erguía luminosa contra la oscuridad, mucho más hermosa desde aquí que desde la plaza. Los pinos eran siluetas negras contra el gris del parque, los arbustos y el cielo. Ya habían cerrado el museo y se habían ido los turistas. Sólo un bocinazo lejano o el tañido de alguna campana les hacían acordarse de la ciudad que los rodeaba corno un mar.

Entre los dos hombres había una diferencia de casi veinte años de edad, y de siglos en los mundos donde habían crecido, y sin embargo eran íntimos amigos. Ahora caminaban ociosamente por la hierba mullida, los zapatos perlados de rocío y el almizcle de la noche en las fosas nasales.

Michael acababa de contarle su conversación con el Secretario de Estado: específicamente, que el gobierno italiano se disponía a anular todos los privilegios impositivos del Vaticano, no sólo en Roma sino en todas las iglesias, escuelas y monasterios católicos del país, y después de tantear la situación lo anunciaría públicamente.

-En definitiva, dejará sin efecto el Tratado de Letrán -resumió Rinsonelli.

-Lieberman dice que la economía está en peores condiciones de lo que suele suponerse. La balanza de pagos está totalmente desequilibrada y tendrán que devaluar la lira nuevamente. Y tal vez aumentar los impuestos.

-Adiós a las promesas electorales.

-Adiós al paraíso de los trabajadores.

-Necesitan un chivo emisario, ¿y cuál mejor que la Iglesia? -Michael imitó las modulaciones de un político hablando en público:- Una iglesia acaudalada no tiene por qué agobiar impunemente las espaldas de los trabajadores. Es la retórica de ellos.

-La retórica de todos nuestros enemigos -dijo melancólicamente Rinsonelli-. Qué sabrán ellos.

-Admitámoslo, Paolo, es un argumento fácil de vender.

-¡Dónde están nuestras riquezas! -protestó Rinsonelli-. En bienes raíces somos como Creso, pero en efectivo estamos al borde de la miseria.

Pese a todo, Michael nunca podía reconciliarse totalmente con las aparentes riquezas y las ostentaciones de la Iglesia, ni podía librarse de la incomodidad que sentía cuando caminaba entre la gente con todas sus investiduras. Esa actitud era indudablemente un vestigio del calvinismo de sus antepasados, que habían hecho de la frugalidad casi un artículo de fe. No porque él deseara un sayal y una vida limitada a la mera subsistencia; era un hombre sensual que gozaba de ciertas comodidades como la buena comida, el buen vino y la buena música, pero esas cosas le parecían beneficios laterales que había que disfrutar sin codiciarlos. En realidad, prefería beber de una copa y no de un cáliz, dormir con ropa de lino y no de satén, usar los trajes hasta que la tela brillara y los zapatos hasta que merecieran el desdén de los pobres de la parroquia. Aunque hacía diez años que vivía en el albergue de los arzobispos en Manhattan, vivía con sencillez («Con excesiva sencillez», refunfuñaba uno de los sacerdotes más mundanos de la archidiócesis). Había rechazado el lustroso «Custom Imperial» negro que el presidente de la «Chrysler Corporation» le ofreció (como a todos sus predecesores) cuando le otorgaron la investidura; prefería viajar en taxi, o, si lo exigían las circunstancias, pedir un chófer y una limusina a «Fugazy», o, para esos preciosos fines de semana que pasaba en las montañas Poconos, disponer de su viejo «Mercedes» y manejarlo él mismo.

-¿Qué quieren que hagamos, esos que tanto critican nuestra riqueza? -resoplaba Rinsonelli-. ¿Hubieran preferido que Miguel Angel y Leonardo dedicaran su genio solamente a emperadores y princesas? ¿Que Bernini le diera al César lo que es de Dios?

-Esa no es la cuestión, Paolo...

Pero Rinsonelli no lo escuchaba. Siguió con sus argumentos, tirándose de la papada con los dedos pardos y chatos. -¿Dónde pondrían la Pietá esos críticos? ¿En el parlamento, donde ahora hay mayoría de ateos? ¿Miguel Angel debió pintar la Creación en el cielo raso de una barraca militar?

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Michael-. ¿Pero no convendrás en que esas riquezas tan notorias en un mundo donde millones padecen hambre a diario es un reproche muy severo? Casi diría un escándalo.

Rinsonelli se encogió de hombros y abrió las palmas.

-El problema contigo, Michael, es que eres norteamericano. No tienes demasiados siglos en las venas. A los pobres siempre los tendrás contigo. ¿De qué les serviría una iglesia en harapos?

Siguieron caminando en silencio.

-No puedo olvidar ese verano en Etiopía -dijo suavemente Michael-. Miles de personas literalmente muriéndose de hambre: los viejos y los jóvenes, madres con niños que parecían gavillas de huesos contra los pechos resecos, niños sin fuerzas para llorar. -El recuerdo le hizo temblar la voz.- Vi un esqueleto que dejaba escapar el último aliento frente a un altar laminado de oro.

Rinsonelli se le paró delante, ladeó la cabeza maciza y lo atisbó por encima de las gafas.

-Pero supongamos -dijo en voz muy baja-, supongamos, como quieren algunos, que el altar se hubiera fundido y vendido para comprar pan. Mañana sólo habría más pobres, y entretanto se habría perdido algo de valor infinito. Ese suplicante que tú dices, vino a morir frente al altar porque era el único lugar donde podía encontrar a Dios. Las espadas en arados, puede ser, ¿pero los altares en panes...? El hombre que dices estaría alimentado, pero vacío.

Michael inhaló para replicar pero optó por guardar silencio. -Aunque parezca contradictorio -prosiguió Rinsonelli-, todos debemos esforzarnos por recordar que la pompa, los atuendos, el ritual, el altar, la misma catedral, son poemas acerca del infinito. Nutren una imaginación empobrecida. Es difícil tener presente Su rostro en un mundo como el nuestro, y el ámbito del culto, los actos formalizados del sacerdote y los fieles, la música, los cánticos, la majestad y la belleza, son señales, augurios de una gloria venidera. Aplacan el hambre del espíritu. Puede parecer muy lejos del Galileo, pero proclaman la gloria de Dios tan auténticamente como él. -Bajó la voz, que había elevado en su fervor.- Y además, Michael -añadió con suavidad-, ¿no tenemos también a nuestros pobres: los franciscanos, los trapenses, los sacerdotes y hermanas de las misiones y las parroquias de los guetos? No todos ocupamos tronos de oro. Michael le sonrió con afecto.

-Por citar al rey Agripa -dijo-, «Si sigues hablando, tus argumentos me convertirán al cristianismo.

Rinsonelli lo abrazó con una carcajada.

Aunque se había quedado charlando con Rinsonelli hasta muy tarde, Michael se levantó temprano para asistir a una misa en Santa María Magdalena. Ahora, al regresar, el chófer aceleró por la Via della Reconciliazione, dobló a la derecha en la plaza de San Pedro y siguió a lo largo del muro de la Ciudad del Vaticano hasta llegar a la puerta. El guardia suizo saludó cuando el coche entró resueltamente por el macizo pórtico romanesco que abría un hueco en el muro y daba directamente a la calleja sombría de una ciudad medieval. Las antiguas paredes se elevaban a ambos lados y se encontraban en lo alto para cubrir de sombra el empedrado de la calle. Pronto irrumpieron a la luz del sol y volvieron a recibir un saludo. Viraron bruscamente a la izquierda, pasaron debajo de otra arcada y de golpe se encontraron frente a San Dámaso. Mientras entraban diagonalmente al patio, Michael vio a Rinsonelli arrebujado en una gran capa negra, esperando en el portal del palacio.

Un ascensor los llevó al cuarto piso, donde Paolo, apesadumbrado casi hasta las lágrimas, lo condujo en silencio hasta la entrada de los aposentos papales y luego al dormitorio, donde lo dejó.

Pese a la conducta de su amigo y la charla de la noche anterior, Michael no estaba preparado para lo que vio después de llamar a la puerta y entrar. El Padre Santo yacía en el centro de una gran cama con dosel, y un tubo de plástico que salía de un frasco colgado le penetraba la fosa nasal derecha. La piel parecía pegada al cráneo y era tan transparente que se le veía cada folículo de la mejilla recién afeitada. Los ojos cerrados estaban hundidos en las órbitas, y los párpados eran oscuros y venosos. Tenía la boca entreabierta y, como le habían quitado la dentadura postiza, una rugosa abertura mostraba las encías pálidas. Le habían peinado la cabellera plateada, que se

esparcía cuidadosamente sobre la almohada de satén. Estaba muerto. Michael cayó de rodillas ahogando un sollozo.

Después, cuando se acercó a la cama, comprobó que eran las manos cruzadas las que causaban esa impresión. Vivía: una arteria palpitaba en la sien, los labios fláccidos temblaban ligeramente al exhalar el aliento, el pecho frágil subía y bajaba bajo el lujoso cobertor.

Al entrar, Michael no había visto al médico, que estaba sentado en la sombra, al lado de la puerta. El médico se acercó a Michael. Era un hombre moreno, cincuentón, con cara de sabueso, encorvado y cadavérico pero de vientre prominente.

-Soy el doctor Sabatinni -susurró-. ¿Es usted el cardenal Maloney?

Michael tuvo que aclararse la garganta.

-Sí.

-Me alegro de que haya venido. Esta mañana el Padre Santo volvió a preguntar por usted, pero no sé...

-Parecía desanimado.

- Hace tres horas que no se mueve.

Michael miró la cara cerúlea, moteada de manchas amarillas.

-Quizá sería mejor que no me quede -dijo.

Había presenciado la muerte con frecuencia, pero lo poseía un temor atávico. Le espantaba pensar que ese hombre podía lanzar el último estertor delante de sus ojos; no quería estar allí cuando se fuera de la tierra al cielo. Ahuyentó el pensamiento, enfurecido consigo mismo, pero fue inútil.

-No -dijo el doctor Sabatinni-. El quiere verlo. Le advertí que no era prudente, que debía ahorrar fuerzas, pero me miró de ese modo tan particular... -Sabatinni abrió las manos en un gesto de impotencia.- ¿Quién soy yo para dar instrucciones al Padre Santo?

-¿Está durmiendo? -preguntó Michael.

-¿Durmiendo? ¿En coma? ¿Quién puede saberlo? -¿Se recobrará?

El médico volvió a encogerse de hombros.

-Las primeras cuarenta y ocho horas estábamos seguros de que nunca lo tendríamos de vuelta con nosotros. Algunos nos quedamos con él esperando el final. Pero ahora parece estable.

-Me quedaré a rezar -dijo Michael.

Cuando apoyó la mano en la cama para ponerse de rodillas, la frágil figura se movió. Miró a Michael y pareció que convocaba a su espíritu desde lejos, trayéndolo a la habitación. Se estremeció, respiró espasmódicamente, la piel recobró un poco el color y los ojos se abrieron con lentitud. Tardaron unos segundos en fijar la mirada, primero en el médico, luego en la cara de Michael. Cuando habló, la voz no era más que un susurro jadeante.

-Michael...

Michael reprimió las lágrimas que le empañaban los ojos. -Padre Santo -dijo.

Esta figura frágil que yacía en el lecho era el hombre que lo había amado, que había vislumbrado sus posibilidades y le había dado su estímulo. Este era el hombre que, cuando aún era cardenal, lo había escogido para iniciarlo en la jerarquía eclesiástica, que había mediado ante Paulo VI para transformarlo en un príncipe de la Iglesia y le había entregado las investiduras ante el Consistorio cuando Michael recibió su birrete de cardenal. Este era el hombre que, después que lo ordenaron papa, había escuchado sus consejos, el hombre con quien solía reunirse en privado, comunicarse por carta y hablar largamente por la línea transatlántica, explicándole las actitudes de

los presidentes, las extravagancias de los congresales, el sentir del pueblo norteamericano. Este era el hombre que había puesto su fe en la importancia del papado después de los años difíciles y negativos de Paulo VI. Antonio Giulio d'Annunzio, hijo de un farmacéutico genovés, educado en leyes, miembro de la Sociedad de Jesús, especialista en política exterior, nuncio papal en Francia, nombrado cardenal por Juan XXIII y elegido papa Gregorio VIII en la primera ronda. Y éste era su amigo.

Los dedos de su mano revolotearon como una mariposa rota. -Acércate -susurró la voz. Michael se arrodilló al lado de la cama. Los ojos de Gregorio se volvieron a Sabatinni-. Déjanos solos -le dijo.

El doctor Sabatinni titubeó.

-Su Santidad...

-Enrico -dijo el papa-. Dejaré este mundo cuando yo lo decida.

El médico se fue en silencio, cerrando la puerta al salir. Una vaga sonrisa rozó los labios de Gregorio.

-Los médicos -dijo-. Ellos entienden el cuerpo; saben poco acerca del espíritu.

Aunque algunas palabras eran confusas, parecía recobrar fuerzas y Michael abrigó nuevas esperanzas, que se disiparon cuando Gregorio habló de nuevo:

-Michael, acércate más. Tal vez sea la última vez que te hablo... -Michael insinuó una protesta pero Gregorio movió la cabeza con lentitud.- Todos debemos morir. Mi hora no está lejos. No te preocupes, a mí no me asusta.

De pronto se sofocó y tuvo un ataque de tos. Pasó un minuto antes que pudiera continuar.

-¿Estás bien? -preguntó Michael.

Fue como si Gregorio no le hubiera oído. Se pasó la lengua reseca por los labios y tragó saliva.

-Michael -dijo-, tal vez el Señor te designe para sucederme...

-Santo Padre... por favor.

-No, no. Escúchame. -Volvió a interrumpirse para recobrar el aliento.- Serás tú o Benedetti o Della Chiesa, y quiero hablar contigo por última vez. Estos son tiempos difíciles. Empeorarán. Debes ser fuerte. -Se interrumpió, frunció el ceño, miró a un costado como siguiendo el vuelo de sus pensamientos.- Sí, fuerte... pero sabio. Trata de eludir las confrontaciones... Dios puede usarte frente a tus compatriotas. Tal vez te haya señalado para una época como ésta. -Se le ahuecó la respiración y el dolor le obligó a contraer la boca en una mueca.- No hay tiempo... no hay tiempo.

Michael ya no pudo contener las lágrimas. Le inundaron los ojos y cayeron al suelo. Agachó la cabeza.

-Dame tu bendición, Padre Santo -dijo.

Gregorio intentó levantar la mano pero no lo logró. Abrió la boca; movió los labios, tratando de articular palabras, pero sólo emitió una seca exhalación. La concentración que antes le había permitido reunir fuerzas se escurrió como la arena en una clepsidra y volvió a caer en coma. Michael permaneció de rodillas, aturdido. Pensó que debía rezar, pero no pudo; estaba vacío. No le quedaban palabras. Se incorporó con esfuerzo, sin mirar la figura que yacía inmóvil.

Cuando abrió la puerta, el doctor Sabatinni miró adentro.

-Buen día, Eminencia -le dijo, y entró a la habitación. Michael cerró la puerta.

En los aposentos de Rinsonelli había una nota. Michael rasgó el sobre. En una escritura tan precisa como enigmática, decía:

Madame Ovary perdió la B. ¿O tal vez el banco de memoria de un cardenal no retiene esas trivialidades? Te vi en el aeropuerto pero cuando pasé por la aduana ya te habías ido: Estoy en el hotel Lombardía. ¿Cenamos juntos? Estaba firmada: Harris Gordon.

¡Harris! El nombre explotó en su cabeza y cada esquirla era un recuerdo. ¡El incontenible Harris, el bufón! El mejor amigo de sus años de estudiante en Princeton, compañero de cuarto en su último año, hermano de fraternidad, integrante del mismo equipo deportivo. Los dos se habían graduado al mismo tiempo, magna cum laude, él en filosofía y Harris en antropología. Después de la ceremonia en la capilla habían jurado no dejar de verse. Los juramentos fueron pronto olvidados. Más tarde, según vio Michael en revistas y periódicos, vino la fama: Harris Gordon, descubridor de la ciudad perdida de Horán, el doctor Gordon con los Leakey en la garganta Olduvai, y aun el doctor Gordon con Yigdal Allon en Israel... Muchas veces Michael se había propuesto llamar a su amigo y siempre lo había postergado. Ahora Harris estaba en Roma.

Telefoneó al hotel y le dio su nombre al operador. La voz que habló después le era desconocida, salvo por el tono burlón.

-Mike Maloney, supongo -dijo la voz-, ¿o quieres que te llame padre, padre?

-¡Harris! ¡Cuánto me alegro de oír tu voz! -Así que no te has olvidado de Madame Ovary.

La película, Madame Bovary, protagonizada por Jennifer Jones, se había exhibido en el cine de Princeton y los comentarios groseros de los estudiantes frente a cada diálogo habían conmocionado la sala. Después, Michael había alzado a Harris sobre los hombros y él había quitado la B del título. La película siguió en cartel con una marquesina que anunciaba Madame Ovary, «Madame Ovario». Colocaron el maltrecho trofeo de metal en un sitio de honor de la pared del cuarto, al lado de un letrero que decía pare en inglés y en francés, robado en Canadá.

-Me acuerdo de todas las locuras que hacíamos -dijo Michael.

-¿También de esas chicas de «Mingles»? Michael sonrió con vaguedad.

-Rehúso contestar en los términos de costumbre -dijo. -Tus cartas son magníficas -protestó Harris-. Ibas a mandarme tu dirección. Ibamos a reunirnos por lo menos una vez al año.

-Me imaginé que estarías muy ocupado desenterrando momias.

-Y tú... besando anillos.

-Aunque no lo creas, he seguido casi todas tus aventuras por los diarios, hasta el doctorado honorario en Oxford. Luego te perdiste de vista.

-Pasé estos cuatro años en Israel -dijo Harris-. Excavando con Freeling y Allon. Estuve unos seis meses en Hazor Tell. Me disponía a volver a casa cuando... -Una ligera tensión se le notó en la voz, que continuó despreocupadamente:- ¿Cómo decirlo? La historia se cruzó en mi camino.

Michael no sabía qué responder, así que dijo:

-Ajá.

-Planeaba verte en casa para hablarte de eso, y casualmente te encuentro aquí. ¿Qué posibilidades hay de que nos veamos?

-Me encantaría -se disculpó Michael- pero es imposible. Estaré sólo hasta el jueves y hay mil cosas que hacer. ¿Pero por qué no en Nueva York? Al volver pasaré por Londres pero...

-¿Podríamos cenar en Londres? -preguntó Harris. «Parece ansioso», pensó Michael-. Estaré allí a partir de mañana.

-Perfecto. Tengo que hablar con una dama acerca de un hospital, pero al margen de eso estoy libre.

Llegaron a un acuerdo y siguieron hablando unos cinco minutos, felices de resucitar el pasado y descubrir que la vieja camaradería no había sufrido cambios.

-Una pregunta -dijo Harris.

-Dime.

-Creí que tu viejo era presbiteriano.

-Así es.

-Un predicador.

-Correcto.

-¿Y cómo llegaste a cura? Nadie iba a designarte el monaguillo del año cuando yo te conocí.

Michael rió. La irreverencia de Harris le resultaba agradable. Estaba tan habituado a la solemnidad y las formalidades que no podía menos que simpatizar con el impudor de su amigo.

-Fue durante la guerra -dijo sin énfasis.

-Incluso me enteré de que podrían nombrarte papa. ¡Mike Maloney, papa! Uno no sabe qué pensar.

-No es para tanto.

-No, de veras. Estoy impresionado. En mi especialidad uno no conoce a muchos de la Mafia del Todopoderoso. Cuando me toque el turno, ¿puedo contar con tu recomendación?

Harris siguió con sus bromas, y cuando Michael colgó, sonreía. Pasaron unos minutos antes que su memoria volviera a la figura pálida y frágil que yacía arriba, en el lecho.

3

El futuro integrante de la Mafia del Todopoderoso no había tenido un comienzo prometedor. A su nacimiento no asistió ningún ángel, sólo un círculo de enfermeras de blanco

y un médico borracho que le trajo problemas a Michael, quien salía con los pies para abajo, apresado por el cordón umbilical. No habría sido más que una cifra en las estadísticas de mortalidad infantil si la enfermera jefe -una mujer formidable, de cuerpo robusto y modales masculinos- no hubiera asestado un codazo al plexo solar del doctor, tomando al rojizo bebé en sus manos relucientes y liberándolo de su prisión asfixiante. La voz que en años venideros habría de cautivar a miles desde cientos de púlpitos de mármol, lanzó el primer llanto como un aullido de humillación ante la inhumanidad de la naturaleza para con el hombre.

Sus padres, el reverendo Duncan Athlone Maloney y señora, eran calvinistas, específicamente presbiterianos del norte que a sólo cinco años de regresar del Seminario Teológico de Princeton, acababan de establecerse -el segundo puesto que

ocupaban- en una iglesia de un suburbio de Filadelfia. La feligresía era pequeña pero el templo era nuevo y atractivo, y su belleza de postal seducía a los recién llegados de la zona: especímenes suburbanos, tempranos beneficiarios de las técnicas de fabricación en serie de Henry Ford, parte de una generación sensible a una nueva nobleza y ansiosa de perder las raíces.

Querían sermones breves y una teología soleada, y el reverendo Maloney -ambicioso, tempranamente enamorado de Freud y de las críticas bíblicas más recientes- estaba ansioso por ofrecerles lo que pedían. Pese a su relativa juventud, era un predicador pulcro, agradable, gregario y muy solicitado en los clubs parroquiales, y la congregación creció. Era inevitable que lo llamaran al púlpito de una gran iglesia de la ciudad, y en la soleada mañana de un domingo de primavera, una delegación compuesta sólo por hombres (el comité del púlpito perteneciente a la Iglesia presbiteriana Knox, de la ciudad de Nueva York), se instaló sin anunciarse pero sin disimulos en un banco. Les gustó lo que oyeron y un mes más tarde regresaron para extender una solicitud formal. El joven pastor -que sabía que venían y con qué propósito- dijo, uniendo sabiamente la autoridad a la humildad, que rezaría para decidirlo. Arriba, por el teléfono del dormitorio, Katharine Maloney le contaba a la madre que se mudaban a Nueva York.

En octubre se trasladaron a la nueva parroquia. El sermón inaugural de Duncan fue tres días después del crash en el mercado de valores. Insidiosamente, eligió como texto: «No acumuléis riquezas en la tierra, sino en el cielo.» El comienzo fue muy agitado, y también toda la primera semana. El lunes le pidieron dirigir tres funerales: dos hombres que habían sufrido paros cardíacos acuciados por el miedo y un tercero que -en el comedor de su casa, por alguna razón oscura, mientras servían la cena- había tenido el mal gusto de perforarse la nuca tras meterse el cañón del revólver entre los dientes. El martes el maestro de capilla fue acusado de bigamia. El miércoles el presidente del comité de administración informó que la recaudación de fondos anual había sufrido una brusca interrupción y recomendó que se pospusiera hasta que los fieles al menos pudieran determinar de dónde obtendrían el próximo dividendo. Las primeras seis semanas fueron, como Duncan aseguró más tarde; «un tiempo de prueba».

Pero sobrevivieron. No, mucho más que eso. En comparación con la mayoría prosperaron. El salario (o «estipendio», como él prefería llamarlo) de Duncan se redujo a la mitad a los tres meses de ocupar el cargo, pero aún seguía siendo rendidor para esa época. Adquirió renombre como predicador, con su mezcla de verdades de la Escritura con hechos del Reader's Digest, a los que integraba con citas y fragmentos de la psicología popular, de tal modo que atraía a los neoyorquinos «informados» y a los ambiciosos teólogos jóvenes que los domingos acudían a la iglesia en tropel: los primeros para citarlo en las reuniones y los segundos para plagiarle los ejemplos para sus propias e inexpertas homilías.

Michael asistía a la iglesia todos los domingos por la mañana, sin falta. Hasta los doce años ocupaba orgullosamente el banco del pastor con su madre y su hermana Eleanora, dos años menor que él, satisfecho de que lo señalaran como «el hijo del reverendo». Después de los doce le permitieron sentarse a solas, y eligió el banco de atrás. Pese a que había recibido una educación religiosa y se había reunido desde la niñez con grupos juveniles y había escuchado cientos de sermones del padre, Michael nunca pensó seriamente en Dios hasta la adolescencia. La primera vez que miró a Jesús frente a frente fue después de una noche pasada en casa de un compañero de escuela, un bautista, quien, para gran embarazo de Michael, lo urgió a «salvarse» y a

convertirse al cristianismo (¡Dios Todopoderoso! ¿Acaso no era ya presbiteriano?) y quien, antes de acostarse leyó ostentosamente un manoseado Nuevo Testamento de bolsillo y se arrodilló junto a la cama para rezar.

A Michael nada de eso lo convencía, pues le parecía vagamente obsceno; pero a la noche siguiente fue al estudio de Duncan, tomó la traducción del Nuevo Testamento al inglés moderno hecha por Goodspeed, se la llevó a la cama y leyó los cuatro evangelios de cabo a rabo. Fue como una revelación y lo excitó tanto que no pegó un ojo hasta el amanecer. El hombre del texto no era como el Cristo acerca de quien había oído declamar desde que tenía uso de razón. No era esa figura afeminada e inexpresiva de los vitrales ni ese refugiado de atuendo impecable y melena elegante de la literatura de la escuela religiosa, que parecía tomado de una película de Cecil B. de Mille. «Gentil Jesús, dócil y manso»... ¡qué disparate! No tenía nada de manso. Este era un revolucionario de actuación sorprendente: fuerte, controvertido, belicoso, impaciente y a menudo iracundo. No demostraba el menor interés en desechar la cólera con respuestas dulces; al contrario, con frecuencia provocaba a sus enemigos. Desafiaba frontalmente la estructura de poder religioso de su época y en cada confrontación dejaba mal paradas a las autoridades. No rehuía al prójimo: era gregario, muy dado a cenar en casa ajena -fuera la de un respetable o la de una persona de reputación dudosa-, pero tan indiferente al protocolo que a veces lo criticaban por no lavarse antes de comer. Y sin embargo la paradoja seguía en pie: pese a toda su sociabilidad era un solitario.

En las semanas subsiguientes Michael tuvo problemas con algunas de las enseñanzas de Jesús. Los milagros le parecían increíbles, una inevitable complicación de los hechos urdida por hombres poco imaginativos que no se conformaban con el genio de Cristo. La creencia de Jesús acerca de su igualdad con Dios Padre dejaba estupefacto a Michael, quien la postergó para reconsiderarla. Rechazó todos los episodios que incluían una intervención angélica; también la concepción virginal y la resurrección. Parecían diferentes del resto del texto, más semejantes a leyendas o mitos que a acontecimientos reales protagonizados por hombres y mujeres de carne y hueso. No se sentía inclinado' a adorar a Jesús. Sentía fascinación por él, lo admiraba como a un genio, un gigante entre sus contemporáneos, increíblemente; sagaz, pero no Dios Todopoderoso.

Al llegar a la madurez, nunca le rezaba a Jesús sino al Padre,;

y después de los veinte ni siquiera eso. Volvió a rezarle a Dios a los veintitrés años, cuando el fuego de los francotiradores y los morteros lo acorraló detrás de un risco en una isla del pacífico sur, único sobreviviente de su compañía. Más tarde, procuró y sostuvo la primera de una serie de conversaciones con el capellán católico.

El doctor Harris B. Gordon, presidente del Departamento de Estudios Orientales (emérito) de la facultad de Arqueología de la universidad de Albright, Filadelfia, Pennsylvania, estaba haciendo un inventario. No debía llevarle más de unos segundos, pensó con una mueca amarga. Sobre la superficie de vidrio de una mugrienta mesa de hotel yacían casi todas sus posesiones terrenales: en efectivo, 442,78 dólares, dos cheques de viaje de American Express por valor de 100 dólares cada uno, y un pasaje para el vuelo Roma-Nueva York ida solamente. En el armario, dos trajes, un par de pantalones y dos suéters. Además, dos valijas ajadas rellenas con una mezcla de objetos maltrechos y artículos de tocador. A bordo de un barco en viaje a la ciudad de

Nueva York, un baúl lleno de esas rarezas generalmente descritas como «efectos personales». También, al cuidado del depósito de Manhattan, unas dos docenas de cajas con libros y papeles, a propósito de las cuales una agencia especializada en cobro de facturas hacía meses que lo bombardeaba con Ultimas advertencias. También había -si podía incluírselas en un inventario- tres esposas: una perdida, otra divorciada y otra abandonada. Y siete hijos de las esposas Dos y Tres, aunque los chicos, pensó, pertenecían más al «debe» que al «haber». Salvo alguna omisión de poca importancia, eso era casi todo cuanto poseía en el mundo.

¿Qué no poseía que sí tenían la mayoría de los hombres de sesenta años? No poseía ninguna propiedad, ningún auto, ningún mueble, ninguna acción, bono o inversión, ninguna participación en ninguna empresa, ningún seguro que no hubiera vencido. Un momento, pensó: estaba esa pensión de Albright (de la cual sería beneficiario a los sesenta y cinco años), y por supuesto, pronto gozaría de la generosidad de sus semejantes en virtud del sistema de seguridad social de los Estados Unidos, aunque también debía esperar a los sesenta y cinco. Ah, los mágicos sesenta y cinco años, pensó con desencanto, ese aniversario del propio nacimiento en que por obra de algún decreto legislativo uno debe retirarse de toda productividad y aguardar

en la sala de espera de la naturaleza antes de despojarse de su envoltura mortal.

No era que Harris Gordon se estuviera autocompadeciendo. Nunca se había dedicado a acumular cosas y nunca se había considerado ni rico ni pobre, pues eran categorías en las que jamás se le habría ocurrido incluirse; lo importante en ese momento era que su escasez de bienes tangibles era un verdadero trastorno. La compañía aérea le había recargado 46,75 dólares por asegurar y embarcar su preciosa caja, lo cual, como suele decirse, había provocado una mengua de su capital. Ahora la caja ya estaría a buen recaudo en el depósito con control atmosférico del museo de Nueva York, tal vez en mejores condiciones que él. Lo cual, decidió, no era inadecuado.

El problema inmediato era: ¿dónde iba a vivir cuando concluyera la investigación y volviera a los Estados Unidos? Lo último que haría sería mendigar en la universidad.

-Miserables -dijo en voz alta. ¿Cómo decía la carta? Lamento muchísimo, estimado Harris, tener que informarle que ha sido necesario prescindir de sus servicios en la universidad. Su licencia ya se ha prolongado dos veces, y el comité, etc. etc. etc... Permítame añadir, Harris, que su obstinación en negarse a revelar la naturaleza de su hallazgo o el sitio de la excavación no nos deja otra opción que, etc. etc. etc. La conducta de usted, en mi opinión, no es la más apropiada.

Muy bien, pero pronto escucharían otro cantar. ¡Claro que sí! Sus pensamientos volvieron a la llamada telefónica. Había sido buena idea hablar con Mike. Tal vez había sonado algo enigmático, pero era lo mejor. Mike era quizás el hombre indicado para compartir su descubrimiento. Hacía tanto que custodiaba el secreto que ya le resultaba poco saludable. Lo que más necesitaba en el momento -aún más que el dinero- era alguien en quien depositar su confianza y a quien pedirle consejo. Claro que Mike quedaría atónito cuando lo supiera -sería fascinante observar su reacción-, pero era un hombre de mundo y no tardaría en ponerse a la altura de la situación. ¿Y quién podía ser más indicado? El cardenal Maloney, ni más ni menos. Sonrió: al fin y al cabo, ¿si no confiaba en un sacerdote en quién iba a confiar?

4

En un viaje anterior a Roma, Michael había descubierto un restaurante en la zona Vitalle de la ciudad, atendido por hermanas de la Orden de la Sangre de Cristo y denominado «1'Eau Vive», y pese a la insistencia de Rinsonelli en que los integrantes de la Curia rara vez comían en sitios públicos y populares, lo persuadió de ir a cenar allí. Los dos se abrigaron con bufandas de lana, guantes y sobretodos y se aventuraron en el mal tiempo que durante la noche había cruzado los Alpes. Un viento furioso los empujó hasta el auto y luego azotó la lluvia, impulsándola horizontalmente a través de los conos de luz de los faros. El chófer del Vaticano no habló con sus pasajeros, sino que se pasó el viaje protestando en voz baja por el parabrisas empañado e inclinándose hacia adelante para secar el vidrio con feroces manotazos. Finalmente bajó la ventanilla y manejó con media cabeza afuera. Rinsonelli, encogido y acurrucado en el asiento, se quejaba de su artritis y maldecía la noche y el lugar.

En un distrito de tiendas lamentables, fábricas pequeñas y callejones oscuros, bordearon una plaza desconocida para entrar por una calle angosta y sinuosa. Finalmente llegaron ante la fachada poco imponente del restaurante. Pero la puerta se abrió a una sala iluminada y espaciosa, aromatizada por el olor a comida, y la calidez de la mujer sonriente que los recibió y los condujo a una mesa discretamente alejada, bastó para cambiar el humor de Rinsonelli. Después que descorcharon y paladearon el vino, admitió que pese a todo estaba contento de haber venido.

-La comida tardará en llegar -advirtió Michael-, pero vale la pena esperarla.

Y hablaron: de política italiana, del presidente norteamericano, de la burocracia vaticana, del espionaje electrónico, y finalmente, con el licor y el café, de la enfermedad de Gregorio y la necesidad de encontrar un sucesor.

-Tendría que ser italiano, desde luego -dijo Michael. Había resuelto no mencionar a nadie, ni siquiera a Paolo, las palabras de Gregorio acerca de su propia candidatura.

-¡No esta vez! -dijo Rinsonelli con repentina vehemencia, asestando en la mesa un puñetazo que hizo tintinear los cubiertos, redujo a silencio a los comensales vecinos más próximos e hizo gotear una copa de vino. Michael le apoyó una mano en el brazo y Paolo prosiguió con más calma.

-Debemos romper con esa tradición ahora -dijo apasionada-

mente-. Ha sido la sangre y el nervio de la Iglesia, pero eso ya pasó. Italia daba clérigos como Inglaterra daba diplomáticos, pero todo se agota en la naturaleza, y nosotros nos agotamos después de Juan XXIII.

-Pero Gregorio, sin duda... -empezó Michael.

-No voy a hablar mal del hombre -interrumpió Rinsonelli-. Es mi amigo y mentor, y está agonizando. Pero sí diré lo siguiente: aunque el apóstol Pablo consagró la caridad como la mayor de las virtudes, nunca dijo que era la única. La caridad debe tener raíces en la fortaleza y la resolución. Los enemigos de hoy no son precisamente merecedores de nuestro amor.

-Quieres fortaleza y resolución -dijo Michael-, pero a menudo criticaste lo que llamabas la intransigencia de Paulo.

-A eso voy, en efecto: Gregorio no ha desenvainado la espada, Paulo la usaba como un garrote.

-Tengo mis opiniones acerca de la sucesión -dijo Michael-, pero, de cualquier manera, me gustaría conocer la tuya. ¿Por qué no un italiano? ¿Por qué no Della Chiesa? ¿O Benedetti?

-Della Chiesa es un cero a la izquierda -dijo Rinsonelli con acritud-. Déjalo de lado. Es un viejo... tiene mi edad, pero es viejo. Si lo eligen será sólo porque la Iglesia está insegura y quiere un papa que haga las veces de cuidador. Su lema sería: «No hamaquen el bote y dejen en paz los viejos dogmas». El peligro es Benedetti. Serví a cuatro papas; él no se parece a ninguno de ellos. No tiene el amor de Gregorio, los principios de Paulo, la comprensión de Juan ni la sabiduría de Pío. No hay sustancia. Es todo para todos los hombres pero nada para ninguno. ¿Se necesita fortaleza? El se comportará como un león. ¿Visión? Imitará al águila. ¿Valor? Se convertirá en toro. ¿Astucia? Se volverá serpiente. No estaría tan mal si fuera alguna de estas cosas, pero él se limita a encarnarlas según las exigencias escénicas, lamentablemente con gran habilidad histriónica. Pero en el fondo es un zorro que conoce sus limitaciones y recurre a la habilidad y la astucia y no a la mente y el corazón. -Su síntesis pareció deprimirlo y guardó silencio un instante. Bebió un sorbo de vino y añadió:- El peligro consiste en que la tradición de papas italianos está tan arraigada que el Colegio no examinará las opciones.

Michael sabía que teóricamente cualquier católico adulto podía ser elegido papa, pero la larga práctica había limitado la elección a los integrantes del Colegio de Cardenales y a los italianos. Sabía que el último papa no italiano había sido elegido en 1522: Adriano VI, un belga. La Iglesia había elegido papas italianos por razones comprensibles y pragmáticas. Los italianos eran mayoría en el Colegio y protegían sus prerrogativas con un celo apasionado e irritante. Por otra parte, el vasto y complejo aparato del Vaticano está ante todo en manos de italianos, y cuando menos para comunicarse con eficacia y resguardarse de las intrigas de la jerarquía burocrática, el papa necesitaba manejar la lengua con fluidez y comprender a fondo el carácter de los romanos.

-Si Benedetti no, ¿quién? -preguntó Michael.

Rinsonelli extendió la mano, separando los dedos y apretando la punta de cada uno a medida que mencionaba los nombres:

-Boehmer de Alemania Occidental: conocedor de nueve lenguas, el erudito canónico más grande en muchas décadas, a cargo del borrador final de todas las declaraciones de Gregorio, pero un hombre mordaz e intolerante a las opiniones ajenas.

»Castonquay del Canadá: sin duda un genio y tal vez un santo, había seguido el ejemplo de uno de sus predecesores, Leger, y había vivido entre leprosos en el África, pero su habilidad administrativa y su salud eran dudosas.

»Kalumbulu de África: un gigante, física e intelectualmente, conciliador del Tercer Mundo y ganador de un premio Nóbel. Podía ser un gran papa, ¿pero el mundo y la Iglesia estaban listos para un pontífice negro?

»Meyer de la República de Irlanda: un problema similar. Aunque era un estudioso de renombre, un polemista brillante y lírico, un teólogo original, se había convertido al judaísmo.

»Lo cual me deja con Maloney, de los Estados Unidos -dijo Rinsonelli, mirando a Michael directamente en la cara-. ¿Hago un resumen de sus puntos fuertes y sus puntos débiles? -Michael guardó silencio y él continuó:- Su mayor debilidad tal vez

sea que no reconoce su fuerza, o que no tiene, ¿cómo dirían los periodistas deportivos?, la suficiente avidez.

Michael sostuvo un instante la mirada de su amigo y luego se miró los dedos, que acariciaban el borde de la copa. La mancha del mantel, debajo de su mano, parecía sangre.

-¿Corresponde codiciar el papado? -preguntó. Rinsonelli sacudió la poblada melena y lanzó un gruñido.

-Siempre me molestó oírlo afirmar por otros -dijo con suavidad-, pero sin embargo he observado que Dios de veras ayuda a quienes se ayudan. No creo que Dios busque al hombre o el hombre busque a Dios; existe una atracción mutua como entre el rayo y la carga que salta a su encuentro desde el suelo. Es verdad que la fe es una gracia de Dios. Uno no dice: «Vamos a ver, creo que tendré fe». Pero así y todo, Dios sólo concede esa gracia al hombre que la desea. Tal vez hubo papas que no desearon serlo (aunque no se me ocurre ningún ejemplo), pero apostaría a que no fueron los grandes. Los grandes papas fueron los hombres que vislumbraron qué se necesitaba hacer y supieron que acudían a la llamada de Dios.

-A lo mejor Benedetti lo ve así.

-Benedetti ve la oportunidad, no la necesidad.

Michael no estaba dispuesto a admitirlo, pero se había imaginado a sí mismo en el trono de Pedro. Habría sido imposible no contemplar la posibilidad: la prensa la había comentado y también los otros eclesiásticos, y hasta un hombre tan alejado de la Iglesia como Harris Gordon había oído hablar del asunto. Y el Padre Santo en persona, en el filo de la oscuridad, había dicho: «Tal vez el Señor te designe para sucederme, Michael.

No se había complacido en esa aspiración, dejándola fermentar en el pecho, pero la imaginación no siempre estaba sujeta a la voluntad y a veces, cuando caminaba por la basílica y se detenía frente a los heroicos tributos de mármol consagrados a pontífices de otras épocas, cuando descendía a la cripta y observaba los sarcófagos donde yacían los restos de hombres que habían sido como él, su sed de inmortalidad modelaba un sitial de honor semejante para sus propios huesos, y aun un mausoleo cubierto de flores lozanas y siempre lleno de fieles, como el de Juan XXIII. La primera vez que bajó la rampa en espiral del Museo Vaticano y vio los nombres de los papas desplegándose como una interminable lista de honor en la balaustrada metálica, involuntariamente había añadido el suyo. ¿Podía uno lucir la biretta en la cabeza sin pensar que el oficio más digno era el papado? Cuando hablaba del pecado de soberbia con sus confesores, a menudo se debía a esa inquietud específica. De hecho, una vez, en la cama, había elegido el nombre con que lo proclamarían: Columbo I. Columbo por Italia y por su tierra nativa; Columbo por el hombre que llevado por la fe había surcado el océano ignorando el fin de su aventura; Columbo por el visionario que había unido continentes en el nombre de Dios.

Michael conocía sus límites. Introspectivamente se había observado para juzgarse: cómo reaccionaba ante la crisis; cómo actuaba ante los poderosos y los débiles; con cuánta imaginación encaraba los problemas financieros y administrativos; y su capacidad de identificación con las aspiraciones espirituales tanto de los pobres y analfabetos como de los cultos y decadentes.

Y había examinado las necesidades de la Iglesia, una Iglesia debilitada por sucesivos golpes de adentro y de afuera. La confrontación en Italia era seria pero en otras partes las cosas no iban mejor. La vieja proclama de universalidad era hoy más incierta que nunca. En verdad, la Iglesia nunca había predominado en Rusia o en Asia,

y los pocos territorios adquiridos ahora se desintegraban. Inglaterra, que había erigido su propia iglesia siglos atrás, no daba señales de añorar a la Madre Iglesia. En Europa, la larga decadencia del siglo veinte había continuado, acelerándose, pues el deterioro se había agudizado a causa de la rebeldía de ciertos teólogos y sacerdotes muy radicales y de una reacción adversa ante la inflexibilidad de Paulo VI en materia de moralidad sexual, control de la natalidad, aborto y divorcio. África, pese a la firme lealtad de los fieles, ahora parecía perdida, convulsionada como estaba por los dolores de parto y las luchas que no sin dificultad la llevarían a la autorrealización. Ni siquiera en el hemisferio occidental había muchas razones de consuelo. En América Latina la Iglesia enfrentaba la creciente hostilidad de los laicos, y en algunos países, confrontaciones con gobiernos izquierdistas. En los Estados Unidos y Canadá, la fe aún se mantenía viva y la cantidad de fieles era impresionante, pero la propagación del secularismo y un creciente rechazo al tradicionalismo y la autoridad estaban creando problemas.

Pero Italia, la capital de la fe, planteaba las mayores dificultades. En la larga batalla contra el comunismo, una jerarquía intolerante e inflexible había ahuyentado a la población en general. Muchos católicos devotos habían declarado que ya no recibirían instrucciones políticas de ningún sector de la Iglesia, incluido el papa, y miles votaban y trabajaban a favor de los comunistas en pro de una reforma social y legislativa. Y ahora, seguros en el poder, los marxistas ya no fingían colaborar con la Iglesia. Y si las fuentes de Lieberman estaban en lo cierto, éste era sólo el principio de la batalla.

Michael despertó de su ensueño cuando las conversaciones en el restaurante se acallaron de repente y se oyó la dulce voz de la mujer que los había recibido al llegar. De pie en el centro de la sala, hablando en francés y apenas audible, solicitaba a los comensales que participaran de un momento de devoción. Michael y Paolo recogieron de la mesa unos papelitos donde estaban mimeografiadas las palabras: Tous les soirs a 23 heures, ici a «l'Eau Vive», le chant des «AVE de Lourdes».

A cada lado de la anfitriona había dos mujeres jóvenes, hermanas de la orden, camareras, muchachas esbeltas de no más de dieciocho años, en cuya mirada se leía nerviosismo y en cuyas sonrisas vacilantes se adivinaba timidez. Una era africana y vestía una bata blanca y sencilla ceñida con una faja de color azafrán. Tenía el pelo estirado hacia atrás y sujeto con un círculo de cuentas diminutas. La otra era oriental, y el vestido era simplemente una funda de brocado malva claro, con un cuello muy alto. Las tres se pusieron a cantar con voces agudas y temblorosas, fijando los ojos en un pequeño e improvisado altar en el que ardían dos velas, en receptáculos de cristal ámbar. Entre ellas había una pequeña estatua de la Virgen.

Un jour Bernadette
ramasse du bois
avec deux fillettes
qui pleurent de froid
Ave, Ave, Ave Maria...

Las voces de las mujeres eran débiles, inseguras, quejumbrosas, pero con el refrán se les unieron otras.

Au pied de sa Mére
1'enfant qui la volt
apprend á bien faire
le signe de Croix.
Ave, Ave, Ave Maria...

Michael echó una ojeada a la sala. Un grupo de muchachas jóvenes había salido de la cocina y cantaba de pie contra la pared. Eran de origen diverso, y el color de la piel iba del negro al blanco, los ojos eran redondos o rasgados, el pelo enrulado o anudado bajo los pequeños gorros de cocina. Muchos hombres y mujeres de las mesas se les habían unido y cantaban con más o menos seguridad. Otros comensales observaban en silencio.

L'enfant la supplie
que dit votre coeur
«Je veux que Pon prie
pour tous les pécheurs.»

Ahora todos cantaban con más aplomo y el sonido reverberaba y ganaba en profundidad elevándose hacia el alto cielo raso. Michael miró alrededor. Las camareras que estaban en el centro de la sala habían olvidado su timidez y fijaban los ojos brillantes en la pequeña estatua. Las otras chicas cantaban también a todo

pulmón, la cabeza erguida, la voz más alta que la de los comensales, con una expresión de devoción inequívoca. Hemos estado hablando de nuestros problemas, pensó Michael. Del poder y la ambición, de coronas y continentes y mundos... y de la derrota. Pero la victoria está aquí: en la realidad de Dios, en los rostros de los que cantan.

-Ave, Ave, Ave Marta...-cantó.

5

En Londres, al terminar la semana, la niebla fría flotaba vacilante o bien se arremolinaba al soplar el viento. El vidrio y la piedra y el metal sudaban frío. Las calles resplandecían con un fulgor de neón, reflejando tiendas y faroles. A la hora de la cena las aceras solían estar atestadas. Se oían charlas festivas y risas frecuentes; esta noche el silencio era fúnebre. Hasta los taxis transitaban sin hacer ruido. La gente que iba a pie se aferraba el cuello del abrigo con una mano y con la otra empuñaba el

paraguas para protegerse del viento. No servía de mucho: la humedad penetraba los trajes, arrugaba las camisas, deshacía los peinados y acariciaba la piel con dedos fríos. Los que viajaban en taxi limpiaban las ventanillas para orientarse, y al descender se apresuraban a buscar un refugio agachando la cabeza como tortugas.

Su Eminencia, el cardenal Michael Maloney, se caló el sombrero, bajó por la portezuela abierta de la limusina que había ido a buscarlo a Heathrow y caminó hasta el hall del «Dorchester». Firmó el registro y se detuvo en el quiosco para comprar tres cigarros Havana Primero, un ejemplar de Playboy y -¡qué gran fortuna!- la edición dominical del New York Times. Mientras se dirigía al ascensor, un botones flaco y encorvado lo siguió como un acólito. Al llegar a la suite Michael le dio una propina, se sacudió el sobretodo perlado de humedad y lo colgó en el armario; abrió dos maletas repletas, las depositó para que se orearan y dejó el material de lectura en la mesa de luz. Luego se lavó las manos, se enjuagó la cara y bajó a cenar.

El maitre inmediatamente obsequioso al ver la pequeña franja escarlata en la base del cuello y la cadena que sostenía el crucifijo guardado en el bolsillo del chaleco- se inclinó, lo precedió solemnemente hasta una mesa apartada, lejos del ruido del tráfico y de la orquesta. Michael deseó haberse quitado la ropa de clérigo en la habitación. En Roma había tolerado cinco días de servilismo, y ya era demasiado.

Su llegada no pasó inadvertida. Era difícil no notar su presencia: más de un metro ochenta de alto, noventa kilos, y a los sesenta, erguido y con el vientre chato. La cara era expresiva y vigorosa; una cara irlandesa con ojos azulados, levemente cejijuntos, un labio superior ligeramente largo y el pelo negro y entrecano. Aun aquí, en el comedor principal del «Dorchester», donde no eran infrecuentes los huéspedes distinguidos (nobles, funcionarios y celebridades diversas), los ojos lo siguieron hasta la mesa, y una cuarentona lustrosa y enjoyada, después de examinarlo con ojos de jade, se volvió a su acompañante y murmuró: «Qué desperdicio.»

¿Tomaría un trago mientras esperaba? ¿Por qué no? El revoloteo de un abanico de menús y la presencia del encargado de los vinos. Al cabo de unos minutos le ofrecieron la botella, la descorcharon y la copa fue bautizada, agitada, olfateada y saboreada. Luego vertieron más del líquido dorado en la copa, la botella fue amortajada y sepultada en el balde y Michael al fin quedó libre de atenciones.

Untó un poco de manteca en una tostada, dio un mordisco y la dejó en el centro exacto de la lengua. Luego un sorbo de vino y combinó ambos sabores. Cuando masticó la tostada y gozó de los sabores por separado su mente involuntariamente ofreció una pequeña alabanza a la deidad cuya bondad había creado los frutos de la tierra y la agudeza de los sentidos.

Miró en derredor. Más de la mitad del comedor aún estaba vacío y la conversación era muy apacible. Los seis integrantes de la orquesta de cuerdas ejecutaban sin mayor entusiasmo un sexteto de Mendelssohn y los mozos y ayudantes, que a estas horas excedían en número a los clientes, estaban casi todos alineados a lo largo de las paredes, en sus respectivos puestos. Uno, al verlo mirar en derredor, empezó a caminar hacia él. Michael lo contuvo con un gesto y bebió otro sorbo de vino. No había apuro: Harry no debía llegar hasta diez minutos más tarde y se encontraba cómodo.

Michael estaba en Londres con la esperanza de conseguir algún dinero: específicamente, diez millones de dólares. Lo cual era bueno, y en verdad óptimo, salvo que él hubiera preferido que viniera de otra persona que no fuera lady Sophie Hambleton, la viuda de Rogers T. Hambleton, quien le había enviado un mensaje que la Cancillería de Nueva York había retransmitido al Vaticano en calidad de urgente:

«Ahora rehúsa terminantemente hablar con cualquiera que no sea usted acerca de su donación para un nuevo pabellón infantil en el hospital de St. Clare's».

Sophie Hambleton no había sido una candidata muy favorecida para la nobleza. Había conocido al futuro esposo en Toronto, Canadá, a los dieciocho años, cuando era camarera en un local nocturno de mala muerte y él hacía corretajes en un cuarto del hotel «Ford». Rogers, que había sido anunciador de radio y poseía una voz que podía hablar con idéntica convicción de catarsis y conciertos, en la década del cuarenta vendía acciones de minas canadienses sin valor, por larga distancia, a norteamericanos crédulos. Con el producto de esas operaciones llegó a controlar tres minas de oro agotadas de Ontario y emitió dos millones de acciones. A través de una serie de compras camufladas incrementó el valor de las acciones, vendió todas las que tenía en su poder, se casó con Sophie y se instaló en Costa Rica.

Hambleton invirtió en empresas legítimas los diez millones de dólares que había ganado en sus piraterías canadienses y en doce años triplicó su fortuna. Cuando murió -algunos pensaron que apropiadamente- de un infarto masivo frente a la Bolsa de Londres, Sophie, gorda y cincuentona y aficionada a los vestidos llenos de encajes y adornos y dos tallas más pequeños, de pronto se encontró como única propietaria de casas en Costa Rica y Nueva York, además de treinta y siete millones de dólares en bonos negociables y títulos. Rogers nunca le había dado mucho dinero para su uso personal y de inmediato empezó a comprar frenéticamente, para llamar la atención y de ese modo abrirse paso a lo que ella creía el jet set internacional. Compró un ruinoso castillo en Warwickshire y lo vendió a los seis meses («¡Ahí adentro hacía tanto frío!»), lo reemplazó por una elegante finca rural en las afueras de Londres, pagó casi un millón de dólares por un yate que había pertenecido a Aristóteles Onassis -notablemente deteriorado, comprobó más tarde- y compró suficientes diamantes y rubíes como para dar a su busto, ahora formidable, el aspecto del escaparate de una joyería de Manhattan. También fue estafada en varios cientos de miles de dólares por un exactor de Broadway dotado de una voz magnífica -parecida a la de Rogers-, a quien la alcoba de las viudas ricas le parecía más provechosa que las peripecias de su antigua profesión.

Al cumplir los cincuenta y cinco años, Sophie empezó a sentir atisbos de mortalidad: un creciente número y variedad de dolores y molestias en el pecho, los brazos y el estómago. Contemplando la posibilidad de que sus días estuvieran contados, evocó una versión algo expurgada de su piedad juvenil, en los tiempos en que asistía regularmente a la catedral de San José en Toronto. Un día, después de una mala noche, Sophie decidió donarle algo a Dios. Como era una mujer práctica, decidió que la beneficiaria de su generosidad fuera la archidiócesis de Nueva York y no San José; en parte porque si regresaba a Toronto para encarar una empresa de esa índole tal vez tuviera que conversar con las autoridades fiscales de Ontario y en parte porque llegó a la conclusión de que una mañana neblinosa en Nueva York había recibido una visita del Señor. Retrospectivamente decidió que el encuentro con la divinidad había ocurrido en la catedral de San Patricio como resultado de un sermón del gran cardenal Spellman (ella se desmayó en medio del sermón y tuvieron que llevarla afuera) y no lo relacionó con el hecho de que en ese momento sufría la resaca de una borrachera, acurrucada en un banco de la iglesia contra el musculoso Joe Di Maggio.

Después de pensarlo muy bien, Sophie concluyó que un trato equitativo era la solución: un pabellón de hospital a cambio de un alma limpia. Con los años había observado que su marido compraba a tantos funcionarios que no le pareció irrazonable

creer que se podía comprar a un cura a condición de salvar vidas infantiles y por una suma de veinte millones de dólares.

Hubo sin embargo una complicación. La oferta de Sophie incluía una exigencia: que al nuevo edificio lo bautizaran pabellón Rogers T. Hambleton e incluyera una estatua de bronce de Sophie; el escultor, a juzgar por el boceto, mejorando sensiblemente a la naturaleza, representaba a la viuda como una sílfide envuelta en ropas ondulantes, los brazos extendidos presumiblemente para abrazar a los niños del mundo, efecto en parte malogrado por la inclusión de la galaxia completa de collares y anillos de Sophie.

Michael anhelaba hacía tiempo la construcción de un pabellón infantil en St. Clare's, un maltrecho hospital de Manhattan, pero se negó a la inclusión de una Sophie perpetua. A lo sumo consentiría una pequeña placa de bronce con el nombre de la donadora. Sophie propuso una placa de bronce grande en el hall, con un bajorrelieve de sí misma, pero Michael fue terminante. A través de todas estas negociaciones él se había mantenido aparte, pero ahora no había manera de evitar una confrontación. El día siguiente por la mañana debía visitar a la dama en su finca rural de Convington. Sophie amenazaba renunciar y hacerles la oferta a los episcopales, una perspectiva nada halagüeña.

El comedor empezaba a llenarse. El ruido y la actividad se intensificaron. Los mozos iban de las mesas a la cocina con la eficacia de costumbre y la orquesta se esforzaba por imponerse al clamor de la conversación y el retintín de los cubiertos y la vajilla. El camarero de vinos se volvió al pasar para llenar la copa de Michael y continuó su camino. Cuando Michael levantó la copa para beber, vio que un hombre entraba en la sala, hablaba con el maitre y lo seguía, cruzando el recinto.

No podía ser Harris. En Princeton, Harris era apuesto como una estrella de cine: alto y esbelto, con una abundante melena de cabello grueso y ondulado, mejillas rubicundas, una sonrisa insolente y un inmejorable estado físico que era evidente en su modo de caminar. Pero el hombre que se acercaba era flaco como un cadáver, encorvado e indefinido. Hasta la ropa no era de Harris: un saco de tweed demasiado amplio y una corbata de lana mal anudada sobre una camisa parda.

Pero era Harris. Cuando Michael se levantó, el maitre dijo «Su huésped, Eminencia», y Michael estrechó la mano del desconocido y lo invitó a sentarse.

Un bronceado color caoba oscurecía la parte inferior de la cara del arqueólogo y hacía invisibles las innumerables y minúsculas arrugas de su piel apergaminada. Por encima de los ojos el color se volvía blanco alabastrino. Toscos mechones de pelo gris arena le atravesaban la coronilla desde la oreja izquierda. La boca era una larga línea sin labios que al sonreír se curvaba en las comisuras. Los ojos redimían la cara, la suavizaban; eran de un azul desleído veteado de motas ambarinas que parecían ópalos, pensó Michael. El hombre parecía amigable, pero no guardaba ninguna semejanza con el excompañero de estudios de Michael.

Miró a Harris y pensó en la crueldad del tiempo: un vándalo que destruía la belleza, momificaba la piel, empañaba los ojos, absorbía la vitalidad, encorvaba y arrugaba y debilitaba, ensañándose especialmente con las mujeres bonitas.

De pronto se preguntó cómo lo vería Harris. Obtuvo la respuesta de inmediato:

-Por Dios, te ves magnífico -dijo Harris-. Tal vez la castidad no es tan mala después de todo.

En esa broma cínica Michael reconoció al viejo camarada y los años transcurridos se disiparon.

-Puedo recomendártela -dijo, y añadió como réplica amistosa-: Aunque tú llegarías muy tarde.

-De adoptarla -dijo Harris con sequedad-, lo haría sólo porque no quedaba otro camino.

-Bueno, eso da el tema por terminado -dijo Michael-. Me alegro de verte.

Harris miró alrededor, examinando la sala y la clientela.

-Muy elegante -dijo.

-¿Dónde te alojas?

-A cinco minutos de camino pero a millas de distancia. «Haverford Arms». Dos libras por noche. Adelantadas, por favor... el baño está al final del pasillo. -Se acomodó en la silla.¿Podríamos llamar a alguien para que me traiga eso que tienes en la copa? Estuve todo el día en el Museo Británico, y te garantizo que eso le da sed a cualquiera.

Atendida esa necesidad, siguieron bromeando unos diez minutos, con mucha cordialidad y gran sentido del humor. Ordenada la comida, decidieron hablar con seriedad.

-Por teléfono dijiste algo así como que la historia se te había cruzado en el camino -dijo Michael, yendo al grano.

-¿Eso dije?

-Sí.

-Algo melodramático -dijo Harris- pero es un buen modo de expresarlo.

Atacó por un minuto el lenguado, bebió un largo sorbo de vino y retomó la conversación.

-¿Te dije que estuve en Israel? -preguntó. Michael asintió-. De licencia -dijo-. Luego, cuando me disponía a volver a los claustros, la, ¿cómo era eso?, la historia se me cruzó en el camino y me quedé. -Masticó reflexivamente otra porción de pescado.- En la lista aún figuro como emérito, pero los miserables le dieron el puesto a otro y me echaron.

-¿Cuánto hace? -Un año y medio.

-¿Y cómo te las arreglaste con el dinero?

-Me las arreglé sin él por lo general. Le saqué un poco a la «Fundación Ford», pero no estaba dispuesto a redactar un informe y, como es típico en ellos, no quisieron arrojar el pan a las aguas sin el papeleo necesario.

-Has excitado mi curiosidad -dijo Michael-. ¿Qué es ese proyecto que te trae tantos problemas?

Harris no respondió de inmediato, sino que sorbió el vino con lentitud y esbozó una media sonrisa. A Michael le pareció que

sus ojos vagabundeaban en un lugar lejano. Como el silencio se prolongaba, Michael insistió.

-Comentaste que querías hablar al respecto.

-Sí, en efecto. Dios sabe que lo necesito. Hace tanto que guardo el secreto que me está volviendo loco.

-¡Caramba! -dijo animosamente Michael-. Tanto misterio. Tanto suspenso. Cualquiera diría que desenterraste a Moisés. La sonrisa de Harris se ensanchó.

-Caliente caliente -dijo.

-Bueno, si piensas que voy a seguirte el juego -dijo Michael sin rudeza.

-Más tarde, tal vez -dijo Harris.

La charla derivó a la carrera de Michael, y Harris insistió en que era asombroso que el hombre que él había conocido se volcara al sacerdocio.

-A lo mejor no debí sorprenderme tanto -dijo-. Te dije algo por teléfono acerca de «Mingles» y cambiaste de conversación. «Mingles» era la señal de que terminarías siendo célibe.

«Mingles» había dado la medida de la diferencia de actitud de ambos hombres con respecto a las mujeres. Michael invariablemente se sorprendía del tipo de mujeres que atraían a Harris: «yeguas», las llamaba. No dejaban de tener sus atractivos. Su franca sexualidad incluso solía fascinar y aun excitar a Michael, pero eran -era el único modo de decirlo- baratas. Pese a la variedad tenían una serie de rasgos en común: conversación insípida, ropas muy ceñidas, risas excesivas, frecuentes e inmotivadas. Además, siempre se las arreglaban para descubrir connotaciones sexuales en los comentarios más ingenuos.

-¿Dónde encuentras a estas... yeguas? -le preguntó a Harris una noche, cuando yacían en la cama después de haber salido con un par de muchachas. La chica de Michael de pronto había decidido que al día siguiente tenía mucho que hacer y quería acostarse temprano, y la «yegua» de Harris, que estaba borracha y ya había demostrado una gran habilidad para las obscenidades durante toda la noche, había propuesto que los tres fueran juntos a un motel. «Lo llaman menagerie», añadió para convencerlos.

-Encuentras lo que buscas -dijo Harris-. Mira, tengo años de estudio por delante. Lo último que quiero en el mundo es meterme en serio con una mujer. Cuando salgo con una muchacha es para acostarme con ella. Tú no le pides nada y ella no te pide nada, y si la primera vez te sale bien es porque los dos lo querían. Nadie engaña a nadie.

-¿Pero qué se dicen? -protestó Michael-. Me aburriría tanto que me quitaría las ganas de llevarla a la cama.

-¿Qué nos decimos? -parodió Harris-. Para conversar te quedas en la facultad.

Michael, cuyas experiencias con mujeres eran limitadas y por lo general platónicas, reflexionó sobre lo que había dicho Harris y una semana más tarde le sugirió:

-¿Qué te parece si el viernes a la noche conseguimos un par de esas yeguas?

De modo que ese viernes, en el auto de Harris, viajaron a Trenton y se instalaron en el mostrador de un bar llamado «Mingles». A la segunda cerveza trabaron conversación con dos muchachas de la zona de Ewing. Harris, que conocía a una de ellas de alguna parte, le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo al mostrador. Michael se quedó con Charlene, que tenía diecinueve años y hacía trabajos de perfoverificación.

A lo sumo solía ser torpe en las charlas ligeras y eso no resultó precisamente una ventaja. La mesa a la que se sentaron estaba al lado de una pequeña tarima donde un cantante se esforzaba por que lo oyeran pese al bullicio del lugar. En esta contienda desigual lo ayudaba un amplificador ubicado detrás de la cabeza de Michael, y el sonido desdibujaba las palabras de Charlene como una ráfaga de viento.

Después de una ronda de cervezas, Harris sugirió que se fueran de allí, pero las chicas habían venido a beber y a jugar y a ver caras conocidas y no tenían intenciones de irse hasta no emborracharse un poco, por lo menos. Harris no se esforzaba por ocultar sus intenciones, y Susan, una pelirroja con cara de muñeca, a menudo le replicaba que conocía «a los de su calaña». Cada varios minutos Harris le guiñaba el ojo a Michael, se acercaba a Susan y le susurraba al oído. Ella escuchaba, hacía girar

Librodot

los ojos y lanzaba una carcajada, empujando exageradamente a Harris y diciendo: «¡Ay, eres terrible!» Luego tomaba a Michael de testigo: «Dime, ¿tu amigo no es terrible?»

Michael trató de iniciar una charla con Charlene: le habló del calor que hacía ahí adentro. Estaba empapado de transpiración. Ella respondió: «En esta pocilga siempre te ahogas.» Michael insinuó que Princeton perdería el sábado frente a Yale. Ella respondió: «Sólo estuve allí una vez en mi vida. Me llevó mi novio. Nunca pude darme cuenta de quiénes tenían la pelota.» ¿Ella opinaba que Roosevelt arrastraría a los Estados Unidos a la ,i guerra? Respuesta: «Hay tipos que porque tienen uniforme encima se creen cualquier cosa. Bueno, se equivocan... conmigo

por lo menos no van.» La cara se le iluminó cuando Michael le preguntó si le gustaba el cine. Su película favorita era Casablanca, con Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. Su actor favorito era Tyrone Power, y le seguía John Garfield. Michael que a lo sumo veía doce películas por año, pronto se quedó sin preguntas y además tropezó con el inconveniente de tener que pedirle a Charlene que repitiera casi todo lo que le decía. Ella pronto se cansó y desistió de la conversación, salvo por vagos cabeceos y algún ocasional «Sí, yo también».

Michael notó que hacía cinco minutos que Harris tenía la mano izquierda debajo de la mesa y que los ojos de Susan miraban con cierta fijeza. Cuando lo miró, Harris le guiñó el ojo y señaló a Charlene. Michael terminó la cerveza y pasó cinco minutos afirmando su resolución. Cuando la camarera plantó cuatro vasos llenos en la mesa y se alejó moviendo las caderas, Michael bajó la mano y se topó con la rodilla de Charlene. Era sorprendentemente fría, húmeda de transpiración. La miró como pidiéndole permiso, pero ella parecía desentenderse de lo que ocurría. Miraba a su alrededor y ladeaba la cabeza siguiendo el ritmo del órgano. Lentamente Michael empezó a deslizarle los dedos por encima de la rodilla, pero por mucho que se inclinó no pudo pasar de la mitad del muslo, y el filo de la pata de la mesa le lastimaba el antebrazo. Charlene, sin cambiar de expresión, acercó más la silla y se abrió de piernas, pero con eso Michael sólo ganó unos pocos centímetros. Vio que el cantante lo observaba con una sonrisa divertida y retiró la mano.

Harris golpeó la mesa con el vaso de cerveza vacío y gritó por encima del estruendo de la música, las risas, las conversaciones y el tintinear de los vasos: «Vámonos.» Las chicas empezaron a guardar polveras, cigarrillos y encendedores en las carteras y a pasarse rouge por los labios estirados. Mientras caminaban hacia la playa de estacionamiento, los hombres se demoraron y Harris susurró con apremio:

-Quieren ir al dormitorio estudiantil, pero al diablo con eso. Después no podríamos librarnos de ellas. Iremos a Carnegie Lake. Conozco un buen lugar. Maneja tú.

Cuando las muchachas supieron adónde iban estallaron las protestas. Harris se apresuró a calmar a Susan, y en el asiento trasero se oyó el ruido de cuerpos que se revolcaban, acompañado de risas y silencios. Charlene se limitó a expresar su disgusto diciendo con hosquedad:

-Por si no se dieron cuenta, llevo una falda blanca. Mejor que traigan una manta, eso es todo.

Carnegie Lake es parte de una zona parquizada de las afueras de Princeton, y la vegetación simula hábilmente el azar de una naturaleza idealizada, con la hierba y los arbustos bien podados, los árboles recortados y el agua apropiadamente azul. Michael estacionó bajo la copa protectora de un enorme sauce y Harris, con una manta bajo el brazo, los guió por una cuesta hasta una loma rodeada por varios arbustos en flor.

Apartó algunas ramas y las retuvo hasta que los demás pasaron y se encontraron con un pasaje sin salida prácticamente oculto. El aire estaba quieto y cálido, impregnado con el aroma de los cornejos, las lilas y la hierba recién cortada. Las estrellas parecían pegadas a las ramas de la arboleda y una luna roja se recortaba como una cimitarra contra el cielo negro.

Harris sacudió expertamente la manta y la tendió sobre la hierba. Michael estuvo a punto de proponerle a Charlene que se alejaran de los otros, y luego se acordó de la falda blanca. Se tendieron de costado y él la abrazó. Cuando ella le rodeó el cuello con los brazos desnudos, sus axilas despidieron un olor dulzón. Michael la besó con suavidad pero ella abrió los labios y le metió la lengua en la boca, exhalando un gusto a menta y tabaco. El sintió que los brazos de Charlene lo estrechaban y los muslos se le apretaban contra los suyos y el cuerpo se contorsionaba. Simuló apasionarse respirando hondamente, y jugueteó con la lengua. Le pasó la mano por la curva de la espalda, le aferró la cadera, luego trató de deslizar una mano entre ambos cuerpos. Ella se corrió para dejarle acariciar sus pechos y luego se echó hacia atrás, se desabotonó la blusa y volvió a besarlo con fuerza.

Cerca, a menos de un metro de distancia, oyó el jadeante susurro de Susan, «No, déjame», y entrevió que Harris se tendía encima de ella. Se sintió desesperado: su pene actuaba independientemente y permanecía fláccido dentro de los calzoncillos. Besó a Charlene con intensidad, metió la mano adentro del corpiño y acarició un pezón con los dedos. Pero no podía olvidar la proximidad de los otros, la irregularidad de sus jadeos y los pequeños gemidos y suspiros de Susan. Apartó la mano del pecho de Charlene y la deslizó hacia abajo. Le acarició el vientre chato y la zona púbica, cálida y firme, entreabriendo la mano. Pero no podía concentrarse, y saber que no iba a tener una erección le causaba pánico.

Dejó de besarla y tendió la cabeza al lado de la de Charlene.

-¿Quieres que te haga el amor? -susurró.

-Me da lo mismo -dijo ella.

-Entonces vete al infierno -dijo Michael, y se levantó.

Pasó entre los arbustos dificultosamente. Oyó voces -la de Charlene, más alta, y la de Harris- pero no entendió qué decían. Volvió caminando a la facultad, bañado en sudor, y cuando volvió Harris, una hora más tarde, fingió estar dormido. Ninguno de los dos volvió a mencionar el incidente.

6

Harris había asistido a la cena con la intención de compartir su hallazgo con Michael, pero una vez allí su resolución perdió vigor. El lugar era inadecuado, las interrupciones

demasiado frecuentes. Después de la cena fueron a beber una copa en la suite de Michael, y Michael notó que Harris estaba muy tenso. Mientras hablaba, se movía en la silla a cada momento y se levantaba con cualquier pretexto: para echarle hielo a su bebida, para ir al baño o para acercarse al ventanal y mirar la niebla. A veces sus ojos

revelaban distancia y preocupación. En un momento Michael le hizo una pregunta y Harris no respondió. Se la repitió y Harris tuvo un sobresalto.

-Lo siento -dijo para disculparse-. De veras, perdóname. Estaba pensando en otra cosa.

-¿No quieres hablarme acerca de ese asunto? -preguntó Michael. No era que quisiera saber qué atormentaba a Harris, sino que años en el confesionario le habían enseñado que la incapacidad para compartir una inquietud puede resultar opresiva-. Ya conoces el dicho -añadió, para impedir que el silencio se prolongara-: Los secretos no se guardan porque algunos son demasiado interesantes y otros no vale la pena ocultarlos.

-Este lo he guardado -dijo Harris, tal vez con demasiado énfasis.

Volvió a sentarse y estudió a Michael, evaluándolo, acariciándose con aire ausente el mechón de pelo que le cubría la coronilla. Michael sintió curiosidad. Pese a que no deseaba inmiscuirse en la vida ajena sin que se lo pidieran y solían aburrirlo extremadamente las revelaciones a que lo obligaba su vocación, estaba intrigado. El que estaba sentado enfrente y lo observaba como un búho suspicaz no era un hombre cualquiera. Estaba inquieto como un reo a la espera del juicio o un hombre cuya mujer está por dar a luz; de pronto, inexplicablemente, esbozó una sonrisa. La sonrisa se ensanchó.

-Bueno, si vas a disfrutar solo de la broma... -dijo Michael. Miró el reloj pulsera-. Se hace tarde.

Harris levantó la mano para detenerlo.

-No, espera, lo siento. Sí quiero hablar contigo. -Le brillaban los ojos.- Como dicen, sino confías en el cura, ¿en quién vas a confiar?

-No esperarás que comparta el dicho -dijo Michael reclinándose en la silla.

Harris echó un vistazo a la habitación como si buscara sus propias palabras.

-No creo que te guste lo que tengo que decirte.

-Haz la prueba.

-Bueno, lo sabrás de inmediato -dijo Harris. Volvió a sentarse y clavó los ojos en los de Michael-. Descubrí la tumba de Jesús de Nazareth -dijo con voz suave pero trémula de excitación.

Michael sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. -¡La tumba de Jesús! Felicitaciones.

-Gracias -dijo Harris, con aire imprevistamente divertido. ¡La tumba de Jesús! Maravilloso, pensó Michael. A menudo había ansiado que la descubrieran. Nunca lo habían impresionado las presunciones de la tumba del jardín, en las afueras de la ciudad vieja de Jerusalén. Todo olía a set cinematográfico: el jardín cuidado con escrúpulo, la pintoresca losa de piedra a la entrada de una caverna; y en las cercanías, el que llamaban Calvario del Gólgota -Golgotha, «el lugar de la calavera»-, con la ladera estratificada y llena de cavidades, que al ojo crédulo le revelaba vagamente una forma de cráneo humano cuando la luz le daba favorablemente. Era como muchos de los «lugares sagrados» de Israel: históricamente sospechosos o llanamente fraudulentos, lugares a veces explotados por órdenes religiosas competitivas, que apestaba a industria turística y obviamente habían sido designadas «auténticas» unos años atrás, por algún funcionario imaginativo y ansioso de satisfacer las expectativas de los peregrinos.

-Cuéntame -le dijo-. ¿En qué parte de Jerusalén? Harris titubeó, arrugó el ceño, frunció los labios.

-Mejor empiezo de nuevo. Lo que descubrí son dos de las tumbas en que sepultaron a Jesús, y...

-Un segundo -dijo Michael, cambiando la expresión-. ¿Dijiste dos de las tumbas?

Harris sonrió desganadamente.

-En realidad había tres.

Michael escudriñó los ojos de Harris, buscando una señal que indicara un engaño (del cual no le creía incapaz), pero Harris sólo manifestaba un súbito abatimiento.

-¿No es otra de tus bromas?

-Créeme.

Michael movió la cabeza como para aclararse las ideas. -Entonces tienes que ser paciente conmigo. Estoy bastante confundido. -Harris iba a hablar pero Michael insistió, con cierta irritación:- ¿Es decir que has descubierto la tumba de José de Arimatea?

-Bueno, en realidad no.

-Pero dijiste que habías descubierto la tumba de Jesús. Harris suspiró pesadamente.

-Mira, es complicado. Déjame empezar otra vez.

-Por favor.

Harris lo miró con severidad. -¿Sin interrupciones?

Michael arqueó las cejas y abrió las manos como diciendo: «Naturalmente».

-Lo que he descubierto -dijo Harris hablando con lentitud son dos de las tres tumbas en que sepultaron a Jesús. Estás en lo cierto: después que bajaron el cadáver de la cruz, y aquí concedo que el registro bíblico es confiable, lo depositaron en la nueva tumba de José de Arimatea. Sin embargo, dos días más tarde, al alba, ya no estaba allí...

-Precisamente -dijo Michael, sorprendido de la acritud de su propia voz-. Había resucitado.

-Temo que no -dijo Harris con suavidad-. En verdad, habían robado el cuerpo para trasladarlo a otra tumba, la tumba familiar de Simón Cirineo, la cual descubrí en Jerusalén. Más tarde, después de una nueva sepultura ceremonial, lo trasladaron a una cueva cerca de Qumran.

-¿La comunidad esenia? Harris asintió.

-Sí, donde descubrieron los rollos del mar Muerto. Michael sintió un escozor en el cuerpo y luego un arranque de furia. ¿De qué hablaba Harris? ¿Tres tumbas? ¡Y una nueva sepultura! El conocía las costumbres judías de la época: cuando moría el miembro de una familia, ungían el cuerpo con hierbas y especias y lo depositaban en una ala de la tumba durante un año, para que se descompusiera. Luego juntaban los huesos y, en una ceremonia formal, los depositaban en un recipiente de piedra caliza que llamaban osario, si la familia podía pagarlo. ¿Pero qué tenía que ver todo esto con Jesús?

Harris se levantó y empezó a caminar.

-Es la primera vez que lo cuento y temo que lo cuento mal -dijo-. En realidad, estoy dudando de que deba contarlo siquiera.

-¿No pretenderás interrumpirte ahora?

-Es una larga historia...

-Dime lo esencial, entonces... Harris miró su reloj

-No creo que sea el momento oportuno. Y ciertamente es ya muy tarde...

Michael se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas abiertas, la mandíbula erguida, los ojos acerados. Su aspecto era formidable.

-Harris -dijo con voz perentoria-. En serio... Dices que has descubierto la tumba de Jesús... las tumbas, dices tú. ¡Y de pronto propones dejar la conversación como si hubieras estado hablando de la muerte de una tía lejana! Seré franco contigo, y no pretendo ofenderte. Si no fueras quien eres, supondría que se trata de un fraude. Pero obviamente hablas en serio. No eres un neófito en tu profesión, así que debo tomarte en serio. Pero realmente, Harris, a juzgar por lo que has dicho hasta ahora, o te equivocas o estás confundido. No sé qué más pensar.

-Lo sé, lo sé. Tu reacción no me sorprende. Es una historia increíble. -Se contuvo un momento y luego se encogió de hombros.- Qué diablos, ya que hemos empezado... Hay un nuevo proyecto habitacional en la zona del monte Escopo en Jerusalén. Hace dos años, en abril, un obrero estaba apartando escombros con un azadón y levantó una piedra grande. Debajo estaba la apertura de una tumba. No es raro; sucede con frecuencia.

-Sí, lo sé.

-En este caso, el obrero llamó al capataz, quien telefoneó al Departamento de Antigüedades. Como no había nadie yo atendí la llamada. Había estado seis meses en el Colegio Norteamericano de Estudios Orientales y había trabajado para el departamento. Me conocen, así que partí de inmediato.

»Cuando llegué al lugar, ya había un par de judíos ortodoxos. Sabes cómo son: la chaqueta larga y negra, el sombrero de alas anchas, la barba, las coletas. Descubres una tumba y siempre viene alguno para ponerte dificultades con los huesos...

-Es un problema religioso -dijo Michael algo irritado-. A la gente le disgusta que no respeten sus creencias.

-Bien, sea lo que fuere, me deslicé en el agujero y me encontré en un recinto de seis por seis con tres cámaras funerarias a cada lado. Lo primero que noté es que justo a la entrada había cinco osarios ubicados al azar. Si me permites anticiparme: la conclusión a que se llegó más tarde era que la familia tenía razones para pensar que la tumba sería profanada, presumiblemente por soldados romanos, y se disponía a trasladar los osarios.

»Los registré. Cuatro contenían huesos, tres de ellos varios esqueletos. Nada extraordinario. El quinto osario sin duda se había utilizado, pero estaba vacío, salvo por el fragmento de una flor seca. En un rincón había un diente, un molar.

»No tenía idea de la importancia del descubrimiento; simplemente sentía curiosidad. Me acuclillé ahí adentro y de pronto todo se transformó en un acertijo. ¿Por qué este único molar en el osario vacío? Examiné uno por uno los cráneos y las mandíbulas, y donde faltaba un molar traté de insertar el que había encontrado. No encajaba en ninguno. Dejé todo como lo había encontrado y me senté con el diente en la mano, midiendo todas las posibilidades.

-¿Estás diciéndome -interrumpió Michael- que ésta era la tumba de José de Arimatea y que...?

-No, no, no -dijo rápidamente Harris-. Sabemos que no era la tumba de José. Pertenecía a una familia llamada Yehuda. Eso se estableció más tarde.

-Sigue adelante.

-De todos modos, ahí estaba, sentado en el suelo, tratando de volver al siglo uno con la imaginación, tratando de hacer una reconstrucción razonable de los hechos. La explicación más sensata en cuanto al diente era que en el osario vacío había habido huesos y que los habían sacado apresuradamente y en secreto. Si no apresuradamente, ¿por qué habían pasado el diente por alto? Si no en secreto, ¿por qué no habían llevado el osario? Obviamente porque era demasiado grande, demasiado evidente. Uno se da

cuenta de lo urgente de la situación si piensa que un buen judío no removería los huesos de una sepultura sin motivos de peso.

Volvió a sentarse frente a Michael. Los recuerdos le habían devuelto el color. Michael lo miraba inexpresivamente.

-Sigue adelante -le dijo.

Harris inhaló profundamente y prosiguió.

-Me habría entumecido de quedarme sentado en la misma

posición, de modo que me corrí. Por primera vez, el rayo de la linterna cayó oblicuamente en un extremo del osario y vi algunos trazos. El tiempo los había borroneado pero pude descifrarlos. Michael apenas se atrevió a formular la pregunta:

-¿Era un nombre?

-A menudo hay un nombre tallado en un extremo, pero en este caso no. Sólo estas marcas. Tomé una página de mi libreta y las calqué con papel. Así y todo no me dijeron mucho. Era como si alguien hubiera tallado una m minúscula con el piquito de la izquierda más alto y menos redondeado que el otro. Debajo de la m había una U invertida, trazada groseramente, con el símbolo del pez en el centro...

-¿El símbolo usado por los primeros cristianos?

-Sí. Pero para terminar, un poco más abajo y a la izquierda estaba la palabra aramea para esenio.

Harris se metió la mano en un bolsillo y sacó una abultada cartera. Extrajo un trozo de papel plegado y se lo pasó a Michael. -Este es el calco que hice.

Mientras Michael lo estudiaba con suma atención, Harris continuó:

-Informé de mi hallazgo al departamento, pero no mencioné el diente. El Israel Exploration Journal publicó un artículo al respecto, pero sin demasiada exaltación. Hace años que vienen descubriendo tumbas cristianas del siglo uno. Los cuatro osarios, con los huesos, fueron enterrados apropiadamente, y el quinto está con algunos otros a la entrada del Rockefeller de Jerusalén. -Sonrió.- No tienen idea de su importancia, pero ya la tendrán. Sin duda.

Michael le devolvió el papel sin comentarios. Se esforzaba por conservar la compostura. Aunque calmo por fuera, era víctima de emociones conflictivas: una excitación creciente, un espanto helado, una furia irracional.

-¿Pudiste descifrar los trazos? -preguntó con voz neutra. -No en casi tres meses. Realicé muchas lecturas en los descubrimientos de Qumran, había realizado otras antes, por supuesto, y visité varias veces el Altar del Libro, donde conservan los rollos del mar Muerto, quizá con la esperanza de ver inscripciones similares. Hablé con algunos de los hombres que habían trabajado con los rollos. Hice averiguaciones por todas partes. Fui a Qumran e hice un examen escrupuloso, especialmente de las piedras cerca del scriptorium. Creo que miré casi todas las piedras de la zona. -Movió la cabeza, haciendo memoria.

- No sé por qué me tomé tanto trabajo. Era como una especie de compulsión. Hacía dos mil años se habían llevado unos huesos de la tumba de una oscura familia judía de Jerusalén, en circunstancias misteriosas. ¿Y qué? Realmente no entiendo qué me impulsaba a seguir adelante. Si fuera creyente pensaría que era por inspiración sobrenatural. Y no puedo justificar lo de quedarme con el diente. En Israel es un delito quedarse con una antigüedad sin permiso oficial. -Sonrió amargamente.- Solía conservarlo en el bolsillo... una especie de amuleto.

»Ese día en Qumran también lo tenía en el bolsillo. Estaba de pie en el armazón de madera que reproduce la torre original, echando una ojeada. De pronto comprendí que las montañas del oeste se parecían a la m dentada y achatada del osario. No puedo

describirte lo que sentí. Empezaba a advertir que mi corazón no andaba bien del todo, y recuerdo que estaba preocupado porque latía con demasiada fuerza. Busqué en mi cartera el calco y lo alcé comparándolo con las montañas. ¡Sí, no había duda alguna! Allí, en la relación adecuada con las montañas y el lugar donde yo estaba, había un promontorio en medio de la llanura, en realidad una colina. Era obviamente la U invertida de las inscripciones.

Michael quiso formularle una pregunta, pero Harris lo contuvo con una mano temblorosa. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas encendidas.

-Supe, lo supe sin duda alguna -dijo, elevando dramáticamente la voz-, que en alguna parte de esa montaña se encontraban los huesos del hombre que había estado sepultado en ese osario vacío de Jerusalén.

»Tomé un cuarto en el hotel «Intercontinental» de Ammán, en Jordania y pasé los ocho días siguientes escalando la elevación. Nada. Ni una cueva, ni una hendidura, ningún escondite donde enterrar algo. El asistente, el que vende las entradas, empezó a tomarme el pelo. Solía recordarme, como si yo no lo supiera, que la zona había sido recorrida Dios sabía cuántas veces por equipos de arqueólogos, por tropas israelíes, y por los anzbarri, la palabra significaba cabras montañesas, los beduinos.

»Dividí el área en secciones y en lugar de investigar indiscriminadamente recorrí cuidadosamente cada segmento. -Clavó los ojos en Michael.- Como era apropiado, descubrí el lugar un domingo. Levanté una roca bastante grande instalada sobre un agujero, y abajo descubrí la entrada de una caverna. Había una segunda roca, más pequeña, y no sin esfuerzo conseguí moverla. -Pestañeaba nerviosamente y la voz le empezaba a flaquear. No puedo describirte lo que sentía: era como si me fuera a desintegrar. Estaba literalmente consumido por la excitación.

»Bajé dentro del agujero y me encontré en una cueva de no más de tres metros de diámetro, cavada en la roca. Saqué la linterna del bolsillo, y temblaba tanto que se me cayó. La encontré y la encendí. Allí, en el centro de la cueva, en una cuenca de escasa profundidad tallada en el suelo, había una pila de huesos; no sólo amontonados, sino dispuestos cuidadosamente: los más largos abajo, y en la cima un cráneo.

»Me senté un minuto, conteniendo el aliento. Luego recogí el cráneo y le di vuelta. Mike, tal vez puedas imaginar lo que sentí cuando vi una cavidad vacía en el maxilar superior. Me metí la mano en el bolsillo, saqué el molar y lo metí. ¡Y, Michael, encajaba a la perfección!

Se calló, boquiabierto, respirando pesadamente. Tenía la cara cubierta de manchas rosadas, los ojos relucientes. No miraba a Michael sino hacia otro lado, como si volviera a ver el cráneo brillante en su mano y nuevamente tuviera la sensación de introducir el diente en la cavidad ósea como una llave en la cerradura. Michael advirtió que también él estaba temblando y que tenía las cejas arqueadas desde que Harris había llegado a la culminación de su historia.

Pero, pensó de pronto, nada de lo que había dicho Harris servía para identificar los huesos como pertenecientes a Jesús. -Harris -dijo con lentitud-, lo que me has contado es fascinante, totalmente fascinante. ¿Pero cómo se relaciona con Jesús? Sin duda no vas a hacer ninguna afirmación basándote en un símbolo cristiano tallado en un osario vacío, y un esqueleto en una antigua cueva que...

Harris levantó una mano.

-Mike -dijo-, ¿puedes esperar un minuto? -Michael guardó silencio. Harris recobró la compostura y prosiguió.- Hay más -dijo.

Ahora hablaba con voz apagada, como si los recuerdos lo hubieran despojado de todas sus energías.

-Había un manuscrito. Yacía al lado de la cavidad donde estaban los huesos. Estaba envuelto en lo que fue un manto de lino, El manto estaba casi deshecho y el manuscrito estaba en condiciones muy frágiles. Ansiaba desenrollarlo, pero desde luego era imposible hacerlo en la cueva, (le modo que lo dejé allí, salí, tapé la entrada con la roca más grande y volví a Ammán. Compré una caja de madera por medio dólar y conseguí un poco de algodón absorbente y un rollo de polietileno. Contraté un árabe con una camioneta, y la tarde siguiente volví a la cueva. Al árabe lo hice esperar afuera, por supuesto sin decirle nada, mientras empacaba el manuscrito y los huesos. Luego cerré la caja con clavos y se la hice llevar a la camioneta.

»Tuvimos que esperar el anochecer para volver a Ammán. Qumran está en la margen izquierda ocupada y los israelíes han tendido alambradas a lo largo del Jordán. Se puede cruzar por el puente Allenby y correr el riesgo de una inspección. A veces uno pasa directamente, pero no quise correr riesgos. Dejemos de lado los detalles; baste con decirte que el hombre me devolvió a Ammán sin problemas.

»Una vez en el hotel cerré la puerta con llave, despejé una gran mesa y con mucho cuidado traté de desenrollar el manto. Prácticamente se desintegró. Sin embargo, el manuscrito en sí estaba en condiciones increíblemente buenas. Lo habían dañado un poco los insectos, tenía los bordes deteriorados y, en general estaba descolorido, pero el buen estado era asombroso. Traté de desenrollarlo, puedes imaginar con cuánto cuidado, pero era demasiado riesgo. Sin embargo pude leer las palabras iniciales. Estaban en arameo y escritas con descuido; era obvio que las había inscripto apresuradamente una persona no muy culta. Logré descifrar la primera oración. Decía: Yo, Shimon ben Yehuda, llamado a ser un apóstol de Yeshuah ben Yoseph, en la víspera de Shabat del año... No me atreví a leer más. Temía que el documento se desmenuzara o rompiera si seguía desenrollándolo...

Michael lo interrumpió sin ocultar su frustración.

-¡Por Dios, Harris! Estás estirando la historia como si fuera una novela policial barata.

-Lo siento -dijo Harris-. Pensé que querrías conocer todos los detalles.

-Bueno, sí -dijo Michael, calmándose-. Pero más tarde. Ahora me gustaría que fueras al grano.

-De acuerdo -dijo Harris, con voz conciliatoria-. Pasó un mes antes que desenrollara el manuscrito. Me quedé en Ammán, alquilé un extractor de humedad y trabajé lenta y cuidadosamente...

-Harris... -lo urgió Michael, con voz crispada.

-Lo siento. El autor del manuscrito, como te decía, era el apóstol a quien en el Nuevo Testamento se conoce como Simón el Zelote. Como sin duda sabes, los zelotes eran un grupo de judíos rebeldes que querían promover una revuelta contra los romanos. Gente de temer, sin duda. Al parecer Simón, que era un auténtico seguidor de Jesús, creía que si se simulaba la resurrección de Jesús anunciada tantas veces por el maestro, estallaría la chispa necesaria para iniciar un levantamiento general. Desde luego, no creía que Jesús fuera a resucitar; como sabes, ninguno de los discípulos lo creía. Así que, durante la noche, él y otros tres zelotes sorprendieron al guardián de la tumba, lo mataron, ocultaron el cadáver, corrieron la piedra de la abertura y se llevaron el cuerpo de Jesús. Lo trasladaron a la tumba familiar de Simón, lo depositaron en una de las celdas y lo sellaron con roca y argamasa.

»El levantamiento que habían esperado nunca tuvo lugar, por supuesto. La historia del robo del cuerpo se difundió, y el plan concluyó allí. Un año más tarde,

Simón hizo fabricar un osario, tomó los huesos ya limpios y llevó a cabo una ceremonia para enterrarlos.

-Pero los miembros de la familia sin duda le hicieron preguntas.

-Probablemente. Lo ignoro. Me imagino que les habría contado que el muerto era uno de los jefes de los zelotes, o algo por el estilo, y que debían dejarlo en paz. Lo ignoro. En todo caso, sí estoy casi seguro de que poco antes de la primera revuelta judía, en el año 29, cuando los romanos profanaban las tumbas judías como represalia, Simón y sus hermanos planearon trasladar los huesos familiares a un sitio seguro, y trasladaron los de Jesús. A los otros no pudieron sacarlos nunca. Sólo cabe presumir que los mataron antes. En Jerusalén, esos eran tiempos turbulentos.

Los dos hombres guardaron un silencio que se prolongó indefinidamente, mirándose a los ojos. Harris parecía totalmente agotado. El cansancio le pesaba en el cuerpo y en la mente. La vehemencia de Michael había cedido, y sus pensamientos vagaban lejos. Veía una minúscula cueva en el desierto, no hollada en casi dos mil años, silenciosa, fría y seca. Y una pequeña pila de huesos en el centro de ella.

-¿Taxi, jefe?

¿Dónde estaba? Miró a su alrededor como si despertara de pronto. Era difícil ubicarse en la niebla. Ah, allí estaba la puerta de «Black Lion»; estaba en Bayswater Road. La garúa le había pegado el pelo a la cabeza, goteándole por la nariz y la barbilla y formándole surcos helados en la nuca. Los pies chapaleaban dentro de los zapatos y las botamangas de los pantalones estaban empapadas y se arrastraban por el suelo. De pronto se sintió aterido y fatigado y empezó a temblar y no pudo contenerse.

-¿Taxi, jefe?

La voz era insistente: mientras caminaba, un taxi lo seguía. Entró al coche y dijo:

-Al «Dorchester,.

El chófer, ojeando el cuello clerical, lo inspeccionó cuidadosamente y luego dijo:

-Cómo no, al «Dorchester».

Michael miró el reloj cuando pasaron frente a un farol callejero: las tres. Harris se había marchado a medianoche, cuando el tañido de las campanas de una iglesia vecina les dio la oportunidad de interrumpir la charla. Michael estaba muy alterado y no quería seguir. Además no estaba de ánimos para una discusión. Harris tampoco demoró su partida cuando se incorporó, y comentó que tenía que terminar un trabajo antes de acostarse. Una vez revelado el secreto, Harris parecía sumido en un letargo. Cuando se detuvo en la puerta para despedirse, dijo con una media sonrisa:

-Tal vez debí callarme la boca.

-Tonterías -dijo Michael, tal vez con demasiado énfasis-. No hay problema. De veras. ¿Desayunas conmigo?

-Sí -dijo Harris. Cuando extendió la mano le pareció fuera de lugar-. Bueno... -murmuró.

La intención original de Michael había sido gozar de una cena tranquila y luego, con el calor del vino y de la saciedad, refugiarse en la suite, leer el tan publicitado artículo de Playboy acerca de la infiltración de la CIA en el partido comunista italiano, hojear el Times y dormirse temprano. En cambio, aquí estaba, muchas horas después, las ropas húmedas apiladas en el embaldosado, inmerso hasta la barbilla en la enorme bañera. En el agua había dejado de tiritar y ahora yacía inmóvil, agradecido por el calor y la lucidez recobrada.

Había revisado una y otra vez la historia de Harris, buscando lagunas, rastreando las incoherencias que justificaran el rechazo con que ansiaba sancionarla. Pero no encontraba nada. Si Harris sólo hubiera descubierto los huesos, la historia habría sido poco creíble, pero estaba el manuscrito. En arameo, había dicho. Por supuesto; era la lengua común de la época, la lengua franca, la lengua que hablaba el mismo Jesús.

Todo el relato estaba investido de una inquietante verosimilitud. Las historias de la resurrección en los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles siempre habían preocupado a los estudiosos. En los textos había innegables contradicciones, obvias interpolaciones, partes que no encajaban, otras que

evidentemente eran añadidos de otros autores. Años antes, preparándose para la Pascua, y en parte como ejercicio para conservar su fácil lectura del griego, había procurado sintetizar los cinco relatos v había desistido porque la tarea le pareció casi imposible. No había modo satisfactorio de conciliar ¡as diferencias.

Era probable que Simón hubiera resuelto robar el cadáver. En los textos era claro que ninguno de los apóstoles se tomaba en serio la predicción de Jesús acerca de su resurrección; lo dudaron hasta la última vez que cenaron juntos, la noche del arresto. No había ninguna indicación de que alguno se hubiera aventurado a visitar la tumba después de la sepultura. (Era imposible que eso se debiera al sábado: Jesús sin duda ya había dicho lo suyo acerca de esas restricciones.) Y si uno tomaba los datos del Nuevo Testamento como sustancialmente ciertos, era evidente que los apóstoles subestimaron las diversas noticias que recibieron. Después que María Magdalena les dijo a Pedro y Juan que la tumba estaba vacía, ellos corrieron al lugar, entraron y volvieron a la ciudad «perplejos». La misma María, aún después que «los jóvenes de radiante indumentaria» le dijeron que Jesús no estaba muerto sino resucitado, volvió a la tumba, y al ver a Jesús en las sombras (confundiéndolo con el jardinero) le preguntó qué había hecho con el cuerpo. Y además estaba esa curiosa historia acerca de los ancianos judíos y los guardias conspirando para confirmar que el cuerpo había sido robado por los discípulos. Mateo dice: «Y hasta hoy esa es la historia entre los judíos».

En el comienzo de sus estudios Michael había pasado por alto los problemas del texto. Había concluido que reflejaban la inevitable confusión consiguiente a las circunstancias del arresto y la crucifixión, particularmente con los discípulos -temerosos de sufrir el mismo fin- ocultos en las casas. Los detalles, había decidido, no eran tan importantes. Lo importante era lo que los prosélitos de Jesús habían hecho después de la muerte del Maestro. Esas gentes miserables y semianalfabetas, mezquinas, obtusas y serviles, de pronto se habían convertido en hombres inflamados de celo y coraje. Esa era la prueba de la resurrección. Al margen de lo que hubiera ocurrido, el hecho innegable de la transformación de estos hombres era un misterio insoluble. Y ya fuera que Dios había hecho latir literalmente el corazón del crucificado, o que el cuerpo redivivo no fuera como el que había usado durante treinta y tres años, o que la resurrección fuera la persistencia de su espíritu de un modo incomprensible en nuestra actual condición, era secundario. Misterio inefable, Jesús vivía.

Y los discípulos estaban tan seguros de ello que estaban dispuestos a jugarse la vida.

Luego lo asaltó el pensamiento que le hizo estremecer pese al agua de la bañera. Si el esqueleto de Jesús había sido hallado, en efecto, y era esa pila de huesos encontrados en una cueva, un cráneo sonriente, hasta algo tan terreno como un diente perdido -todo lo que quedaba después que el tiempo y el deterioro habían hecho su trabajo-, Michael sabía que podía afrontar una realidad semejante, ¿pero los otros?

¿Podía afrontarla la Iglesia?

Era vano argumentar que no había diferencia esencial en que el cuerpo de Jesús hubiera resucitado o no: claro que había diferencia. El apóstol Pablo lo había declarado con toda concisión: «Si el Cristo no se levantó de entre los muertos, es vana nuestra fe.» Aunque uno insistiera en que la resurrección era esencialmente una revivificación del espíritu de Jesús, el argumento perdía fuerza si uno podía visitar un museo y ver los huesos -¡nada menos que los huesos!- y saber que no había triunfado sobre la muerte; que, como a cualquier otro hombre, se le había parado el corazón, que los impulsos cerebrales y nerviosos habían vacilado hasta detenerse, y que pese a la mirra y el áloe y al espicanardo, pese a la mortaja impregnada de especias, la carne por fin se había corrompido y sólo habían quedado los huesos.

Sin duda la Iglesia podía afirmar: Sí, allí están los huesos, pero aquí vive el cuerpo y su verdad. Aquí, en ideas que no se han debilitado con el tiempo, aquí, en una vida sin parangón en la historia, aquí, en el alimento que nos ofrecen los santos de todos los siglos, aquí, en los milagros obrados por su espíritu eterno, está el Cristo. ¡Claro que la Iglesia podía decirlo! Sí, ¿pero lo creerían aun aquellos dispuestos a creer? ¿Qué pensamientos se introducirían durante la misa, cuando el suplicante sintiera la hostia en la lengua y le dijeran que era el mismo cuerpo de Cristo? ¿Qué pensamientos oscuros e insidiosos se deslizarían cada vez. que el cáliz fuera. alzado en el drama de la Eucaristía? ¿La duda no se entrometería en cada servicio y acecharía en cada catedral? ¿La Pascua no se transformaría en una burla? ¿Cada cántico de fe victoriosa no se volvería discordante? ¿Cada crucifijo de cada pared de cada casa y cada parroquia no parecería absurdo? ¿La duda no envenenaría cada plegaria? ¿No amargaría el diario pan de la comunión con Dios? Ave María, llena eres de gracia... Si el hijo es dudoso, ¿qué ocurre con la madre? ¿Ella, después de todo, había ascendido al cielo sin conocer la muerte, intocada por la corrupción? ¿Pronto no se descubrirían los huesos de ella en otra antigua cripta? ¿El traje oscuro del sacerdote y el hábito sombrío de la monja no simbolizarían quizás el luto por una deidad muerta?

Michael podía afrontarlo. ¿Y los otros?

Y él, ¿podría enfrentar el ataque que sin duda encabezarían los enemigos de la Iglesia? Oh, la alegría maliciosa y exultante que cundiría en sus pechos, esa turba ruidosa y demoníaca. Considera el desprecio que recibirás, cómo curvarán los labios, las denuncias que se propagarán, las diatribas que se confundirán. Cuántas cartas a los editores, cuántas vindicaciones, cuántos tratados, cuántos libros irán a la imprenta. Ay, y la prensa. Dorothy Parker una vez participó en un certamen entre escritores colegas para diseñar el titular periodístico más sensacionalista. Había ganado con las palabras ¡EL PAPA ESCAPA! Pero aun semejante escándalo carecería de importancia el día que Harris diera a conocer su hallazgo. No habría titulares que alcanzaran para los diarios. ¡Y la televisión! Todos los programas tendrían prioridad. ¿Qué eminencia no sería citada, del papa al presidente, al político, al profesor, al erudito ya] mero repetidor? Jesús había encomendado a los discípulos que llevaran el mensaje de la vida eterna a los lugares más recónditos de la tierra, v con el paso de los siglos así se había hecho. Pero el mensaje de su muerte recorrería el planeta en milésimas de segundos, y hombres y mujeres que nunca habían sabido de su existencia se enterarían de esta nueva.

-Creo que tengo una solución para ti -dijo Michael. Estaban desayunando. Harris cortaba el salmón ahumado con evidente placer, y Michael jugueteaba con los huevos revueltos. Se había recobrado del asombro y depresión de la noche anterior. Era de esperar algo así, después de las malas noticias de Josh Lieberman, la seriedad de la enfermedad del Santo Padre y de vislumbrar la posibilidad de que lo llamaran para sucederlo. No era de extrañar que su fe hubiera vacilado un instante.

-¿Una solución? -preguntó Harris.

Harris no estaba tranquilo. Después de dejar la suite de Michael a medianoche, había caminado hasta el hotel por las calles brillosas y desiertas, sintiéndose un traidor, sintiendo que había lastimado a un amigo, que había cometido un acto sórdido que de algún modo lo manchaba. No sabía de antemano cuál sería la reacción de Michael, por supuesto, y al principio se había

concentrado tanto en sus propias evocaciones que no había advertido el efecto que podía producir en su interlocutor. Michael había intentado simular su turbación, pero su cara había empalidecido y la voz era forzada y los modales algo rígidos. Esta mañana, sin embargo, cuando se encontraron en el hall y fueron a desayunar, parecía sereno.

-Anoche decías que no sabías adónde ibas a trabajar al volver a casa -dijo Michael.

-Así es.

-¿Por qué no te quedas conmigo? Vivo en un lugar muy grande. Allí no hay nadie, salvo mi sobrina, un ama de llaves y dos secretarios. Sacerdotes.

Harris cortó un poco de salmón y lo mezcló con la manteca antes de responder.

-Es muy generoso de tu parte -dijo sin comprometerse.

-Hay un cuarto de huéspedes. Alejado. Rara vez se usa. Y hay un lugar apartado abajo. Seco como un hueso y ventilado. Cierras la puerta... ¿Dijiste que planeabas escribir un artículo?

-Una monografía.

-Tendrás mucho lugar. Nadie te molestará.

Un mozo trajo una jarra de café, otro la leche caliente y la mermelada que había pedido Harris. Cuando el mozo se fue, Harris permaneció en silencio, masticando reflexivamente y dedicándose a esparcir la mermelada por toda la superficie de la tostada.

-No me malinterpretes -dijo Michael-. No quiero entrometerme. Simplemente se me ocurrió...

Harris alzó la mano para interrumpirlo. Terminó de masticar, tragó y por primera vez en un largo rato miró a Michael.

-Tampoco me malinterpretes a mí -dijo-. Aprecio la oferta. De veras. Parece una excelente solución. De veras, no tengo donde ir. -Se interrumpió para quitarse un trozo de comida de entre los dientes.- Es sólo que... en fin, me pregunto si corresponde que haga mi trabajo allí. Es... -Dejó la frase incompleta y volvió a la mermelada.

Una sonrisa se insinuó en las comisuras de los labios de Michael, que finalmente lanzó una carcajada.

-Oh, caramba -dijo sin dejar de reír-. ¿Qué mejor lugar para aprender que estás equivocado que en una casa dedicada a Dios? -La sonrisa se desvaneció.- Querido Harris -dijo con voz repentinamente seria-, no pienso cuestionar siquiera un instante tu competencia profesional, pero estoy tan seguro, como de que mañana saldrá el sol, que cuando hayas tenido la

oportunidad de examinar todas las evidencias, llegarás a una conclusión distinta. -Se interrumpió.- ¿Cuánto tiempo le has dedicado a esto?

Harris se puso inmediatamente a la defensiva.

-No mucho, de acuerdo, pero...

-Exactamente. Así que dejemos el asunto pendiente por ahora. -Harris estaba dispuesto a replicarle pero lo pensó mejor.- No me importa correr el riesgo -dijo animosamente Michael-, y me alegrará tenerte cerca.

Llegaron a un acuerdo. Harris permanecería en Londres una semana para leer ciertos documentos en el Museo Británico y después volaría a Nueva York. No habría necesidad de prepararle el cuarto; eso se arreglaría después de su llegada. Tal vez necesitara algunos cambios -luces suplementarias, un extractor de humedad, cosas por el estilo-, pero esas decisiones podía postergarlas hasta ver de qué comodidades disponía. Calculó que necesitaría entre tres y cinco meses para redactar el trabajo.

-¿Tan rápido? -dijo Michael, sorprendido.

-No es una obra de arte -dijo Harris-. La investigación ya está hecha.

-Entonces quedamos así -dijo Michael.

-No sé cómo agradecerte -dijo Harris-. Mi futuro me tenía preocupado. -Exhibió su sonrisa resignada.- Era bastante oscuro hasta hace unos minutos.

-Tonterías -exclamó Michael-. ¿Y tu equipaje? ¿Tu ropa y todo lo demás?

La sonrisa de Harris se oscureció.

-No hay demasiado.

-¿El manuscrito...? ¿Los huesos?

-Fueron embarcados al Museo de Historia Natural de Nueva York para que me los entreguen a mí. Me los enviarán en cuanto yo llegue a la ciudad.

-¿No te preocupa la aduana?

-No hay problema. La carta de embarque tenía todas las descripciones necesarias. Conozco un funcionario de la aduana que se hace cargo. Nunca hay problemas con los embarques para los museos.

Más tarde esa mañana, mientras Michael conducía su auto alquilado por las sinuosas carreteras de la campiña al sur de Londres para dirigirse a Hambleton House, el sol ya había

disipado la niebla y el frío de la noche anterior. El cielo era de un azul casi radiante y las únicas nubes flotaban bajas y difusas en el horizonte. Bajó la ventanilla y dejó que el aire puro le diera en la cara. Pese a la falta de sueño, pronto se despejó.

7

A Hambleton House se llegaba por una larga avenida bordeada por álamos dispuestos con toda precisión. La oblicua luz invernal trazaba franjas en el camino pardo y rebotaba en el capot del coche dificultando la visión. La casa era de estilo Tudor y tenía por lo menos dos siglos, pero había sido remodelada con tanto esmero y tan recientemente que daba la impresión de posar para un fotógrafo de Las casas

señoriales de Inglaterra. Los parques habrían sido el orgullo del jardinero de St. Andrew's, los setos estaban podados con tanto rigor que parecían de plástico, y las arboledas, los arbustos y los macizos de flores sugerían bocetos arquitectónicos.

Diez minutos después de la hora acordada, Michael estacionó el auto en la calzada circular, detrás del reluciente «Rolls», sonrió divertido al pasar frente al enano esculpido que cruzaba las piernas sobre un pedestal de cemento, y tiró de la campanilla. Un hombre con uniforme de mayordomo abrió la enorme puerta, le informó que lady Hambleton lo esperaba y le pidió que se sentara en la biblioteca.

Sophie, que había estado esperándolo frente a la ventana de la salita contigua a su dormitorio, miró el reloj pulsera, dejó transcurrir exactamente diez minutos y luego bajó taconeando por la gran escalera curva y entró a la biblioteca, extendiendo la mano mientras atravesaba la habitación en un estilo obviamente influido por Greer Garson. Le indicó a Michael que se sentara, vertió té fuerte en una taza de porcelana Baleek, puso dos galletitas digestivas en un platito haciendo juego y se lo ofreció.

Luego se sirvió té para ella y se sentó frente a Michael en un sillón sobre el que caía una luz vacilante.

Hablaron del tiempo, del trayecto desde Londres y de la dificultad de conseguir una servidumbre eficaz. Michael prácticamente se limitaba a asentir, moviendo levemente la cabeza al

tiempo que se concentraba en reprimir la sonrisa que amenazaba asomar a cada instante ante las excentricidades del acento británico adquirido por Sophie. Si se lo analizaba con cierta atención, uno identificaba dos partes de My Fair Lady más una de australiano bastardo. Sophie usaba una bata verde, larga hasta el piso, abierta en el costado hasta poco más arriba de la rodilla. Un rubí rodeado de diamantes anidaba en la hendidura del escote. Los aros repetían el motivo y llamaban la atención sobre una guirnalda en miniatura, también hecha de diamantes y posada en la cabellera de tintes azulados.

Sophie pronto se cansó de esa charla inicial. Dejó el té a un lado y dijo sin rodeos:

-Supongo que su visita significa que llegaremos a un trato. A Michael le gustaba la franqueza, pero ese asalto frontal lo desconcertó. Esquivó el golpe.

-Esperaba ansiosamente conversar con usted -dijo. El comienzo de Sophie no le gustaba en absoluto. Le habían advertido que esta mujer era difícil, y decidió tomar la ofensiva-. Quiero que sepa que apreciamos mucho su generosidad. Ya le pedí al padre Jamieson que preparara una inscripción para la placa.

Sophie enrojeció y lo miró directamente un momento. -Dijo usted una placa...

-Sí -dijo Michael, esbozando una sonrisa ingenua-. Creo que el padre Jamieson ya habló con usted; una placa de bronce apropiadamente ubicada en la pared del foyer.

Sophie estuvo a punto de revisar su opinión sobre el hombre que tenía sentado enfrente. No se hacía ilusiones acerca de los sacerdotes: eran servidores de Dios y custodios de la gracia divina, pero hombres mortales sujetos a las debilidades de los hombres. En Belize había tenido una aventura con un cura alcohólico y antes, pues llegó a la pubertad a los doce años, la había intrigado un tal padre Jansen, que ejercía en la escuela St. Agnes de Toronto y a menudo le tocaba o le rozaba accidentalmente los pechos jóvenes y abundantes. Nada de esto la desilusionaba o disminuía su convicción de que los clérigos eran el medio para transmitir las bendiciones de Dios aunque al mismo tiempo fueran hombres. Pero este cardenal... Sin duda era de una raza diferente, y según parecía, nada fácil de derrotar. Muy bien.

-¿Usted no habló con el padre Jamieson la semana pasada? -le dijo.

-Temo que no -dijo Michael, bebiendo un sorbo de té. Ahora le gustaba más el curso que tomaban las cosas; Sophie medía sus palabras con cuidado-. Lo que recibí de él fue un cable

confirmándome la hora y el lugar de nuestro encuentro. -Mordisqueó la galletita.

Sophie emitió un suspiro de exasperación.

-Eminencia -le dijo-, la última vez que hablé con el padre Jamieson dejé dos cosas bien en claro: le dije que le informara a usted que a cambio de la donación tenía que haber un adecuado agradecimiento a la donante, y que si ustedes no estaban dispuestos me vería obligada a reconsiderar el asunto.

-¿Y ese agradecimiento adecuado...? -dijo Michael para obligarla a decirlo.

Sophie no se hizo rogar:

-Que en el foyer se instale una estatua que yo les entregaré.

-¿Una estatua de la Virgen? -dijo Michael, acentuando ligeramente la última palabra.

Sophie no se intimidó.

-Mi estatua.

-Ya veo -dijo Michael. Bebió otro sorbo de té y dejó la taza y el plato en una mesa-. Señora Hambleton... -empezó. -Lady Hambleton.

-Creo que corresponde que le suministre cierta información. -Unió las yemas de los dedos y se los miró.- La Iglesia católica es muy dada a instalar estatuas en los edificios... en mi opinión, demasiado dada, pero ese es otro problema. Estas estatuas son representaciones de Nuestro Señor, su Santa Madre y varios santos. Están ubicadas allí por razones religiosas...

-Hay una estatua de Lillian P. Bailey en... Michael levantó las manos.

-Estaba por decir que hay excepciones: no son santos, puesto que no están canonizados, pero son hombres y mujeres cuyas vidas resultan ejemplares. -Abrió los ojos muy grandes y miró directamente a Sophie.- No quisiera que me malinterprete -dijo con tono conciliador-, pero no creo que sea el caso de usted.

Sophie comprendió que el encontronazo había terminado.

-Un pabellón infantil en St. Clare's sería más beneficioso que una docena de esos ejemplos -dijo con frialdad.

-Sin duda alguna. Pero no estamos discutiendo el mérito relativo de las buenas obras. -Evaluó sus próximas palabras y luego las soltó.- Señora -dijo simplemente-, usted ni siquiera es cristiana.

-¿Entonces por qué recorrió tanto camino para verme? -respondió Sophie, irritada.

Michael decidió aprovechar su ventaja.

-Permítame ser cándido con usted, señora Hambleton... -Lady Hambleton -insistió Sophie.

-Tenía dos razones, las dos de igual importancia. Una era para ayudarla a usted a contribuir con la Iglesia, la otra era procurar persuadirla de consagrar su vida a Dios.

Qué hijo de puta, pensó Sophie. Qué grandísimo hijo de puta. No sólo me dice que no, sino que me lo refriega por las narices. Pero Sophie era vulnerable. Ansiaba redondear el asunto. Los diez millones de dólares no importaban demasiado; era difícil que ella llegara a gastar el dinero que le había dejado Rogers, y esto era lo único que realmente quería. Se había vuelto hipocondríaca. Los demonios generados por su psique infantil habían emergido para atormentarla, manifestándose en formas diversas; combinados con aberraciones menopáusicas y frecuentes malestares producidos por el alcohol, le habían dado una aguda conciencia de su mortalidad, además de enriquecer

a tres médicos de la calle Harley que habían renunciado a Salud Pública Nacional para atender sólo la de Sophie.

El pabellón infantil era para Sophie una manera de prepararse para el encuentro con su creador. No era tan hipócrita corno para lanzarse a una vida piadosa para lograr ese objetivo. Tampoco estaba dispuesta a tanto. Y Dios no era un idiota a quien se podía engañar con las muecas y parloteos de una santidad fingida. Pero sin duda tenía sentido práctico -según lo atestiguaban Sus recomendaciones acerca del uso adecuado del dinero en la parábola de los talentos- y reconocería en la donación de Sophie un afán de acercamiento.

Pero ahora se le interponía este maldito cura. Parecía resuelto a impedirle que se calentara el alma ante la llama de su especial sentido de la justicia. De acuerdo, se enfriaría pero lo dejaría esperando. Si ella quería donar el dinero, él quería recibirlo. ¡Y eran diez millones de dólares!

Por su parte, Michael, una vez establecida su ascendencia, no dejó de recriminarse su actitud. Se había burlado de Sophie no sólo porque ella necesitaba que la humillaran sino porque le tenía rencor: el dinero, su modo de vida, y ante todo porque se le leía en los ojos la presunción de que él estaba dispuesto a capitular. ¿Quién se creía que era esta encarnación del mal gusto? ¿Quién era ella para juzgarlo a él? Sophie no le gustaba, aunque eso no justificaba sus sentimientos ni la crueldad de su ataque, por mucho que lo hubiera encubierto con su habilidad verbal. Pero lo irritaba que en esta época de crisis hubiera debido desviarse a Londres y venir a la campiña sólo porque esta prostituta consumada había heredado una fortuna y quería utilizarla para comprar la inmortalidad.

Miró el reloj pulsera.

-Lady Hambleton...

-Así es mejor.

-... debo volver a Londres. Me gustaría que usted meditara acerca de esto. Debería saber, sin embargo, que existen ciertos requisitos previos: me gustaría que usted inicie un curso de instrucción con el párroco local, que se confiese y que vuelva a ser una cristiana practicante. En cuanto a su deseo de hacerle una donación a St. Clare's, se lo agradezco mucho, pero como acabo de explicarle, solamente puedo aceptar bajo ciertas condiciones.

Sophie resopló.

-¡Los curas! -exclamó, y el acento cuidadosamente cultivado desapareció como un antifaz a medianoche-. ¡Cualquiera diría que me hacen un favor al llevarse mi dinero!

-Señora -dijo Michael, irritándose a su vez-, ni yo ni ningún otro sacerdote se lleva su dinero, como usted dice. Ese dinero no termina en mi bolsillo. Lo que hace la Iglesia es proporcionarle un instrumento para que usted ayude a otros en el nombre de Dios. -Estiró el brazo, recogió su maletín y se levantó.

-¿De modo que rechaza el dinero?

-De ninguna manera. -De pronto perdió la paciencia y su voz se volvió agresiva.- Lo que usted no parece comprender...

-Lady Hambleton.

-Lady Hambleton -dijo él, imitando el énfasis de Sophie-. Lo que usted no parece comprender es que si bien la fortuna de su esposo pudo haberle granjeado un título de nobleza, la Iglesia católica no trafica con sus honores.

-¡Ja! -replicó Sophie, buscando un arma lo suficientemente hiriente-. La Iglesia no fue siempre tan escrupulosa. Realizó muchos tratos en su tiempo, algunos de ellos bastante sucios, y usted bien que lo sabe.

-No lo voy a negar -dijo Michael, deteniéndose frente al corredor-, pero esta es otra época y otro lugar. Tal vez la desgracia de usted sea haber nacido en este siglo.

Michael se encaminó hacia la puerta y ella gritó:

-¡Donaré el dinero a los episcopales!

-Está en todo su derecho -dijo Michael, abriendo la puerta y cerrándola al salir.

Más tarde, en las largas soledades, en la vocación del silencio, Michael recordaría a menudo el momento en que ese pensamiento se le había ocurrido por primera vez.

El sol estaba alto, y después del frío que reinaba en la gran casa de piedra, le ardía en la cabeza. Guardó el abrigo en el baúl y se abrió paso por la carretera sinuosa y angosta que conducía a la autopista de Londres. Durante la marcha evocó esa semana que ahora parecía toda una vida: el súbito llamado a Roma en medio de la noche, las inquietantes noticias de Lieberman, la figura esquelética del Padre Santo en el lecho, la voz afanosa, las palabras susurradas: «Michael, tal vez el Señor te designe para sucederme», y por contraste, la aseveración llana e impávida de Harris: «He descubierto la tumba de Jesús.»

En su preocupación dobló una curva y de golpe se encontró entre un rebaño de ovejas. Se dispersaron emitiendo balidos. Las siguió mientras trotaban en la carretera precediendo al pastor y luego se detuvo hasta que la última fue conducida adentro de una granja. En ese silencio bucólico, los suaves balidos que se alejaban en el campo volvieron sus recuerdos lejanos e irreales. ¿Pero lo eran? Al pasar por Covington, la única iglesia que había visto era Santa Ana. De modo que al morir el papa la noticia llegaría incluso a esta apartada zona rural. Los huesos de Harris también arrojarían una sombra espectral aquí.

¡Era demasiado! Pobre Madre Iglesia, por todas partes manos alzadas en su contra. Herida a diario por sus enemigos, atacada en casa de sus amigos; incluso por sus hijos. ¿Cuántos golpes más debía recibir? En lo posible él debía protegerla. Por esa razón, en parte, había invitado a Harris a quedarse con él; un poco por amistad desde luego, pero también para enterarse de la gravedad de la amenaza y prepararse a enfrentarla. Tal vez pudiera disuadir a Harris mediante discusiones, desarmarlo mediante un reto, obligarlo a revisar sus datos hasta que se revelara el error de sus conclusiones. No podía ser la tumba de Jesús: los siglos de testimonio no podían mentir. No es posible burlarse de Dios. El cristianismo no es un mito cualquiera para ser pulverizado por una caja de huesos. Harris estaba equivocado, ¡pero cuánto daño podía producir esa equivocación!

Entonces se le ocurrió ese pensamiento: Harris tal vez nunca terminara su tarea. La noche anterior había comentado que quería apresurarse a concluirla porque tenía miedo de su corazón. Sí, y había vuelto a mencionarlo al describir su hallazgo en Qumran . ¿Y si le fallara el corazón? ¿Y si moría antes de publicar...?

Ahuyentó el pensamiento. Qué insensible de su parte. Qué mezquindad medir sus propias conveniencias con la vida de un hombre. Pero lo que estaba en juego no era sólo su conveniencia: era el bienestar de la Iglesia cristiana; no sólo de la Iglesia católica sino de todas las sectas y congregaciones, desde la ortodoxa oriental hasta los hermanos de Plymouth. Todas podían ser vulneradas, heridas, mutiladas.

¿Y si Harris moría?

Movió la cabeza para ahuyentar esa idea pero fue inútil. Encendió la radio y recorrió las estaciones hasta que sintonizó un noticiario.

Segunda parte

1

El arzobispo de la archidiócesis de Nueva York reside en un macizo edificio de piedra gris de cuatro pisos, en la esquina de la avenida Madison y la calle 50, cuya parte trasera se comunica con la catedral de San Patricio y cuya fachada enfrenta la oscura silueta de la vieja Mansión Villard, un grupo de edificios municipales construidos en 1885, que más tarde sirvieron para las oficinas administrativas de la archidiócesis pero hoy están abandonados y pronto se convertirán en la entrada de un hotel. La única evidencia externa de que esta es la casa donde los líderes espirituales de dos millones de católicos han vivido y trabajado en los últimos tres cuartos de siglo es una modesta placa de bronce fijada a la piedra que reza: El papa Paulo VI, en ocasión de su histórica visita a la Asamblea de las Naciones Unidas, fue un huésped bienvenido en este hogar de los arzobispos de Nueva York, el 4 de octubre de 1965.

La casa se eleva justo frente a la acera, sin ornamento alguno a excepción de algunos pináculos independientes, y su aspecto general se ve resentido por los acondicionadores de aire instalados en las ventanas del segundo }- tercer piso y el altillo. Se llega a la puerta del frente subiendo diez anchos escalones de piedra. En la pared de la derecha hay un reluciente timbre de bronce, con una aureola de suciedad debida a las lustradas frecuentes. Detrás del vidrio de la puerta, pesadas rejas de hierro forjado protegen la entrada. Todas las ventanas de la planta baja también tienen rejas protectoras, y el interior está oculto a la vista de los extraños mediante cortinas de encaje belga.

El cardenal Maloney no ocupaba la gran casa a solas. También vivían la sobrina, un ama de llaves y tres sacerdotes, los dos secretarios y el canciller de la archidiócesis. La planta baja está dividida en dos amplias salas de recepción, el estudio del cardenal, un severo comedor, una cocina y dos baños de servicio. En el primer piso están las oficinas de los secretarios, lo que se denomina sala de consultas, el cuarto de huéspedes y el aposento

del cardenal. Un piso mas arriba hay una capilla privada, las habitaciones de la sobrina del cardenal y del canciller, quien ahora yace en un hospital víctima de una enfermedad incurable. Los dos secretarios ocupaban, pequeño: cuartos en el piso superior y e] ama de llaves, dos cuartos del primer subsuelo. En la archidiócesis se había murmurado acerca de si correspondía que la sobrina del cardenal viviera en esa residencia, pero los rumores se disiparon no bien se dieron a conocer las circunstancias y el cardenal Maloney dejó bien claro que no había nada que discutir.

Cuando Michael se mudó como cardenal, la residencia no le era desconocida. Había vivido allí durante diez años como secretario y canciller, después de renunciar a su puesto de procurador en el hospital St. Clare's, donde el cardenal Murtaugh se interesó en él al ver sus habilidades administrativas. Así comenzó una carrera casi sin precedentes en la jerarquía de la Iglesia católica romana en los Estados Unidos. En el

breve lapso de diez años había ascendido a chambelán del papa, lo habían elegido vicecanciller de la archidiócesis, el papa Paulo lo elevó al rango de Prelado Doméstico, lo designó Canciller y Protonotario Apostólico. Ese mismo año el cardenal Murtaugh lo nombró Vicario General (su delegado) y seis meses más tarde lo ordenó obispo auxiliar en la catedral de San Patricio. Al cabo de un año lo designaron arzobispo para suceder al cardenal Murtaugh, y así se transformó en el undécimo obispo y octavo arzobispo de Nueva York, la sede católica de más prestigio en los Estados Unidos. Dos años más tarde, al cumplir los cincuenta años, en presencia de trescientos amigos norteamericanos y de otras nacionalidades, lo nombraron cardenal en un consistorio reunido en el Palacio Apostólico de la Ciudad del Vaticano, donde recibió de manos del papa el birretum rojo, que ahora descansaba en una caja de cristal en el vestíbulo de entrada y que a su muerte sería colgado con los de sus predecesores en lo alto de] altar de San Patricio.

Diez mil neoyorquinos -una multitud agigantada por concurrentes de localidades y estados cercanos y regiones lejanas- le dieron la bienvenida a casa. Una escolta policial guió el automóvil descubierto hasta la escalinata de la catedral, donde estaban reunidos el clero y diversos dignatarios. El gobernador del estado de Nueva York y el alcalde le ofrecieron un saludo formal. El vicepresidente trajo un mensaje de felicitación del presidente y luego asistió a una misa de acción de gracias en la que el cardenal fue el principal celebrante. Más tarde, con todas sus investiduras, regresó a la escalinata y bendijo a la multitud apretujada en la Quinta Avenida, y por una hora se dedicó a caminar entre la gente, estrechando manos y charlando.

Luego, en un gesto que electrizó a la multitud y fue un augurio del espíritu ecuménico que signaría su magistratura, se dirigió a la iglesia episcopal de Santo Tomás, y de pie en lo alto de las escaleras, bien visible para la multitud, abrazó al párroco que había salido a su encuentro. Los hurras se transformaron en un rugido entusiasta cuando el ministro de la Iglesia presbiteriana de la Quinta Avenida subió las escaleras para unírseles.

El nuevo cardenal asumía la responsabilidad por los vicariatos de Manhattan, Staten Island, el Bronx y los siete condados al norte de la ciudad, tomando bajo su supervisión 408 parroquias, 1.004 sacerdotes, 397 escuelas primarias y secundarias con una población de 175 000 estudiantes, siete casas de altos estudios y nueve hospitales. Se convirtió en miembro de doscientos comités eclesiásticos, tres comisiones estatales y dos federales. Como vicario militar de las fuerzas armadas asumió la guía espiritual de más de un millón de hombres en servicio y la supervisión de más de novecientos capellanes. Adicionalmente, se hizo miembro del sínodo de Roma, de la congregación de obispos y de tres comisiones pontificales.

En la tradición de sus predecesores, solía trabajar doce horas por día. Se levantaba a las seis, leía su breviario, se duchaba y afeitaba mientras escuchaba las noticias por la radio. A las siete celebraba misa con los integrantes de su personal y desayunaba a solas, leyendo los periódicos de Nueva York, Washington y Roma. A las nueve se dirigía a su estudio para ordenar el escritorio y atender la correspondencia. Luego, a la sala de consultas, donde él, sus secretarios privados y habitualmente el vicario general discutían los asuntos de la archidiócesis. El almuerzo solía aprovecharse para entrevistas con grupos o individuos, desde embajadores extranjeros hasta prelados visitantes o políticos. Después del almuerzo solía cumplir con ciertos deberes eclesiásticos tales como el otorgamiento de medallas y honores, función que desempeñaba en el adecuado marco de una de las salas de recepción, frente a los retratos de los cardenales McCloskey, Corrigan, Farley, Hayes, Spellman, Cooke y

Librodot

Murtaugh. Luego, tres o cuatro días a la semana, lo llevaban en su auto -en los días buenos iba caminando- hasta su oficina en el edificio de la cancillería en la Primera Avenida, a diez cuadras de distancia.

Siempre había funciones públicas donde su presencia era dominante, además de ocasiones en que debía asistir al funeral de algún sacerdote de la archidiócesis o a los aniversarios significativos de las iglesias. Tres o cuatro veces por año viajaba a Roma

y de paso visitaba una base militar norteamericana. Más de doce veces al año solía viajar a Washington para conferenciar con funcionarios gubernamentales.

Su única distracción venía cuando, después de la cena, se retiraba al estudio a leer o a mirar programas de televisión, que en opinión de sus asistentes debía tener en cuenta, registrados en cassettes. Los viernes por la tarde, si podía, tomaba dos maletines atiborrados de papeles y escapaba a The Cottage, en Round Lake, en las Poconos, donde leía y estudiaba informes, interrumpiéndose para cortar leña y tal vez para ir de pesca en una pequeña lancha con un motor fuera borda de 25 caballos.

Su vida era espartana y sus gustos simples, salvo en materia culinaria o artística. Sus aposentos privados consistían en una sala de estar, un dormitorio y un baño. La sala de estar estaba amueblada en un estilo que uno de los secretarios definía como «neo-mediocre-temprano». El único cambio que Michael introdujo después de mudarse fue quitar los cuadros que había dejado el cardenal Murtaugh y sustituirlos por los suyos. Su dormitorio era casi austero: sin alfombras y amueblado con una cama metálica de dos plazas, un gran ropero de caoba, dos mesas y dos sillas. Sobre la cabecera de la cama colgaba el único cuadro del cuarto, un retrato fotográfico con marco dorado del papa Gregorio, con una inscripción en latín: «A mi hermano en el amor de Cristo.» En un rincón, frente a un reclinatorio, había una exquisita estatua de la Virgen, obra de Moldarelli, tamaño natural y en el más puro mármol de Carrara.

Fue a esta casa donde se mudó Harris Gordon en una tempestuosa mañana de enero. Traía pocas cosas: dos valijas ajadas, una con una hebilla rota y sujeta con un cordel, y un bolso. Dos días más tarde un baúl, una docena de cajas con la inscripción LIBROS y una caja de madera con la advertencia FRAGIL: INSTRUMENTAL CIENTIFICO, fueron entregadas por un camión de Depósitos Manhattan. Michael había enviado al padre Carrol al aeropuerto para recoger a Harris, a quien luego le mostró la residencia en compañía del ama de llaves, la señorita Pritchard. Harris apenas miró el cuarto de huéspedes, que lucía cortinas nuevas y dos jarrones con flores recién cortadas.

-¿Qué te parece? -preguntó Michael- ¿Crees que estarás cómodo?

Harris se encogió de hombros con indiferencia. La señorita Pritchard frunció la nariz.

Pero el cuarto del subsuelo lo entusiasmó. Se paseaba de un lado al otro, hablando solo, examinando las instalaciones eléctricas, manipulando el ventilador, apoyando la palma en el suelo de cemento para estimar la humedad, examinando el cerrojo de la puerta, preguntando si alguien se opondría a que él añadiera otro. Cuando le dijeron que no, cerró la puerta con llave y la sacudió vigorosamente para probarla. Necesitaría algunas mesas; tal vez tres. Nada especial, pero grandes. Michael miró a la señorita Pritchard y le dijo:

-Llamaremos a la oficina de la parroquia y les pediremos que manden tres de las mesas plegadizas que usan para los banquetes. La señorita Pritchard se aventuró a preguntar si hacían falta manteles y Harris replicó secamente que no.

Más tarde, mientras tomaba el té con la señora O'Donahue en la cocina, la señorita Pritchard comentó:

-No me entiendas mal. No me molesta que haya venido, aunque Dios sabe el trabajo extra que me dará siendo diabético y todo, es sólo que actúa como si se creyera el dueño. Nunca te pide permiso ni te da las gracias. Agita las manos como si no estuvieras delante.

Samantha Pritchard era una doncella regordeta de edad indeterminada y opiniones inamovibles. Había emigrado a los diecisiete, de Portadown, Irlanda, donde el padre era un picapedrero que pasaba los días tallando lápidas y las noches bebiendo «Guinness» y quejándose de la mujer y los once hijos. Tras cuarenta años en Nueva York, el acento irlandés de la señorita Pritchard no había sufrido ninguna alteración. Un día, después de bajar por la planchada en Ellis Island, buscó a uno de los sacerdotes de San Patricio, le entregó una carta de su sacerdote, se confesó y pasó a formar parte de la parroquia. Tres meses más tarde la tomaron como ayudante de cocina en la residencia, donde permaneció durante el mandato de los cardenales Spellman, Cooke y Murtaugh, llegando eventualmente ,a la encumbrada posición de cocinera y ama de casa con cama.

La piel era blanca como la leche, sin una arruga. Se le ponía rosada cuando se ruborizaba y roja cuando se enfurecía. Usaba el pelo recogido en un rodete desde la niñez, y el único cambio que sobrevino con los años fue que el color se agrisó y el rodete ocupó una posición más elevada para ocultar la calvicie incipiente de la coronilla. Había desarrollado una actitud posesiva con respecto a la residencia («Después de todo, ninguno de ellos estaba aquí cuando yo llegué»), y le fastidiaban los cambios introducidos por los residentes, con excepción de Michael y la sobrina. Su devoción por Michael, quien a veces la llamaba Sam e imitaba su acento irlandés para irritarla, era absoluta. Cuando él le hacía bromas ella reaccionaba amablemente. «Conozco mi lugar», solía decir, y sólo ocasionalmente se permitía una leve sonrisa. Al hablar con la señora O'Donahue se refería a Michael como a «El» pero con todos los demás Michael era «Su Eminencia.» Lo decía echando la cabeza hacia atrás y con una mirada intimidatoria, Pasaba sus horas libres en una sala con un baño contiguo, donde los muebles tenían fundas protectoras, las lámparas pantallas de seda hechas a mano y los felpudos estaban tejidos al crochet. Rara vez salía, salvo para ir a misa o visitar a una hermana en Hoboken, y habitualmente sólo cuando Michael no estaba.

La otra ocupante de la residencia era Jennifer O'Neill, la sobrina de Michael. La mañana que Harris vino a inspeccionar su nueva vivienda, ella -para disgusto de la señorita Pritchard, quien consideraba que Jennifer merecía algo mejor- estaba lavándose el pelo y preparándose para salir a cenar con el detective Copeland Arthur Jackson de la fiscalía de distrito del condado de Nueva York.

Habían terminado de comer. El carrito cargado de postres que parecían estatuas de cerámica en lugar de comestibles acababa de retirarse. Ahora tomaban café y coñac, obviamente satisfechos. A la trémula luz de la vela, Copeland estudiaba la cara de Jennifer, encendida por el vino y por la circunstancia. Ella levantó la frente y por un

instante de silencio que ninguno de los dos se atrevía a romper se miraron a los ojos con intensidad.

Al cabo de un momento, ella dijo.

-¿Te das cuenta de que no sé casi nada acerca de ti? Es la primera vez que estamos solos de veras.

-¿Y tú te das cuenta de que estoy intimidado? -dijo él con una sonrisa.

-¿Por mí? -dijo ella, arqueando las cejas-. ¿O por el tío Michael?

-Todavía me cuesta disociarlos.

-El es más grande.

-No, quiero decir que no estoy seguro de que si te toco no habrá clamores en el cielo.

-De modo que eso queda descartado.

-No dije eso. Esperaba que me alentaras un poco.

-Los clamores del cielo no me conciernen. Hasta ahora, ni siquiera un susurro. Pero como te decía, no sé nada acerca de ti. ¿Te importa si ...? Bueno, ustedes lo llaman interrogatorio.

-No, es decir... sí. Sí, lo llamamos así, y no, no me importa. -Empiezo por lo que sé: cuarenta años.

-Treinta y nueve.

-¿Seguro?

-Seguro.

-No eres neoyorquino.

-No. Nací en Canadá, Toronto. ¿Se me nota?

-Sólo a veces, en la forma de pronunciar ciertas palabras.

-Oh, bueno. Aquí todos hablan como se les antoja.

-Vocación, policía.

-Erróneo. Hace años que no hago una ronda. Detective Jackson, si no te molesta.

-Tu ambición era ser jugador de hockey pero era demasiado violento y te hiciste policía... detective, ¿verdad?

-Más cerca de la verdad de lo que piensas.

-Veamos un poco. Los policías forman familia. ¿Tu padre estaba en la Real Policía del Canadá?

-Lo siento. Nada tan suntuoso. Trabajaba como cajista en el Star de Toronto. Y sigue trabajando.

-No dijiste si eras casado.

-No me lo preguntaste.

-Te lo estoy preguntando.

-No, no soy casado.

-¿Lo fuiste alguna vez?

-No.

Ella le apoyó un dedo en los labios y él lo besó.

-Treinta y nueve años y nunca te casaste -dijo ella con una sonrisa incierta-. No es asunto mío, ¿pero por qué?

El tardó en responder. Le tomó la mano y le besó ligeramente las puntas de los dedos. Se preguntaba si, después de haber sorteado este obstáculo varias veces en los últimos veinte años, ahora iba a dar un paso comprometedor.

-No sé cómo responder a esa pregunta sin parecer increíblemente vulgar -dijo.

-Inténtalo.

Hizo una pausa y respondió:

-Supongo que ante todo porque nunca encontré alguien como tú.

Jennifer reprimió una espontánea mueca de burla. De pronto

le faltaba el aliento y advirtió que se ruborizaba. No se le ocurrió qué decir y no dijo nada, pero estudió la cara de Copeland. El miraba el líquido que temblaba en la copa de coñac.

Casi cuarenta años y nunca se había decidido a tomar en serio a una mujer. A menudo se había preguntado por qué; también los demás. Sin duda no encajaba en las fáciles generalizaciones de los psicoanalistas aficionados: por cierto no había tenido una infancia infeliz, ni provenía de un hogar infeliz. Se había criado en la grata y apacible zona de Parkdale, en el oeste de Toronto, en los tiempos de la posguerra, cuando europeos y gente de provincias habían emigrado a la ciudad con tal persistencia que los edificios se habían multiplicado. Su padre era un hombrecito encorvado con brazos anormalmente largos que terminaban en manos excesivamente grandes. Trabajaba en el taller de composición del Star, y de algún modo era milagroso que dedos semejantes pudieran trabajar con tipos de imprenta. Llevaba el sello de su oficio, dedos manchados de tinta, y durante tanto tiempo usó gorros hechos con papel de diario en la calva que le había quedado una franja gris sobre la frente.

La madre de Copeland era una pelirroja regordeta y alegre de cara redonda y rosada, en la que resaltaban dos ojos muy azules encima de una nariz demasiado pequeña. La boca era muy roja. Prácticamente hablaba riendo, y cada frase que articulaba terminaba en una risita. Sus pensamientos saltaban como pelotas, brincando en direcciones imprevisibles, divirtiendo a todo el mundo, incluida ella misma. Era la madre Eva, y en su caluroso abrazo entraban el marido y los hijos y los amigos y los cachorros y los gatos y toda otra criatura viviente. Y el corazón de la casa era su cocina.

Copeland heredó el pelo de la madre y el cuerpo del padre. Grande y fuerte, hasta el final de la adolescencia le faltó agilidad, por lo cual se hizo indiferente a los deportes y empezó a escribir.

Elaboraba complicadas novelas policiales, sembrando pistas falsas en tramas intrincadas como los adornos de un árbol de navidad. Su padre le consiguió un puesto en la redacción del Star, y después de iniciarse en la sección deportiva lo trasladaron a la sección policial, donde pasaba el tiempo escribiendo acerca de las prosaicas actividades de los delincuentes reales y las noches acerca de las deslumbrantes hazañas de los ficticios. Como resultado de una serie de artículos acerca de la extradición de un delincuente canadiense que residía en Estados Unidos, le ofrecieron un puesto en el Brooklyn Eagie, y como as¡ estaba más en contacto con un mercado potencial para sus libros, aceptó.

En dos años vendió una novela, y la editaron con tantas modificaciones que resultaba irreconocible. Entretanto, había fastidiado tanto al sargento de Homicidios de la Sección 14 pidiéndole detalles que le permitieran dar más veracidad a sus historias, que el suboficial quiso leer uno de sus manuscritos. Le sugirió un curso nocturno en criminología moderna, en la universidad John Jay. Al cabo de tres años Copeland obtuvo un título y se hizo policía.

Pese a su tamaño, o tal vez a causa de él, era un hombre amable, tímido y atractivo para las mujeres. Muchas, sin embargo, sentían el impulso de darle protección maternal. El aceptaba sus atenciones y sabía corresponderles, pues era un hombre sensual, pero no bien la dama en cuestión hacía maniobras para «ponerle un anillo en el dedo y otro en la nariz», se apresuraba a escabullirse. No era promiscuo y

se había enamorado de, a lo sumo, doce mujeres cuando conoció a Jennifer en un baile de la parroquia.

Ella tenía quince años menos. El sabía que era sobrina del cardenal. Cuando terminaron la primera pieza, Copeland estaba tan intimidado por ese parentesco y por la belleza de Jennifer que bailaba como un espástico y hablaba como un zoquete. La banda se tomó descanso y la multitud los arrastró hasta una mesa y luego al buffet. Para entonces Copeland había recobrado la compostura y ella empezaba a sentirse intrigada por cierta cualidad indefinible de ese hombre. Al terminar la velada él la acompañó a casa, bajo la nevisca. Los copos de nieve, gordos y perezosos, embellecían la ciudad adormecida. Ahora, diez días y tres salidas más tarde, estaban sentados a una mesa de un restaurante francés, charlando amigablemente.

-Una pregunta -dijo ella. El asintió.

-¿Estás enamorado de mí? Copeland respiró hondo.

-Creo que sí -dijo. Y al cabo de un momento-: Sí, estoy enamorado de ti.

-Creo que yo también -dijo Jennifer. Guardó silencio un instante, parpadeó y dijo- : No tienes idea de lo raro que es esto. Que tú seas policía.

-No todos somos malos.

-No me refería a eso -se apresuró a decir ella. Estuvo a punto de proseguir pero se contuvo-. Alguna vez te lo explicaré. En la residencia, en el vestíbulo de la entrada, Copeland la besó, sintió su calidez de su boca y su dulzura de su lengua, su suavidad de sus pechos y la presión de su cuerpo. El corazón le

palpitaba aceleradamente. Tuvo que dejar de besarla y recobrar el aliento y abrir los ojos para despejarse.

-¿Adónde podemos ir? -susurró.

-Aquí no... -dijo ella tras titubear un instante.

-¿Tu cuarto?

-No... podría volver el tío Michael.

-Dijiste que estaba en Albany.

-Sí, ya sé. Pero...

El le rodeó la cintura con el brazo y abrió la puerta. Se abotonaron los abrigos y caminaron en silencio hasta el auto. Copeland se internó en el tráfico preguntándose si por dejar pasar el momento no habrían perdido la oportunidad. Viró en la Segunda Avenida y Jennifer advirtió que iban al departamento de Copeland. El le había dicho que vivía cerca de Stuyvesant Town. Estiró la mano y se la apoyó en el antebrazo, pero debió retirarla cuando él hizo una maniobra para esquivar un taxi y no volvió a apoyársela. El estacionó en un callejón lleno de basura, al pie de East River Drive, y caminaron hacia una maltrecha cerca de alambre. Atravesaron un portón roto que daba a una calle oscura. El río apestaba a petróleo y desperdicios y el viento arremolinaba el pelo de Jennifer. Ella le apretó la mano con fuerza.

-Es aquí nomás -dijo Copeland.

La calle era una sucesión de inquilinatos. Muchas de las paredes de ladrillo rojo estaban plagadas de inscripciones, algunas tan gráciles como caracteres arábigos. El dobló en una entrada similar a las demás y; precediéndola, subió corriendo la escalinata. En el hall había un coche de bebé sujeto a un radiador. El lugar olía a repollo hervido. Copeland insertó la llave y abrió la puerta interior.

-El tercero -dijo-. Espero que estés en forma.

Los devoradores de repollo vivían en el segundo, y también el bebé, que en ese momento chillaba igual que sus padres y otros niños. Copeland la guió a través de un laberinto de triciclos y coches a pedal y galochas. Jennifer se había sentido algo

decepcionada al tomar esa calle. La decepción se agudizó cuando subió la empinada escalera. En la oscuridad Copeland tardó en insertar la llave. Finalmente abrió la puerta y se corrió a un lado para dejarla pasar a ella.

¡El país de las hadas! Manhattan reluciendo en un marco, detrás del vidrio. Toda una pared moteada con miles de reflejos amarillos y blancos, torres relucientes y rectángulos sombríos sobre un fondo azul oscuro; hasta el parpadeo rojo y verde de las luces de un jet. Jennifer contuvo el aliento y echó una ojeada. El

cuarto sugería una escenografía de Broadway. Una docena de plantas pendulares colgaban. en diferentes niveles, suavizando el marco de la ventana.

Un gran sofá de corderoy se asentaba sobre una alfombra mullida y deshilachada. Había un grupo de almohadones esparcidos en un rincón. Una mesita estaba acurrucada entre dos sillas gemelas. Una piel de oveja cubría un sillón, y un gato con cara de búho se incorporó, se estiró y los recibió acercándose de un brinco. Cuando Copeland tocó el interruptor, Jennifer vio luces que salían de un artefacto colgado del cielo raso y destacaban rincones del cuarto enfocando dos enormes cuadros de las paredes laterales.

-Un centro de seducción -jadeó, y luego añadió riendo-: este es un aspecto de Copeland Jackson que no había imaginado.

-Inocente -dijo él-. Es de un amigo mío...

-¿Joe Namath?

... que se mudó a Los Angeles.

-¿A qué se dedica...? ¿A la trata de blancas? La voz de Copeland cambió de tono.

-Es escritor. Le alquilo el departamento.

El momento de excitación se había desvanecido. Jennifer se sentía aturdida y curiosamente ultrajada por los rápidos cambios que sus emociones habían sufrido en la última media hora. Estaba irritada consigo misma por sentir celos de las otras mujeres que podían -debían- haber estado aquí antes que ella. Copeland estaba abrumado por la desolación que se había adueñado de él ante la reacción de Jennifer al entrar al cuarto. Se maldijo a sí mismo, seguro de haber arruinado la perfección de esa noche. En el auto había imaginado a Jennifer en sus brazos antes que atinaran a cerrar la puerta del departamento, pero ahora los separaba una barrera de hielo. Jennifer se quitó el abrigo, lo arrojó al suelo como un matador que se deshace de la capa y se arrellanó en el sofá. Copeland colgó el abrigo de ella y el suyo en un viejo perchero junto a la puerta y se dirigió a un pequeño bar.

-¿Un brandy?

-Bueno -dijo ella con indiferencia.

Mientras él servía el brandy, ella se levantó y se acercó a la ventana para mirar la ciudad.

-Cuéntame de tu amigo ...el escritor -dijo, acentuando esta palabra con un énfasis innecesario.

¡Maldito el amigo y maldito el departamento y maldita la actitud de Jennifer... y la suya! Pero había que cruzar el abismo

y él lo intentó, empezando por hablar con un tono neutro y amable.

-Escribe publicidad. Dicen que es muy bueno. Encontró este lugar, picó las paredes y trajo un diseñador, un amigo, y... -Señaló el cuarto con un ademán.- Este es el resultado.

Ella se volvió pero se quedó donde estaba. -No es el típico departamento barato...

-Lo siento -dijo él, sirviendo el brandy. Estaba deprimido. Tal vez la noche estaba definitivamente arruinada. Le alcanzó la copa a Jennifer y ella la aceptó sin mirarlo-. Lamento haberte traído aquí. Pensé que era adecuado, pero no lo es.

-No, soy yo quien debe disculparse -dijo ella con una vaga sonrisa-. No sé por qué me puse tan fastidiosa.

Copeland decidió dejar de lado los rodeos. Se acercó a ella y la besó. Jennifer acababa de probar el brandy y ese gusto rancio lo excitó.

-¿Harás el amor conmigo? -dijo simplemente.

Ella dejó la copa, se soltó el collar de perlas y lo dejó al lado del brandy, buscó el cierre del vestido y lo abrió sin coquetería. Arqueó los hombros y el vestido cayó a sus pies. Usaba un slip diminuto y no tenía corpiño. En un segundo se desnudó. El estiró los brazos y le acarició un pezón. Ella lo observó con una sonrisa. Copeland se sentó en el brazo del sofá. Ella se metió entre sus rodillas y le acunó la cabeza mientras él la sepultaba entre los pechos de Jennifer.

Una hora más tarde, después de abrazarse y explorarse y amarse, yacían juntos en la cama. Copeland de espaldas, Jennifer acodada y mirándolo, con el pelo sobre la frente.

-Te amo -dijo él en voz baja-. Es la primera vez que lo digo. Ella permanecía en silencio, pasándole la mano por el vello del pecho, frunciendo ligeramente el entrecejo.

-¿Qué te pasa? -dijo él.

-Nada -dijo Jennifer, y se inclinó para rozarle la frente con los labios-. Es que soy muy feliz.

-No tengas miedo.

Ella se tendió a su lado y le apoyó la mano en el muslo. Los dos miraron el cielo raso, observando el reflejo de las luces de los autos.

-Quién sabe qué dirá tío Michael cuando le cuente que estoy enamorada -dijo Jennifer-. Sólo te vio... ¿cuántas veces? ¿Una?

La voz de Rinsonelli sonaba como si proviniera del hueco de una escalera. Cada palabra reverberaba un segundo más tarde y a veces era inaudible en medio de un coro de chillidos electrónicos.

-Las negociaciones no van tan bien como se esperaba -dijo en italiano, apelando al subterfugio que solían utilizar por razones de seguridad.

Michael se alarmó ante la inexpresividad de la voz de Paolo. Pese a los gritos, pues siempre gritaba cuando hablaba por larga distancia, sonaba desanimado.

-¿Hay posibilidades de que nos derroten? -preguntó ansiosamente.

-No por el momento, aunque ayer estuvimos en ascuas.

-Y tus socios, ¿han cambiado el diagnóstico?

-No sirven de mucho. Hemos pensado en añadir otro hombre al comité. Se supone que tiene mucha más experiencia en estos problemas.

-Me alegra oír eso.

Hubo un clic y la línea se despejó. Michael oyó la pesada respiración de Rinsonelli.

-Hay un verdadero problema de seguridad. Cualquier anuncio prematuro de nuestro dilema podía afectar adversamente las cotizaciones.

-Comprendo.

-¿Pero cuánto tiempo podremos callarnos? Ya hace casi tres semanas y el presidente no hizo ningún anuncio oficial. Eso de por sí ya es extraordinario. Todos empiezan a especular.

-Creo que tú tendrás que hacer un anuncio. Para contrarrestar las especulaciones. Admito que es difícil. Quizás una noticia en los diarios sea mejor que un rumor infundado. Despejará la atmósfera. No sé cómo puedes evitarlo.

-Supongo que no... -Y cuanto antes mejor.

-Sí. Bueno, más tarde asistiré a una reunión de directorio. Les transmitiré tu consejo.

2

La novedad pronto fue rutina en la residencia. Jennifer le contó a Michael que se iba a casar -«El primero de junio, la tradicional y sonrojada novia de junio»- y esa noche lo anunció durante la cena para admiración de todos los presentes. El padre Jamieson propuso un brindis «a la belleza y el amor, los dones más preciosos de Dios»; la señorita Pritchard, al recibir la noticia frunció la nariz y dijo:

-Supongo que tarde o temprano tenía que pasar.

Pero cuando Jennifer rió y la abrazó, no ocultó su alegría. A la mañana siguiente Harris salió y volvió con una rosa roja en un jarrón delgado y esa noche lo puso delante del plato de Jennifer. Jennifer le besó la calva y Harris se ruborizó. Se convino en que el domingo a la noche Copeland viniera a cenar y se sometiera al juicio crítico de todos.

-En ese caso, tendremos la ley y los profetas -dijo Harris con sequedad, entre los gruñidos de los otros.

Harris no había tardado en adaptarse a su nueva rutina. Se levantaba temprano, se duchaba y afeitaba, y desayunaba mientras los otros asistían a misa. Trabajaba en el cuarto del subsuelo a partir de las ocho y rara vez subía, salvo para almorzar, hasta la hora de la cena. Ocasionalmente aparecía en el rellano de las escaleras que conducían a la cocina, a veces para sobresalto de Hulda y Jeannie, las mucamas que venían durante el día -pues como andaba en pantuflas, siempre irrumpía en silencio-, e iba hasta la heladera en busca de alguna fruta o un jugo para conservar el nivel de azúcar de la sangre. Nunca hablaba salvo para quejarse si la fruta era muy pulposa o la cáscara tenía manchas, y siempre dejaba las sobras y el cuchillo descuidadamente tirados sobre la mesa. La señorita Pritchard no veía con buenos ojos esas diarias excursiones por la cocina y siempre le recitaba una letanía de nuevas quejas a la señora O'Donahue, haciendo hincapié en el problema que le causaban las comidas especiales de Harris y en su falta de gratitud.

Michael estaba más ocupado que de costumbre. Conferenciaba a diario con grupos escogidos, preparando el presupuesto financiero anual de la archidiócesis. Pronto se estableció una costumbre: a la noche, Harris iba al estudio donde Michael estaba completando las tareas del día y tomaban una copa y charlaban. Era un momento agradable y Michael lo esperaba con ansiedad. Era una oportunidad para dejar de lado los

problemas del día Y ponerse al tanto de los progresos de Harris. El trabajo avanzaba con lentitud; había llevado una semana lograr una temperatura constante y una humedad ideal, pero ahora, resueltos esos problemas, Harris estaba exultante.

El patrullero Arnie Knudsen, matrícula n.° 13-725, de veintidós años y con sólo dieciocho meses en la policía de Nueva York, estaba nervioso y transpiraba. Como le había dicho a sus colegas la noche anterior, «Preferiría una semana de patrullas por el Harlem antes que esto. ¡Por Dios, es casi como el papa!» Arnie era uno de los cinco policías de diversos rangos que, junto con tres bomberos, habían sido invitados a la residencia del cardenal para ser honrados por Su Eminencia, el cardenal Maloney y Su Señoría el alcalde, Moses H. Deegan, en reconocimiento a su «notoria y extraordinaria valentía en el cumplimiento del deber».

Arnie no parecía encajar en ese papel. Tal vez porque en ese momento su piel clara estaba más pálida que de costumbre o la cara flaca y angulosa, enfatizada por orejas anormalmente grandes que sobresalían en ángulo recto de pelo cortado al rape, no tenía barba. Tal vez por los ojos celestes con pestañas blancas y puntiagudas, o por esos hombros estrechos que parecían salir directamente de la cabeza. Cualquiera que fuese la razón, Arnie parecía un impostor con uniforme: como un actor con un disfraz alquilado para una representación en la parroquia. Por cierto no tenía aspecto de héroe.

Sin embargo se encontraba en el salón principal de la residencia del cardenal, a punto de recibir su tercera condecoración en menos de un año, esta vez por haber entrado cuatro veces en un edificio en llamas para salvar a dos niños, un bebé y una anciana de noventa años; a ésta la había cargado en el hombro igual que las bolsas de cuarenta kilos de semilla que solía alzar en la granja del padre, en las afueras de Charlotte. Aquí estaba, héroe de primera plana del Daily News, nominado para Policía del Año, con las piernas temblorosas y tartamudeando mientras hablaba con el cardenal Maloney.

En verdad, no contaba con la atención de Michael en forma exclusiva. Detrás de Arnie, más allá de las cortinas de seda, Michael había visto un camión azul oscuro deteniéndose en la calle 50, frente a la tienda «Sak's». El camión lucía en letras doradas la inscripción MUSEO DE HISTORIA NATURAL. Y Harris, quien sin duda lo estaba esperando, de pronto había salido a la calle para acercarse mientras el camión estacionaba.

-Me dicen, Knudsen -decía Michael-, que ésta es la tercera vez que premian su heroísmo.

-Sí, Su Eminencia.

Ahora Harris y el conductor se dirigían a la parte trasera del vehículo. El conductor abrió las dos puertas y las trabó. Harris se quedó mirando, las manos en las caderas. Debía tener frío, pensó Michael, en mangas de camisa y sin chaqueta.

-Entiendo que usted es católico.

-Sí, padre.

-¿De qué parroquia?

-La Sangre de Cristo, padre.

-Según me han informado, usted ayudó a rescatar gente de un incendio, ¿verdad?

-Sí, padre.

Un agente de policía se había acercado y miraba haciendo girar el bastón. Harris hablaba animadamente y señalaba la puerta trasera de la residencia. El conductor apoyaba una mano en una de las puertas del camión, como disponiéndose a cerrarla y marcharse.

-¿Las otras condecoraciones se debieron a hechos similares?

-No, señor. Cada caso fue diferente, señor.., es decir, Su Eminencia.

El policía le dijo algo a Harris, quien cabeceó como una docena de veces. Luego señaló el camión v al conductor con el bastón y se alejó. Harris volvió a la parte trasera del camión y se asomó a su interior.

-Háble me acerca de ellos.

-En realidad no fue nada, Eminencia.

-Cuénteme de todas maneras.

Harris retrocedió, haciendo ademanes. El conductor metió los brazos y deslizó una caja de madera hasta el borde del piso del camión. Obviamente Harris se ofrecía para ayudarle a llevar la caja y el conductor se negaba. La recogió sin dificultad, cruzó la acera y la depositó en el parapeto de piedra de un metro de alto que rodeaba el jardín de la residencia y la catedral. Luego volvió al. camión para cerrar las puertas de atrás. Harris se acercó a la caja y le apoyó una mano.

-Bueno, Eminencia, una vez fue en el este de la ciudad. Había un sospechoso que se nos había escabullido y estaba arriba de una azotea disparando con un rifle, y yo procedí a capturarlo. La otra vez, bueno, un tipo... disculpe, padre, quiero decir Su Eminencia, un sospechoso de tráfico de drogas. Bueno blandía amenazadoramente un cuchillo y yo...

-Discúlpeme -dijo Michael acercándose a la ventana. Se ubicó de modo que podía ver sin ser visto. La caja era más pequeña de lo que había imaginado. La estudió: una caja de madera muy ordinaria asegurada con cuerdas metálicas, descansando bajo el sol brillante. Cuando el chófer volvió a recogerla v se la apoyó en el pecho, no parecía pesada. Michael lo observó mientras lo tuvo a su alcance y luego volvió con Knudsen.

-Debo disculparme -dijo- pero había un asunto de importancia. Ahora, si me acompaña le presentaré a Su Señoría el alcalde. Creo que él tendrá algunas palabras que decirle...

-Esa es una presunción de los cristianos -dijo Harris, arrojando una bocanada de humo contra el candelabro-. La crucifixión no fue inventada para Jesús. Los romanos crucificaron miles de judíos antes y después de él. Por delitos contra el estado. Durante la revuelta contra el censo del año 70 hubo crucifixiones masivas, y de nuevo durante la rebelión judía.

Esa noche estaba locuaz y disfrutaba luciéndose en su especialidad, siendo el centro, de la atención general.

-De hecho -continuó-, la crucifixión ni siquiera la inventaron los romanos. Probablemente la imitaron de los fenicios; era parte de la ley...

-¿La pena capital? -interrumpió Copeland. Harris lo miró por el rabillo del ojo.

-La voz del custodio de la ley -dijo-. No, no creo que sus costumbres y las nuestras puedan compararse. Nosotros tratamos de ser tolerablemente humanos cuando se trata de asesinatos oficiales, pero ellos eran lo más brutales que podían, se acercaban lo más posible a la tortura individual. Nosotros estamos indecisos acerca de la eficacia de la pena capital, pero los romanos no tenían duda alguna. La crucifixión era el modo más gráfico de decir «El delito no conduce a ninguna parte». Primero flagelaban al pobre diablo, después lo ataban o clavaban a una cruz y la -guían en una zona concurrida. Era una muerte excesivamente cruel, que llevaba horas e incluso días, y cada momento de esa agonía, incluida la rotura de las piernas de la víctima para que

no pudieran aguantar su propio peso, estaba destinada a decir en forma inequívoca: «Cuídate, revoltoso: éste podrías ser tú.»

-¿Algunos eran atados a la cruz? -preguntó Copeland. -Algunas fuentes antiguas así lo sugieren -dijo Harris-. También sabemos que usaban tres ripos cíe cruces: una con forma de T, la llamada cruz tau, otra con forma de X, la que ahora llamamos cruz de San Andrés, y la cruz latina, la que usaron con Jesús.

-¿Cómo sabes que fue una cruz latina? -preguntó Michael. Harris se encogió de hombros.

- Es la única conclusión razonable. El Nuevo Testamento dice que clavaron una inscripción encima de su cabeza. Eso no habría sido posible en ninguna de las otras dos cruces.

-Hace unos minutos -interrumpió Jennifer- usted dijo que se habían hallado los huesos de un hombre que murió crucificado. ¿Puede hablarnos de él?

-¿Qué deseas saber? -sonrió Harris.

-Bueno, por ejemplo... ¿dónde lo exhumaron?

-En Jerusalén.

-¿Cuándo?

-En la primavera de 1972.

-¿Saben cuándo vivió?

-Sí. Se ha precisado la fecha entre el comienzo del siglo uno y la primera revuelta judía, en el año 30.

-Es casi exactamente la época de Jesús.

-¿Es posible que fuera uno de sus discípulos? -preguntó Jennifer con voz de admiración.

Harris sonrió.

-Eso requiere un exceso de fe por mi parte -dijo cordialmente-. Digamos que no es imposible, pero que es muy improbable.

-Recuerdo haber leído algo al respecto -intervino Copeland.

-Sí. Un reportero del Trame llamado Levine, que estaba en Jerusalén, se enteró del hallazgo y conversó con la gente del Museo Rockefeller que había examinado los huesos. Escribió un artículo. En esa época se especuló que podía ser Jesús.

-¿No hay ninguna probabilidad de que lo sea? -preguntó Jennifer con un hilo de voz.

-Ninguna en absoluto -dijo llanamente Harris.

-Porque resucitó -dijo Michael con el mismo tono.

-No, no por eso -dijo Harris volviéndose a Michael-, sino porque hay evidencias en contrario... aunque no nos meteremos en eso por el momento. -Se volvió a Jennifer.- Además, ¿estás dispuesta a pensar en el Señor como un hombre deforme y con el paladar hendido? Es el caso del que encontraron.

Hubo un silencio. Harris bebió un trago.

-Cuéntenos el resto -dijo Jennifer muy seria-. ¿Hay más?

-Mucho más -dijo Harris-. Pero es un asunto bastante

desagradable, el tema menos apropiado para una cena en la que celebramos un acontecimiento tan feliz. Después si quieres. Los cuatro se demoraban en la mesa después de la cena en celebración del compromiso de Copeland y Jennifer. Copeland había venido tenso. Era la primera vez que veía a Michael por un período prolongado y era su primer encuentro con Harris. Jennifer había estimulado su curiosidad al comentarle la llegada del. arqueólogo y Copeland ansiaba conocerlo. Para su mente precisa de investigador el arreglo sonaba extraño. ¿Por qué una eminencia como el

doctor Gordon trabajaba en el subsuelo de la residencia, donde las condiciones distarían de ser ideales? ¿Por qué su proyecto se mantenía en secreto? ¿Y por qué, en una casa sólo habitada por clérigos, además de Jennifer y la señorita Pritchard, Gordon había tomado la precaución de instalar otra clase de cerradura en la puerta de su cuarto de trabajo?

Jennifer lo había entretenido contándole los afanes de la señorita Pritchard desde la llegada de Harris: cómo le disgustaba que el cuarto del subsuelo -«donde antes cultivaba mis plantitas»- ahora le estuviera vedado. Además, en una oportunidad le había ofrecido a Harris limpiar el cuarto una vez por semana, y él la había despedido con un lacónico «no». Todo eso no solamente la enfurecía sino que exacerbaba su curiosidad. Jennifer describió al ama de llaves ansiosa por enterarse de lo que ocurría en ese cuarto.

-Puedo imaginarla -rió- acechando como un gato frente al escondite del ratón, hasta estar segura de que Harris se fue. Entonces mirará por la cerradura para descubrir que está tapada. -Esta descripción la divertía muchísimo.- Se cree la dueña del lugar, sabes -dijo con afecto-. A todos los demás casi nos considera extraños; te imaginas cómo lo verá a él.

-¿Pero nunca te preguntaste qué hace Harris allí? -preguntó Copeland.

Ella movió la cabeza.

-Entiendo que está escribiendo un libro.

Copeland había sentido bastante curiosidad como para acudir a las páginas del Quién es quién. No encontró nada inesperado. El condensado artículo describía a un hombre cuya brillantez como arqueólogo le había ganado distinción en el mundo académico, ingresos a sociedades cultas, dos doctorados honorarios y un gran renombre. Era autor de dos libros y publicaba artículos en revistas especializadas. Se había casado tres veces Y tenía siete hijos. La última notación lo mostraba como presidente del Departamento de Estudios Orientales (emérito)

en la Facultad de Arqueología de la Universidad de Albright, Filadelfia. Extraño, pensó Copeland.

¿Por qué, se dijo, si se encontraba escribiendo un libro, no había vuelto a Albright? ¿O a su casa? ¿Por qué había preferido las incomodidades de un subsuelo donde no tenía a mano materiales de referencia? ¿Y por qué Michael lo había invitado... aun cuando hubieran sido compañeros de estudios? Había algo que no encajaba.

Reflexionando al respecto mientras se afeitaba antes de ir a la cena, Copeland se había mirado en el espejo, había sonreído y había dicho en voz alta:

-Siempre el detective.

Pero en el momento de la cena esas preguntas ni se le cruzaban por la mente. Harris era una agradable compañía: un hombre sofisticado y de intereses diversos, un conversador fascinante, ingenioso y sarcástico. Al iniciarse la cena se le veía callado y retraído, pero bastó un vaso de vino para tranquilizarlo y disipar sus inhibiciones. Cuando abrieron una botella de champaña, Harris se levantó para proponer un brindis y siguió hablando durante cinco minutos.

Contó dos historias jocosas en el límite del buen gusto y terminó diciendo:

-Pese a que no abrigo la menor esperanza en cuanto a la institución del matrimonio, tal vez éste por el que hoy brindamos me haga cambiar de opinión. -Levantó la copa.- Estos son mis deseos para ambos: que vivan muchos años y con pocos problemas, que no tengan hijos eclesiásticos ni académicos, que el novio conserve la silueta, el pelo y la virtud... Esto último será muy difícil, teniendo en

cuenta que trabaja para nuestro jefe de distrito. -Se volvió a Jennifer y su expresión se suavizó.- Y que la novia siga siendo la encarnación de inefable encanto y dulzura que es esta noche.

Copeland iba a levantarse para responderle, pero Jennifer le tocó el brazo y se apresuró a decirle «No, déjame a mí», y con voz afectuosa le manifestó a Harris que todos estaban muy contentos de que hubiera venido a «unirse a la familia».

A Copeland le interesaba observar la relación entre los dos hombres. En sus contactos con Michael había notado que siempre lo trataban con una deferencia rayana en el servilismo, y él mismo todavía no se sentía cómodo en presencia del cardenal. Pero Harris sin duda no se intimidaba.

En el transcurso de la cena no perdió oportunidad de reírse de Michael y de hacerle bromas, y mientras tomaban el café contó

una divertida anécdota acerca de una aventura que los dos habían compartido en su época de estudiantes. Michael sin duda gozó de la evocación. Se reía y escuchaba con gran atención, intercalando de vez en cuando alguna fingida protesta como «De eso yo no me acuerdo» o «Vamos, Harri, no exageres.» Pero al culminar la historia echó la cabeza atrás y lanzó una estridente carcajada, y siguió sacudiéndose de risa durante varios minutos.

Después de la cena, en la sala de estar, mientras el fuego lamía perezosamente los leños, fue Michael quien volvió a sacar el tema del crucificado.

-Es una triste historia -dijo Harris al cabo de una pausa prolongada-. El pobre diablo estaba maldito antes de nacer, y fue infeliz en vida y tuvo una muerte horrible.

Obviamente se notaban los efectos del licor, que sin embargo no afectaba su lucidez y sólo ocasionalmente su articulación. Se evidenciaban en la dulzura con que se dirigía a Jennifer y en cierta irritación fugaz cuando lo interrumpían los otros. Se demoró un rato encendiendo un cigarro. Luego, envuelto en el humo empezó:

-En la primavera de 1968 el ministerio de viviendas de Israel estaba haciendo excavaciones en Jerusalén y se topó con varias tumbas judías en la zona del Giv'at ha-Mitvar. Eran nueve en total, tumbas familiares en su mayoría, y muy similares a otras que se habían descubierto en ese distrito; pequeñas cavidades abiertas en la piedra caliza del terreno. -Dio una chupada al cigarro.- Tal vez es mejor que me detenga un poco en los hábitos sepulcrales de los judíos de la época. Cuando moría el miembro de una familia, el cuerpo era ungido con hierbas aromáticas, en buena medida para tapar el olor, envuelto en una mortaja y depositado en la tumba durante un año, para que la carne se descompusiera y los huesos quedaran limpios. Las tumbas eran cuevas, esencialmente. Solían tener una entrada que era poco más que un agujero. La entrada daba a una cámara sepulcral, un recinto rectangular con una zanja o foso en el centro. La función del foso era que uno pudiera permanecer de pie. Desde la cámara central salían celdillas, pequeños túneles donde se guardaban osarios o cadáveres...

Alzó la mano para interrumpir una pregunta de Jennifer.

-Me explicaré -dijo con una sonrisa-. Ojalá todos mis estudiantes fueran tan ávidos. -Mientras continuaba, por momentos era obvio que se sentía de vuelta en el aula: solía elevar los ojos al cielo raso, por momentos parecía recordar sus apuntes, y la voz adquiría el tono formal del que dicta una cátedra.

-Para ser más claro -continuó-. Un osario es una caja pequeña y rectangular de piedra caliza, ocasionalmente de arcilla. En algunos casos, son trabajos muy delicados, auténticamente artesanales; están cuidadosamente terminados y lucen decorados que van desde rosetas dentro de círculos hasta palmeras estilizadas. Los dibujos sin duda se relacionaban con las creencias acerca del trasmundo.

»Estos osarios se usaban como receptáculos para los huesos de los muertos. Los deudos tomaban los huesos limpios y los depositaban en la caja, a veces un esqueleto por osario, a veces muchos, y luego procedían a una nueva ceremonia fúnebre. No todas las familias judías podían costearlos, por supuesto, y en ese caso los huesos se juntaban en una fosa común, a veces en forma muy indiscriminada. Estos recipientes son de suma importancia. Generalmente se conviene en que no se los empezó a utilizar antes del 50 antes de Cristo y ahora sabemos que no se los usó después del incendio de Jerusalén en el 70 de nuestra era, así que comprenderán que son muy útiles para fechar los hallazgos. Tal vez piensen que me demoro mucho en los detalles, pero tengo mis motivos. -Se volvió a Jennifer.- Para volver a la pregunta de antes: es gracias a los datos que acabo de mencionar que podemos decir con una certidumbre razonable: «Sí, nuestro hombre fue contemporáneo de Jesús, y como vivía en Jerusalén es muy probable que lo haya visto y lo haya oído predicar.»

-¿Pero cómo saben que murió crucificado? -interrumpió Copeland.

Harris arqueó las cejas y miró de soslayo a Copeland.

-En seguida tocaré el tema -dijo-, y tal vez usted comprenda que los arqueólogos están a la altura de la gente más eficaz de los laboratorios forenses.

Fijó los ojos en el cielo raso y Copeland decidió que el gesto era un ayudamemoria.

-Había treinta y cinco esqueletos en total, y algunos habían muerto violentamente. Uno se había quemado. Otro tenía heridas de maza. Otro había sido atravesado por una flecha. Tres habían perecido de hambre. Había una mujer muerta al dar a luz; la cabeza del feto ya había asomado. Es evidente que murió por falta de una partera, pues el pasaje por la pelvis fue inadecuado. Jennifer se estremeció involuntariamente.

-Eran tiempos crueles -dijo Harris- y la vida no valía mucho.

-El crucificado -lo urgió Michael.

-Ah sí. Michael, tú quieres saber acerca del crucificado. Sus huesos estaban en un osario, con los de un niño de tres o cuatro años de sexo indeterminado. El hombre tenía entre veinticuatro y veintiocho años y un metro sesenta y siete de estatura, una altura promedio para la gente del Mediterráneo en esos tiempos. t i cuerpo era esbelto y los huesos revelan que nunca habían hecho trabajos físicos pesados. Había gozado de buena salud; no había indicios de deficiencias de alimentación o enfermedades. No tenía caries dentales y tenía todos los dientes, salvo el canino superior derecho, una carencia congénita. Las vértebras estaban bien desarrolladas y no mostraban ninguna deformidad. El profesor Haas, del departamento de Anatomía de la Universidad Hebraica, resumió sus características en forma sucinta. Dijo: «Este joven, quienquiera haya sido, debía tener un andar grácil, casi femenino.» El doctor Haas decía que le recordaba al ideal heleno, al efebo.

Se interrumpió para beber. El cuarto estaba en silencio, y los demás veían con la imaginación al joven paseándose por las calles de la antigua ciudad, tal vez en medio de la multitud que se apretujaba alrededor de Jesús.

-Eso en cuanto al cuerpo -dijo Harris, dejando la copa a un lado-. Con la cabeza las cosas son diferentes. Como dije antes, tenía el paladar hendido. También un cráneo deforme corno resultado de serias dificultades durante el parto...

-¿De nacimiento? -preguntó Jennifer.

-De nacimiento. Ahora bien, entiendo que el paladar hendido no es producto de factores genéticos sino ambientales. Es decir, alguna circunstancia dramática y crítica en la vida de la madre durante las dos o tres primeras semanas del embarazo. Puede

proceder de muchas causas: un súbito empeoramiento de la dieta de la madre, un exceso de fatiga mental, por ejemplo. El paladar hendido es más frecuente en las clases pobres, donde hay más posibilidades de desnutrición. Pero ese no sería el caso, ya que, como dije antes, no había indicios de que la dieta del joven fuera inadecuada o de que hiciera trabajos pesados. No es irrazonable concluir que era hijo de una familia relativamente acomodada cuya madre había sufrido algún, ¿cómo decirlo?, hecho traumático inmediatamente después de concebir al niño. Dejo por cuenta de ustedes imaginar cuál pudo ser ese acontecimiento.

-Fascinante -jadeó Jennifer.

-En efecto -dijo Harris, casi con orgullo de propietario-. En cuanto a la cabeza de nuestro hombre, temo que no era muy elegante. Era asimétrica, como si la hubieran empujado a la izquierda y hacia arriba. La frente estaba ligeramente achatada en

el costado derecho. El cráneo tenía forma pentagonoidal, cinco caras, y la parte trasera era más bien triangular. La quijada estaba torcida hacia la derecha. Sin duda, no era una cara atractiva.

-¿Y la crucifixión? -dijo Michael-. ¿Qué pruebas hay de que lo crucificaron?

Harris se volvió hacia él.

-Paciencia, Mike -protestó-. Lo creas o no, ya he llegado a esa parte de la historia.

»Era lo último que esperaban los investigadores. Habían llegado a los huesos calcáneos, los del talón, que estaban en el fondo del osario. Al principio los tomaron por un solo hueso, pues estaban cubiertos por una gruesa costra calcárea, pero luego vieron algo que los sobresaltó literalmente: un clavo, un clavo de hierro con la punta torcida. Pese a la costra se lo distinguía con claridad. Lo habían introducido entre los dos huesos del tobillo y había salido por el otro lado. Imaginen la reacción de los investigadores.

Se demoró para beber un sorbo. Nadie lo interrumpió; todos querían que continuara.

-Sin embargo, existía un problema. Antes que pudieran continuar investigando debían deshidratar, limpiar e impregnar todo el conjunto para preservarlo, tan deteriorado estaba. Además debían obtener un permiso especial del gobierno para postergar el entierro definitivo. Cuando finalmente pudieron hacer un examen a fondo, descubrieron algo extraordinario. Habían supuesto, una vez que supieran que se encontraban frente a un caso de crucifixión, que los pies habrían sido clavados a la cruz en lo que podría describirse corno postura abierta. Así... -Apoyó los pies en el suelo, un tobillo encima del otro y los dedos hacia fuera.- Era una presunción natural; muchos artistas la han pintado así. Pero pronto comprendieron que no era esto lo que había ocurrido. Había un pequeño trozo de madera de acacia, entre la cabeza del. clavo y los huesos del tobillo. Lo asombroso fue que descubrieron que, los huesos del tobillo estaban clavados con las superficies medias adyacentes... Me explico: estaban clavados como con los costados juntos. -Les mostró.- Era obvio que los romanos habían puesto a la víctima con el costado derecho apoyado contra el madero vertical de la cruz, probablemente mientras aún estaba en el suelo: atravesaron el trozo de madera con el clavo, le aferraron los pies y le perforaron los tobillos con el clavo hasta introducirlo en el madero de la cruz. infortunadamente, después que el clavo entró en el madero, que era de madera de olivo, dio en un nudo y la punta se torció. No obstante, era suficiente para sostenerlo. »Hubo otra sorpresa. Siempre se ha presumido que en la crucifixión los clavos se pasaban a través de las manos. Esa presunción sin duda deriva de las versiones de la muerte de Jesús en el Nuevo Testamento, donde en

efecto los clavos le atraviesan las palmas. -Se volvió hacia Michael y se miraron un instante. Sin embargo en el caso de este hombre no fue así. Con las piernas vueltas hacia el costado, le torcieron el cuerpo y le introdujeron los clavos en los antebrazos, entre los huesos radiales, justo encima de las muñecas. El radio derecho presentaba la marca del clavo.

»Generalmente se ha convenido en que los romanos usaban una sedecula, la palabra significa, literalmente, una saliente rocosa, un asiento tosco sujeto de antemano al leño vertical. No era más que un sostén para las caderas. Tenían sus razones: la víctima podía apoyarse, lo cual demoraba su muerte y prolongaba sus sufrimientos. En el caso de este hombre, parece evidente que con los pies sujetos inseguramente a causa del clavo torcido, y las piernas vueltas a un costado, tendrían que improvisar un tipo especial de sedecula para que sólo apoyara una cadera. Una posición excesivamente incómoda, como ustedes imaginarán.

-Pobre hombre -dijo Jennifer con lágrimas en los ojos. -El resto es bastante macabro -dijo Harris-. ¿Están seguros de que quieren oírlo? -Los demás miraron a Jennifer, quien asintió conteniendo las lágrimas.- Como de costumbre, las piernas de la víctima fueron rotas entre la rodilla y el tobillo. La pierna derecha de nuestro hombre fue brutalmente partida en grandes astillas mediante un golpe de maza. La tibia y la fíbula izquierda, sin embargo, se rajaron en una sola línea oblicua. Lo que ocurrió, obviamente, es que alguien le asestó un golpe seco. El mazazo astilló los huesos de la pierna derecha, que recibió el golpe, y la otra se partió limpiamente contra el borde del madero vertical. Entre otras cosas, esto confirma que las rodillas estaban flexionadas y vueltas al costado.

»Cuando el pobre hombre murió y quisieron sacar el cuerpo, el clavo torcido presentó problemas. No habrían tenido dificultades en arrancar los brazos, pero la punta del clavo de los tobillos estaba atascada en la madera de la cruz y no podían liberarle los pies. Lo que hicieron, me temo, fue cortarle los pies con un hacha y luego sacarlos por separado. Hay un corte casi horizontal en el talón derecho.

-Pobre, pobre hombre -dijo Jennifer, lagrimeando. Copeland le rodeó los hombros con el brazo. Michael extrajo un pañuelo y se sonó ruidosamente la nariz.

-Lo lamento -dijo Harris-. Pero recuerden que esto pasó hace casi dos mil años y que mataban a miles de la misma manera. Jennifer se enjugó la nariz.

-Es que casi puedo verlo: solo, con su cara patética y deforme, maldito, como decía usted, desde antes de nacer.

Michael se aclaró la garganta y dijo en voz baja:

-Estaba pensando en el Señor. He meditado y predicado muchas veces acerca de sus sufrimientos, pero lo que nos has contado acerca de este hombre le da aún más viveza.

-Al menos los dos tenían amigos que lo querían -dijo Harris.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Jennifer.

-Bueno, desde luego sabemos acerca de los amigos de Jesús, y el hombre de quien hemos hablado también tenía quienes lo amaban. Recuerden que los huesos fueron sepultados en un osario. Había flores secas en el osario y manchas pardas en todos los puntos donde los huesos estaban rotos. Estamos razonablemente seguros de que esas manchas son el resultado de una unción ritual de los huesos antes de la sepultura. Obviamente, alguien se preocupaba por él.

3

Michael estaba sentado ante el escritorio. Hubo un golpe perentorio en la puerta. Antes que pudiera responder, la puerta se abrió y una pálida y agitada señorita Pritchard jadeó:

-Mejor que venga rápido. El doctor Gordon no se siente bien.

-¿Dónde está?

-En la cocina.

Mientras caminaban, la señorita Pritchard lo seguía explicándose entrecortadamente.

-Acababa de empezar la cena cuando lo oí subir del subsuelo. Como siempre, le dije «Buenas tardes, doctor Gordon.» Sin mirar, ya sabe. El no me contestó, pero ya estoy acostumbrada. Después Jeannie largó como un suspiro y yo me di vuelta y lo veo ahí, de pie, blanco como un papel, apoyado contra la pared como un borracho...

Entraron a la cocina. Harris estaba sentado a la mesa, echado hacia adelante, la cabeza entre los brazos, una pierna de costado. Jeannie y Hulda estaban contra la pared, obviamente asustadas. En el piso había una pequeña caja de cartón blanco. Michael se acercó a Harris y se inclinó sobre él.

-¡Harris! -le dijo-. ¡Harris! ¿Estás bien?

No hubo respuesta. Levantó la cabeza de Harris y la irguió sobre la silla. Harris tenía la frente fría y perlada de sudor. Le aflojó el cuello de la camisa y la cabeza de Harris cayó hacia adelante. Volvió a levantársela. Los ojos se entreabrieron pesadamente. Luego volvieron a cerrarse y el cuerpo se aflojó.

Michael le golpeó la mejilla.

-Harris, ¿qué ocurre? -Los ojos daban vueltas. Volvió a abofetearlo.- Harris... ¡Despierta! ¡Despierta!

Harris logró abrir los ojos y mirar a Michael. Trató de hablar pero las palabras eran confusas. Parecía borracho. Michael le olió el aliento. No había rastros de alcohol, sólo el olor que había notado antes.

La voz de Harris fue casi inaudible.

-El Glucogen...

¡Por supuesto! Era diabético. El azúcar de la sangre estaba desbalanceada; estaba a punto de sufrir un shock.

Apoyó la cabeza de Harris en la mesa, recogió la caja del suelo y se la pasó a la señorita Pritchard.

-Prepare la aguja -le dijo con. calma.

Se agachó, recogió a Harris y lo tendió de espaldas sobre la mesa de la cocina. Se apresuró a aflojarle el cinturón, bajarle el cierre, levantarlo por la cintura y bajarle los pantalones y los calzoncillos hasta los muslos. La señorita Pritchard dejó escapar un gritito al ver la entrepierna de Harris, el pene oscuro y arrugado descansando en el vello entrecano encima de los testículos desnudos. Pero tenía lista la hipodérmica y cuando se la alcanzó a Michael la mano no le temblaba.

Los muslos eran espigados y blancos, y los cubría un vello oscuro y escaso. En los costados de los muslos estaban las marcas que Michael buscaba, una zona amplia como una mano abierta, constelada de puntos azules y rojos.

-¿Controló la dosis? -le preguntó a la señorita Pritchard, alzando la aguja contra la luz de la cocina y presionando el pistón hasta que saltó un pequeño chorro de la punta.

-Sí -respondió ella con firmeza.

Michael se agachó, encontró un lugar apropiado en el muslo y clavó la aguja en el músculo. Oprimió el pistón, retiró la aguja

y masajeó la zona con la palma. La señorita Pritchard se acercó a un armario encima de la pileta y volvió con un frasco y un poco de algodón. Lo empapó con el desinfectante y frotó la zona donde se había aplicado la inyección.

-Déme una mano, por favor -dijo Michael.

Rodeó la cintura de Harris con los brazos y lo levantó. La señorita Pritchard tiró de los calzoncillos y los pantalones y los alzó hasta la cintura. Tiró del cierre, abrochó la hebilla y luego buscó una toalla. La plegó y la puso debajo de la cabeza de Harris.

Al cabo de un minuto Harris se movió. El color volvió a la cara agrisada y los ojos se abrieron con lentitud. Miró inexpresivamente a Michael.

-Estabas en coma -dijo Michael-. Te dimos una inyección de Glucogen. Pronto estarás bien.

Harris guardó silencio un minuto, luego se relamió los labios resecos.

-¿Pueden darme agua? -dijo con voz ronca.

La señorita Pritchard le hizo un gesto a la pálida y asustada Jeannie, quien le alcanzó un vaso de agua con la mano temblorosa. Mientras Michael le sostenía la cabeza, Harris bebió a sorbos. Ahora los ojos le brillaban y el sopor se desvanecía.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Michael.

Harris lo miró vagamente un momento y luego dijo:

-Qué lástima. Estaba durmiendo tan bien.

No hacía media hora que Michael había vuelto al escritorio cuando llamaron a la puerta y entró Harris.

-Hoy te tocan todas las interrupciones -dijo con una sonrisa alusiva-. No estoy de ánimos para trabajar. ¿Te molesta que me quede?

-De ningún modo -dijo Michael-. Yo tampoco me puedo concentrar muy bien. ¿Cómo te sientes?

-Bien -dijo Harris-. Bien. No soy fácil de eliminar. Tal vez los entierre a todos ustedes.

Se sentó.

-Antes de que te pongas cómodo -dijo Michael-, ¿te gustaría acompañarme a la catedral? Tengo que hablar una palabra con el párroco. ¿Fuiste alguna vez?

-No quisiera traer problemas.

-Correré el riesgo -dijo Michael.

Mientras Michael discutía algunos arreglos para la boda de Jennifer, Harris vagabundeó por el lugar. Michael lo encontró de pie en una nave, frente al gran púlpito de mármol.

-Estaba imaginándote ahí arriba en toda tu gloria -le dijo Harris en cuanto se acercó.

-No sucede muy a menudo. No doy sermón aquí más de tres o cuatro veces al año.

-Me intimidaría -dijo Harris mirando al templo-. Este lugar lleno de gente... yo diciéndoles cómo deben vivir...

-A mí me intimida -dijo Michael.

Camino al pasillo que unía la catedral y la residencia, Harris vio una ancha escalera de mármol que conducía debajo de la capilla, y- enfrente otra que conducía debajo del altar.

-¿Qué hay ahí abajo? -preguntó.

-A la izquierda la cripta y a la derecha la sacristía... donde nos ponemos las vestiduras.

-¿Quién está enterrado en la cripta? -Mis predecesores.

-¿Ahí es donde te van a guardar? Michael sonrió.

-Ahí es donde me van a guardar. Harris se asomó.

-¿Te gustaría echar un vistazo? -preguntó Michael.

-Sí, me gustaría.

El guardián se paseaba por allí cerca. Cuando Michael lo llamó, vino y quitó los cordeles que impedían entrar al altar y luego abrió la cerradura de la puerta de rejas que daba a la escalera. En la catedral hacía fresco; en la cripta hacía frío y Harris tiritó. Los pasos de ambos resonaron y reverberaron contra los pisos y las paredes de mármol. Alineados contra las paredes había sarcófagos también de mármol, todos diferentes, cada uno con velas delante.

Harris caminó con lentitud, leyendo las inscripciones. Volvió con Michael, que estaba al pie de la escalera.

-¿Vienes aquí a menudo? -le preguntó.

-No -dijo Michael moviendo la cabeza.

-Deberías hacerlo. Te recordaría que eres mortal.

-Mi vocación nunca me permite olvidarlo.

-¿Dónde te van a poner?

-Supongo que allí -dijo Michael señalando un lugar.

-¿No te hace sentir raro saber dónde vas a estar en los próximos cientos de años?

-La primera vez que vine sí. -Guardó silencio un segundo. Debes recordar que sólo mi cuerpo estará aquí. Yo no.

-Oíd el sermón -dijo Harris.

-No, no te preocupes. Pero no sería fiel ni a mi vocación ni

a ti si no te recordara que esta tarde estuviste muy cerca del límite.

-Del límite no -dijo Harris-. Del final.

Cuando volvieron a la residencia, Harris siguió a Michael al estudio y se sentó sin que lo invitaran. Parecía necesitar conversación. Michael le pidió café a la señorita Pritchard y hablaron.

Harris dijo, con una sonrisa:

-Ya miré tu cripta. ¿Te gustaría echar una ojeada a la mía? -No entiendo.

-En el subsuelo.

-Oh -dijo Michael, y luego añadió -: No, creo que no. No en este momento.

Harris lo estudió sin dejar de sonreír.

-Me sorprendes -dijo-. Pensé que te morías por ver.

-¿Por qué?

-Por curiosidad, si no por otra cosa.

-Bueno, tal vez uno de estos días. Harris guardó silencio un instante.

-En realidad no crees que sean los huesos de Jesús, ¿no? -Para ser franco... no.

La voz de Harris fue serena, persuasiva.

-Pero Mike, lo son.

Michael no ocultó su impaciencia al responder.

-Harris, perdóname, pero no tienes ninguna certeza. Sólo el manuscrito puede certificar la autenticidad de esos huesos, y conozco lo bastante acerca de las reliquias de ese tipo para saber que a menudo son fraudulentas. A fines del siglo pasado el Museo Británico le pagó una generosa suma de dinero a un hombre llamado Shapiro por un rollo que se suponía era el Deuteronomio del Antiguo Testamento, con más de dos mil años de antigüedad. Shapiro lo creía. Los expertos que lo examinaron también. Más tarde se comprobó que era falso. Tú sabes cuántos objetos falsos compran los que tratan con antigüedades. Sabes cuántos pergaminos mostraron los beduinos después de los descubrimientos de Qumran.

-Pero mi manuscrito no me lo dio un comerciante ni un beduino astuto en busca de algún dólar fácil. Lo encontré yo mismo.

-Tú lo encontraste, sí. La cuestión es quién lo puso.

-El hombre que lo firmó: Shimon ben Yehuda.

-Su nombre puede estar allí, no voy a discutirlo, ¿pero es su firma?

No hay razones para dudarlo.

-¿Por qué no tomaste medidas para certificar la fecha?

-Michael -dijo Harris pacientemente-, debes comprender lo que sucedería si se difundiera mi descubrimiento. Nos sitiarían.

-Te comprendo. Pero no tendrías por qué especificar precisamente qué quieres autenticar. ¿Por qué, por ejemplo, no has sometido el material al procesamiento con carbono 14, para establecer la fecha.

-Porque no es práctico y porque es innecesario.

-¿Por qué no es práctico,

-Porque el proceso requiere una cantidad muy grande de material y la prueba deteriora el material. ¿Quieres que destruya parte del manuscrito? En ese caso, ¿cuál? Parte del borde inferior ha desaparecido, y también parte del superior. Lo que originalmente era el extremo del documento está en pésimas condiciones y el borde interior apenas tiene margen. No me atrevo a destruir parte del texto. -Miró a Michael con una expresión desafiante. Y sin duda, ante la presunción, ante la mera posibilidad de que sean los huesos de Jesús, no querrías ver parte del esqueleto destruido. ¿Cómo dice el salmista? Ni un hueso le romperán... -Citó la profecía con voz aflautada y socarrona.

-Entonces nunca lo sabrás con certeza.

-Ya lo sé con certeza. Afróntalo; lo que exhumaron en Jerusalén era incuestionablemente una tumba judía del siglo I. El Departamento de Antigüedades de Israel lo ha establecido en forma irrebatible. El carbono 14 no haría sino confirmar lo que sabemos.

-Pero ese osario vacío, el que según dijiste contenía los huesos de Jesús antes que los trasladaran a Qumran, pudo ser depositado en la tumba en una fecha más tardía.

Harris movió la cabeza lenta y exageradamente.

-Temo que no. Estaba hecho con la misma piedra caliza que los demás. El mismo artesano, el mismo diseño ornamental. Y recuerda que allí encontré el molar que encajaba en el cráneo de Qumran.

Michael se hundió en la silla, entrelazando los dedos v mirándolos con seriedad.

-No puedo discutir contigo, Harris. Está más allá de mis posibilidades. Pero todo el asunto desafía la credulidad. Allí crucificaron a miles de personas. Ayer lo verifiqué: sólo entre los palestinos, a cincuenta mil... y sin embargo en toda la historia sólo se han descubierto los huesos de dos hombres con evidencias de haber sufrido ese

suplicio. Sólo dos. Y tú sostienes que uno de ellos, el que tienes abajo, es Jesús de Nazareth. La coincidencia sería simplemente increíble.

-En realidad no. Hace siglos que la gente encuentra objetos en Tierra Santa, pero hace sólo tres cuartos de siglo que ha entrado en acción la arqueología científica en la zona. Todos los días hay nuevos descubrimientos. Quién sabe lo que se exhumará mañana.

Harris se frotaba el pecho con la palma, masajeándose. Hizo una trueca. Tenía la piel gris y de pronto parecía muy viejo.

-Quizá nunca publiques tus descubrimientos -dijo Michael.

-¿Por qué no?

-Tu corazón.

Harris sonrió irónicamente.

-¿Estás sugiriendo que Dios podría quitarme del paso?

-¿Has consultado un médico?

-Al tuyo, el doctor Raymond.

-¿Y?

-Dice que es angina de pecho. Me dio unas píldoras. -Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una cajita plateada. Glicerina, creo.

Abrió la cajita y se puso una píldora redonda y diminuta debajo de la lengua. En el silencio del cuarto Michael pudo oír un ruido en su estómago.

-Hay una pregunta que quisiera hacerte -dijo.

-¿Sí?

-Eres una persona realista: en el improbable caso de que tu corazón... eh...

-Se detuviera.

-En ese caso, ¿qué hago con el manuscrito, tus notas y el esqueleto?

-He resuelto dejárselo al Museo Rockefeller de Jerusalén. Todo va a terminar allí de un modo u otro.

-¿Lo has notificado? Harris rió.

-¿Para que la ley me persiga? Mike, amigo mío, eres el único a quien se lo conté. Con sólo susurrar lo que hay ahí abajo ya estarían todos zumbando como moscas: la prensa, la policía... toda la gente que se te ocurra. ¿Cómo dijo Jesús? «Donde está el cadáver irán los buitres.» No, todo va a ir al Rockefeller salvo mi monografía y las fotos que tomé. Eso va a Harper & Row; ellos publicaron mis otros trabajos. -Miró de soslayo a Michael.¿No te importa que lo deje en tus manos?

-No. -Gracias.

-¿Cómo sabes que puedes confiar en mí?

-No me preocupa.

Ambos se sumieron en sus pensamientos. Un rescoldo crepitó en el hogar, chisporroteó y murió.

-Tal vez deberías preocuparte -dijo Michael-. ¿Has pensado en el daño que harás si publicas ese libro?

-¿A la Iglesia Católica Romana?

-A la Iglesia. Y a la gente. A la gente pequeña. A la gente simple. A la gente indefensa. A la gente vulnerable...

-Lo pensé. ¿Pero qué puedo hacer? Tú estás comprometido con Dios y la verdad, ¿no? Bueno, yo también tengo un compromiso que cumplir. ¿O quieres que traicione mi verdad? Para su asombro Michael se oyó decir:

-¿Qué es la verdad? -Se apresuró a añadir:- La voluntad de Dios.

Esa noche, en la cama, Michael no podía conciliar el sueño. ¿Qué haría -qué debía hacer- con el esqueleto y el manuscrito si Harris moría antes de completar el trabajo?

Considerando su capacidad potencial para dañar a la Iglesia y destruir la fe de tantas personas, ¿debía ser él quien los pusiera en manos de quienes podían explotarlos? ¿Pero podía ser él quien ocultara al mundo ese descubrimiento? ¿Qué opción le quedaba sino hacer lo que le pedían y dejar el juicio en manos de gente responsable? Sin duda la verdad saldría a luz. Actuar de otro modo era traicionar la confianza de un amigo.

¿Pero qué seguridad había de que los entendidos actuarían con responsabilidad? No se hacía ilusiones acerca de la objetividad o la infalibilidad de los científicos. Recordaba las férreas divisiones de opinión entre hombres igualmente destacados, cuando se descubrieron los rollos del mar Muerto. ¿Qué hipótesis no se esgrimían y refutaban? ¿Podía él poner un asunto tan delicado en manos de hombres a menudo inspirados por el orgullo intelectual, la sed de notoriedad, el amor por la controversia... cuando no por el deseo de apuntalar una teoría que les gustaba?

¿Qué habría ocurrido si Harris hubiera muerto esa tarde, con su trabajo recién comenzado? ¿Y si él no hubiera estado en el estudio, o si no hubiera sabido cómo afrontar la emergencia? ¿Qué habría ocurrido? El asunto se le hubiera escapado de las manos. Los huesos y el manuscrito y las notas de Harris habrían pasado a la sucesión para caer, después de los trámite legales, en manos de la esposa... quienquiera que fuese y dondequiera que se encontrara.

Bajó de la cama y se arrodilló en el reclinatorio. -Santa Madre de Dios...

Habían estado en el departamento de Copeland, jugando a ser marido y mujer. Ella había preparado una ensalada mientras él cocinaba bistec y hervía verduras. Habían bebido una botella de vino y habían reído mucho y habían hecho el amor en el sofá y en el túmulo de almohadones y ahora, cerca de medianoche, Copeland la llevaba a casa en su auto. La noche era cruda y el viento de febrero aullaba arrojando puñados de granizo. Jennifer se había helado después de caminar hasta el coche estacionado debajo de la East River Drive, pero ahora la calefacción había mitigado el frío y Copeland decidió disminuirla. Ninguno de los dos habló durante doce cuadras.

Jennifer se acurrucó contra el hombro de Copeland. Resplandecía de felicidad.

-Señor Jackson -ronroneó-, es usted un magnífico amante. El se volvió y la besó en la frente. Continuaron en silencio unas cuadras.

-¿Cómo va el trabajo del doctor Gordon? -preguntó finalmente Copeland.

-Bien -respondió vagamente Jennifer, recordando la tarde en el departamento.

-¿Ha dicho en qué está trabajando? -preguntó él sin rodeos. Ella seguía ausente.

-Ni una palabra.

-¿No te parece raro que no hable acerca de lo que hace en ese subsuelo?

Jennifer comprendió que Copeland no hablaba porque sí y decidió prestarle atención. Había aprendido que él solía rumiar en silencio los problemas y con frecuencia hacer anotaciones con una letra apretada y precisa. A veces Jennifer lo llamaba «Señor Meticuloso.»

-A mí no me parece raro -dijo-. Es un especialista. No suelen hablar de su trabajo salvo con sus colegas.

Había cierta mordacidad en el tono de Copeland.

-He observado que se parecen mucho a todo el mundo. Tal vez un poco más neuróticos.

No, no hablaba por hablar. Jennifer se volvió a verle la cara. El perfil se recortaba contra las fugaces luces de las tiendas, la calle y los autos que iban en dirección contraria. Se estaba mordiendo el labio inferior.

-No simpatizas con él, ¿no? -dijo Jennifer directamente. El movió ligeramente la cabeza.

-No es un problema de simpatías personales -dijo él-. Aunque para ser franco, tienes razón.

-¿Pero por qué?

-No es nada personal, si a eso te refieres.

-Sí lo es. Eso es lo que me asombra. Te observé la otra noche, cuando él contaba la historia del crucificado. -Sonrió y volvió a recostársele en el hombro.- Qué detective eres... Tu expresión te delata en seguida. -Reflexionó un instante.- Me pregunto si tío Michael se dará cuenta por tu expresión de que estuvimos haciendo el amor.

-Tienes olfato para estas cosas -insistió él-. Hueles cuando hay algo que no va.

Ella estiró el brazo y le tocó la punta de la nariz con la yema del índice.

-Si para ser buen detective hay que tener olfato, esta nariz te hará jefe de un momento a otro.

Pero él no se dejó distraer.

-En serio, Jen. Si, como dice tu tío, Gordon está escribiendo un libro, ¿por qué en un subsuelo?

-Estoy segura de que tiene sus razones.

-¿Y por qué dos cerrojos en la puerta? Jennifer arqueó las cejas.

-¿Cómo lo supiste? -Lo sé, es todo.

Ella se volvió para mirarlo y le dijo con tono de reproche:

-¡Copeland Jackson! Has estado fisgoneando.

-Claro que no.

-¿Te lo dijo tío Michael?

-Estuve hablando con la señorita Pritchard -dijo Copeland con docilidad- y ella casualmente lo mencionó.

Jennifer se echó a reír.

-¡Mi amor! La pobre ha sufrido desde que él se mudó. Tal vez si Harris la cortejara un poco... -Lo miró con astucia.- Tal vez piensas que me corteja.

-Tal vez. Pero me gustaría saber por qué dos cerrojos.

Ella habló con exagerada solemnidad.

-Es un moderno Barba Azul y el subsuelo está lleno de cadáveres de mujeres descuartizadas. -Le tomó el brazo y se lo estrechó y luego le apoyó la mejilla en el hombro.- Mi amor, ¿qué importa?

-Tal vez no -dijo él con terquedad-. Pero cuando los hechos no encajan, mi mente empieza a formular preguntas.

25 de febrero
Su Eminencia

Cardenal Michael Maloney,
Archidiócesis de Nueva York, Avenida Madison 452
Ciudad de Nueva York, N. Y. 10022 EE. UU.

Querido Michael:

Sin duda te sorprenderá recibir la presente, pues es bien sabido que no soy muy afecto a escribir cartas. Sin embargo, últimamente no confío demasiado en la seguridad de nuestro sistema telefónico dentro y fuera del Vaticano, y creí más prudente escribirte dado que debo discutir contigo dos asuntos de suma importancia que requieren discreción absoluta.

No haré ningún comentario acerca del clima o de mi salud, salvo para informarte que los dos son execrables. En cuanto a la salud de nuestro mutuo amigo, sin embargo, deberé decirte algo más. Sería difícil concebir una situación más indeseable. Hay días en que estoy lleno de esperanzas; hay otros en que me atormenta la desesperación. Hoy hace diez días que habló por última vez. Ya no está en coma, pero al parecer sufrió una nueva embolia

y está privado del habla. Ahora yace durante horas con los ojos abiertos, pero callado e inmóvil. Parece -lloro al escribirlo- una de esas imágenes de cera de los museos de casos famosos e infamantes. Te conmoverá saber que entre las últimas frases que dijo hubo una pregunta acerca de ti. Eres dueño de su corazón, Michael. Y, bendito sea Dios, de alguna parte, de alguna manera, nos trajo una sonrisa.

¿Quién puede saber lo que ven sus ojos? Los médicos

dicen que no ve nada, pero eso no me impresiona. Mi respeto por su profesión decrece al aumentar mis años. Creo que cuando está lejos de nosotros tal vez está contemplando el rostro de Dios Todopoderoso. A veces, mientras yace en el lecho, una expresión beatífica le transforma el pobre rostro desgastado -yo mismo la he observado en tres ocasiones-, y quién puede atreverse a negar la posibilidad de que Nuestro Señor se encuentre en la sala junto con los respiradores, los tanques de oxígeno, las sondas intravenosas y otros artefactos que han reemplazado, con dudosas ventajas, a las ventosas, emplastos, purgas y hierbas de otros tiempos.

En cuanto al pronóstico oficial: los únicos hombres que sobrepasan en ambigüedad a los médicos son los embajadores. Me gustaría hacerles diseñar un emblema donde se represente un avestruz con dos cabezas, cada cual mirando hacia un lado diferente, con la inscripción Sed in mane alia, que como bien sabes, significa «Pero, por otra parte. Ellos no te ofrecen ningún consuelo. El pronóstico de hoy es el mismo que cuando te fuiste: «Esperamos lo mejor pero estamos preparados para lo peor. »

Ahora vamos al otro asunto. Presumo que conoces a una mujer de la nobleza británica llamada lady Hambleton. Ella aduce haber mantenido una copiosa correspondencia con tu gente y una entrevista personal contigo. Deberías saber que ha tomado el extraordinario paso de dirigirle una carta a Su Santidad, en la que afirma estar deseosa de donar la suma de diez millones de dólares para la construcción de un nuevo pabellón infantil en el hospital St. Clare's de tu archidiócesis, y también aduce que has rechazado su oferta por razones que ella no especifica pero que de algún modo tilda de triviales. Se le ha respondido con una carta firmada por el Secretario Papal señalándole que éste no es problema que en

rigor concierna a Su Santidad y sugiriéndole que vuelva a tratarlo contigo. A su debido tiempo recibirás una copia de la carta de ella y de la respuesta de Renaldo.

No me corresponde hacer comentarios acerca de esta circunstancia más bien excepcional (aquí causó todo un revuelo, podría decirse), pero no obstante deseo hacerlo. No seré tan presuntuoso como para sugerir que, si después de otra conversación con esta dama juzgas conveniente rechazar su oferta estaría más que complacido si me la enviaras a mí. Hace tanto que no se presenta una oportunidad

tan brillante, que la posibilidad me hace tragar saliva. Pero hablando en serio, el asunto plantea un problema de consecuencias muy graves. Benedetti, cuya codicia del trono papal es tan grande que diariamente estudia los informes de los médicos con la avidez de un mendigo al leer los resultados de la lotería, está utilizando el incidente para una campaña en tu contra. No en forma frontal, por supuesto (recordarás lo que dijimos del zorro), sino de tal modo que arroja dudas sobre tu capacidad de encarar con solvencia lo que él describe como «asuntos que exigen cierto tacto». Ayer lo oí conversar con Renaldo -a esta altura de la vida no tengo nada contra el fisgoneo- y graznando como un pato en celo ante la posibilidad de que la Iglesia desatienda semejante ofrecimiento por no demostrar flexibilidad. A continuación, como era de esperarse, se explayó acerca de las virtudes de la flexibilidad en el papado, citando como dignos ejemplos, por supuesto, tanto a nuestro pobre amigo como a Juan XXIII. En este momento no puede causar demasiado daño, pues la cuestión de la sucesión aún no está en juego, pero cuando se plantee ante los integrantes del Colegio (lo cual temo será pronto, Dios no lo consienta) la tal lady Hambleton puede ser un obstáculo para tu candidatura. Será un caso bastante llamativo en este recinto de la austeridad. Resuélvelo cuanto antes, sigue el consejo de un viejo.

Hay otros asuntos, pero mis nudillos artríticos les ordenan aguardar. Te saludo a través de la distancia, en el amor de Cristo.

Paolo Rinsonelli

4

Un golpe en la puerta del estudio y la señorita Pritchard de pie, la cabeza echada hacia atrás y la boca estirada hacia abajo.

-Una mujer quiere verlo, Eminencia -dijo con su almidonada voz de tía solterona.

Michael sintió un dejo de fastidio ante la interrupción y ante la actitud de la señorita Pritchard. Sus pocas palabras y sus excesos de articulación indicaban que había algo que merecía su reprobación. A veces lograba irritarlo.

-¿No pueden verla el padre Jamieson o el padre Carrol? Estoy ocupado. ¿Qué busca?

-Dice que es la señora Gordon. La esposa del señor Harris Gordon.

-¿La mujer del doctor Gordon?

-Eso dice, Eminencia.

-¿Le ha dicho usted que el doctor Gordon está aquí?

-El no está. Ella ya estuvo... -un exagerado suspiro-. Ya estuvo no sé cuántas veces. El se niega a recibirla.

-¿Y ella quiere verme a mí?

-Insiste en verlo a usted.

-Bueno, en ese caso, señorita Pritchard, le sugiero que la haga pasar.

¡La esposa de Harris...! En los últimos dos meses, desde la mudanza, él nunca la había mencionado y daba la impresión de que fuera viudo. Michael recordaba vagamente una esposa... alguien con quien Harris se había casado poco después de recibirse. Sí, ahora la veía con más claridad... una egipcia. Lo habían invitado a una boda en El Cairo y le habían mandado una instantánea de los dos: ella era morena y asombrosamente atractiva.

Pero la mujer que estaba a la puerta del estudio no era la de la foto. Tenía cerca de cuarenta años y era de tez pálida. Llevaba el pelo rubio peinado al estilo africano, los ojos azules maquillados de azul y lucía un vestido negro y ceñido.

El anuncio era digno de un embajador.

-Su Eminencia... ¡la señora Gordon! -(«Sam, a veces eres tan pesada!»).

-Entre, por favor -dijo Michael con cordialidad, incorporándose para saludarla.

La señora Gordon, sin responder, cruzó el estudio con la cabeza erguida y se sentó donde le indicaban. La señorita Pritchard tiró de la puerta con lentitud y sus ojos relucieron por la hendija antes que la cerrara por completo. Michael tuvo un momento para estudiar a su visitante mientras ella depositaba la cartera en el suelo, junto a la silla, y tironeaba de la falda para acercarla a las rodillas. Era una mujer bonita: algo vulgarizada por el maquillaje, voluptuosa de un modo muy deliberado. Por la manera de erguir la barbilla al mirar a Michael por primera vez, parecía algo petulante. Cuando los ojos de ambos se encontraron, ella los desvió y pareció fijarlos en otra parte.

-Usted es la esposa del doctor Harris -empezó Michael.

-Por cierto -dijo ella, como si alguien lo hubiera negado.

-Me alegro de conocerla -dijo él, tratando de sonar amigablemente-. Soy un gran admirador de su marido. Ella ladeó un poco más la barbilla.

-Me alegro -dijo ambiguamente-. Ojalá pudiera decir lo mismo.

De manera que así son las cosas, pensó Michael, sintiéndose incómodo.

-Lamento que él no esté.

-Nunca está para mí -replicó ella.

-¿Le puedo servir en algo? -dijo Michael, decidiéndose a ir al grano.

Ella ahora observaba el estudio, sin perder casi ningún detalle.

-Claro que sí -dijo-. Puede decirle que cuide de su mujer y sus niños como corresponde.

Michael hizo una pausa, aprovechando que ella miraba hacia otro lado para examinarla. No tenía ninguna intención de entrometerse en los problemas domésticos de Harris, pero tal vez no fuera fácil evitarlo. Esta mujer obviamente venía a cumplir una misión y no se iba a amedrentar fácilmente.

-¿Vive aquí en Nueva York? -preguntó por decir algo.

-Por cierto. En Queens. Los cuatro vivimos en un cuarto que le resultaría increíble. Un cuarto. -Luego añadió, a modo de signo de admiración:- En el tercer piso. -Ya había examinado la sobria elegancia del estudio.- Mientras él está aquí, libre como un pájaro y viviendo a cuerpo de rey.

Michael se aclaró la garganta.

-Espero que comprenda, señora Harris, que realmente no puedo discutir su... eh... relación con el doctor Harris...

-¿Por qué? El vive aquí, ¿no es cierto? Y usted es su sacerdote.

Michael decidió que no quedaba más que ser firme.

-Claro que vive aquí, pero nunca ha hablado acerca de su relación con usted y los niños y en consecuencia no soy libre de discutir el problema.

-Pero usted es su sacerdote.

-No soy su sacerdote, señora. El doctor Gordon es un viejo amigo. Lo invité a vivir aquí hasta que se instale en un sitio permanente, pero eso no me da derecho a entrometerme en su vida privada ni a discutirla. Estoy seguro de que sabrá comprenderme.

Como la indignación no había servido, la señora Gordon cambió de táctica. De pronto se le inundaron los ojos de lágrimas.

-Todo lo que quiero es que lo convenza de que nos mande algo para vivir -dijo, rompiendo a llorar.

Michael, para quien las lágrimas de las mujeres no significaban nada, se levantó para dar a entender que la entrevista había concluido, pero ella no se amilanó y siguió hurgando en la cartera en busca de un pañuelo, enjugándose a menudo la nariz como medida precautoria.

-En tres años ni una carta, ni siquiera una llamada telefónica. Y ni un dólar. Como Billy estaba en edad escolar no podía salir a trabajar y teníamos que vivir de beneficencia... -La enumeración de sus penurias estimuló su autocompasión y renovó la marejada de lágrimas.

-Llevé el caso a la corte, pero ellos no están dispuestos a intervenir. -Desistió de buscar en su cartera.- ¿Tiene una toalla de papel, o algo por el estilo? -Michael le alcanzó el pañuelo y ella se sonó la nariz con un estruendoso bocinazo.- No tengo dinero para pagar un abogado. Harris no atiende el teléfono ni responde a mis cartas. -Puntuaba cada frase con un sollozo.- No pido caridad... sólo quiero que alguien le hable...

Pasaron diez minutos antes que Michael pudiera calmarla lo suficiente como para conducirla hasta la puerta. Pareció recobrarse rápidamente en cuanto él le prometió «hablarlo» con el marido. Pero pese a que tal vez ella despertaba más pena de la que sentía, Michael tuvo la convicción de que realmente estaba preocupada, y desesperada por los cuatro niños que dependían de ella.

Esa noche, mientras tomaban el café a solas después de la cena, le mencionó la visita a Harris. Harris bajó los ojos mientras escuchaba. Cuando Michael terminó, lanzó una ronca carcajada. -Así que Dodi vino a llorar miseria, ¿no?

Michael se irritó ante la reacción desdeñosa de su amigo.

-Tal vez no fui claro -dijo rígidamente-. No pidió caridad.

-Pero te tocó el corazón con la triste historia de la mujer

abandonada por el marido infiel -dijo Harris, sonriendo sin humor, plantándose un cigarro mordisqueado entre los dientes.

-Algo así -dijo Michael, deseando no haber prometido nada, o en todo caso no haber cumplido con la promesa.

Harris echó la cabeza hacia atrás y expertamente lanzó anillos de humo hacia el candelabro.

-Con esto solía divertir a mis hijos -dijo sin razón aparente. De pronto estiró el brazo para sacudir la ceniza del cigarro y miró

ceñudamente a Michael-. ¿Esperabas una respuesta para esa señora? -dijo, mirándolo con dureza.

-No específicamente -dijo Michael-. No es asunto mío. Soy simplemente un mensajero.

Pero Harris no estaba dispuesto a abandonar ahora que Michael demostraba menos firmeza.

-Te daré un mensaje para ella -dijo mordiendo el cigarro con exasperación y sirviéndose más café con la mano temblequeante-. Dile de mi parte que se haga montar por alguno. -Rió groseramente y tomó un sorbo de café, volcándose una gota en la corbata.- Sin duda te contó, con ademanes y medio litro de lágrimas, cómo la dejé sin consideración por ella ni por los chicos. Dodi es una gran llorona. Pero apuesto a que no te contó que por lo menos durante dos años anduvo metida con un quiropráctico del Bronx. Y siempre pidiéndome dinero.

-¿Pero le mandaste algo? -dijo Michael sin poder contenerse. De inmediato se arrepintió-. Lo siento -dijo, reprimiendo una sonrisa-, eso estuvo de más.

-Sí -dijo Harris-, en efecto.

Estaba de mal humor y se le notaba en la voz y en los modales. Miró a Michael por mucho tiempo y luego bebió un largo sorbo de café, haciendo una mueca al sentir el calor en la garganta.

-Mike -dijo, al parecer cordialmente pero con un tono acerado en la voz-, permíteme hacer algo que nadie más en el mundo se atrevería a hacer: instruirte acerca de la institución del matrimonio.

-¡Oh, no! -dijo Michael burlonamente.

-Institución, dicho sea de paso, que el clero defiende enérgicamente al tiempo que elude todo compromiso personal con ella. Depositó la taza en el platillo con un tintineo y encendió otro cigarro. Luego se reclinó en la silla, observando la columna de humo que ascendía desde la punta.

-El matrimonio -empezó- es sin duda la peor de las convenciones que el hombre impuso a la sociedad. Una convención totalmente antinatural impuesta a la muy natural atracción entre hombre y mujer. Es la segunda atrocidad del hombre para con sus semejantes, la peor es la guerra, aunque muchos hombres han ido a la guerra para huir del matrimonio, y, obviamente, ha sido proyectada para castigar al hombre por no amar a Dios: se destruye el afecto normal mediante un pacto que humilla a los participantes y transforma lo que debería ser placer en una obligación.

¿Es lo que deduces de tu experiencia personal? -interrumpió Michael.

-Al menos, uno de nosotros ha tenido alguna experiencia -replicó Harris.

Está de ánimo peculiar, pensó Michael. Finge buen humor pero hay algo que le remuerde. Se siente culpable por su manera de tratar a su familia y trata de expiarlo tomándolo a broma.

-Empecemos por el principio -dijo Harris con voz pontifical-. Dos personas enamoradas: inmaduras y generalmente poco instruidas acerca del amor y el matrimonio, con no más conocimientos al respecto que los que han adquirido observando, ¡el cielo los ayude!, sus propios hogares, escuchando a la desdeñable gente de su edad, u oyendo los aullidos de algún loco barbudo que rasga una guitarra con amplificador. No saben mucho el uno del otro, salvo que pueden besarse sin chocar las narices y que pueden crear mutuas y agradables sensaciones en sus entrepiernas.

»La sociedad ahora conspira para inducir a estos niños a casarse, y tarde o temprano los dos se someten a un ritual tribal tan pintoresco como los que practican los aborígenes más atrasados. Ella y él y todos sus amigos juegan a disfrazarse, y todo el grupo termina ridículamente vestido dentro de una iglesia. -Clavó en Michael una mirada sarcástica.- Allí siempre hay por lo menos uno de tus colegas a mano para farfullar algunas palabras antiguas a las que nadie presta la menor atención. Se hacen

votos imposibles, se juran varias mentiras, se cambian anillos metálicos, y en un tono que más valdría para anunciar el fin de los tiempos, los dos infortunados reciben la información de que son marido y mujer.

»Después hay una fiesta donde todos beben demasiado y la madre de la novia llora ritualmente. Una vez que termina este disparate obligatorio, los infelices se meten en un coche pintarrajeado con inscripciones obscenas y se van a un cuarto de hotel que huele a tabaco y alardea de inodoro desinfectado. Allí, pese a que están completamente agotados y algo borrachos y lo único que quieren es dormir, se sienten obligados a copular. -Sacudió la ceniza del cigarro.- Y así viven infelices para siempre.

Michael lo miró con divertida incredulidad sacudiendo la cabeza con lentitud.

-Cinismo -dijo-, tu nombre es Harris Gordon.

Harris pasó por alto el comentario. Tomó la jarra de café pero sólo pudo servirse unas gotas. Michael estiró la mano hacia el botón de la mesa para llamar a la señorita Pritchard.

-No, deja -dijo Harris-. Tomaré un poco de esto. Recogió una botella y se sirvió un poco de brandy en una copa, mirando inquisitivamente a Michael.

Michael cubrió su copa con la mano.

-Tu discurso ya me embriagó.

Harris tomó la copa con la mano abierta y agitó el brandy.

-El defecto fatal de todo esto es, naturalmente, que pasa por alto el hecho más importante de la vida: el cambio. ¿No fue Platón quien dijo algo así como que el único hecho inmutable es el cambio? Pero el matrimonio se basa en la idea de que los cónyuges van a ser siempre como son. En verdad, sin embargo, cambiarán tanto en las próximas décadas que si en ese momento se encontraran por primera vez, ninguno se fijaría en el otro. Así, tan cierto como que la noche sigue al día, el tiempo pasa, el ardor se enfría y uno de los dos se fija en algún otro.

»Ahora bien, hubo un tiempo en que esto último no era tan probable. ¿Divorcio? jamás. Era "hasta que la muerte los separe", un contrato establecido siglos atrás mediante el contubernio de la Iglesia y el Estado... No pongas esa cara, Michael, es verdad... Un medio de conservar intacta la estructura de poder y controlar la transferencia de la propiedad de una generación a otra. Si quieres una sociedad ordenada necesitas saber quién está casado con quién, y más importante aún, quiénes son los padres de quién.

Michael, que al principio parecía divertido, ahora arrugaba el ceño. Se le había subido el color. Harris lo miró por encima de los anteojos.

-¿Te ofendo? -dijo maliciosamente.

Michael estaba a punto de oponerse a sus argumentos, pero lo pensó dos veces.

-Continúa -le dijo-. Eres mucho más entretenido que las mentiras de la televisión.

Harris inhaló profundamente.

-He hablado de cómo eran las cosas, pero los tiempos ¡ay! han cambiado. Las viejas familias y la Iglesia ya no están a cargo de todo, de manera que casi todas las reglas del juego han sido alteradas. La gente hace lo que se le antoja naturalmente, las mujeres tanto como los hombres. Todo vale. Nuestra cultura se ha orientado enteramente hacia el sexo: la literatura, el arte, la música y las diversiones populares, la televisión y el cine, todos se proponen un objetivo: estimular la propensión del hombre a la poligamia, y la monogamia es una bandera rosa en un mástil tambaleante.

Se le veía entusiasmado con la exposición de sus propios argumentos.

-Mike -dijo con vehemencia-, es verdad. La institución del matrimonio es poco funcional hoy día. Impregnamos la atmósfera con el almizcle de la sexualidad y

después decimos: «No fornicar antes del matrimonio y no ser infieles después.» Damos facilidades para el casamiento y dificultades para el divorcio cuando deberíamos hacer justamente lo contrario. El matrimonio transforma a los hombres en hipócritas y a las mujeres en parásitos. Más de uno de cada tres termina en divorcio, y la proporción es cada vez mayor. ¿Y a quién debemos agradecer este imposible estado de cosas? Ante todo a la Iglesia cristiana.

Michael había vencido la tentación de interrumpirlo. Ahora Harris lo miraba esperando el contraataque.

-¿Y bien...? -dijo al cabo de un momento.

La expresión de Michael no traicionaba ninguno de sus pensamientos. Miró a Harris y dijo con calma:

-Creo que el caballero protesta demasiado. Todo lo que dije fue que la señora Gordon vino a visitarme esta tarde.

Harris lo fulminó con la mirada. Luego sonrió y finalmente lanzó una carcajada.

-Eres un caso serio -dijo-. Si no te hacen papa, sin duda no saben lo que se pierden.

Michael sonrió vagamente, pero los ojos le brillaban de melancolía.

5

El invierno se hizo más benigno. Los vientos fríos que azotaban las calles de la ciudad ahora presagiaban la primavera. Los últimos montículos de nieve barrosa desaparecieron, la gente

se desabotonó los abrigos, bajó las ventanillas de los coches, tendió las frazadas en las ventanas o las guardó en los armarios, empezó a almorzar en los jardines con la cara al sol, las tiendas empezaron a exhibir shorts y trajes de baño, los niños patinaban o jugaban a baloncesto, y el Daily News exhibió con titulares y fotografías los primeros brotes de la primavera.

Las semanas habían transcurrido rápidamente, demasiado rápidamente para Jennifer, quien a veces se había detenido para recobrar el aliento y la compostura en el remolino de obligaciones y compras y mandados y quehaceres que zumbaban en sus días como abejas en una colmena. Copeland era más un obstáculo que una ayuda. Siguiendo con sus meticulosas costumbres, hacía listas de control para sí mismo y notas -recordatorias para ella. <-':editaba el estilo de las invitaciones, controló personalmente tres locales posibles para la recepción y ninguno le gustó, comparó los precios y comidas de los menús e incluso sugirió revisiones en la misma ceremonia. Era obstinado sólo en un punto: no se casaría de smoking; era demasiado corpulento para que la ropa alquilada le sentara bien y se oponía a gastar dinero en un traje de confección que no volvería a usar nunca.

-Pero -replicó Jennifer-, yo nunca volveré a usar mi traje de casamiento.

Ante lo cual Copeland respondió:

-Puede que sí, si después de casarnos no me tratas mejor que últimamente -y se echó a reír.

Harris se había impuesto una disciplina más rigurosa y los efectos empezaban a evidenciarse. Se levantaba más temprano, se llevaba el almuerzo al subsuelo por la mañana, y con frecuencia trabajaba después de cenar. La cara se le había agrisado y tenía los ojos ojerosos y hundidos. Michael, instigado por Jennifer, le había hablado acerca del exceso de trabajo, pero Harris reaccionó ásperamente y Michael optó por no insistir. La vieja camaradería era ahora sólo ocasional. Harris era cada vez menos tolerante y a veces muy poco cortés, salvo con Jennifer, a quien trataba casi con deferencia. Había empezado a salir de noche, tal vez dos veces por semana, y al día siguiente solía notársele.

Las actividades de Michael habían llegado a la culminación de la temporada. La recolección anual de fondos de la archidiócesis estaba en sus últimas etapas de planeamiento. El mes anterior había viajado a Washington dos veces para conferenciar con el Secretario de Estado, y a Los Angeles para la conferencia de obispos. Parecía que todas las semanas cada iglesia o sacerdote o parroquia tenían un aniversario importante que festejar y Michael solía faltar a menudo a la hora de la cena. Hasta sus celosamente puntuales escapadas a The Cottage dejaron de ser frecuentes.

Durante semanas había hablado de mantener una «charla paternal» con Copeland, pero cada cita debía postergarse a causa de otras prioridades. Copeland contemplaba ese encuentro con cierta aprensión, Y no se lo ocultó a Jennifer. Ella lo tomó a risa, diciéndole que sin duda Michael tenía la intención de arrancarle un juramento, comprometiéndolo a que todos sus hijos fueran sacerdotes. Pero ahora que había llegado el momento -la noche era cálida y Michael había sugerido que salieran a caminar afuera, detrás de la catedral- ninguna tensión los distanciaba.

-Supongo que debí pedirle la mano de Jennifer -dijo Copeland, iniciando la charla.

-Qué lástima que ya no se acostumbra -dijo Michael, apoyando una mano en el hombro de Copeland-. Me habría encantado decir que sí.

-Gracias.

-Quise hablar con usted porque ignoro si sabe algo acerca del ambiente familiar de Jennifer.

-Hemos hablado al respecto, pero no mucho. Entiendo que los padres eran protestantes.

-Presbiterianos. Yo también lo fui, hasta después de cumplidos los veinte. Dicen que nadie es tan celoso como un converso y tal vez eso nos ocurra a los dos. Por cierto me ocurre a mí. -Sonrió.- En parte fue por reacción ante mi padre, pero lo más decisivo fue un capellán a quien conocí en el Pacífico sur. Los otros capellanes que había conocido no parecían entender quiénes eran. Parecían gente del «Rotary Club», tipos simpáticos que representaban a Dios, ayudaban a todo el mundo y escribían cartas. Se sentían compelidos a que los confundieran con el resto de la tropa. El padre Souchak era todo lo contrario. Carecía en absoluto de sociabilidad. Hablaba un pésimo inglés, era un pésimo predicador y nunca trataba de presionarlo a uno. -Rió.Casi tuve que obligarlo a que me bautizara. -Caminó unos pasos sumido en el recuerdo.- Casi se olía a Dios en él.

Despertó de su ensueño.

-Lo siento. Estábamos hablando de Jennifer. ¿Habló mucho acerca de sus padres?

-No.

-Demasiado doloroso, supongo. Aun ahora. Su madre, mi hermana Eleonora, y yo nacimos prácticamente en la parroquia. Nuestro padre era predicador, y en verdad uno muy destacado. Cuando me convertí al catolicismo lo tomó como una suerte de

Librodot

reproche. Nunca habíamos intimado y mi carrera eclesiástica empeoró las cosas. A Jennifer la criaron como presbiteriana, era hija única, y cuando Eleonora y Tim murieron se quedó sola. ¿Le contó algo?

-Mencionó un accidente. Sólo eso.

-No creo que nunca se sobreponga. Una de las razones por las

que el vínculo entre ustedes me hace feliz es porque ella parece haberse sobrepuesto a la depresión que solía dominarla. Le cuesta aceptar la felicidad, ¿sabe?

-Sí, lo sé.

-¿Nunca le habló del accidente? ¿Ni de lo que siguió?

-En verdad no.

-¿Ni de cómo vino a vivir aquí?

-No.

Caminaron unos pasos en silencio.

-Quizá sea mejor que yo se lo cuente -dijo luego Michael.

La tarde del decimoséptimo cumpleaños de Jennifer, sus padres, alegres, pensando en los festejos de esa noche, habían ido hasta un centro comercial cercano para comprar una torta decorada y los gatitos siameses que a ella le gustaban tanto. A la misma hora un compañero de estudios de Jennifer le había «pedido» al padre su nuevo «Olds Toronado». Iba a velocidad excesiva cuando vio al patrullero policial estacionado en la entrada de un drive-in. Se asustó y viró bruscamente haciendo rechinar las llantas. El patrullero lo persiguió. La persecución no duró más de cinco minutos, pero llegaron a ciento cincuenta por hora. Los padres de Jennifer acababan de comprar la torta, que ahora iba en el regazo de la madre por razones de seguridad, y los gatitos que maullaban dentro de una caja de cartón en el asiento. Cuando el padre de Jennifer vio el auto que se abalanzaba sobre ellos era muy tarde, y en lugar de seguir adelante frenó. El «Toronado» chilló, giró, rodó y luego saltó en el aire, estallando al fin mientras se estrellaba contra el «O'Neill».

En el funeral los dos ataúdes gemelos yacían juntos, cerrados. El órgano eléctrico tocó «Roca del tiempo», «Jesús, amante de mi alma» y, en razón del limitado repertorio del organista, «Para quienes peligran en el mar». El presidente de la congregación, con manto negro y capucha de teólogo, farfulló oleaginosa e interminablemente, pero logró inducir a algunos a que sacaran los pañuelos con un ejemplo concluyente. Su actuación se vio resentida por el hecho de que no recordaba bien el nombre de «nuestra querida Eleonora», y más de una vez aludió a ella como Lenore. En el cementerio llovía, con lo cual se abreviaron los comentarios del reverendo.

Jennifer cumplió con sus obligaciones sin levantar los ojos, sin derramar una lágrima ni decir una palabra. Permaneció sentada o de pie, caminaba e iba en auto, aceptaba condolencias y palma

das y abrazos y besos con el cuerpo rígido y los puños cerrados. Una conferencia de parientes lejanos decidió que «ella nunca debía volver a esa casa, donde los recuerdos eran demasiados», de manera que temporariamente quedó a cargo de un tío-abuelo y la mujer, que vivían cerca. Se quedó tres semanas en su cuarto, y sólo salía para comer e ir a la escuela. Una tarde no regresó. Se Rizo la denuncia a la policía y a las cuarenta y ocho horas se difundió públicamente la noticia. La encontraron dos semanas más tarde, cuando un vecino la vio entrando a su vieja casa en la oscuridad, por una ventana trasera. La policía encontró dos botellas de gin vacías, pan, leche,

carne enlatada y envoltorios de caramelos en la cocina, y a Jennifer en un armario. Era obvio que no se había bañado ni se había cambiado de ropas y que entretanto había dormido en la cama de los padres.

Se diagnosticó que sufría de una depresión muy seria y la internaron en el Hospital Psiquiátrico Trenton, donde a diario se levantaba del sopor producido por el «Valium» para responder vagamente a las preguntas de un joven psiquiatra cuya exuberante barba negra lucía dos puntas cuidadosamente recortadas. Quien la rescató de ese abismo fue Michael, a quien se suponía demasiado ocupado y no le habían informado del estado de la niña. La llevó a vivir con él. Las primeras semanas fueron difíciles, pero Michael y la señorita Pritchard vencieron las resistencias iniciales y> se esforzaron por volverla a la normalidad mediante el cariño y las atenciones. En cierto momento Jennifer se propuso ser hermana de hospital pero la disuadieron. A los diecinueve, se anotó en la Universidad de Columbia y se recibió magna cum laude en administración de empresas. Luego de dos años en la «Rand Corporation», trabajó en la cancillería como secretaria de la oficina de la sociedad para la Propagación de la Fe.

-Al principio usted y Jennifer me preocupaban -dijo Michael-. La diferencia de edad, la rapidez con que se enamoraron y decidieron casarse... -Rió.- ¡No lo tome como objeción personal! Me he preocupado cada vez que salía con un hombre. Soy peor que un padre estereotipado.

-Ella lo quiere mucho. -Me alegra oírlo.

-Si me perdona el exceso de familiaridad, ella lo adora. -Eso no me alegra tanto. En verdad me preocupa. Creo que no debemos depositar demasiada fe en otra persona. Todos somos tan falibles. Nadie está exento de errores.

-No es de extrañar, sin embargo. Tal como ella lo ve, usted 1e salvó la vida.

-No, cuando necesitó a alguno ocurrió que yo estaba presente. Hace un momento hablábamos del celo de los conversos: al principio ella quería ser misionera. El alto Amazonas, la región más peligrosa que pudiera ocurrírsele. Tuve que disuadirla.

-¿Por qué? No porque no me alegre de que lo haya hecho.

-Jennifer no es muy fuerte. Y yo no estaba seguro de que supiera arreglárselas sola. Creo que ella necesita gente, gente a quien amar y que pueda darle fuerzas. -Siguió caminando un instante en silencio.- Hace un rato dije que ella temía la felicidad, y usted estuvo de acuerdo. ¿También lo ha notado?

-Creo que sí... la primera vez que los dos nos dimos cuenta de que estábamos enamorados. Y también cuando a veces hablamos del futuro... de nuestro hogar, los niños, esas cosas. Ella se ríe con entusiasmo, pero después cambia de actitud.

-Sí.

-Aunque no por mucho tiempo.

-Como le decía, eso es lo que me asusta. Solía deprimirse tanto. A veces días enteros.

-Seré bueno con ella. No lo dude.

-No lo dudo en ningún momento. -dijo Michael-. En ningún momento.

-El problema con los cristianos...

-; Un momento! ¿Qué quieres decir con eso, el problema con los cristianos? No puedes transformarnos a todos en uno solo. Ni siquiera Dios ha podido lograr eso.

Hablaban en voz alta y acalorada. Michael y Harris estaban en el estudio, en la noche, embarcados en lo que últimamente era un enfrentamiento perpetuo. Rara vez se

veían de día, sólo dos o tres veces por semana después de la cena. Todas las noches, el que llegaba primero al estudio se fijaba si el balde de hielo finamente trabajado en plata que los Caballeros de Columbus le habían regalado a Michael (Harris lo llamaba el Arca de la Alianza) estaba lleno; y tomaba un libro mientras esperaba al otro. Las discusiones se habían transformado en debates, a menudo incisivos y mordaces. *En esta oportunidad, los ánimos estaban crispados.

-Pero se los puede considerar un solo grupo -insistió Harris-. Todos ustedes, todos, católicos, protestantes y las otras cincuenta y siete variedades, están obsesionados por la noción del pecado. Se pasan la mitad del tiempo preocupados, confesándose, haciendo penitencias o generalmente practicando el peca

do. Piensa en la culpa que debe engendrar semejante inquietud.

-Piensa en la culpa que evita la Iglesia -dijo Michael-. Más que todos los psiquiatras desde Mesmer a Menninger, estoy casi seguro.

-Quizá, pero fueron ustedes quienes la indujeron en primer lugar -replicó Harris-. El sexo, por ejemplo... ¿por qué es un pecado tan grande? La Iglesia siempre lo ataca desde el púlpito, hace advertencias desde el confesionario o emite pronunciamientos papales al respecto. Paulo VI era realmente increíble en ese sentido. Yo creo que en tanto no se lastime a nadie y las personas involucradas no sean indebidamente promiscuas, tal vez sea el pecado más inocente. Dios mismo creó ese apetito, ¿dónde está el mal? Sin duda es bueno para la gente que quiere estar junta. ¿Por qué diablos tienen que casarse?

-¿Sostienes de veras que la fornicación es sólo la extensión lógica de un beso en la mejilla?

-No, no es eso lo que digo. Si no hay embarazo, ¿quién resulta dañado por la intimidad sexual?

-Entre otras cosas -destacó Michael-, crea algunos problemas prácticos. La difusión de las enfermedades venéreas, por sólo nombrar uno.

Harris movió la cabeza.

-Sin duda ves sólo el lado malo de la cosa -dijo con una sonrisa.

-Tal vez -dijo Michael con frialdad-, pero la vida tiene un lado malo. -Se tironeó por un momento del labio inferior. Pero al margen de eso, hace un momento dijiste que la actividad sexual no es dañina en tanto las personas involucradas no sean promiscuas. ¿Por qué esa excepción? Si, como dices, estar juntos es bueno, ¿por qué no con tantos como sea posible?

Harris lo miró reflexivamente, sonriendo por alguna razón personal.

-Mike, exceptué a los promiscuos porque son los enemigos del amor. No quieren estar cerca del otro en tanto persona, sino que sólo les interesa usar el cuerpo del otro como un medio para masturbarse.

-¿Y eso no te parece un pecado?

-¿Pecado? No. -Los ojos de Harris lanzaron un destello. La gente promiscua es simplemente... basta. Grosera. No tiene gusto. Yo diría que de algún modo el sexo contrario les disgusta, así como a una prostituta le disgustan los hombres.

Michael soltó una breve carcajada de incredulidad.

-¿Oigo bien? ¿Este es Harris Gordon, el hombre cuya ambición en sus tiempos de estudiante era, por descender un momento al lenguaje coloquial, montarse a alguna todas las semanas?

Harris sonrió con picardía.

-Hemos cambiado ¿verdad? -dijo socarronamente.

-Creo que tratas de irritarme -dijo Michael-, pero no obstante me gustaría seguir con el problema de la intimidad. Si lo que necesitas es sentir afecto por el otro, ¿no podrías sentir afecto por dos en un momento dado? ¿Y si dos por qué no tres? ¿Y si tres por qué no una docena? ¿Cuándo se transforma la intimidad en promiscuidad?

-Depende de las personas involucradas.

-Estás eludiendo la cuestión -dijo Michael con un tono ligeramente incisivo-. ¿Cómo diferencia uno a la persona promiscua de la persona muy afectuosa?

El tono de Harris también adquirió cierta mordacidad.

-Tal vez uno no los diferencia. Deja ese juicio en manos de Dios.

Los dos comprendieron que se habían irritado y por un momento guardaron silencio. Michael se levantó, se dirigió rápidamente al aparador, sacó un cubo de hielo y lo metió en la copa.

-¿Qué estás tomando? Harris sonrió esquivamente.

-Un whisky sour. ¿No te diste cuenta? Michael rió abiertamente y la tensión se disipó.

-¿Dejamos el tema? -preguntó.

-No, a menos que tú lo desees. Te he dicho más o menos lo que yo pienso. Es tu turno. -Tendió el vaso.- Sólo hielo, gracias.

Michael echó dos cubos de hielo en el vaso de Harris, se sirvió un poco de scotch y volvió a sentarse. Se tomó un momento para organizar sus ideas.

-Vemos el sexo como un don divino, un don precioso. Por eso, porque es un don valioso y concebido por alguien a quien amamos, lo tratamos con reverencia. Dios lo otorgó especialmente para la procreación y el amor y la compañía. La naturaleza espiritual del hombre está creada a imagen de Dios y es eterna, v la sexualidad no desempeña un papel fundamental en ella, pero el hombre físico es mortal y debe reproducirse, al igual que todas las criaturas, de lo contrario el mundo quedaría desierto. De modo que Dios, para perpetuar la creación, creó la sexualidad...

-¿Me permites una interrupción? -intervino Harris.

-Cómo no.

-Tuve que detenerte en este punto -dijo Harris-, porque ese argumento está lleno de lagunas. Primero, si Dios creó el deseo sexual sólo para la procreación, y eso es lo que justifica su existencia, ¿por qué no despoja de ese deseo a las mujeres embarazadas? Entre los animales, la hembra preñada rechaza al macho; la mujer embarazada no. Segundo, si el propósito del sexo es la procreación, entonces me parece que la posición de la iglesia a lo largo de los siglos ha sido hipócrita, al menos inconscientemente. Se permite que la gente disfrute, creo que ésa es la palabra correcta, del sexo al margen de la procreación mientras recurra a lo que se denomina el método del ritmo. En otras palabras -sus labios dibujaron una sonrisa burlona-, disparar sin dar en el blanco.

-No hay necesidad de ser vulgar -dijo Michael con indiferencia.

-Lo siento, a veces olvido quién eres.

-Soy exactamente lo que eres tú -dijo Michael con cierto énfasis-: un ser humano. Con una diferencia... soy sacerdote. El ser sacerdote me hace diferente. No mejor, ojo, sólo diferente. Es como estar casado; uno es la misma persona pero es diferente a causa de una relación.

Harris estudió a Michael, alisándose el pelo con aire ausente.

-De acuerdo -dijo con lentitud-. Si eres el que siempre fuiste, y si no es una intromisión, déjame recordarte tus días de estudiante. Específicamente la época de Margaret Robertson. La recuerdas?

Michael no evidenció el impacto que la inesperada mención de ese nombre le había producido.

-Claro que sí.

-Andabas con ella, como solía decirse. Estabas enamorado, o eso decías, y aunque nunca comentaste nada yo presumí que te acostabas con ella. -Miró de soslayo a Michael.- ¿Estoy hablando de más?

Michael movió la cabeza y se encogió de hombros.

-No era un santo de yeso, yo -dijo-. ¿Pero adónde quieres llegar? -Sin duda era una intromisión.

A veces recordaba a Margaret. Últimamente no muy a menudo, pero no la había olvidado. De pronto, por lo general en forma imprevista, el recuerdo resucitaba con una vida propia y ella se le aparecía con la vividez del pasado. Como ese exquisito día de verano en que habían preparado un cesto de comida y habían ido a las montañas. Ella, con la vitalidad de un potrillo, había corrido delante, con el pelo flameando al viento; se había recogido la

falda y se había metido hasta el tobillo en un arroyo, quedándose de pie, las piernas abiertas, los ojos asombrados, una expresión perpleja ante el frío del agua. De pronto él había pensado en el Cantar de los Cantares: Tus cabellos como manada de cabras que se recuestan en las laderas de Galaad.

Y sus labios, cuando estaban recostados al sol, una presencia dulce y excitante. Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa; miel y leche hay debajo de tu lengua, y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano,

El cuerpo de Margaret al sol; la piel pálida y brillosa, El cuello esbelto, los hombros menudos, la blancura de los pechos, el pezón rozando la palma de Michael y asomando entre las yemas de sus dedos. Tus dos pechos, como gemelos de gacela...

Volvió a sentir en los dedos las suaves ondulaciones de sus costillas, el corazón que palpitaba debajo de su palma, la curva del vientre y la anchura de las caderas, la tez suave que guiaba sus labios hasta el vellón entre sus muslos. Tu ombligo como una taza redonda... Los contornos de tus muslos son como joyas.

Se amaban con una infinita variedad de sensaciones: a veces lánguidamente, a veces con una crudeza que llegaba al dolor, un dolor bien recibido. A veces pasaban horas amándose y explorándose, con la convicción, como todos los amantes, de que nadie había llegado a una entrega tan plena.

Ese recuerdo por momentos vencía las defensas que Michael había erigido cuidadosamente y se materializaba en su memoria. A veces en la noche, cuando la continencia era un peso más que un indicio de fortaleza, ella le arrancaba el tributo de un gemido. Treinta y cinco años antes, postrado en el mármol frío y lustroso frente al altar de San Patricio para sus votos definitivos, aun entonces, cuando él se esforzaba por concentrar en Dios todos los sentidos -los ojos para vislumbrar la gloria, los labios para pronunciar una plegaria, los oídos para aguardar órdenes, las manos listas para servir, el olfato dispuesto a inhalar profundamente el pneuma para su espíritu-, aun entonces ella se le había acercado y él se golpeó la cabeza en el mármol para ahuyentarla. tina vez, años atrás, la había visto mientras predicaba, en el centro del haz de luz que uno de los vitrales arrojaba sobre los fieles congregados en la catedral. La oración que iba a pronunciar tembló en sus labios. Pero Michael desvió los ojos y no volvió a mirarla, y luego se dirigió directamente a la sacristía y permaneció allí hasta que la congregación se fue.

¡Margaret!

Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía; has apresado mi

corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello. ¡Oh! ¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía!

Una vez había preguntado acerca de ella. Se había casado a los treinta y se había divorciado cinco años después. Era vendedora en «Sak's» y vivía en un departamento; a unas diez cuadras de la catedral. Aunque juró no hacerlo, Michael buscaba su rostro en la congregación cuando daba el sermón, pero sólo una vez la vio o creyó verla, detrás de uno de los pilares. Rezó para no encontrarla otra vez.

Hermosa eres tú, oh amiga mía, como Tirsa: de desear, como Jerusalén; imponente como ejércitos en orden. Aparta tus ojos de delante de mí, porque ellos me vencieron...

La voz de Harris interrumpió la evocación:

-Bueno, lo que hubo entre tú y Marg, ¿fue pecado? Michael estaba recordando su dolor al escribir la carta desde el Pacífico sur, diciéndole que se iba a ordenar sacerdote. Ya no tenía fuerzas para la discusión, pero tampoco podía dejarla de lado.

-Sí -dijo-. Ahora creo que sí.

-¿Y entonces también?

-No.

-De manera que lo que cambió no es el acto -«¡Por Dios! Llamar acto a lo que hubo entre ellos!»-, sino tu punto de vista.

-Lo que importa no es mi punto de vista ni el de ningún otro. Es Dios quien define el pecado.

-Claro, porque no estaban casados estaban pecando.

Ya estaba cansado de esta discusión acerca de sus actitudes personales.

-Sí -afirmó.

Harris percibió su impaciencia y sintió curiosidad, pero decidió dejar a Margaret en el pasado.

-A lo que voy -dijo-, y tal vez me inmiscuí demasiado en problemas personales, es a que la Iglesia tiende a identificar el sexo con el mal. El sacerdote demuestra su compromiso renunciando a él. La abstinencia es glorificada con el voto de castidad. Pero en realidad no es sorprendente. Al apóstol Pablo el sexo lo ponía fastidioso, así que es inevitable que pasara lo mismo con sus sucesores.

-¡Eso era demasiado!

-¿Pablo? ¿Fastidioso?

-Prohíbe las relaciones sexuales fuera del matrimonio, ¿correcto?

-¿Eso es ponerse fastidioso?

-Espera. Primero, prohíbe las relaciones sexuales fuera. del matrimonio. Después añade: miren, mejor no se casen, pero si no pueden arreglárselas sin una mujer, cásense con una porque, y esto me. parece increíble, porque, dice Pablo, es mejor casarse que arder. ¡Caramba!

-Oh, vamos, Harris -exclamó Michael-. Sé justo. Recuerda el contexto. Pablo no creía en el futuro; pensaba que el fin del mundo era inminente. Por eso predicaba el celibato con tanta vehemencia. Su propósito era lograr que los cristianos de la época estuvieran libres de compromisos, para que en el poco tiempo que les quedaba pudieran consagrarse por entero a esa misión.

-¿Por eso al clero se le prohíbe el matrimonio?

-No porque pensemos que el fin del mundo es inminente, claro que no, sino para que el sacerdote sea libre de realizar las tareas que le impone Dios. Sin duda no vas a negar que un hombre casado está sujeto a obligaciones familiares. Eso también es en imitación de nuestro Señor.

-Pero los apóstoles estaban casados. Al menos algunos de ellos.

-¿Ah sí? ¿Y quién te pasó esa información?

-En uno de los Evangelios hay una alusión a la suegra de Pedro...

-Sí. Jesús la curó.

-Muy bien. De modo que si tenía una suegra tenía mujer. Pero el hecho de que fuera casado no impidió que Jesús lo eligiera como apóstol ni que los católicos lo consideraran el primer papa.

Michael miró de soslayo a Harris, quien bebía observándolo por encima del vaso. La divertida tolerancia que sentía al principio de la discusión había sido reemplazada por un apasionado furor. Cuando respondió, sus labios esbozaban una sonrisa pero sus ojos centelleaban.

-Harris, viejo amigo, realmente te gusta saltar de una suposición a otra. Eres una cabra montañesa de la retórica. Espero que tus conclusiones arqueológicas se basen en fundamentos menos endebles que éstos. Sin duda el evangelista dice que Pedro tenía una suegra, pero no aclara que su mujer estuviera viva. De hecho, el relato informa que después que Jesús curó ala suegra de Pedro ella se levantó de la cama y les preparó algo de comer. ¿Puedes contestarme por qué ella, si Pedro tenía esposa?

Harris notó el tono sombrío de Michael y se sintió tentado de cambiar de tema, pero él también era obstinado.

-Caramba, Mike -se burló-, estás enojado. ¿Fui demasiado lejos al atreverme a opinar en materia religiosa?

-A nadie le molestan las opiniones. Simplemente uno espera que se basen en cierto conocimiento del tema.

-Oh -exclamó Harris-, la religión es sacrosanta. Fuera de los límites ordinarios. ¡No invadirás nuestros fueros! -Tonterías. Pero te digo una cosa: ¿hay alguna otra especialidad, y con esto no te ataco necesariamente a ti; sucede que es simplemente un tema sobre el que insisto con frecuencia, hay alguna otra especialidad donde el aficionado se sienta tan justificado al atacar o desechar las conclusiones de quienes están calificados para saber de qué hablan? La teología ha sido llamada la reina de las ciencias, pero cualquier idiota, cualquier ateo ignorante, se cree en el derecho de desechar sin más las conclusiones de los eruditos y los santos como si no fueran más que opiniones casuales. Si se atreviera a desafiar las conclusiones de digamos, la arqueología, la antropología o la física con la misma temeridad, lo tratarían de idiota y presuntuoso.

-¡Oh, vamos, Mike! La teología no es territorio exclusivo del clero. La Iglesia no es dueña de Dios. Yo soy científico y tú eres religioso; eso no significa que cuando se trata de reflexionar acerca de la naturaleza del universo, pues de eso hablas cuando hablas de Dios, yo sea un retardado mental. Encaramos las cosas de diferente manera. La religión se basa en un conjunto de creencias inamovibles, muchas de ellas con siglos de antigüedad, y el deber de la Iglesia es evitar que se corrompan y transmitirlas intactas de generación en generación. Las ideas nuevas son heréticas, y se las rechaza y ataca. Nosotros no vemos las cosas de ese modo. La ciencia se basa en la tesis de que nuestras creencias son teorías y de que nuestra tarea es procurar eliminar sistemáticamente las teorías falsas. Creemos que toda teoría debe ser revisada, toda idea sujeta a un examen crítico. No hacerlo es perpetuar la ignorancia.

-¡Si ese no es el disparate más simplista que oí jamás -exclamó acaloradamente Michael-, bien merecería el título! ¡La ciencia nuestra salvadora! ¡La religión como el último bastión reaccionario de la ignorancia! Harris, pareces salido del siglo diecinueve. ¿Y qué ocurre cuando tú, para utilizar tus palabras, eliminas las teorías

falsas y vas a los hechos? Sin duda uno de esos hechos sería que matar a un hombre está mal. «No matarás.» ¿Tendrás la amabilidad de explicarme dónde está el cambio? Eso lo hemos sabido durante siglos: quisiera que me menciones una guerra o un asesinato que hayan sido impedidos por ese conocimiento.

-Pero «No matarás» no es un hecho, es una máxima moral. Es una regla general de conducta, y como todas las reglas tiene sus excepciones. Sin duda no vas a afirmar que siempre está mal matar. No creo que te atrevas a sostenerlo.

Antes que Michael respondiera, levantó una mano.

-Mira, dejemos eso y sigamos adelante. Mientras tanto, te pasaré mis datos acerca de la suegra de Pedro, aunque aclaro que esto me recuerda a las meticulosas discusiones de los escolásticos medievales acerca de cuántos ángeles podían bailar en la cabeza de un alfiler.

-¿Oh? -dijo Michael simulando candor-. Creí que eras tú quien había sacado el tema. .

-Tal vez fui yo, de acuerdo. Pero dejémoslo de lado, quiero volver a la cuestión del pecado.

-Déjame formularte otra vez la misma pregunta: ¿Cómo llamarías a lo que nosotros llamamos pecado? Si un hombre no ama a su prójimo, lo calumnia, le roba, lo golpea, lo mata, ¿cómo llamarías a ese comportamiento?

-De cualquier modo menos pecado.

-¿Cómo, entonces?

-Delincuencia... conducta antisocial... impropiedad, tal vez.

-¿El asesinato es una impropiedad?

-Tu pregunta no es pertinente. No importa cómo se denomine la acción, sino el énfasis que se pone en ella.

-Si no importa cómo se la denomina, ¿por qué te opones a que la Iglesia la denomine pecado?

-Porque al llamarla pecado enturbia las aguas. Cuando un hombre golpea al prójimo, o le roba, o lo mata, se trata de un delito y la ley interviene. La comunidad conviene en que ciertos actos eran antisociales, y el castigo por cometerlos lo dispone la sociedad aquí y ahora, no un Dios ubicado en algún lugar del futuro. Mi dimensión con la Iglesia no viene a cuenta de actos que ambos llamaríamos delictivos, sino de lo que ustedes llaman pecaminoso. No sólo es pecado dañar al prójimo o al conjunto de la sociedad, sino desobedecer a la Iglesia: no confesarse, no asistir a misa, no cumplir una penitencia. -Rió. - Antes incluían comer carne los viernes pero lo pensaron dos veces. Lo que hizo la Iglesia fue inventar toda una jerarquía de deberes, obligaciones y observancias, y si las gentes no actúan de acuerdo con ellas les dicen que están pecando contra Dios Todopoderoso. Y si insisten, las privan de Dios y las condenan al infierno. -Agitó las manos para subrayar la frase.- Todo eso... es de una increíble pedantería.

Harris se había entusiasmado con sus palabras y terminó

inclinado hacia adelante en la silla. Al terminar, con la cara encendida, se reclinó hacia atrás y bebió un sorbo. Una ambulancia gimió en la Avenida Madison.

Michael entornó los ojos.

-Harris -dijo serenamente-, ¿eres miembro de alguna sociedad arqueológica?

-Claro.

-¿Hay requisitos para la admisión?

-Por cierto.

-¿Y reglas que obedecer si quieres conservar tu condición de socio?

-Sí, pero aguarda un minuto...

-No, déjame terminar. ¿Te pueden echar si no cumples con los reglamentos, reglamentos con los que estuviste de acuerdo al ingresar?

-Sí.

-Bueno, la Iglesia también es como una sociedad. Una sociedad de hombres y mujeres con ciertas cosas en común. Ingresamos en ella conociendo los reglamentos, reglamentos impuestos por el fundador. No respetarlos, dijo El, es pecado. No somos nosotros quienes lo decimos. Es el Señor.

-Pero la analogía es inadecuada. La sociedad arqueológica no me impone otro castigo que echarme. Ustedes no se limitan a eso, sino que pretenden excluir a la gente de la presencia de Dios, y para siempre.

-Lo cual es precisamente el modo en que, según Jesús, Dios iba a juzgar el pecado. Y no somos nosotros quienes los excluimos: pueden venir cuando les plazca.

-Siempre que hagan lo que les dicen. -Michael estuvo a punto de interrumpir pero Harris lo contuvo.- Esta vez déjame terminar a mí. La pedantería radica en que no sólo excluyen a la gente de ustedes. Yo no soy miembro de tu sociedad, y sin embargo ustedes me condenan.

-Pero eres miembro del grupo en la medida que todos, quiéranlo o no, son hijos del Creador. Si te rebelas contra las normas que él estableció, si pecas, por decirlo de otro modo, tú mismo te excluyes. No somos nosotros quienes lo hacemos, eres tú mismo. Harris resolló de indignación.

-Pero todo se basa en el prejuicio de que ustedes tienen razón y el resto del mundo está equivocado. Eso es lo que me parece intolerable.

-¿Por qué? Colón tenía razón y el resto del mundo estaba equivocado. ¿Eso te habría parecido intolerable?

-¡Oh Mike, por Dios! ¡Manzanas y naranjas! Había llegado a ciertas conclusiones verificables acerca de la tierra. No es el caso de ustedes. La verdad de la Iglesia se basa en las enseñanzas de un oscuro y joven judío con pretensiones mesiánicas que, seamos francos, no causó demasiada impresión en su época. En la historia secular no se le menciona siquiera una vez. Ni una palabra. Ni una alusión en los romanos, ni siquiera una referencia en Josefo, que no dejaba de mencionar nada. Ni una palabra.

-¿Pero por qué te limitas a la historia secular? ¿Y los Evangelios? ¿Y el resto del Nuevo Testamento? Sin duda como arqueólogo sabes que su validez como documento histórico es incuestionable. Sabemos más acerca de Jesús que acerca de Platón. Dices que Jesús no impresionó al mundo. ¡Cambió el curso de la historia! Radicalmente.

-¡No, no, no! Pablo y Constantino cambiaron el curso de la historia. Lo que dijo Jesús probablemente se habría olvidado, pero Pablo lo tomó y lo transformó en una serie de propuestas teológicas estructuradas, tomando parte de una media docena de fuentes. Más tarde, Constantino difundió o impuso esas ideas entre las masas.

Habían elevado tanto la voz que al principio ninguno de los dos oyó los golpes en la puerta.

-Adelante -dijo Michael.

Era la señorita Pritchard: una bata pesada, un gorro de dormir y una cara ceñuda.

-¿Me llamaron? -preguntó, dirigiéndoles una mirada enérgica.

-¿La despertamos? -dijo Michael.

-No -dijo ella, dando a entender que sí-. Oí las voces y creí que tal vez necesitaban algo.

-No. Nada, gracias.

-Entonces me iré a acostar. Ya es casi la una -recalcó. Cerró la puerta.

Michael sonrió.

-Conducta inadecuada, está pensando -le dijo a Harris. Harris agitó el hielo en el vaso vacío.

-No creo que la señorita Pritchard me tenga simpatía. -Se introdujo un trozo de hielo en la boca y lo masticó.- No te saco de las casillas ¿no?

Michael frunció los labios.

-A veces.

Harris adoptó una expresión picaresca.

-No quisiera hacerte caer en pecado.

-No sería la primera vez.

Michael se levantó y se acercó de espaldas al fuego apagado.

-Comprenderás -dijo al cabo de un momento- que no tengo más opción que verte como el enemigo.

-¿Un instrumento del diablo?

-Quizá -dijo Michael pensativamente-. ¿Aún no has renunciado a tu teoría?

-¿Acerca de los huesos?

-Sí.

-No.

-¿Cuánto te falta para terminar el trabajo?

-Quizás un mes.

-¿De veras? Harris se levantó.

-Hay algo que me tiene intrigado.

-¿Ahá?

-¿Has pensado qué vas a decir cuando vengan los periodistas a preguntar en qué trabajo aquí en la residencia?

-No.

-Sería mejor que lo pensaras. Les vas a parecer raro.

-Lo pensaré cuando llegue el momento -dijo Michael, dirigiéndose hacia la puerta-. Ahora me voy a acostar.

18 de marzo
Su Eminencia
Cardenal Michael Maloney,
Archidiócesis de Nueva York, Avenida Madison 452
Ciudad de Nueva York, N. Y. 10022 EE. UU.

Estimado Michael:

Una nota apresurada. Acabo de ver a los médicos. A horas tardías, tanto como para pedirles una conclusión en firme. Las noticias no son buenas. Acaban de completar una serie de análisis -infinitos en su variedad, por lo que parece- y todos están de acuerdo con que no hay esperanzas razonables de que el Santo Padre sobreviva. En realidad, parece que deberíamos orar para que Dios en su misericordia se lo lleve, y pronto. Al parecer hubo daños cerebrales considerables y cualquier recuperación, salvo por milagro, sería simplemente una extensión y una

magnificación de la tragedia. Me maravilla la tenacidad con que ese cuerpo frágil se aferra a la vida.

Lamento ser el portador de estas nuevas pero pensé que correspondía informarte. Pronto te escribiré una carta más extensa.

Con afecto,

Paolo Rinsonelli

-¿Alguna novedad?

El presidente del directorio del hospital St. Clare's paseó la mirada alrededor de la mesa, aunque no con tanta tranquilidad como sugería su voz, pues si debían aparecer problemas imprevistos ésta era la oportunidad, y siendo hombre de hábitos precisos prefería las cosas limpias. En esta ocasión su esperanza de que no hubiera ninguna irregularidad era casi ferviente, pues en la reunión se encontraba -como solía hacerlo a lo sumo dos veces por año- el cardenal de la archidiócesis. Había apretado los labios cuando Michael se deslizó dentro de la sala, inesperadamente y quince minutos después de empezada la reunión, pero estaba habituado a esa cruz y hojeó la agenda con un gesto desaprensivo, limitándose a declarar formalmente que «Esta noche tenemos el honor de recibir a Su Eminencia el cardenal Maloney». Michael, por su parte, guardó silencio.

-No habiendo novedades, el presidente solicita al secretario que comente un problema que le ha llamado la atención y requiere la consideración de este directorio.

El secretario, un hombre asombrosamente corpulento que hablaba con frases breves separadas por jadeos sibilantes, transpiraba más de lo normal.

-He recibido una carta -empezó- de una tal lady Hambleton, la cual el presidente me ha solicitado que leyera. -Extrajo la carta del sobre color malva y se aclaró la garganta.

-Señor presidente... -dijo el cardenal Maloney. -¿Su Eminencia?

-No oí bien el nombre.

-Lady Sophie Hambleton -leyó el secretario-, Hambleton House, Covington, Nr. Godalming, Surrey, Inglaterra.

-Gracias. ¿La carta está dirigida al directorio?

-No, Eminencia -dijo el presidente-. Está dirigida personalmente al secretario. El me informó de lo que decía y me pareció apropiado...

-Gracias -dijo inexpresivamente Michael-. Conozco a esa

dama, señor presidente, y me intriga saber por qué, en efecto, le dirige una carta a este directorio.

Las manos del presidente empezaron a temblar.

-Con mi respeto, Eminencia, eso se aclarará con la lectura de la carta.

Le molestaba la presencia de Michael. Nadie ignoraba, en la archidiócesis, que St. Clare's era su «favorita» entre las diversas instituciones a su cargo y los asuntos del hospital le interesaban muy especialmente. Había sido prefecto de St. Clare's antes de ser llamado para reemplazar a su predecesor, y desde entonces la reputación del hospital había decaído. El presidente opinaba -con frecuencia ante su mujer, y no siempre sin razón- que los logros del hospital se atribuían inevitablemente al cardenal Maloney mientras que los problemas se le atribuían a él. Al margen de esto, le fastidiaba que estando Michael las discusiones tendieran a orientarse hacia su extremo de la mesa.

-Señor secretario -dijo, invitándolo a proseguir con un gesto-, adelante, por favor.

El secretario respiró audiblemente.

-Estimado señor...

-Señor presidente...

-¿Su Eminencia?

-¿Podría añadir una palabra más?

-Desde luego, Eminencia.

-Mi oficina ha mantenido una abundante correspondencia con lady Hambleton. El padre Jamieson le ha escrito varias veces y yo tuve un encuentro personal con ella en mi reciente visita a Inglaterra. Esas conversaciones se relacionan con una proposición de esta dama, una proposición que me parece fuera de lugar. En cierto modo me preocupa que ahora pase por alto mi oficina y se dirija a este directorio.

El presidente concentró la mirada en el lápiz que hacía girar furiosamente entre los dedos.

-Discúlpeme, Eminencia, pero no comprendo bien. ¿Está sugiriendo que no se lea esa carta?

Michael también empezaba a perder la paciencia. La presunción de Sophie lo encolerizaba y también lo enfurecía el presidente, cuyo rencor había intuido hacía tiempo y era cada vez más obvio. Pero actuaría con prudencia.

-Me parece mejor que el asunto quede donde ha quedado hace meses -dijo cordialmente.

-Discúlpeme, Eminencia, pero la carta es larga y detallada, y tal vez mencione hechos desconocidos para la oficina de usted.

Este hombre es un tonto, pensó Michael. No sabe cuándo detenerse.

-Razón de más para entregársela de inmediato al padre Jamieson y que él la examine -afirmó Michael, ya sin amabilidad.

El presidente había palidecido y tenía la frente perlada de transpiración. De pronto dejó el lápiz, pues advirtió que así llamaba la atención sobre sus manos temblequeantes.

-No tengo inconveniente, si ése es su deseo, Eminencia. Simplemente me proponía...

-Bien -dijo Michael, dispuesto a terminar con el asunto-, por favor dejémoslo así, entonces.

-...me proponía -insistió el presidente, con voz trémula- exponer el caso ante este directorio, a causa de la extraordinaria generosidad de esta dama. Diez millones de dólares es mucho dinero.

-¡Diez millones de dólares!

Las palabras fueron repetidas en voz baja y con diversos grados de incredulidad por varios de los asistentes.

-Sí -dijo el presidente-. Lady Hambleton ha ofrecido al hospital diez millones de dólares para construir un nuevo pabellón infantil. La oferta, dice ella, fue rechazada, sin duda por razones muy válidas, de modo que la dama acude directamente a nosotros. En vista de lo que ha dicho nuestro estimado arzobispo, con mucho gusto entregaré la carta a su oficina.

Por un momento nadie habló. El presidente logró prolongar el silencio abocándose de pronto a una laboriosa búsqueda entre los papeles que tenía delante. Michael no dijo nada, y sólo sus ojos entornados delataban su furia. El presidente, después de estirar ese silencio hasta el límite, levantó los ojos.

-Si no hay más asuntos que tratar, la presidencia propone que levantemos la reunión.

-Un momento, señor presidente.

El que hablaba era Cliff Orpen, un cincuentón alto y delgado de cara rugosa, dominada por cejas espesas y oscuras y enmarcada por una melena lacia y negra.

-No quiero hablar cuando no me corresponde -dijo con cierta timidez-, pero no puedo evitar decir que no quisiera que la reunión se levante sin... -Miró a Michael.- ¿Su Eminencia podría darnos más información? -Rió nerviosamente.- Es un poco como tirar un zapato... no sé si soy claro. Es decir, ¡diez millones de dólares! ¿Esa mujer está chiflada o algo por el estilo?

Michael había resuelto no decir nada más, pero no podía dejar

de responder a la pregunta de Orpen. Orpen era un contratista rico y uno de los laicos más importantes en la archidiócesis. Hacía sólo seis meses el papa lo había ordenado caballero de San Silvestre en una ceremonia en Roma.

-El asunto es más bien complicado, Cliff -dijo Michael, hablándole directamente al contratista para quitar de en medio al presidente-. No, la dama no está chiflada, como usted dice con tanta concisión, pero no deja de ser un problema. Además de escribirle a este directorio y pasar por alto mi oficina, le ha dirigido una carta, supongo que similar a ésta, a Su Santidad. -Se frotó las sienes con los dedos.- Es, como le decía, un problema.

-¿Puedo hacer una sola pregunta más? -Naturalmente.

-¿Es una dama de veras...? -Rió.- Es decir, ¿de veras pertenece a la nobleza británica?

-Fue una ciudadana canadiense que vivió aquí, en Manhattan, durante algunos años. Pero, sí, tiene un título.

-¿Y tiene el dinero?

-Claro que sí.

Orpen se rascó la cabeza e inhaló profundamente.

-No sé... -dijo. Miró a Michael como un chico que no se atreve a pedirle el auto al padre-. Dije que era mi última pregunta, pero... si no está fuera de lugar decirlo, Su Eminencia, puedo preguntar, y estoy seguro de que a todos les preocupa lo mismo... -Hubo murmullos de asentimiento.- ¿Qué tiene de malo el dinero de esa mujer? No lo robó, ¿verdad?

-No -dijo Michael-, no lo robó. -Comprendió que no le quedaba más remedio que seguir adelante.- Yo hubiera preferido no discutir el asunto en detalle, pero el presidente consideró adecuado proceder de otra manera...

-Su Eminencia, lo lamento si pareció que... Michael lo interrumpió sin consideraciones.

-Eso, sin embargo, ahora no tiene importancia. -Se volvió a Orpen.- Para responder a su pregunta, Cliff, la donación se haría siempre que el hospital manifieste su agradecimiento. Ese agradecimiento es a mi juicio totalmente inapropiado.

La palidez del presidente era casi alarmante. Un tic le hacía temblar una comisura de los labios.

-Tal vez Su Eminencia quiera decirnos qué desea esa dama como para negarle a St. Clare's un pabellón infantil... un agregado, como bien lo sabemos, que hemos necesitado durante muchos años y nunca pudimos costear.

¡Por Dios!, pensó Michael. El año que viene tendremos un nuevo presidente aunque sea lo último que haga.

Orpen advirtió las escaramuzas y se sintió algo culpable. Estaba por proponer el cese de la reunión cuando Michael, consciente de que deformaba los hechos, pero resuelto a terminar la discusión antes que las cosas empeoraran, contestó:

-Antes que a su difunto esposo le concedieran el título, lady Hambleton fue camarera de un bar. No es católica practicante, pero pese a todo insiste en que se erija una estatua de ella en el foyer del nuevo pabellón. Le he dicho con toda claridad que no voy a consentirlo. Ahora bien, si ustedes tienen la amabilidad, caballeros, de dejar el asunto en mis manos, tal vez le haga cambiar de opinión. Los mantendré informados.

Miró con dureza al presidente.

-Me parece, señor presidente, que ahora podríamos levantar la reunión.

-Andando -dijo Cliff Orpen.

6

Harris llamó por teléfono para avisar que no volvería hasta después de medianoche y que no lo esperaran. Hablaba a gritos y como trasfondo se oían los ruidos de una fiesta.

Cuando colgó, Michael se preguntó quiénes serían los amigos de Harris y por qué nunca los había mencionado. Miró el reloj: las once menos cinco. La señorita Pritchard había venido al estudio una hora antes para preguntarle si necesitaba algo. ¿Un refrigerio, tal vez? No, gracias. Entonces creía que se iba a acostar, pero, por cualquier cosa, en la heladera quedaba un poco de jamón y unas frutillas, grandes y fresquitas. .

Ahora, hambriento, dejó a un lado el libro y fue a la cocina, donde encontró un trozo de queso cheddar, una hoja de lechuga y una tajada de pan integral. Envolvió el queso con la lechuga y a los dos con el pan, se sirvió un vaso de leche y acercó una silla a la mesa. El motor de la heladera se apagó y el silencio de pronto pareció palpable. Podía oír el crujido de sus mandíbulas. Afuera aullaba el viento. La lluvia repiqueteaba contra el vidrio de la ventana.

Masticó el sandwich, mirando distraídamente la cocina. La señorita Pritchard era muy limpia; todo relucía. Se quedó mirando la puerta que conducía al subsuelo y sus pensamientos volvieron a Harris. Lo imaginó preocupado, la cabeza gacha, pasando por la cocina sin molestarse en saludar ni en responder al saludo de la señorita Pritchard antes de bajar. Sonrió, recordando la cara del ama de llaves el día en que le dijeron que Harris usaría el cuarto del subsuelo para trabajar. Se las había arreglado para demostrar su desagrado sin impertinencia, arqueando los labios y emitiendo un leve suspiro de exasperación. No le gustaba mucho la idea de que Harris «se metiera» en la cocina todas las mañanas y todas las noches y estaba segura de que al personal diurno tampoco le gustaría. Michael reconocía que había manejado mal la situación al no avisarle antes (se lo había anunciado la mañana anterior a la llegada de Harris) y había agravado las cosas al pedirle la llave del cuarto del subsuelo sin devolvérsela. Le había encargado al padre Jamieson que mandara hacer un duplicado, le había dado una copia a Harris y había unido el original a la voluminosa colección que lucía en el

llavero. Cuando Harris pidió que se agregara otro cerrojo, Michael dio la orden, le dio a Harris una de las llaves y se quedó con la otra.

Ahora estaba pensando en bajar a echar un vistazo. Una parte de su mente de inmediato se lo prohibió, pero no dejaba de tener en cuenta que, con la demora de Harris, con la señorita Pritchard durmiendo, Jennifer y Copeland en el teatro y sus secretarios en una conferencia fuera de la ciudad, la casa estaba vacía. ¿Por qué no echar un vistazo? Tiempo atrás Harris lo había invitado a hacerlo, aunque, tal vez significativamente, sólo una vez había renovado esa invitación desde que el museo le entregó la caja de madera. Pese a que estaba al tanto del contenido de la caja y de la tarea de Harris, entrar al cuarto sin que Harris lo supiera no dejaba de ser una indiscreción. Sin duda, la puerta tenía doble cerrojo con un fin: resguardar la intimidad del arqueólogo.

En los últimos tres meses la convicción de Michael de que los huesos no eran los de Jesús había flaqueado sólo ocasionalmente. Claro que era posible que lo fueran, pero había concluido que esa eventualidad era más que improbable. Esta convicción se profundizó con el paso del tiempo y con la elaboración de una teoría. Su afecto y respeto por Harris habían disminuido. Había aspectos de su carácter que Michael juzgaba reprobables e incluso ultrajantes. El hombre tenía pocos principios. Desdeñaba todo lo que era cristiano, se burlaba de la tradición, era cínico, expeditivo y, como había confesado una noche de desaliento, le dolía profundamente la decadencia de su reputación y el desdén de sus colegas. Cuando en Albright se negaron a prolongar su licencia se había enfurecido, y ese resentimiento creció cuando pasó el tiempo y ninguna otra universidad lo llamó. Era obvio que estos incidentes no estaban olvidados y seguían afectándolo. En consecuencia, razonó Michael, tal vez ansiaba una venganza. ¿No estaría planeando un golpe maestro: un descubrimiento sin parangón en la historia, un triunfo tan importante como el fósil africano de Leakey, un hallazgo que sobrepasaba al de los rollos del mar Muerto? Si su esperanza de inmortalidad había decaído sin remedio -pues los años lo agobiaban y el corazón amenazaba traicionarlo-, ¿no estaría disponiéndose a ocupar el centro del escenario con el fraude más monumental, y mucho más divertido porque nadie lo detectaría?

La sospecha de Michael de a poco se había transformado en convicción. A su modo de ver había sólo tres posibilidades: primero que los huesos fueran los restos de Jesús, algo que consideraba inconcebible; segundo, que Harris, arrastrado por la ambición, hubiera perdido toda objetividad y estuviera cometiendo un error honesto, un error que sería corregido cuando otros arqueólogos se enteraran del descubrimiento, pero sólo después que se hubiera realizado un daño inconmensurable; y tercero, que Harris, deliberada y meticulosamente, estuviera perpetrando un fraude de consecuencias inimaginables.

Era tan posible... Harris tal vez se había topado con una tumba del siglo primero, precisamente en las circunstancias que había descrito esa noche en Londres. Qué sencillo llevarse el esqueleto a un osario. Qué fácil para un hombre de la experiencia de Harris añadir las inscripciones y «antiquizarlas» frotando la piedra caliza con siliconas. La historia del molar y del cráneo podía ser un invento -quién le iba a decir que no a él-, y el descubrimiento de una caverna adecuada en las vecindades de Qumran, aunque sin duda difícil después de tantas exploraciones organizadas en las décadas del cuarenta y el cincuenta, no era en absoluto imposible. Y qué sitio ideal para ubicar el «hallazgo». ¡Qumran! La sola palabra era mágica y olía a autenticidad. Era perfecto: el lugar al que los amigos de Jesús inevitablemente hubieran llevado el cuerpo: lejos de Jerusalén, sin el peligro de las patrullas romanas, una comunidad de

judíos devotos, una comunidad a la que Jesús tal vez pertenecía. Después del descubrimiento de los rollos del mar Muerto se habían editado docenas de artículos en publicaciones especializadas y masivas diciendo que Jesús había pasado en Qumran los «años silenciosos», los dieciocho años

entre su aparición en el templo y el comienzo de sus prédicas a los treinta años. Muchos aseguraban y no pocos creían que había pasado ese período entre los esenios. Había innegables paralelos entre sus enseñanzas y las de la comunidad y existía el curioso hecho de que, pese a que la secta era tan conocida en esos tiempos como la de los fariseos, los saduceos y los herodianos, en el Nuevo Testamento no se la mencionaba. Qué apropiado parecería que el cuerpo de Jesús hubiera vuelto a la comunidad a la que una vez había pertenecido.

Pero los huesos y la tumba no eran suficientes para la teoría de Harris. En sí mismos no eran concluyentes, no bastaban para convalidar el aserto -por muy discutible que fuera- de que eran los huesos de Jesús. Se necesitarían pruebas más específicas: el manuscrito. Era claro, sin embargo, que aunque el manuscrito fuera el toque definitivo, la falsificación presentaba problemas casi insolubles. No la composición del texto ni la escritura en caracteres arameos -Harris no tenía problemas para resolver ese aspecto-, ¿pero cómo imitar la antigua tinta carbónica? ¿Cómo dar antigüedad a los elementos químicos que la componían? ¿Cómo obtener un trozo de papiro manchado por los siglos, deshidratado por dos milenios en el desierto y deteriorado por el aire y los insectos? Una vez que el manuscrito estuviera en manos de los especialistas, sería examinado por paleógrafos, epigrafistas, químicos, y otra gente de ciencias emparentadas, y todos lo estudiarían con una mezcla de admiración y escepticismo. La mayoría tendría una gran experiencia con antigüedades y cualquier incongruencia, cualquiera de las fallas minúsculas que delatan una falsificación les llamaría la atención. Pero Harris conocía los criterios que aplicarían, los conocía mejor que nadie, y si de hecho planeaba un fraude, ¿lo habría iniciado sin estar convencido de la posibilidad de tener éxito?

¿Pero Harris era capaz de algo semejante? Haría falta una egolatría sin límites, pero eso no le faltaba. Michael sonrió ligeramente al recordar el aforismo: «El hombre ha creado a Dios a su imagen y semejanza y adora a su creador. » Algo que sin duda era cierto en el caso de Harris. Se consideraba por encima de las restricciones sufridas por el resto de los mortales; de otro modo no habría sacado los huesos y el manuscrito de Israel sin sentir remordimientos, para luego confesárselo a Michael con indiferencia. Despreciaba las ideas ajenas, desechaba la posibilidad de un poder más alto que la razón humana y no siempre toleraba las opiniones opuestas. Sí, decidió Michael, sin duda tenía la egolatría necesaria. ¿Tenía la suficiente malicia? Desde el día en que le había espetado esa diatriba contra la esposa y contra la misma institución del matrimonio, burlándose hasta del amor, a Michael no le costaba creerlo. ¿Tenía la arrogancia de creer que podía engañar a toda la comunidad científica? Claro que sí: ¿no estaba dispuesto a cometer la temeridad de arrojar una bomba en el corazón de la cristiandad?

Michael no descartaba la posibilidad de que él mismo estuviera elaborando una compleja racionalización para evitar enfrentarse con la indigerible tesis de Harris. Había examinado cuidadosamente esa probabilidad y la había desechado. Si la tesis de Harris era acertada, la presencia de Dios en el mundo se transformaba en una burla. Significaría que le había permitido a la Iglesia madurar por más de dos mil años sólo para finalmente poner en entredicho su mensaje central. Significaría que Jesús se equivocaba acerca de Dios y la naturaleza del universo. ¿Acaso no había predicho, no

una sino muchas veces, que se levantaría de la tumba? También había dicho que edificaría su Iglesia sobre Pedro, «la roca», y el primer mensaje de Pedro al mundo después de la crucifixión fue: «...mataste al príncipe de la vida, Dios, y sin embargo lo levantaste de entre los muertos, y de ese hecho nosotros somos los testigos». El jefe de los apóstoles, Pablo, había aseverado acerca de la resurrección: «Si el Cristo no resucitó es vana vuestra fe.» Y los papas, sin excepción, habían reafirmado esa creencia. No importaba si la resurrección era posible, era real. Sin embargo se había levantado de entre los muertos, y por eso la Pascua era la gran festividad de la Iglesia; celebraba una tumba vacía. Si ahora se esgrimían los huesos de Jesús ante el mundo sería difícil, por no decir imposible, creer en esta doctrina central, y cualquier otra afirmación de la Iglesia sería sospechosa. A Michael le parecía imposible que Dios se burlara así de los hombres y de las mujeres y de la institución que lo había servido con tanta fidelidad a través de los siglos.

Pero siempre, no bien daba fuerza a sus convicciones y reafirmaba su fe, venían las confrontaciones con Harris. ¡Maldito Harris! Harris con su serena confianza, con su imperturbable certidumbre: no la afirmación excesiva del hombre que compensa su inseguridad con un juicio tajante, sino la seguridad tranquila que es más enervante por su falta de estridencia.

Pero basta de especulaciones; era imperativo que él supiera lo que debía saber. Se levantó, caminó hacia la puerta, prendió la luz y bajó apresuradamente las escaleras.

El subsuelo estaba iluminado por tres lámparas, pero en un costado estaba a oscuras. El cuarto estaba en el extremo opuesto.

Michael buscó las llaves en el bolsillo. Mientras buscaba las que correspondían, frente a la puerta, sintió un escozor. Le temblaban las manos y le costó insertar las llaves en las cerraduras. Una vez que corrió los cerrojos, la puerta se entreabrió. Michael la abrió del todo y tanteó el costado del marco y luego recordó que el interruptor estaba en la pared opuesta. A la derecha vio una mesa donde había un microscopio, una cámara Polaroid, varias botellas, recipientes chatos, un mechero Bunsen, varias herramientas de escultor, cepillos de pelo de camello y una libreta plagada de prolijas anotaciones. Más allá, en la semipenumbra, distinguió dos mesas más largas, tres lámparas y una silla. Un olor acre le acarició las fosas nasales.

Caminó hasta la pared opuesta, cuidándose de no pisar los cables eléctricos que serpenteaban en el suelo hasta un enchufe, y encendió la luz. Una de las lámparas le apuntaba a la cara y por un momento quedó enceguecido. Se resguardó de la luz con un brazo, cerró los ojos y miró hacia otro lado hasta que sus pupilas se adaptaron. Sólo se oía el zumbido constante del extractor de humedad.

En la mesa cercana, entre dos láminas de vidrio, había un manuscrito de sesenta centímetros de largo por unos treinta de ancho. El borde inferior presentaba roturas irregulares que a veces afectaban el texto, y era pardo oscuro, casi como si lo hubieran quemado. El borde superior también estaba dañado pero no seriamente carcomido. En el margen izquierdo se habían desprendido algunos fragmentos, ahora colocados en la posición que les correspondía, algunos tan perfectamente encajados como piezas de rompecabezas, otros alineados con el margen del texto. Pese al color borroso de todo el manuscrito, que tenía zonas más oscuras que otras, la escritura era claramente legible. Michael reconoció la lengua como aramea.

La mesa más alejada estaba cubierta con bayeta verde. Encima había un esqueleto humano. Michael se acercó con lentitud. Cambió de posición el sostén de

una de las lámparas, enfocándola sobre la mesa. Las ruedas crujieron en el piso de cemento.

Delante de él yacía el esqueleto de un hombre muerto hacía mucho tiempo. Los huesos iban de un color amarillento hasta un tono caoba, y estaban dispuestos de tal modo que el esqueleto parecía yacer de espaldas, las piernas ligeramente abiertas, los brazos a los costados. A lo largo había un metro de madera. La mandíbula estaba sujeta con alambres al cráneo. Al lado había un molar. En un trípode había una cámara fija con la lente apuntada hacia los huesos.

Michael se detuvo frente a la mesa, respirando pesadamente, tocando la bayeta verde con las yemas de los dedos. Sus ojos recorrieron lentamente el esqueleto, empezando por el cráneo, siguiendo por las vértebras, estudiando las líneas concéntricas del costillar, pasando por la pelvis y bajando por las piernas hasta los pies separados. Ahora le temblaba todo el cuerpo, y se sentía languidecer. Miró la mano que tenía más cerca y se inclinó, examinando los diminutos huesos en busca de una señal, una marca. Ninguna. Miró fijamente el cráneo, sin parpadear, y perdió toda conciencia del lugar y el momento. Su imaginación vistió de carne los huesos, la grotesca sonrisa de la dentadura, llenó las órbitas oculares y creó piel y pelo y barba hasta configurar una cara, una cara saludable cuyos ojos solemnes y oscuros destellaban vida...

Hacía un rato que temblequeaba y ahora empezó a estremecerse violentamente. Su cráneo se estrechaba y el cerebro se disolvía detrás de sus ojos. Se estaba asfixiando pero no podía respirar y tuvo la certeza de que se moría. Aferró la mesa con ambas manos, esforzándose por mantenerse de pie. Los músculos de las piernas se le aflojaron y Michael cayó hacia adelante y se desplomó en el suelo sin oír el ruido de la mesa ni ver los huesos y la cámara que se estrellaban en el cemento mientras él aferraba la funda verde.

Delante de él... la creación entera, llorando. Los árboles encorvados y llorando. Cada pétalo de cada flor, llorando. Cada brizna de hierba, llorando. Las nubes y los cielos, llorando. Todo el tiempo y el espacio, todo lo que ha sido y es y será, llorando. Y encima y alrededor y a través de todo, Dios, llorando. Llorando por el hombre: por su orgullo, su obstinación, su perversidad, sus mil crueldades, sus odios multitudinarios. Y en el corazón del dolor eterno, la sombra de una cruz y el perfil de una figura, y la cara que acababa de ver... llorando.

Cuando recobró la conciencia -no sabía cuánto tiempo había transcurrido- se encontró acuclillado en el suelo, apoyado sobre las rodillas y los antebrazos, la frente en el cemento frío, jadeando espasmódicamente. De a poco los temblores se disiparon y Michael se levantó y se sentó sobre los talones. En el silencio volvió a oír el zumbido del extractor de humedad, y al cabo de un momento, otro sonido...

En la puerta, pálida y boquiabierta, estaba la señorita Pritchard.

En la cocina, sentada frente a la mesa mientras Michael le apoyaba una mano en el hombro para reconfortarla, la señorita Pritchard trataba de recobrarse del susto.

-No supe qué pensar -decía con voz trémula, masajeándose los nudillos artríticos -. Estaba en la cama y oí que alguien. bajaba las escaleras. El único que estaba en casa era usted y me pareció improbable que balara al subsuelo. Pero entonces me dije, tiene que ser él, ,y estaba a punto de dormirme cuando oí ese ruido de algo que se caía. Así que me levanté y bajé, y veo la puerta. abierta y la luz. prendida. Vaya una sorpresa...

Titubeó si Michael estuvo a punto de interrumpirla pero después le pareció irás convincente que le dijera todo: no sabía cuanto tiempo había estado; de pie en la puerta. Y además ella se sentiría mejor después de decirlo.

-Por un minuto no supe qué hacer- -continuó-. Me quedé en la escalera, pensando. No quería meter las narices, pero había oído un ruido y ahora todo estaba en silencio; salvo ese jadeo como si hubiera alguien lastimado, y me pareció mejor echar un vistazo. No por meter las narices, ¿comprende?

-Comprendo.

-Bueno, el caso es que me acerqué a la puerca y miré, y lo vi a usted de rodillas, disponiéndose a ordenar todo. Y entonces me miró... y parecía la misma muerte. Pensé que tal vez había sufrido un ataque o algo por el estilo.

-Temo que tropecé y volqué la mesa -dilo Michael-. Pero no te hice daño.

De pronto la señorita Pritchard cayó en la cuenta de que estaba sentada en presencia cíe Michael y de que él la estaba atendiendo. Se apresuró a levantarse, sacudiéndose del hombro la mano de Michael.

-¡Oh, Dios mío! -dijo -. Tendrá que perdonarme, Eminencia, pero de veras me dio un susto. ¡Ay, caramba...! -exclamó desolada, advirtiendo que tenía el pelo despeinado y caído sobre los hombros. Se lo recogió con las (los manos y luego, con otra exclamación, se ciñó la bata v se anudó el cinturón.

-Aprecio su preocupación-dijo Michael-. Muchas gracias. La señorita Pritchard ahora sólo quería irse lo antes posible v caminó hacia la puerta, recogiéndose el pelo y estirándolo hacia atrás. Se detuvo ante la puerta.

-¿Quiere que limpie ahí abajo? -preguntó.

-No, yo me encargaré. Se hace en seguida.

-¿Está seguro

-Sí, estoy seguro, señorita Pritchard. Vaya a acostarse -dijo

Michael con una afectada sonrisa-. Sin duda necesita dormir.

-Bueno, si está seguro... -dijo ella con cierta vacilación. Se detuvo un instante, arrugando el entrecejo-. Si mi pregunta no es inoportuna, ¿qué son todos esos huesos?

Michael le respondió con tanta indiferencia como si hablara del tiempo.

-Los arqueólogos... ya sabe. Trabajan con huesos. Tal vez sea un simio con miles de años, algo así.

La señorita Pritchard demostró su repugnancia con una exclamación y un estremecimiento.

-Buenas noches, Su Eminencia -añadió antes de salir. Al darle la espalda, se echó el pelo hacia adelante.

Michael decidió esperar a Harris. Había pensado en arreglar las cosas abajo pero comprendió que era imposible, y aunque se resistía a admitirlo no quería bajar de nuevo al subsuelo. Fue al estudio, dejó la puerta entreabierta y se sentó en un sillón desde donde veía la entrada del edificio.

¿Qué lo había afectado allí abajo? Retrospectivamente, parecía asombroso y perturbador. Era tan extraño en él... Decidió pasar revista a todo lo ocurrido desde que abrió la puerta del cuarto. Estaba su estado de ánimo: el silencio total de la casa vacía y el irregular repiqueteo de la lluvia creaban una atmósfera inquietante. Estaba la sensación de saber que era un intruso: recordó que al hacer girar la llave se sentía ligeramente culpable. Y él estaba nervioso, por supuesto. Era inevitable. Aunque tenía la convicción de que los huesos no eran de Jesús no podía descartar la posibilidad, y cuando abrió la puerta y escudriñó la penumbra del cuarto, sintió la misma mezcla de reverencia y temor que había experimentado la primera vez que visitó la cripta donde estaba San Pedro. Recordó que el olor del ácido y la mesa cubierta de herramientas le habían resultado ofensivas, extrañamente ofensivas, algo similar a lo que había sentido en Israel al ver los puestos de souvernirs en los lugares santos. Recordó que se había

cuidado de mirar directamente la mesa donde yacían los huesos, aunque los había visto de soslayo al examinar el manuscrito. Y recordó su desesperación al advertir la aparente autenticidad del documento.

Y por supuesto, los huesos...

Qué obstinada es la mente, pensó. Qué inútil tratar de dominarla. No se puede decir: «Ni por un instante me permitiré creer que estos son los huesos del Señor. » No, la mente es indócil como un glóbulo de mercurio: elusiva, dueña de una voluntad propia, terca. Pese a su incredulidad se había sorprendido buscando la marca de un clavo en los huesos de las manos. Recordó al apóstol Tomás, que había temido creer y había temido no creer, y al Señor exhortándolo a que lo mirara v tocara. Tal como Tomás, él había buscado las llagas. Y había estudiado el cráneo. Qué temible era el semblante humano sin las carnes: las órbitas oculares vacías, el triángulo de la cavidad nasal, la mueca demente de la boca...

¿Pero qué recuerdo atávico del misterio de la muerte, qué horror inicial lo había abrumado de pronto? Se levantó del sillón y tomó el Misticismo de Inge. No lo hojeaba desde sus días de seminarista. Tal vez la experiencia de los otros sirviera para iluminar esa evasión de la realidad.

El reloj de la repisa lo sorprendió al dar la una. ¡Había leído más de una hora! ¿Dónde diablos estaba Harris?

Dejó el libro, se levantó, caminó hasta la ventana, corrió la cortina y miró hacia la calle 50. Estaba desierta. Una mujer joven armaba un escaparate de « Sak's». Cuando Michael llegó a Nueva York las calles estaban atestadas hasta las dos o las tres de la mañana; ahora eran pocos los que caminaban a estas horas y escaseaban los taxis. ¿Dónde diablos estaba Harris?

Era mejor que planeara cómo iba a justificar el caos en el subsuelo. No, nada de eso. Nada de pretextos complicados. Tendría que explicar lo de la mesa. Había sabido eludir a la señorita Pritchard; le repetiría la historia a Harris. Era una mentira bastante inocente.

Ruidos en la entrada. Salió al vestíbulo. Se necesitaban dos llaves para entrar a la casa; una para pasara un pequeño corredor y la otra para abrir la puerta del vestíbulo. A través del vidrio opaco de la puerta reconoció dos figuras; una sin duda era Harris, y la otra, a juzgar por las risas, una mujer. Harris susurraba en voz alta, incitándola a callarse mientras buscaba la cerradura. Michael estaba por ir hasta la puerta y abrirla cuando de pronto Harris entró, aferrándose del picaporte para no caer. Esto le causó mucha gracia y se echó a reír, interrumpiéndose para hacer callar a la mujer quien al ver a Michael en la puerta del estudio le dijo «Hola». Tendría unos cuarenta años, con el pelo teñido de un color pardo rojizo y deshecho en rizos desordenados. Italiana, decidió Michael, por el color de la tez y los ojos. Llevaba un abrigo azulado, abierto, que mostraba un profundo escote y los pechos fláccidos erguidos y apretujados.

Harris, precariamente aferrado al borde de la puerta, que se empeñaba en alejarse de él, se volvió y miró a Michael con solemnidad, parpadeando.

-¿Ves? -le dijo a la mujer-. ¿Qué te advertí? Que despertarías a todo el mundo... ¿ves? -La puerta se le escapé., pero el volvió a aferrarla.- Nos vemos pronto -re dijo a la mujer, cerrando la puerta y dándole la espalda, aferrando el picaporte con las dos manos.

-Creo que te dije que no que esperaras -le dijo a Michael con una sonrisa borrosa,

Michael no sabía qué hacer. Harris estaba totalmente borracho. Era imposible explicarle lo que había pasado. Esperaría a la mañana. No, no podría hacer eso: tenia una cita a primera hora y Harris probablemente dormiría hasta tarde v se levantaría mareado. No le quedaba otra opción.

-Entra un minuto -dijo volviéndose al estudio.

OYÓ que Harris lo seguía pero no miró hacia atrás. Se dirigió a una silla y se sentó, Harris se desplomó en el sillón y buscó un cigarrillo. Michael inhaló profundamente, tratando de conservar el aplomo.

-Harris -empezó. Harris estaba ocupado registrándose los bolsillos-. Harris -dijo Michael más enérgicamente-. ¿Me prestas atención, por favor?

Harris lo miró, parpadeando.

-¿No habrá un cigarrillo por aquí? -preguntó.

-Harris... -empezó nuevamente Michael.

Harris había cambiado de posición y ahora hurgaba en los bolsillos de atrás con la caben inclinada.

-Parece mentira -dijo-. En el taxi tenía un paquete entero. Michael se levantó, fue hasta la sala de recepción, tomé, un cigarrillo y una caja de fósforos de un recipiente plateado y volvió al estudio. Harris estaba prendiendo un cigarrillo apagado, Lo exhibió con aire triunfal.

-¿Viste? Te dije que tenía... Michael se sentó.

-Harris, tengo que hablar contigo.

-¿Qué te parece si tomamos un trago? -dijo Harris, incorporándose.

-Harris, ¡siéntate, por favor! -gritó Michael.

La orden fue tan perentoria que Harris pareció despejarse un poco y se sentó de nuevo, tratando de concentrarse y mirando inquisitivamente a Michael.

-:Hay algún problema? -preguntó.

Michael habló despacio y detenidamente, con firmeza.

-Esta noche bajé a tu cuarto de trabajo y temo que hubo un accidente. Y Harris seguía moviendo la cabeza, pero sus ojos habían recobrado el brillo.

-¿Entraste en mi cuarto...?

-Sí. Y tuve un accidente. Volteé... Tropecé con la mesa donde estás armando...

Harris se levantó y salió del estudio, dirigiéndose a la cocina. Michael lo siguió desesperado, sin saber si debía tomar el brazo de Harris, que caminaba tambaleándose, pero sabiendo que el otro lo rechazarla. Al bajar las escaleras Harris trastabilló y Michael contuvo el aliento, pero se aferró de la baranda, se recostó contra la pared y siguió adelante. Corrió por el pasillo y se detuvo apoyando las manos contra el marco de la puerta, mirando el cuarto. Al cabo de un momento se volvió. Michael se quedó al pie de la escalera. Había unos diez metros de distancia entre ambos. Las sombras ocultaban la cara de Harris.

-Lo siento -se disculpó Michael.

Harris se tornó un momento antes cíe responder. Respiraba pesadamente, pero su articulación era precisa,

-¿Qué diablos es esto? ¿por qué entraste en mi cuarto? Michael consideró la posibilidad de decirle «Es mi cuarto», «Tú me invitaste, ¿recuerdas?» o «¿Y por qué no?» En cambio dijo:

-Lo siento, Harris. Espero no haber hecho ningún daño. Harris permaneció en la puerta. En un momento perdió el equilibrio y se aferró del dintel. Cuando habló, la voz era fría _v controlada.

-¿Me das las llaves, por favor?

Michael hurgó en el bolsillo, tornó el llavero y separó dos llaves Harris estiró la mano. Michael se acercó y le entregó las dos llaves. Harris las miró, cerró el puño y se las guardó en el bolsillo. Entró al cuarto y cerró dando un portazo. Michael e quedó solo en el corredor a oscuras.

7

El tañido de las campanas fúnebres estremecía el límpido aire de primavera. Cuando bajó de la limusina, el sonido le recordó a Michael el gemido del viento de marzo en The Cottage.

Los niños, atraídos por la incongruencia que el reluciente «Cadillac» negro representaba en esa calle, se acercaron corriendo. Alguien dentro de la casa debió de notar la llegada de Michael, pues hubo un breve silencio y luego el llanto se intensificó. La puerta de la casa se abrió y un hombre en camisa blanca y pantalones negros, encorvado y de piernas arqueadas, los miró entornando los ojos al sol.

-Ese es su hermano Emilio -susurró el padre Colombo mientras caminaban hacia la casa.

El padre Colombo era un sacerdote de la parroquia de Nuestra Señora del Dolor. Era él quien había llamado a monseñor Jamieson sugiriéndole que tal vez Su Eminencia quisiera saber acerca de Francesca Andreotti. Michael había leído la historia de esa mujer en el Times pero el artículo era breve y no muy detallado. Invitó al padre Colombo a desayunar con él, y el joven sacerdote, delgado, vagamente apuesto y nervioso en presencia del cardenal, le había proporcionado los detalles. La señora Andreotti y el marido estaban preparando jarabe de azúcar de arce en un gran caldero de hierro, sobre una hornalla de propano en el fondo de la casa. El jarabe lo preparaban con la savia de los árboles que Emilio, el hermano de Francesca Andreotti, poseía en su granja de New Hampshire. La hornalla, instalada sólo la semana anterior, explotó.

-No todos los detalles están claros -dijo el joven sacerdote-, pero parece que el caldero le dio al marido y lo mató instantáneamente. La savia hirviente escaldó a los niños y cuando llegaron al hospital habían muerto. Eran mellizos, una especie de segunda familia que había llegado tardíamente. -Se aclaró la garganta. Hoy habrían cumplido seis años.

-Qué espanto -dijo Michael.

-La explosión provocó un incendio en el cobertizo, y después de sacar a los niños Francesca trató de rescatar al marido... pero ya era inútil.

-¿Tuvo quemaduras graves?

-Casi ninguna, milagrosamente. El jarabe le quemó un poco las piernas, pero gracias a Dios nada de importancia.

-¿Y cómo se encuentra?

El joven sacerdote movió la cabeza con lentitud.

-Su Eminencia, realmente no lo sé. Ha sufrido una especie de shock. Anoche le dieron el alta en el hospital. Yo la llevé a casa y me quedé un rato con ella. No parecía conocerme. No reconoció al hermano ni a los otros hijos.

-¿Cuántos tiene?

-Ahora cinco. Todos grandes. El hijo mayor estudia para sacerdote. Creo que debo irme, Su Eminencia. El funeral es esta mañana.

-Déjele la dirección al padre Carroll. Yo pasaré esta tarde. Cuando Michael llegó al porche, Emilio se hincó de rodillas y le besó el anillo. Los llantos cesaron, salvo el de una vieja apergaminada que seguía acariciando un rosario con los dedos arqueados. En el pequeño living había unas doce mujeres, todas de luto y con velos.

-¿Dónde está tu hermana? -preguntó Michael.

Emilio, que estaba temblando, señaló una puerta sin hablar. Michael se dirigió a la puerta y la empujó. En una mecedora, al lado de una cocina de leña, estaba sentada la viuda. Era una mujer pequeña que no tenía más de un metro y medio de altura y tal vez pesaba cuarenta y cinco kilos. Tenía el cuerpo de una campesina: huesudo y encorvado, la cabeza asentada sobre un cuello robusto. La cara era un mapa en relieve de las penurias y privaciones de sus antepasados, la piel parda y correosa y sembrada de manchas amarillas. Los ojos negros y pequeños, hundidos en cavidades oscuras, carecían de expresión. En las manos aferraba una taza de té.

Sentados a la mesa de la cocina, o de pie contra las paredes, estaban los tres hijos y las dos hijas. Cuando entraron Michael y el padre Colombo, todos se volvieron, primero con una expresión de asombro y luego de confusión. Hicieron una torpe genuflexión y luego salieron.

Michael eligió una silla, la colocó delante de la mujer y se sentó. Le separó suavemente los dedos de la taza y depositó la taza en la mesa. Luego se inclinó hacia adelante, le tomó las manos y le habló en italiano, con una voz tan baja que el padre Colombo apenas le entendía.

-Ave María, llena eres de gracia -le dijo, casi rozándole la frente con la suya-, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Mientras oraba, el énfasis rítmica de las vocales transformó la plegaria en una suerte de cántico susurrado.

La voz de Michael se elevó gradualmente y las palabras

adquirieron una firmeza y una autoridad que arrancó lágrimas a los ojos del padre Colambo. La mujer no se movía y sus ojos permanecían fijos y opacos como si contemplaran un objeto distante.

-Padre bendito, sé misericordioso con tu servidoras, Francesca. Acércate, Señor y consuela a tu .hija en esta hora de penuria. Tú, Padre, tú comprendes nuestro dolor, nuestra tristeza y pesadumbre cuando nos separan de quienes amamos, pues tú enviaste a tu hijo para que muriera por nuestros pecados.

»Bendito Señor Jesús, acércate. Tú sabes de nuestra desolación. En tu propia desolación, en Getsemaní; vertiste lágrimas como de sangre y en la cruz sufriste corno nunca sufrió hombre alguno. Tráele la paz a tu servidora Francesca.

»Virgen bendita, santa Madre cíe Dios, tú sabes lo que es perder un hijo, pues tu presenciaste cómo tus enemigos clavaban al tuyo al madero y le hundían la lanza en el costado v lo dejaban morir. Tú comprendes nuestra pena. Dale la gracia de la fe a tu servidora Francesca. Acércate, bendita Madre de Dios. Háblale. Confórtala en esta hora de penuria.

Mientras -Michael oraba con la cabeza casi pegada a la de la mujer, ella empezó a inclinarse hacia adelante, acercándosele.. No dijo nada. pero unas lágrima empezaran a caer en las manos de Michael, que aferraban las de Francesca con tanta fuerza que los nudillos empalidecieron. La mujer se estremeció, un sonido como el de una ráfaga

cíe viento brotó de su boca, v luego empezó a temblar y sacudirse. Finalmente el dolor se expresó en un llanto ronca y angustiado. Michael apoyó su frente en la de Francesca. Al cabo de un rato ella guardó silencio y los dos permanecieron inmóviles. El padre Colombo se había aceitado a una ventana y desde allí miraba sin ver el cielo diáfano, los ojos inundados de lágrimas.

La mujer suspiró profundamente, retiró una mano de entre las de Michael, extrajo un pañuelo del bolsillo del vestido y le secó las lágrimas de las manos. Luego se enjugó el rostro, se sonó la nariz e irguió la cabeza. Michael se reclinó en la silla. Ella lo miró con los ojos húmedos y dijo en voz alta, con su inglés mal pronunciado

-Gracias, padre.

En el living, el llanto que había disminuido cuando Michael alzó la voz volvía a cobrar intensidad. Francesca dijo en italiano:

-Debo hablar a mis hijos y amigos.

Michael se levantó y colocó la silla al lado de la mesa. Francesca se acercó a la puerta y salió al living.

A la noche siguiente Michael estaba en el estudio, estudiando los informes de la campaña de la archidiócesis para servicios de caridad y educación. Las cosas no iban bien y tal vez no se obtuvieron los cuatro millones de dólares que se habían. propuesto.

Harris se presentó más tarde que de costumbre, la cara arrugada de fatiga. Se sirvió un poco de brandy y caminó trabajosamente hasta su asiento de costumbre.

-Hola -dijo Michael, y prosiguió con su tarea. Harris sorbió el brandy, observándolo.

-¿No me felicitas? -dijo al fin. Michael levantó los ojos.

-Lo siento, no te oí.

-Dije si no me felicitas.

-¿Por qué?

-Acabo de concluir el primer borrador de mi libro.

-Lo hiciste rápido. ¿En cuánto tiempo lo escribiste...? No tardaste ni tres meses.

-No es Lo que el viento se llevó.

-¿Cuánto te queda por hacer?

-Tal vez un mes. Algunas revisiones y luego se lo mostraré a mi editor.

-Espero que no lo tomes a mal -dijo Michael-, pero debo terminar con estos informes. Tengo una reunión mañana a primera hora.

Volvió a su trabajo y el silencio se hizo en el cuarto, sólo quebrado por el ruido del papel y el del tráfico que avanzaba por la calle. Harris observaba con una sonrisa sardónica a Michael, cuya concentración era total. Al cabo de diez minutos suspiró pesadamente, garabateó unas notas, juntó los papeles y los guardó en un sobre. Fruncía el entrecejo y era obvio que todavía seguía preocupado por el material que acababa de examinar.

-¿Qué te preocupa tanto? -preguntó Harris.

-Nada que pueda interesarte.

-No. Dime.

-Informes sobre una campaña para recolección de fondos.

-Tienes razón. No me interesa.

-Cada cual en lo suyo -dijo Michael, poniendo la carpeta en la bandeja de SALIDA.

-Veo que anduviste haciendo buenas obras -dijo Harris al cabo de un momento.

-No sé a qué te refieres.

-Esta noche en la televisión y en los diarios... -Tendió los brazos como si desplegara un encabezamiento periodístico.«El cardenal visita en su casa a la viuda desolada.»

-Ah... eso.

-¿Estás de ánimos para escuchar las impertinencias de un viejo agnóstico congénitamente irreverente?

-Para ser sincero, creo que esta noche no.

-¿Tan malo fue el día?

-Tan malo fue el día.

-Todo lo que iba a preguntarte era: ¿no fue a los fariseos a quienes Jesús criticó por realizar las buenas obras en público?

-Así es.

Harris sonrió con sequedad.

-¿Pero cómo podía saber, ni siquiera El, cómo iba a ser el siglo veinte, donde el hombre de relaciones públicas es el rey? Michael no respondió. Siguió ordenando el escritorio, recogiendo broches y guardando lápices y una pequeña calculadora en un cajón.

-¿Era buena católica?

-Tan buena como es posible encontrarlas.

-¿Eso no te hace pensar un poco?

-¿Porqué?

-Esta buena mujer... Buena católica. Ama a Dios. Ama a su familia. Nunca tuvo mucho en la vida pero trata de hacer lo que debe. De pronto... el marido muerto, los hijos escaldados, ella quemada. ¿Esas cosas nunca te hacen pensar?

-Hay muchas cosas que me hacen pensar, pero no alteran mi fe, si a eso te refieres. Hay cien cosas que te hacen dudar de Dios pero mil que fortalecen tu fe.

Harris no desistió.

-Ahí la tienes, una santa a quien siempre le toca la peor parte. Y aquí tienes a este viejo pecador, yo. Siempre hice lo que quise, fui donde quise, tomé lo que quise. No parece justo, ¿no crees?

-Dios no mide la justicia con una balanza. Si así fuera, ¿quién resistiría?

-Y aquí estoy yo -insistió Harris-, a punto de decirle a esa santa que su Dios es un hombre.

-Sí -dijo Michael-. Lo sé.

Michael estaba sentado en el borde de la cama, la cabeza entre las manos. Había ido directamente a su cuarto con la esperanza de dormirse de inmediato, pero en la oscuridad su

mente parecía una pantalla donde se proyectaba una serie de imágenes caleidoscópicas. Volvió a ver las columnas de cifras de las páginas del informe y pensó lo que significaban. Rápidamente recordó todas las instituciones de las que era responsable: vio las caras ausentes de los retardados mentales, los tullidos con sus extremidades inútiles, los ciegos con sus ojos opacos, los ancianos desfallecientes en el lecho, los catatónicos, los pobres con su fatiga animal, los niños defectuosos, las madres adolescentes... Vio las escuelas y hospitales de la archidiócesis; vio las puertas cerradas a los que pedían entrar.

Luego esa visión se disolvió y apareció el rostro de Francesca Andreotti. La vio sostenida por la fe, saliendo de la cocina para consolar a los amigos. Y vio la cara de Harris y oyó sus palabras: «Y aquí estoy, a punto de decirle a tu santa que su Dios es un hombre.»

No podía permitirlo. No podía dejar que Harris propagara su mentira en el mundo.

Se levantó de la cama y caminó de un lado a otro. La posibilidad de que no alcanzara su meta financiera era inquietante, pero no era nada comparada con la amenaza que el fraude de Harris implicaba para los fieles de cada parroquia, de cada país del mundo. Esa noche en Londres había tenido razón al imaginar el daño que Harris podía provocar. Podía infligir a la Iglesia una herida mortal. Importaría poco que estuviera perpetrando una mentira; si no se demostraba lo contrario daba lo mismo que si fuera verdad. Y el golpe llegaría en el momento en que la Iglesia estaba en peores condiciones de enfrentarlo: sitiada en Roma, dividida en sus propias filas, con un líder postrado.

El pensamiento que le acechaba subió a la superficie: esa noche después del shock de Harris, lo había imaginado muerto. Ahora le asaltó la idea de que quizás, en el nombre de Dios, tuviera que matarlo. Por impensable que pareciera, por reprobable que fuera tomar una vida, ¿guardar silencio pasivamente mientras se cometía la atrocidad más grande de la historia contra los indefensos no era peor? ¿Acaso no era ese el gran pecado de los tiempos modernos: la falta de compromiso, el desviar los ojos cuando violaban una muchacha, asaltaban a un anciano o apaleaban a una víctima? El ojo ciego y el oído sordo. El pecado de omisión. Si un hombre sabe dónde está el bien y no lo hace, peca en su corazón. Esa era la crítica que Jesús les hacía a los fariseos: habían dejado sin hacer lo que deberían haber hecho.

¿Pero el rechazo del compromiso era en verdad un pecado nuevo? ¿No era el pecado del sacerdote y el levita que al ver al viajero en la zanja, apaleado, ensangrentado y despojado, habían cruzado al otro lado de la carretera sin detenerse? Jesús había tomado al samaritano que lo atendió como ejemplo de amor al prójimo. El pecado no era nuevo en absoluto. Era el pecado de Chamberlain y Daladier cuando sacrificaron a Checoslovaquia para evitar comprometerse. Era el pecado de quienes pudiendo haber detenido a Hitler habían dado la espalda porque la tarea exigía que se mancharan las manos de sangre. Si un hombre sabe dónde está el bien y no lo hace, peca en su corazón.

Cuando Jesús fue al templo de Jerusalén y vio a los mercaderes profanando ese lugar sagrado no rehuyó la confrontación, por peligrosa que pareciera. Al contrario, el Príncipe de la Paz había optado por la violencia. Con las cuerdas había hecho un látigo y había atacado con indignación a los mercaderes, volteando las mesas y echándolos del templo. Algunos papas habían reclutado ejércitos para oponerse a quienes de lo contrario habrían destruido la Iglesia. La inquisición había llegado a extremos y había causado grandes males, pero su objetivo era atinado: extirpar un cáncer, un error que podía dañar las almas de los hombres.

Pero con el tiempo la Iglesia se había ablandado. Su voz había perdido energía. Los tendones se le habían aflojado. Por eso Michael había apoyado al papa Paulo en sus angustiados gritos contra la marea de la inmoralidad que recorría el mundo. No era el mejor modo de ganarse la popularidad, pero alguien tenía que alzar la voz, ¿y quién hablaría si la Iglesia guardaba silencio? ¿Acaso el erotismo desenfrenado que ahora infestaba el mundo no era el resultado directo de la inacción, del silencio, del temor a ser tildado de reaccionario, del afán de ser enaltecido como liberal y comprensivo?

Y ahora aquí estaba él, Michael Maloney, servidor de Dios, sabiendo que un mal estaba por desencadenarse en el mundo, que estaba por proferirse una mentira que podía dañar las vidas de los hombres, viciar sus esperanzas y arrebatarles la poca fe que les quedaba. No era suficiente aducir que la verdad de Dios triunfaría como había triunfado en otras ocasiones. Dios triunfaba a través de los hombres. Realizaba Su voluntad a través de los hombres. Combatía las falacias a través de los hombres. Y él, Michael, era el único hombre que sabía lo que planeaba Harris. ¿Qué podía hacer sino detenerlo? ¿Pero cómo?

Sería inútil tratar de disuadirlo. Ya lo había intentado, y en vano. Harris -como suele hacerlo el demonio- había citado las escrituras: La verdad os hará libres, había dicho. La verdad, sí, pero no la mentira que yacía en la mesa del subsuelo. ¡El increíble descaro de ese hombre! Buscar la inmortalidad en los huesos de un judío desconocido muerto siglos atrás. Y, absoluto sacrilegio, darle a ese desconocido el nombre más sagrado de la historia humana.

Si al menos tuviera alguien con quien discutir el problema. Había considerado planteárselo a uno de sus confesores pero había desechado la idea. Ahora Jimmy Kelley estaba viejo y fatigado y presentaba indicios de senilidad. Michael no se atrevía a confiar este secreto a nadie que no tuviera un dominio absoluto de sus facultades. Había pensado en volar a Roma para plantearle el dilema a Paolo Rinsonelli. Con él estaría a salvo -el bienestar de la Iglesia era su vida- pero Paolo aún lo veía a veces en una relación de maestro a discípulo y quizá decidiera arbitrariamente una medida con la que él no estaría de acuerdo. Si al menos Gregorio se encontrara bien...

No había opción: actuaría solo: él y Dios.

Se puso una bata encima del pijama y subió en silencio las escaleras de la capilla. Estaba allí, postrado delante del altar, cuando a las seis monseñor Carroll entró para preparar la misa matinal.

Una vez decidido, tenía que encontrar la forma, y el problema lo molestaba como un dolor de muelas, acuciándolo durante el día y desvelándolo durante la noche.

¿Cómo?...

Cualquiera fuera el recurso, tenía que ser algo instantáneo e indoloro. Rehusaba infligir dolor o provocarle a Harris un solo momento de miedo o aprensión. No debía caber la posibilidad de una torpeza. Se horrorizó al imaginar el acto cumplido pero con torpeza, la necesidad de asestar un golpe de gracia. ¡Dios! Pese a la rectitud de su causa, pese a la fuerza de su resolución, ¿podría afrontarlo? Esa exigencia no debía presentarse.

Había que aparentar una muerte natural. No debía quedar la más remota posibilidad de que la muerte de Harris llamara la atención de la policía. Pero aun los mejores planes pueden fallar, y si por razones imprevisibles se presentaba un problema no debía quedar la posibilidad de que un investigador lo descubriera.

Michael no tenía dudas de que podía lograr su objetivo. No se hacía ilusiones acerca del crimen ni de los criminales. La común creencia de que no existía el crimen perfecto era a su juicio un disparate. Bastaba echar un vistazo a las estadísticas policiales.

Miles de crímenes quedaban sin resolver. Los culpables suelen ser descubiertos cuando se trata de crímenes pasionales, ejecutados sin premeditación o cuando el motivo es obvio y es fácil determinar al sospechoso. Sabía que casi todos los

criminales son gentes de pocas luces que carecen del ingenio para planear y ejecutar un acto criminal complejo. Si un individuo realmente sagaz se proponía quebrantar la ley, a menudo tenía éxito. Si fracasaba solía ser por razones previsibles: un cómplice cometía un error o lo traicionaba; un examen de las causas llevaba inevitablemente a él; una vez cometido el crimen, el autor actuaba insensatamente o bien -y este era el aspecto que preocupaba a Michael-, se presentaba algún imponderable.

Sabía que la policía siempre procuraba establecer dos hechos, la causa probable y la oportunidad: en lenguaje ordinario, quién tenía motivos y quién podía estar allí en el momento del delito. En este caso, si bien era posible que no le quedara otro remedio que estar allí en el momento del crimen, ¿qué motivos podía tener? Sólo él conocía la naturaleza del hallazgo de Harris. Estaba seguro, no sólo porque Harris lo había afirmado sino porque sabía con qué celo el arqueólogo había guardado el secreto más importante de su vida. Y una vez que ocultara el documento, los huesos y el manuscrito de Harris, o se librara de ellos, el motivo habría desaparecido. ¿Y quién podía sospechar, siquiera por un momento, que un cardenal de la Santa Iglesia Católica Romana cometería un asesinato? Aun cuando algo fallara, aun cuando se despertaran sospechas, él sería el último de los sospechosos. El y Harris habían sido amigos desde jóvenes; su amistad se había iniciado hacía cuarenta años y se había reafirmado cuando él ofreció al arqueólogo un lugar donde vivir y trabajar.

Allí había un problema: necesitaría explicar en qué había trabajado Harris los últimos meses. Que estaba involucrado en un proyecto importante era sabido por varias personas. La señorita Pritchard, por ejemplo, y las mucamas. Una de ellas, o todas, quizás habían visto el camión del museo y el traslado de la caja al subsuelo. Tendrían que averiguar con cautela hasta qué punto sabían algo. Y no debía olvidar que la señorita Pritchard había visto los huesos.

Tampoco sus secretarios ignoraban que Harris bajaba diariamente al subsuelo y permanecía allí muchas horas. Durante la cena el padre Jamieson le había preguntado a Harris en qué trabajaba. Michael recordaba la respuesta: «Estoy haciendo una monografía acerca de algo que descubrimos en una excavación en Medio Oriente». No se había vuelto a mencionar el tema.

En el museo alguien podía saber acerca de la caja. La habían embarcado desde Ammán y había permanecido unas semanas en el depósito. Pero aun así nadie sabía cuál era el contenido. Harris le había dicho que la carta de embarque llevaba a confusión y el mismo Michael había observado que la caja seguía sujeta con cuerdas metálicas cuando la entregaron.

Jennifer también estaba al tanto, y eso presentaba otro tipo de problema. La muerte de Harris la afectaría. Le había cobrado afecto y solía llamarlo «Tío Harris» y saludarlo con un beso en la mejilla. Era fácil comprender ese afecto; había sido hija única y al morir los padres no le habían quedado parientes de sangre salvo Michael y unos tíos lejanos. Pero al margen de eso, Jennifer sabía que Harris trabajaba en algo importante y más de una vez había preguntado: «¿Pero qué hace ahí abajo, en ese lugar sombrío?»

Otro pensamiento perturbador: Copeland lo sabía. Había cierta ironía en que el novio de Jennifer fuera detective. Cuando se supo que Jennifer se había enamorado de él, Michael lo había estudiado cuidadosamente y había llegado a la conclusión de que era un hombre decente, un católico devoto y una persona muy inteligente. Ahora se daba cuenta de que era el tipo de inteligencia que inevitablemente formularía preguntas a la muerte de Harris, a menos que le ofrecieran una explicación

convincente acerca de las horas solitarias que el arqueólogo pasaba abajo. Este era un problema que había que pensar seriamente.

La cuestión fundamental seguía en pie: ¿cómo matar a Harris? Era posible que, con esa angina exacerbada por la diabetes y el exceso de trabajo, muriera de muerte natural antes de poder publicar la monografía. Pero no podía depender de esa circunstancia. No, tendría que tomar las medidas necesarias.

Por un tiempo desesperó de encontrar un medio aceptable. Mientras su mente horrorizada pasaba revista a los modos de quitarle la vida a un ser humano, los rechazaba uno por uno. Para empezar, era simplemente incapaz de cometer un acto de violencia. ¿Podrían arreglarse las cosas para que pareciera suicidio? Admitió que no era la mejor elección . En compañía de los demás el arqueólogo solía mostrarse de buen humor -aunque últimamente manifestaba cierta hosquedad- y no parecía un candidato a morir por propia iniciativa. Por lo que Michael sabía, él era el único a quien le había confesado su resentimiento por no haber alcanzado sus metas profesionales y no haber recibido el reconocimiento del que se creía merecedor. Además, el suicidio tenía la desventaja de que automáticamente se prestaba a una investigación.

¿Veneno? Virtualmente imposible. Primero tendría que decidir cuál utilizar, luego conseguirlo y finalmente administrarlo. Y si por casualidad se investigaba la muerte de Harris, los científicos forenses eran tan hábiles que sin duda terminarían por detectar la causa. Alguna vez había leído acerca de una poción (¿un veneno de serpientes? ¿un extracto vegetal?) que no dejaba vestigios en el cuerpo. Pero aun cuando lo descubriera, ¿cómo lo obtendría y administraría?

¿Simular un accidente? Había posibilidades: un accidente de tránsito... un auto que se despeña... una caída... la asfixia... hasta un artefacto eléctrico defectuoso...

En su imaginación vio a Harris entrar al cuarto del subsuelo, estirar la mano para averiguar por qué faltaba una de las lámparas, tocar el armazón. Vio el chisporroteo y vio el cuerpo de Harris en el piso de cemento, rígido, tembloroso, jadeante, los ojos abiertos ante la proximidad de la muerte... La náusea lo venció y entró al baño para vomitar en el inodoro.

8

-Bendito Señor, Padre amado, vengo a ti en el nombre de tu Hijo, nuestro Señor, Jesús, y en el amor de la Santa Virgen. Ten misericordia de mí, Padre. Ayúdame a desnudar mi corazón ante ti. Lo agobia la pesadumbre.

»Padre, sabes cuánto he luchado bajo el peso que has visto caer sobre mí y cuán a menudo he repetido la plegaria de Nuestro Señor en Getsemaní: "Si es tu voluntad, aparta de mí este cáliz." Pero no lo has querido, de manera que vengo a ti en busca del coraje para beber de él.

»He pedido una señal por la cual pudiera saber la verdad, pero no la hubo. En cambio optaste por recordarme las palabras de nuestro Señor. "Es una generación maligna y falta de fe, que busca señales. La única señal que recibirá es la señal del

profeta Jonás. Pues así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del monstruo marino, el Hijo del Hombre estará en el

corazón de la tierra tres días y tres noches." Me bastan esas palabras, Padre... ¡El resucitó!

»Padre, a través de los siglos has inspirado a los defensores de la fe. Ahora yo, que soy entre éstos el último de los últimos he sido llamado para seguir sus huellas. Pero Padre, mi corazón flaquea. Dame el coraje para hacer lo que debo. Dame la sabiduría para encontrar el camino. Tal como en el pasado tus servidores hicieron lo que parecía malo con el propósito de alcanzar el bien, así debo actuar yo. En tu nombre los santos persiguieron a quienes te perseguían; así debo actuar yo. Por tu gloria, la Iglesia humilló a tus enemigos; así debo actuar yo. Para que se honrara tu nombre tus servidores transgredieron las leyes humanas; así debo actuar yo.

»Sabes, Padre bendito, por qué cometo este acto. Es sólo para que se cumpla tu voluntad, sólo para servir a tu Iglesia, sólo para preservar la fe de que gozaron los santos. Son tiempos aciagos. Lo demoníaco nos rodea y oprime. La gloria de este mundo oscurece la gloria del mundo venidero y muchos de tus hijos son apóstatas; algunos, incluso, reniegan de la fe. Sin duda su número crecerá si alguien dice: "El no resucitó." Me pongo en tus manos. Cúmplase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

.....

»Padre, gracias. Mi corazón se reanima. Mi fe se fortifica. Señor, acompáñame.

-Consultorio del doctor Raymond. Habla la señorita Hughes.

-Con el doctor Raymond, por favor. -¿De parte de quién?

-El cardenal Maloney.

-¡Oh, caramba! Sí, cómo no... cardenal Maloney. -¿El doctor está ocupado?

-No. Es decir, sí, está con un paciente. Pero sin duda lo va a atender. Un minuto por favor.

.....

-Su Eminencia, qué grata. sorpresa. Confío en. que esté. bien...

-Sí, gracias.

-Me alegra saberlo.

-Espero no molestarlo. ¿Está con un paciente?

-No, vine al otro consultorio.

-Bueno, iré al grano. Quisiera hablar con usted acerca del doctor Gordon.

-¿No se encuentra bien?

-Sí, parece estar bien, pero no deja de preocuparme.

-¿Por qué?

-Está trabajando demasiado. No se cuida, y mis consejos no surten el menor efecto.

-No es un hombre fácil de manejar.

-¿Su estado es muy grave?

-Me preocupa.

-¿Qué puedo hacer para ayudarlo? Es por eso que lo llamaba.

-Su Eminencia, me pone usted en un problema...

-¿De veras?

-Tengo por principio no hablar del estado de mis pacientes con nadie que no sea de la familia. ¿Me comprende?

-Claro, claro... los médicos, los abogados y los sacerdotes. Lo comprendo. No quisiera inducirlo a infringir sus normas de conducta, pero simplemente necesito de sus consejos. ¿Sabe que hace unas semanas tuvo un ataque?

-No, no lo sabía.

-¿El no se lo mencionó?

-Ni una palabra.

-Fue hace un mes. Por la tarde. Era como si estuviera borracho y a punto de morir.

-Ahá.

-Estaba demasiado mal para tomar nada. En realidad, perdió el conocimiento. Le di una inyección.

-¿Glucogen? -En el muslo. -¿Reaccionó de inmediato? -Se recobró en unos minutos. -Debo felicitarlo.

-No es nada. Trabajé como asistente médico en el Pacífico sur. Por eso lo llamé. No quiero entrometerme, pero si es posible quisiera ayudar.

-Sí, desde luego.

-También me ha dicho que tiene problemas cardíacos. -No es infrecuente en los diabéticos de edad. Hay cierta interrelación.

-Lo que quisiera saber, simplemente, es cómo actuar si se presenta otra emergencia. Es un viejo amigo mío, ¿sabe? -En fin... supongo que en la práctica usted es su familia. El hecho es, Eminencia, que el doctor Gordon no se encuentra nada bien. Hay, como usted dice, un problema cardíaco, agudizado por el mal funcionamiento del páncreas. Los diabéticos pueden

llevar una vida prácticamente normal, y miles lo hacen, pero siempre y cuando respeten las reglas. El cuerpo es un mecanismo magnífico que tolera cualquier tipo de abuso, pero hay errores que no perdona, y con los diabéticos el caso es muy especial. Lamentablemente, el doctor Gordon no coopera demasiado. No respeta su dieta, bebe demasiado, trabaja en exceso, hace poco ejercicio... todo lo que no debe. Yo aventuraría que el día que tuvo el ataque se debía simplemente a falta de cuidado.

-¿El shock de insulina podría ser fatal?

-Sí, pon cierto.

-¿Qué lo provoca?

-Una variedad de causas, por lo general combinadas. Como le digo, la falta de cuidado. El exceso de trabajo. Mucho alcohol. No comer a horario. Ejercicios indebidos antes de comer...

-¿Hay manifestaciones externas del peligro?

-Sí, aunque varían con el individuo. El paciente puede parecer ebrio. La irritabilidad es común. Puede transpirar, fatigarse. Puede dar la impresión de...

Una nota del padre Jamieson anunciaba que Sophie Hambleton estaba en la ciudad. Había telefoneado para decir que había resuelto no donar el dinero al hospital. Michael lo llamó por el intercomunicador.

-¿Dónde está lady Hambleton?

-En el edificio Waldorf.

-¿Se lo dijo ella?

-Sí.

-Quisiera invitarla a venir aquí. Por favor, mándeme un mensajero.

-Pero Eminencia, ella se mostró muy firme.

-¿Entonces para qué llamó? ¿Y por qué le informó a usted dónde podía encontrársela?

Michael escribió la nota a mano y sugirió las diez de la mañana siguiente. A las diez y cinco, Sophie, que había recorrido las cuatro cuadras de distancia en la limusina que mantenía para usar en Manhattan, subió los escalones del número 452 de la avenida Madison y tocó el timbre. Michael, que caminaba de un lado al otro mirando de vez en cuando por la ventana, se sentó frente al escritorio. La señorita Pritchard, ya informada de que vendría lady Hambleton, la condujo hasta la puerta del estudio y se marchó. Sophie vestía un conjunto tweed algo estrecho y había combinado varios tonos de pardo, desde el cuero idéntico de los

zapatos, la cartera y los guantes hasta la blusa y el moño de seda beige.

-Ha sido generosa al venir, lady Hambleton -dijo Michael, levantándose para estrecharle la mano.

-No siempre se reciben invitaciones de un cardenal -dijo Sophie sin rodeos-. ¿Dónde le gustaría que me siente? Michael señaló una silla cerca del escritorio, y él también se sentó. Había planeado cómo empezar y fue directamente al grano.

-Supongo que ya sabe por qué la invité -dijo animosamente. Sophie se tomó el tiempo necesario para quitarse los guantes, dejar la cartera en la alfombra, al lado de la silla, y ponerse cómoda.

-No, no lo sé -dijo-, a menos que sea para decirme que ha resuelto seguir adelante con el pabellón infantil.

-No, no es para eso -dijo Michael, dispuesto a ser tan directo como ella-. Es para señalarle con toda claridad que la táctica que ha empleado desde la última vez que nos vimos es una pérdida de tiempo y para pedirle que por favor desista.

Si Sophie estaba sorprendida de que la batalla hubiera comenzado tan pronto, no lo demostró. Miró hacia abajo, se desabotonó la chaqueta, se acomodó el moño y dijo:

-Pero, Su Eminencia, no era necesario llamarme para eso. Pudo decírmelo por carta. ¿No le comunicó el padre Jamieson que yo había retirado mi ofrecimiento?

-Me pareció mejor decírselo personalmente -dijo Michael con cierta blandura.

Se hizo un silencio.

-¿Eso es todo? -dijo Sophie con cierta incredulidad.

-A menos que usted tenga algo en mente.

Sophie apretó los labios e inhaló profundamente.

-Muy bien -dijo, recogiendo la cartera y sacando los guantes para ponérselos-. En ese caso me voy. -Se levantó de la silla. La reacción sorprendió a Michael. Había esperado enojo, una réplica, tal vez un intento de dar otro curso a la conversación, tal vez asentimiento. Pero no, indudablemente Sophie se disponía a marcharse. Por el momento tendría que ceder.

-Siéntese, lady Hambleton -dijo con firmeza-. Hay algo más, algo que usted no parece entender y convendría mucho que entendiera.

Sophie se sentó, pero conservó la posición de quien se dispone a levantarse de un momento a otro.

-Indudablemente usted no comprende la estructura de la Iglesia católica. Ha procurado pasar por encima de mí apelando al directorio del hospital...

-Yo no apelé a nadie -interrumpió Sophie-. Me limité a hacerles el mismo ofrecimiento que le hice a usted.

-Pero justamente allí reside el problema. St. Clare's no puede aceptar una contribución tan grande como la que usted propone sin la aprobación de la cabeza de la archidiócesis...

-O sea usted.

-Actualmente sí. Tampoco puede hacerlo ninguna organización en Roma. Ni siquiera, lo digo con todo respeto, el mismo Santo Padre puede aceptar una donación para una institución incluida j jurisdiccionalmente en una archidiócesis. La decisión en esos asuntos sólo concierne al obispo residente.

-Lo sé.

-Y sin embargo insistió. ¿Por qué?

Sophie se inclinó y volvió a dejar la cartera en el suelo. Se le habían encendido las mejillas.

-Porque esto se ha vuelto importante para mí -dijo-. Quiero que se construya ese pabellón.

-Pues es muy simple, haga una donación incondicional. Deje que el hospital disponga cómo agradecérselo.

- O sea usted.

-Yo quisiera aprobarlo, sí. Pero si es sincera en su afán de donar el pabellón, ¿por qué no como yo le sugiero?

Sophie torció la boca mostrando su exasperación.

-Porque no creo que usted tenga derecho a decidir qué está bien y qué está mal. Actúa como si fuera Dios Todopoderoso. Michael parpadeó.

-Entonces no lo desea tanto -dijo.

Sophie había venido dispuesta a combatir y no iba a retroceder ahora.

-Eminencia, en Inglaterra me dijo que usted quería ese pabellón... para los niños de la zona, dijo. ¿De veras lo quiere tanto? Si así fuera ¿rechazaría mi oferta sólo a causa de una estatua en el foyer?

-Hay un principio de por medio... -empezó Michael.

-Ya no -interrumpió Sophie-. Ahora soy católica.

-¿De veras? -preguntó Michael.

-Parroquia de Santa Ana, Covington. Me confesé hace tres semanas. Desde entonces no dejé de asistir.

-Me alegra saberlo.

-¿Eso no cambia el panorama? Michael procuró recobrar la firmeza.

-Digamos que es un paso favorable.

-Eso da cuenta del problema de los principios, ¿verdad? -presionó Sophie.

-No, lady Hambleton, no es así. -Había recuperado el equilibrio.- Permítame recordarle que mi objeción iba dirigida a la índole del reconocimiento que usted busca. Eso sigue en pie. Sophie estaba preparada.

-Según la instrucción que recibí en Santa Ana, el padre Samuel dijo que cuando Dios perdona, el pecado desaparece. Se olvida. Nunca puede ser esgrimido en contra de uno en este mundo ni en el otro. ¿De acuerdo? Dio el ejemplo de María Magdalena a quien, dice el Evangelio, libraron de siete demonios. -Recogió la cartera y hurgó en

su interior. Extrajo un pequeño Nuevo Testamento y empezó a hojearlo.- De acuerdo con San Lucas en el capítulo séptimo, María y otras mujeres viajaban con Jesús y los apóstoles y -encontró la cita con una mirada de triunfo-, «y atendió a sus necesidades con los medios de ellas». -Levantó los ojos con entusiasmo.- ¡De manera que la obra de Dios se llevó a cabo incluso con contribuciones de María Magdalena!

Michael sonrió paternalmente.

-Antes que le responda -dijo-, si ha decidido transformarse en estudiosa de la Biblia permítame advertirle que no demuestre nada con citas aisladas del contexto. Es un arma de doble filo. Ahora, en cuanto a lo que usted decía, claro que colaboraron con las necesidades financieras de Jesús. El no recibía ingresos. Pero sin duda el punto importante aquí es que, suponiendo que María de Magdala en efecto haya hecho esas contribuciones, no hay nada que sugiera que le erigieron una estatua por esa razón.

Sophie no ocultó su desolación. Había creído que su argumento sería irrefutable. Parecía despojada de toda su seguridad. Michael no le dio tregua.

-¿Era ese el paralelo que usted decía?

Sophie guardó el Nuevo Testamento y cerró la cartera. Michael continuó con voz amable y amistosa.

-Lady Hambleton, permítame ser absolutamente cándido con usted. Sí quiero un pabellón infantil en St. Clare's. Lo quiero realmente. Pero no a cualquier precio. Puede parecerle algo de escasa importancia: una estatua en el foyer a cambio de un servicio invalorable para los niños de Manhattan. Usted pensará que yo soy increíblemente testarudo, pero las cosas no son tan sencillas. Si yo accediera ante esas condiciones, habría tres consecuencias inmediatas, todas ellas perjudiciales.

»Primero, algo de relativamente menor importancia. Cuando construyamos ese nuevo pabellón no quiero en él ninguna estatua, ni siquiera la de la Virgen. Como le dije en Covington, la iglesia es muy dada a la erección de estatuas. Algunos argumentan que son una ayuda para los poco imaginativos, pero olvidan que también circunscriben a los imaginativos. Muéstrele a un niño una estatua y ese limitado objeto tridimensional determinará en gran medida su visión del santo representado. Yo preferiría que ese niño sea libre de concebir en su mente a la persona que venera. Si no hubiera estatuas o cuadros de Jesús, por ejemplo, ¿cómo lo veríamos? Me atrevo a afirmar que en forma muy diferente a como lo vemos ahora.

»Segundo, y por favor disculpe mi rudeza, sus conversaciones dejan en claro que todo puede comprarse siempre que el precio sea atinado. Si yo le respondiera "Sí, lady Hambleton, aceptamos su donación y sus condiciones", usted se sentiría feliz pero también decepcionada... -Sophie iba a interrumpir pero él siguió adelante.- Se sentiría decepcionada porque, en efecto, yo estaría diciéndole: "Sí, todo tiene su precio, hasta la Iglesia", algo que aunque a veces es cierto sin duda no es un hecho institucionalizado.

»Tercero, y esto es lo más importante: estoy interesado en usted, lady Hambleton. Hela aquí, una mujer rica, con más dinero del que puede gastar y sin parientes cercanos a quienes dejarlo. Ha decidido darle una parte a Dios. Muy bien, pero no se deje engañar. ¿Por qué no obtener algo valioso a cambio de su donación, en vez de una estatua que nadie mirará seis meses después que la hayan erigido? Hace unos minutos usted me citó las escrituras. Permítame citarle un versículo o dos, aunque no sea una práctica aconsejable. Jesús dijo una vez: "Cuidaos de no realizar vuestras buenas acciones de tal forma que llaméis la atención sobre vosotros; perderéis la recompensa que vuestro Padre os tiene reservada. Cuando ayudéis a la gente, hacedlo discretamente, sin la ostentación que usan los hipócritas para conquistar la

admiración ajena. En verdad os digo, ya tienen toda la recompensa que habrán de conseguir. No así vosotros. Cuando ayudéis a alguno, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Mantened el secreto y vuestro Padre, que conoce todos los secretos, sabrá recompensaros".

Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en el escritorio, y miró a Sophie directamente a los ojos.

-Lady Hambleton, quisiera hacerle una sugerencia. Estuve de acuerdo con una placa. Mi sugerencia es que deje de lado también la placa. Haga la donación en forma anónima. No sabe cuánto placer le dará y cuánto bien le hará a su alma. -Le sonrió casi con afecto.- Y si está dispuesta a hacer un pacto conmigo, prometeré solemnemente no revelar a nadie de dónde vino el dinero.

Sophie había escuchado atentamente, sin revelar sus pensamientos. Pasó un minuto antes que respondiera.

-¿Sabe algo, padre? -dijo con lentitud-. Usted es un hijo de puta. Ni más ni menos.

-Gracias -dijo Michael.

-Esta mañana vine aquí absolutamente decidida. Estuve amenazando con donar el dinero a los episcopales, pero nunca lo dije en serio. Hoy, sin embargo, eso era exactamente lo que iba a hacer si el problema no se solucionaba. -Sonrió levemente. Y aquí estoy, no sólo aceptando el no como respuesta definitiva, sino dispuesta a mantener todo el asunto en secreto.

Siguió mirando a Michael, que reprimió una sonrisa. La cara de Sophie se iluminó. Se levantó para estrecharle la mano. -Muy bien, padre. Trato hecho.

Michael se .levantó, le tomó la mano y no la soltó. -Bien venida al reino, Sophie -le dijo.

9

De manera que habría que hacerlo esa noche. Muy bien, esa noche.

Había vuelto de predicar en la catedral y había encontrado la casa desierta. No era frecuente que diera sermones en San Patricio, y mucho menos en la mañana de un domingo de Pascua (por lo general ocupaba el púlpito para hacer declaraciones públicas de importancia, y habitualmente invitaba a la prensa), pero había sentido la necesidad de hacer una afirmación pública y le había avisado al párroco el sábado a última hora.

Jennifer había ido a Toronto con Copeland, para conocer a su familia. El padre Jamieson y el padre Carrol estaban de licencia en sus parroquias natales, y la señorita Pritchard, después de dejarle la cena en la heladera, había salido a primera hora para visitar a su hermana de Hoboken. («Mi hermana vino de Irlanda y tal vez sea mi última oportunidad de verla en este mundo.»)

Michael llamó a Harris y sólo oyó el eco de su propia voz. Fue a su cuarto y se puso una camisa de manga corta y pantalones y bajó las escaleras satisfecho de esa soledad. La necesitaba y rara vez estaba solo, por eso sus fines de semana en The

Cottage le parecían tan importantes. Abrió la puerta del estudio y allí estaba Harris: echado en el sillón, las piernas apoyadas en una banqueta, con un libro en las manos.

-Buenos días -saludó Michael ocultando su decepción.

-Me pareció oírte llegar -dijo Harris afablemente-. Estaba abajo. -Dio vuelta al libro y sin cerrarlo se lo apoyó en el muslo.- ¿Qué misión piadosa cumpliste esta mañana?

-Di un sermón en la catedral.

-Ah, trajeron la artillería pesada. ¿En ocasión de qué?

-Es Pascua -dijo Michael con sequedad.

-Por eso no hay nadie en casa. Pensé que estábamos de vacaciones.

La actitud de Harris crispaba los nervios de Michael. Aún tenía presente la gloria del servicio: la luz del sol filtrándose por los vitrales para poblar de colores los adornos de Pascua en los bancos atestados; las voces del órgano y el coro elevándose al cielo raso abovedado; los aleluyas triunfales, cuyos ecos y reverberaciones parecían descender del mismo cielo. Y luego el sermón: la inequívoca certeza del texto: « No está aquí. ¡Ha resucitado!» Las antiguas palabras habían inflamado su propio discurso, y su pasión lo había inspirado arrastrándolo por encima de lo mundano, alzándolo hasta ese momento sagrado en que el espíritu de Dios descendió a él y sus palabras dejaron de ser suyas. No podía olvidar ese momento.

-¿Y qué les dijiste a los fieles? -preguntó Harris con su tono burlón.

-Prediqué acerca de la resurrección.

Harris ahuyentó una mosca que le sobrevolaba la cabeza.

-Por supuesto. ¿Qué más?

Michael permaneció en la puerta, indeciso. Había venido con el propósito de sentarse con el breviario y permanecer allí en contemplación hasta la hora del almuerzo. Pero ese plan ya había fracasado y ahora no sabía si quedarse con Harris o ir a su cuarto. Harris lo decidió por él.

-Siéntate un minuto -le dijo-. Tengo algunas noticias. Irrazonablemente irritado -habría preferido tomar esa sencilla decisión por su propia cuenta-, Michael se sentó frente a Harris y perversamente, pues no quería fumar, tomó un cigarro, mordió la punta, la escupió al fuego, y prendió un fósforo para encenderlo. Harris aguardó en silencio, con una expresión de calma y extraña satisfacción.

-Tienes algunas noticias -dijo Michael.

-Terminé el libro. Mañana tengo una cita con mi editor. Michael chupó el cigarro para ocultar su reacción. ¡Virgen Santa... mañana!

-¿Mañana?

-Mañana a la mañana.

Tal vez era muy tarde. Tal vez ya había revelado de qué se trataba.

-¿Cómo reaccionó cuando le dijiste de qué trataba el libro?

-No, todavía no se lo dije.

-¡Gracias a Dios!- Mi viejo editor, el hombre con quien solía tratar, murió. Hay otra persona. -Lanzó una risita.- No guardé el secreto tanto tiempo para confiárselo por teléfono a un desconocido.

-¿Cuál es la diferencia? Tu secreto se difundirá no bien entregues el libro.

-No. Insistiré en la necesidad de obviar comentarios hasta que se terminen las revisiones y el libro entre en máquina.

-Te engañas a ti mismo, Harris. Los secretos no suelen guardarse. Menos uno como el tuyo. Mucha gente se enterará.

-De acuerdo, se propagará. Tendré a los israelíes y ala prensa detrás de mí, pero puedo arreglármelas. Nuestro gobierno tal vez intervenga y pasarán meses antes que se llegue a un acuerdo. Para entonces ya estará publicado.

Un silencio se interpuso entre ambos. Cada cual se libró a sus propios pensamientos. Michael permaneció impávido por fuera, pero en su cerebro chisporroteaban las ideas. Harris lo observaba, no sin compasión. La noticia debió contrariarlo, pensó, pero admitamos que no lo demostró. No obstante, pese a su aparente incredulidad, Michael debe saber que los huesos son de Jesús. Aun cuando hubiera podido rechazar la posibilidad mediante una racionalización, era un hombre con suficiente experiencia para comprender el impacto que produciría la noticia. Decidió ser amable.

-Estoy con ánimo de celebrar -dijo-. Supongo que tú no... Michael sonrió.

-¿Por qué no? -dijo vivazmente-. Hoy celebramos la fiesta más importante de la cristiandad. ¿Por qué no, de veras?

-Yo me refería...

-Harris, sé a qué te referías. -Su voz simuló una amigable tolerancia.- Me juzgas mal. Piensas que no puedo celebrar

contigo. ¿Pero por qué no? Es un error, pero también es un logro. Puedo disociar ambas cosas.

-Realmente no crees en lo que te he dicho.

-Digamos que tú, por muy sospechosas que sean tus razones, sí lo crees, y dejémoslo así.

A Harris le molestó esa actitud paternalista y decidió replicar.

-Otros también lo creerán, Mike.

-Creo que capearemos el temporal -dijo Michael con indiferencia.

Harris se encogió de hombros.

-¿Entonces festejarás conmigo?

-¿Qué te propones?

-No demasiado, en realidad. Tengo guardada una botella de Cháteau Lafitte Rothschild. La podríamos abrir para la cena.

-¿No pretenderás un brindis por tu libro?

Harris rió.

-Sin duda la amistad tiene sus límites.

-Tendrá que ser una cena fría. La señorita Pritchard no está. -¿A qué hora?

-¿Te parece a las seis? -De acuerdo.

-Bien -dijo Michael, levantándose-. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

En la capilla no lograba concentrarse.

-Padre amado, tú conoces mi corazón. Sabes que sólo quiero hacer tu voluntad...

¿Se habría olvidado de algo... ? La aguja para la inyección, el C02, el polietileno, el algodón, los absorbentes de humedad...

-Padre, dame la seguridad de que esto es necesario en defensa de tus hijos, en defensa de quienes...

¿Había alguna posibilidad de que la señorita Pritchard regresara temprano? La llamaría a lo de su hermana con cualquier pretexto, para asegurarse.

-Padre, yo...

¿Podría venir alguien de improviso? No en Pascua.

-Padre...

Debía cerciorarse de que hubiera una botella de Château Lafitte en la bodega.

-Padre, mi corazón flaquea...

Debía acordarse de llamar al garaje y ordenar que le enviaran el auto.

Fue hasta la heladera. Todo estaba en orden. Allí, envuelta en polietileno o guardada en envases de plástico, estaba la cena. Hasta una nota: Su Eminencia, realmente me siento culpable de no estar aquí pero es mi única oportunidad de ver a mi hermana. Esto es lo que dejé para usted y el doctor Gordon. Un poco de consomé recién preparado. Estará bien frío... la radio anuncia un día muy caluroso. P. D. Hay algunas cebollinas para picar. Hay jamón cocido (Pascua, ya sabe) y preparé una gelatina de tomate con verduras frescas. Para el postre hay tartas de durazno, dos normales y dos con sacarina para su dieta. Están a la izquierda. También, por si lo prefiere el doctor Gordon, hay gelatina dietética. En la panera hay panecitos frescos. No olvide que le compré un poco de esa sacarina granulada. No la mezcle con el azúcar que está en la fuente plateada. Vuelvo mañana a la hora de la cena. Respetuosamente, la señorita P.

Bajó rápidamente al subsuelo. No había estado allí desde aquella noche y se detuvo al pie de la escalera. Se quedó mirando la puerta del cuarto, una puerta nada excepcional. Hizo una mueca al darse cuenta de que su imaginación exacerbada le confería características amenazadoras. En la bodega encontró una botella de Château Lafitte. La llevó a la cocina, le limpió el polvo con una servilleta y la guardó en el aparador, en un rincón poco visible.

Sin duda sabía disimular.

La cena casi había terminado y Michael había cometido, verbalmente o en silencio, una docena de engaños. Pero la voz no lo había traicionado, la mano no le había temblado y sus gestos eran normales.

Al fin y al cabo, su vocación exigía un constante disimulo. Conocer el bien implicaba percibir la propia maldad. Qué gran peso era llevar la investidura de Dios y ser juzgado digno de Dios por los propios semejantes. Con cuánta frecuencia se le había revuelto el estómago cuando un feligrés lo elogiaba excesivamente o un orador efusivo lo ensalzaba en público. El conocía sus defectos. El apóstol Pablo había dicho de sí mismo: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y entre ellos soy el primero. No fui, sino soy. Sólo quienes tienen vocación de pureza conocen hasta qué punto son pecaminosos. Sólo el santo es consciente de su indignidad. El delincuente inescrupuloso sólo juzga pecado acciones tales como el robo o la violencia; el santo sabe que el pecado es la transgresión de la ley de Dios -¿y

quién no ha desobedecido?-, que Todo lo que no es fe es pecado -¿y quién no ha tenido desconfianza?-, que Quien sabe donde está el bien y no lo hace, ha pecado en su corazón -el pecado de omisión: no sólo hacer el mal, sino dejar de hacer el bien-. Si el mandamiento más importante es ama al Señor tu Dios con todo el corazón y a tu prójimo como a ti. mismo, el mayor pecado debe ser la transgresión de ese mandamiento, la falta de amor. No es de extrañar que los santos parezcan obsesionados por la gracia de Dios; conocen la magnitud de su pecado y el milagro del perdón. No es de extrañar que el pastor sea reverenciado por su rebaño: el sacerdote más humilde tiene en sus manos el don más precioso, la absolución, y lo ofrece en el

confesionario, un ataúd donde se entierra el pasado. ¿Pero quién podía medir su pecado esta noche? Un sacerdote de Dios, un príncipe de la Iglesia católica, un hombre que tal vez pronto ascendiera al trono papal, arrastrando a un amigo a la sepultura antes de tiempo, y haciéndolo con una sonrisa en los labios y una lengua amable.

A las seis menos diez había bajado las escaleras para anunciarle a Harris que la cena pronto estaría lista y pedirle que trajera el vino para que pudiera verterlo y darle tiempo de respirar. Cuando Harris volvió a su cuarto, Michael vertió el vino en una jarra, abrió la segunda botella, le añadió la mitad de allí y guardó el resto en el aparador. Lo que ahora parecía una botella de vino era en realidad una botella y media. Guardó el azúcar, llevó a la mesa el plato de sacarina que había dejado la señorita Pritchard y la puso frente a la silla de Harris. Después fue al subsuelo, tomó seis cajas de libros de los estantes del depósito, las dejó en el suelo al pie de la escalera y llevó otros al estudio. A las seis y media llamó a Harris para cenar y de inmediato bajó. Cuando oyó pasos en la cocina, gritó:

-Voy en un minuto.

Harris se acercó a la escalera.

-¿Qué diablos estás haciendo ahí abajo? -preguntó.

-En seguida termino. Son unos libros que quiero subir al estudio.

-Déjame echarte una mano.

—En seguida termino -dijo Michael, subiendo las escaleras con una caja entre los brazos- y tú no debes subir las escaleras.

-Tonterías.

En tres viajes llevaron los libros al estudio. Los dos respiraban pesadamente cuando volvieron a la cocina.

-Ahora a cenar -dijo Michael con entusiasmo-. ¡Caramba, mira qué hora es!

Harris estaba olfateando el vino.

-¿Hay alguna razón para no estimular el apetito?

-Ninguna.

-Si me traes las copas, yo sirvo.

Sirvió el líquido rojo en las copas. Las sostuvieron a contraluz y las admiraron.

-Parece casi un pecado beber un líquido que valga cien dólares -dijo Michael.

-Sería un pecado no beberlo.

-Este vino realmente exige un brindis.

-¿Por qué no al mismo vino?

-¿Por qué no? -dijo Michael, alzando la copa-. Al Dios de la excelencia.

-A la excelencia.

Chocaron las copas y saborearon el vino. Después, Michael bebió otro sorbo y dijo:

-¿Porqué no sigues disfrutando del tuyo mientras yo sirvo la cena?

-Te ayudo.

-Bueno. ¿Para el postre tartas de durazno o gelatina?

-Las tartas. Podría comer las de azúcar.

-Están en la heladera. Las tuyas están a la izquierda.

Ahora que habían terminado la cena, los síntomas empezaban a manifestarse. Harris estaba irritable. Cuando tendió la copa para pedir más vino, Michael le dijo:

-¿No crees que mejor te calmas un poco? Harris insistió.

-Mike, viejo amigo -dijo con impaciencia-, por una vez en la vida resístete a la tentación de aconsejar a los demás qué deben hacer. Lo que más detesto de la Iglesia es que usurpan la conciencia de todo el mundo. Siempre quieren decirnos qué hacer. Dicen «no coman carne los viernes»; luego «Oh, perdonen, pueden comer carne los viernes.» Hagan esto, no hagan lo otro. Ahora lo que quiero es un poco de vino; no un sermón.

Michael vació la jarra. La copa temblaba en los dedos de Harris. Una capa de sudor le empapaba la frente y tenía la piel blanca como el mantel. Bebió unos sorbos y luego apoyó la copa en la mesa con violencia. El vino desbordó y le mojó la mano. Harris se la miró, la dejó caer en la mesa y luego permaneció inmóvil. Tenía la boca floja, los párpados pesados, los ojos trémulos.

-Azúcar -masculló, y se sirvió una cucharada de sacarina. Derramó la mitad y se puso el resto en la boca.

-¿Estás bien? -preguntó Michael.

-Estoy bien -respondió Harris al cabo de un momento. Luego añadió-. Voy a vomitar.

Empujó la silla hacia atrás, puso las manos sobre la mesa y se levantó. Al hacerlo perdió el equilibrio, trastabilló y cayó contra la mesa. El cristal tintineó y los candelabros se cayeron. La copa de Harris dejó una mancha roja en el mantel. Harris apoyó la mano en el respaldo de la silla, balanceándose de un lado al otro.

-Glucogen... en mi cuarto -farfulló, y cayó pesadamente en la silla.

Michael bajó rápidamente las escaleras y se detuvo en el rellano. ¿Podría afrontarlo? Harris se moría. Allí, delante de sus ojos, su viejo amigo perdía el conocimiento por el schok de la insulina, deslizándose a una insensibilidad de la que no se recuperaría a menos que el nivel de azúcar de la sangre aumentara de inmediato. No podía dejar de ayudarlo.

Pero debía proseguir. Ahora no podía echarse atrás. Debía acudir a todo su poder de resolución. La disciplina que había modelado su vida y gobernado sus actos debía prevalecer. Lo había decidido semanas atrás, de rodillas: demasiados hombres habían muerto para que se preservara la fe; la muerte de uno más no era un precio tan grande.

Fue al dormitorio, abrió el cajón y encontró la jeringa hipodérmica. Buscó a tientas el frasco que había llenado de COZ y, con las manos trémulas, clavó la aguja y echó el pistón hacia atrás. A través de una vena, la burbuja pasaría rápidamente al corazón. La muerte sería instantánea v, con Harris sin conocimiento, indolora. Después el gas sería absorbido por los tejidos y nadie podría detectarlo.

Al bajar las escaleras vio a Harris echado sobre la mesa. Había vomitado y un costado de la cara descansaba en el charco. Respiraba entrecortadamente y en su garganta resonaba un burbujeo. Sobreponiéndose a la náusea, Michael depositó la jeringa en la mesa, aferró a Harris por las axilas y lo tendió en el suelo. La silla se volcó y golpeó la frente de Harris, haciéndola sangrar. Pese a sus esfuerzos no pudo liberar los brazos de Harris de la chaqueta y finalmente se la quitó por encima de la cabeza. El botón del puño de la camisa estaba trabado pero finalmente lo desabrochó y de un tirón rasgó la manga hasta el hombro. Buscó la jeringa, se volvió a Harris y le tomó el brazo, apresándolo con firmeza entre los dedos, presionando con el pulgar la vena de la cara interior del codo. La vena azul resaltó contra la piel pálida. Michael acercó la aguja.

Harris se movió. Lentamente volvió la cabeza hacia Michael. Los párpados vacilaron y se entreabrieron, mostrando unos ojos opacos y sin vida. Los labios, flojos y sucios de vómito, temblaron esforzándose por articular una palabra. Luego los ojos

dejaron de mirar, la cabeza cayó hacia atrás y el único movimiento fue la rápida y convulsiva agitación del pecho.

¡No podía hacerlo!

Corrió hacia la escalera, subió apresuradamente y entró al cuarto de Harris. ¿Dónde estaba el Glucogen? Echó un vistazo al cuarto en desorden y fue hasta la cómoda. Abrió los cajones, sacando pañuelos, medias, la máquina de afeitar y trozos de papel. Nada. Buscó en los cajones de abajo, apilando la ropa en el suelo. Nada. Se detuvo un momento en el centro de la habitación. ¿Dónde podía guardarlo? Por supuesto... en el cajón de la mesilla de noche donde podía encontrarlo pese a la oscuridad; sí, allí estaba. Tomó la jeringa y escogió un frasco. Insulina. Lo arrojó al cajón y tomó otro. Era ése. Atravesó la tapa con la aguja y retiró el líquido. La jeringa estaba calibrada. ¿Cuánto debía inyectar? Si era poco Harris moriría; si era mucho podía matarlo. Pero no había tiempo para leer la etiqueta y sin los anteojos no podía.

Bajó las escaleras corriendo. Harris se había movido. Ahora tenía la cabeza debajo de la mesa, oculta por el mantel. Michael tomó el brazo entre los dedos, acercó la aguja y se detuvo. La respiración jadeante y convulsiva se había interrumpido. El pecho estaba quieto. Metió la cabeza debajo del mantel y acercó el oído a la boca de Harris. No respiraba. Tanteó el costado del cuello con el índice, buscando la carótida. No tenía pulso. Puso un brazo detrás del cuello de Harris, le levantó los hombros y echó la cabeza hacia atrás. Le abrió la mandíbula y apoyó la boca contra la de Harris, insuflándole aire durante varios minutos.

Después, tomó las llaves del subsuelo del bolsillo de Harris, se levantó y caminó fatigosamente hacia el teléfono.

A los diez minutos llegó la ambulancia. En esos diez minutos Michael había acomodado los platos, tirado la segunda botella de vino, roto el frasco de COZ y arrojado los fragmentos al inodoro. Actuaba con lentitud. Tenia el cuerpo fatigado y la mente aturdida. Levantar el brazo 1o agotaba, subir las escaleras requería un esfuerzo de su voluntad. Después de abrirle la puerta a los médicos, caminó desganadamente hasta el estudio y se desplomó en un sillón, preguntándose vagamente y- sin. alarma si no estaría agonizando.

Al cabo de unos minutos golpearon la puerta y una voz respetuosa le dijo:

-Padre...

Michael juntó fuerzas para responder.

-Entre.

-Lo siento, padre, pero temo que murió -dijo el hombre. Tenía unos treinta años, era moreno y de ojos oscuros, y se le notaba incómodo. Tenía una mancha en las rodillas del uniforme blanco.

-Sí, lo sé -dijo Michael.

-Lo siento.

-Era diabético.

-Sí, vi las marcas de la aguja. Yo pienso que fue una trombosis coronaria, sin embargo.

Michael se sobrepuso al aturdimiento.

-¿Una trombosis coronaria?

-De todos modos notifiqué a la oficina del forense. Dijeron que pronto vendrán para llevárselo.

La mente se le despejaba. Los músculos aullaban de dolor.

-¿No se lo llevan ustedes?

-No, padre. Está... muerto. En el hospital no se puede hacer nada. Como le digo, llamé a la oficina del forense. No tardarán en venir. -Extrajo una libreta y un bolígrafo y le lamió la punta.¿Me puede informar el nombre, padre?

-Gordon. Doctor Harris Gordon.

-¿Alguna inicial en el medio?

-G.

-¿Sabe la edad?

-Sesenta.

-¿El domicilio?

-Aquí, estaba viviendo aquí.

Hubo un zumbido corto y agudo. El hombre se metió una mano en el bolsillo y el ruido cesó.

-Bueno, creo que eso es todo, padre. ¿Puedo usar el teléfono del vestíbulo? -Sonrió para disculparse y se palmeó el bolsillo. Tratan de comunicarse conmigo. Tal vez otro caso.

-Sí, úselo.

El hombre intentó una apresurada genuflexión, abrió la puerta y se fue. Al instante la abrió de nuevo y dijo:

-Lo siento, padre, pero si no llamó al médico del fallecido, tal vez sea mejor que lo haga.

Cuando se fueron todos ya eran casi las nueve y media: los hombres de la oficina del forense, que se llevaron el cadáver en una camilla con tanta indiferencia como si nunca hubiera sido un hombre; el forense en persona, una persona servil que contó detalladamente que acababa de empezar a cenar pero creyó conveniente, ya que se trataba de la residencia, venir «a cerciorarse de que se procediera con corrección»; el doctor Raymond, que había formulado pocas preguntas pero le había insistido en que tomara un calmante.

Sonó el teléfono. Llamaban del Daily News. Colgó. Siguió sonando hasta que Michael levantó el receptor de la horquilla. Sonó el teléfono del estudio. El Times. Desconectó la ficha. Entretanto empezó a sonar el timbre de la calle. Cuando acompañó al forense y al doctor Raymond a la puerta, había un grupo de periodistas en la escalinata. Lo atacaron con sus preguntas y los fogonazos del flash.

-Lo siento, caballeros -dijo con firmeza-. Esta noche no haré declaraciones de ninguna clase, de modo que retírense, por favor.

Al cerrar la puerta notó que llovía y oyó que el forense iniciaba una entrevista. Minutos más tarde volvieron a tocar el timbre y golpear la puerta.

Ahora el agotamiento se había disipado y Michael volvía a ser dueño de sus sentidos. Miró el comedor y vio que alguien lo había limpiado. Subió las escaleras (¿cuántas veces lo había hecho, esa noche?) y se puso un par de pantalones viejos y un chaleco pesado. Tomó un par de guantes de cuero de la cómoda y se los guardó en el bolsillo. Al bajar los dos tramos de escalera hasta el subsuelo advirtió que el tumulto en la calle se había calmado. De pie ante la puerta del cuarto del subsuelo, se dio cuenta de que tenía el cuerpo tenso como la cuerda de un arco y que el corazón le

golpeaba el pecho corno un martillo. jadeaba al respirar. Un brusco escalofrío le estremeció el cuerpo y de pronto tiritó.

Hizo girar las llaves y abrió la puerta. Caminó hasta la pared opuesta en la oscuridad y encontró el interruptor. Hizo rotar una de las lámparas, apuntándola hacia la mesa donde yacían los huesos, pero sin mirarlos. Fue hasta la bodega y tomó el rollo de polietileno y la caja de algodón de donde los había guardado. Al volver al cuarto, depositó todo en la mesa del manuscrito. La caja de madera estaba en un rincón. La acercó a la mesa y le quitó la tapa. Luego se puso los guantes y se volvió a la mesa donde yacían los huesos.

-Perdóname, Padre -dijo en voz alta-. No sé qué hacer.

Tercera parte

1

-Sí, señor. Entendido. Déjeme repetirlo para estar seguro: doctor Harris Gordon. Sesenta años. Arqueólogo. Ultimo domicilio conocido, Universidad de Albright. De acuerdo. Déjelo por mi cuenta, señor. Muy bien, señor. Gracias, señor. Fue un placer hablar con usted, señor. Lo veré pronto. Adiós. Copeland, al pasar frente a la oficina del capitán Schultz, oyó el nombre a través de la puerta entornada, se detuvo, titubeó y luego golpeó suavemente el vidrio.

-Pase -gruñó una voz.

La oficina de Schultz era un cubículo desordenado -«Mi piojoso agujero en la pared»-, amueblado con los elementos proporcionados por el gobierno, todos amontonados y sucios: un escritorio de acero y archivos de cuatro cajones en el mismo tono, dos sillas cromadas con asiento vinílico, un perchero y un largo escritorio rectangular contra la pared. En él se apilaban informes amarillentos sujetos con bandas elásticas y dispuestos en orden vagamente alfabético. Detrás de la silla de Schultz había un mapa polvoriento, ligeramente cóncavo, de la ciudad de Nueva York y los suburbios. En otra pared había una pizarra de corcho, donde se apretujaban memorándums ya carentes de validez y rugosas fotografías de delincuentes «buscados».

El capitán Schultz era tan feo como la oficina. Tenía unos cuarenta y cinco años y desde que había dejado de trabajar en la calle le habían crecido el vientre y la papada. La cara sugería un error en un equipo de fabricación en serie: la mitad superior era tersa y rosada e inocente; la parte inferior arrugada, gris y tosca; la quijada estaba moteada de negro y siempre lucía una sombra de barba. El cuerpo estaba cubierto por una pelambre rizada que asomaba por la camisa abierta y poblaba los brazos simiescos. A los diecinueve años, con su boca sucia y su mente retorcida, lo habían apodado Grizzly. El diminutivo, Grizz, le había quedado desde entonces, y nadie salvo Schultz recordaba la connotación osuna del apodo.

Cuando Copeland entró, el capitán tenía la cabeza gacha

y hacía anotaciones en un formulario por quintuplicado. Terminó, estampó su firma con un ademán furioso y levantó los ojos azules.

-Tú estás en Albany por ese asunto de inmigración -le dijo. -Listo -dijo Copeland, señalando la bandeja de RECEPCION-. Ahí tienes mi informe.

-¿Sacaste algo en limpio?

-Sí.

-Cifras. ¿Algún legislador?

-El concejal Palik.

-¡Caramba!

Schultz se reclinó en la silla, apoyó los pies en el escritorio y se puso las manos en la nuca.

-Qué desgracia -suspiró-. Los malditos periodistas y la TV me van a volver loco.

-No. Se metió el FBI. También el Departamento de Inmigración. Ya nos libramos... hasta el momento del juicio, por supuesto.

-¿Así que nosotros hacemos el trabajo y el FBI cosecha los laureles? -dijo amargamente Schultz. Se inclinó, levantó una nalga y pedorreó estruendosamente-. ¿Qué andas buscando?

-No pude evitar oír la mención del doctor Harris Gordon...

-¿Y?

-Lo conozco. Lo conocí, mejor dicho. Murió hace alrededor de un mes.

-¿Cómo? -¿Cómo murió?

-No, caray, ¿cómo lo conociste? Es un gran arqueólogo. Era.

-Lo conocí en lo del cardenal Maloney.

-Es cierto. Siempre me olvido de que ahora andas metido con los curas.

-El vivía allí.

-¿De qué murió?

-Del corazón. Eso dijeron los diarios.

-¿Y con eso...? Los diarios dicen un montón de cosas. -Se inclinó hacia adelante, resoplando por el esfuerzo, y recogió el informe que acababa de completar.- Bueno, tal vez esto sea diferente. -Miró a Copeland.- ¿Sabías que ese amiguito tuyo era un ladrón?

-¿Un ladrón?

-Eso dije. El que llamó fue el fiscal del distrito en persona. Tiene una queja, una comunicación oficial del Estado de Israel, y quiere que me encargue del asunto. Tu amigo sacó material arqueológico de Israel, de contrabando, y eso no se hace. Copeland recordó el cuarto del subsuelo, su presentimiento de que había algo raro. Pero después de la muerte de Harris le había preocupado tanto la reacción de Jennifer -había pasado un mes y aún no se había recobrado del todo- que había olvidado el asunto. Ahora, con las palabras de Schultz, todos sus interrogantes revivieron.

-Me gustaría hacerme cargo del caso, Grizz.

-No es un homicidio, caray -rugió Schultz-. ¿Estás buscando el traslado?

-Podría ahorrarte mucho tiempo.

De pronto le importó mucho que le asignaran el caso. No quería que otros investigadores anduvieran husmeando en la residencia, haciendo preguntas, reviviendo recuerdos, tal vez sumiendo a Jennifer en la depresión de la que sólo ahora se recobraba. Y tenía curiosidad. De modo que sus sospechas con respecto a Harris eran justificadas. Era satisfactorio confirmarlo.

Shultz había empujado la silla hacia adelante y pensaba, tamborileando en el escritorio con el bolígrafo.

-Podría ser -dijo distraídamente. Lo pensó unos segundos más y luego empujó el informe en el escritorio-. De acuerdo. Pero arréglate con Murray. Es él quien tiene el caso.

Copeland fue hasta el escritorio del teniente Murray Kornblom, le mostró el informe y con tono de disculpas le explicó por qué le habían asignado el caso. Kornblom, con su voz normalmente quejumbrosa, pareció casi satisfecho.

-Caramba, Copeland, en buena hora. La última vez que tuve uno de éstos me dijeron de todo. Un maestro en su luna de miel tomó un terrón de arcilla y los israelíes pusieron el grito en el cielo. Deberías haberlo visto. -Estiró el pulgar y el índice.¡Nada! Tiene cuatro mil años, decían. Créeme... no era nada. Yo no quería ponerlo en un problema. Era un buen tipo, maestro, como te decía. No sabía que era ilegal. Se lo

llevó de recuerdo. Llegué a un trato: él lo devolvía y yo no hacía acusaciones ni mencionaba a nadie. El fiscal del distrito pensó que debería haber llevado el asunto ante la ley para que los israelíes se pusieran contentos. Como te decía, me dieron una buena reprimenda... y muy de arriba. Así que en buena hora. Te lo digo con franqueza.

-Gracias -dijo Copeland, volviéndose para irse. Kornblom lo detuvo en la puerta.

-Los datos están en Archivos, por ISRAEL - Aduana. Pregúntale a Jill. Ella te lo buscará.

La sargento Jill Thurston encontró el expediente en unos segundos. Era pequeño: una fotocopia de carta enviada por el Departamento de Antigüedades de Israel citando el acuerdo entre los Estados Unidos e Israel referente a la exportación ilegal de propiedad robada de una nación a la otra, citando el capítulo y el inciso del estatuto israelí que prohibía la tenencia privada de cualquier antigüedad sin una licencia y solicitando al fiscal de distrito del condado de Nueva York que tuviera la amabilidad de investigar a Joseph Harmon, ciudadano de los Estados Unidos, maestro, etc. Había un informe interno firmado por el teniente Kornblom, que detallaba las medidas tomadas por su departamento e informaba que el objeto en cuestión -un fragmento de una tablilla babilónica con escritura cuneiforme cuya antigüedad se estimaba en 3.900 años, descubierta en Hazor, Israel- había sido formalmente devuelta al cónsul general del estado israelí en la ciudad de Nueva York. Había una foto del fragmento, varias cartas y otros papeles. Copeland tomó nota de todo, llamó a la oficina del fiscal de distrito, habló detenidamente con la secretaria ejecutiva, leyó las normas acerca de contrabando y robos internacionales y luego se comunicó con Jennifer.

Al mediodía le contó la historia, explicándole los detalles. Ella lo escuchó en silencio. Copeland comprobó aliviado que Jennifer no lloraba.

-No puedo creerlo -le dijo con incredulidad-. Es imposible. ¿Tío Harris? ¿Qué se supone que robó?

-No lo saben con seguridad. Exhumó algo cerca de Qumran y se lo llevó en una caja. Lo embarcó a Nueva York. No saben qué era, pero quieren averiguarlo. Los rollos del mar Muerto vinieron de Qumran, y si él descubrió algo de esa importancia... -Se encogió de hombros.

-Aún no lo creo. ¿Para qué iba a robar algo así? El era arqueólogo.

-No digo que fuera necesariamente un papiro. Es sólo una presunción, porque estaba en la zona de Qumran. Pudo ser oro. Fuentes, tal vez. Copas. Joyas.

-¿Y ahora?

-Pensaba ir hoy a tu casa para hablar con tu tío, si está. Jennifer sabía que Michael le había dicho a la señorita Pritchard que tuviera la cena lista para las siete, así que le dijo a Copeland que llegara alrededor de las ocho. Copeland, a quien Jennifer le había hecho bromas acerca de su incipiente «vientre pontifical», cenó temprano y caminó desde el restaurante hasta la residencia. Tocó el timbre poco antes de las ocho. Oyó que Jennifer gritaba «Yo atiendo», y luego el ruido de los tacones. No bien cerraron la puerta se abrazaron largamente, besándose, y sólo se separaron cuando oyeron los pasos de Michael, que salía del comedor.

-Buenas noches, Copeland -dijo Michael con una sonrisa, y empezó a subir las escaleras. Vestía con ropa sacerdotal. Sin volverse añadió-: Si los dos tórtolos pueden soportarla compañía de un viejo, la señorita Pritchard servirá café y licores en el estudio dentro de cinco minutos. Bajaré en cuanto me cambie.

Copeland colgó el abrigo y los dos entraron al estudio tomados de la mano. Oyeron los tañidos de la campana de la catedral dando las ocho. Se sentaron

confortablemente en el sofá frente al hogar, donde crepitaba el fuego. Al cabo de un rato, Jennifer le tomó las manos.

-Están calientes -dijo-. ¿Caminaste?

-Tengo que vigilar el peso -bromeó Copeland.

-Eres un tonto -rió ella-. Te amaría aunque tuvieras un vientre de Buda.

El tenía un aire preocupado y ella lo advirtió.

-¿Hay algo que te inquieta? -preguntó. -No, sólo estaba pensando...

-¿En qué?

-En tu tío. Nos vio abrazados en el vestíbulo.

-¿Estás bromeando? Se siente feliz por nosotros.

-No me refería a eso -dijo Copeland, y titubeó-. Simplemente me preguntaba cómo será para un sacerdote. Ver otras personas enamoradas y saber que eso no está al alcance de uno.

-Pero toda su vida fue así, al menos desde que se ordenó. El... -procuró ser concisa-. El brinda su amor a Dios y a la gente.

-Nunca había pensado en la soledad que debe sentir.

Ella arrugó ligeramente el ceño.

-Supongo que sí, a veces -comentó sin darle importancia. Pero Copeland no podía olvidar el abrazo ni a Michael mirándolos.

-Un cura es un hombre -dijo-. ¿Cómo se sentirá uno al ver que otro hombre abraza una mujer hermosa y al subir luego a un dormitorio que nunca comparte con nadie?

-Querido -dijo Jennifer con cierta irritación-, hablas como si fuera la primera vez que tío Michael ve a alguien enamorado. -Luego añadió, con menos énfasis:- En todo caso, estoy segura de que no piensa así.

-Pero algunos sacerdotes sí -insistió Copeland-. Por eso hay tantos que luchan por el derecho al matrimonio.

-Tal vez no tengan una vocación tan fuerte -dijo ella con frialdad.

Copeland notó el cambio de tono en la voz de Jennifer.

-¿Qué te pasa?

-Nada.

-¿Lo que dije te molestó? Ella miró el suelo.

-No es que me moleste, es sólo que me hace acordar de... de lo que hacemos, y no me gusta pensar en tío Michael de esa manera.

-Pero el sexo es algo normal... para cualquiera.

-Lo sé, lo sé, lo sé. Pero él no es cualquiera. -Se volvió a Copeland y lo miró directamente.- Sé que no es perfecto, ni pretendo que lo sea, pero... -No podía encontrar las palabras. Hay que conocerlo a él para comprender hasta dónde puede llegar la bondad de un ser humano, eso es todo.

El estudió la cara de Jennifer, que ahora observaba las llamas del hogar. La luz temblorosa destacaba su perfil y relumbraba en su cabellera, y Copeland se sintió conmovido por su belleza y su seriedad.

-Te preocupa que hagamos el amor, ¿verdad? -dijo suavemente.

Ella no respondió de inmediato.

-No es que me preocupe. Nunca conocí nada tan hermoso. No podría ser más perfecto, pero... -Se interrumpió, resistiéndose a completar el pensamiento.

-Pero es pecado mortal.

-Sí, y tú lo sabes -dijo volviéndose hacia él.

-¿Te sientes culpable?

Ella inhaló profundamente y lanzó un suspiro exasperado.

-No estoy segura de lo que siento. Siento tantas cosas. -Lo miró a los ojos.- ¿Lo confiesas?

-No.

-¿Por qué no?

-En realidad es muy simple: no me parece un pecado. Nos casaremos en pocas semanas. Y además los sacerdotes de la catedral me conocen. Saben que tú y yo estamos comprometidos y... en fin, no creo que deba decírselo. Eso es todo.

Ella volvió a mirar el fuego.

-¿Y tú? -preguntó.

-¿Yo qué? ¿Si lo confieso?

-Sí.

- Sí.

-¿No te incomoda que el sacerdote sepa quién eres y que tal vez, cómo decirlo, estés perjudicando a tu tío?

-Claro que sí. -Volvió a mirarlo, con seriedad.- A la hora del almuerzo voy a la iglesia de Todos los Santos.

El fuego crepitó. Copeland tomó la pala y removió los leños. En ese momento entró Michael, en pantalones y camisa. Lo seguía la señorita Pritchard, quien dejó una bandeja de plata y se marchó. Michael se acercó al gabinete de bebidas.

-¿Qué se sirven los señores? -preguntó-. ¿Copeland?

-Grand Marnier, si hay.

-Puede ser. -Llenó una pequeña copa de cristal y se la pasó a Copeland.

- ¿Jennifer?

Ella se levantó del sofá.

-Para mí nada -dijo-. Los voy a dejar solos.

-Oh -dijo Michael-, ¿va a ser ese tipo de charla? Ella rió alegremente.

-Nada de eso. -Le sopló un beso a Copeland y se fue, cerrando la puerta.

Michael se sirvió un poco de licor y luego café.

-¿Está cómodo allí? -preguntó.

Copeland se levantó y tomó la taza que le ofrecía Michael.

-En realidad hace calor.

-¿Por qué no prueba ahí? -dijo Michael indicándole el sillón que Harris había ocupado tantas veces, y sentándose enfrente. Los dos bebieron en silencio. El fuego había perdido su vigor inicial y lamía suavemente los leños. Oyeron un portazo en alguna parte de la casa.

-¿No le molesta mi pipa? -preguntó Michael. Copeland movió la cabeza y él la cargó y la encendió. A Copeland le costaba olvidar la reciente conversación con Jennifer y comprobó que no le era fácil ordenar las ideas.

Michael lanzó una bocanada de humo y sonrió.

-¿Se ha dado cuenta de lo afortunado que soy? -dijo-. No todos los que comparten mi vocación pueden tener una hija. Copeland se reanimó.

-No lo había pensado. Eso me hace sentir mejor. -Al darse cuenta de que había incurrido en un non sequitur añadió: Lo siento, estaba pensando en algo que habíamos charlado antes.

Michael aspiró otra bocanada de humo.

-No quiero presionarlo -dijo-, pero espero una delegación. Quizá deberíamos comenzar.

-Por supuesto -dijo Copeland, sintiéndose culpable-. Lo siento. -Dejó el café en una mesita.- ¿Jennifer le explicó por qué quería verlo?

Michael movió la cabeza.

-No.

-En cierto modo es una visita oficial.

-¿Oh?

-Recibimos una comunicación del gobierno israelí. Es acerca del doctor Gordon y el presunto robo de ciertos elementos arqueológicos.

¡Dios mío, no!, pensó Michael.

-¿No lo dirá en serio?

-Temo que sí -dijo Copeland, y sintetizó rápidamente lo sucedido esa tarde. Los ojos de Michael no dejaron de mirarlo un solo instante, y se fijaron en él con tal intensidad que hacia el final Copeland tartamudeó.

-De modo -concluyó- que si no le importa quisiera formularle unas preguntas acerca del proyecto en que estaba trabajando el doctor Gordon.

Michael decidió que la pipa no tiraba bien. Se tomó un minuto para apisonarla con el índice y encenderla de nuevo. Los pensamientos se sucedían en su mente. Debía prolongar el silencio, ganar tiempo, ordenar las ideas.

-Confieso que estoy confundido -empezó-. Lo que usted me dice me sorprende. No puedo creerlo. ¿Por qué iba a hacer algo así el doctor Gordon, suponiendo que lo haya hecho?

-Esperaba que usted pudiera responder a esa pregunta. Michael aspiró unas bocanadas.

-Ojalá hubiera sabido de qué íbamos a hablar. Esto requeriría tiempo. -Buscó una confirmación en la expresión de Copeland.- Creo, tal vez... -se acercó al escritorio y hojeó una agenda-. Tal vez. deberíamos postergarlo hasta... digamos mañana a las cuatro. Espero a esta delegación... Son planes para una nueva escuela en Queens, y no quisiera empezar a conversar con usted y luego tener que interrumpir.

-Comprendo -dijo Copeland-, ¿pero no podríamos...?

-¿Me permite una sugerencia?

-Claro.

-Suponga que aprovecharnos los pocos minutos que nos quedan. Le puedo dar información acerca de la carrera de Harris...

-Pero...

-Y si usted quiere echar un vistazo al cuarto del subsuelo...

-Sí, me gustaría.

-Mañana llenaríamos las lagunas que dejemos.

Antes que Copeland pudiera presentar más objeciones, Michael se sentó detrás del escritorio y empezó a hablar acerca de su amistad con Harris en Princeton. Luego pasó a resumir los años transcurridos hasta el encuentro en Londres.

-Pobre Harris, estaba en un dilema. Había perdido crédito en la universidad y no había logrado ubicarse en otra parte. A decir verdad, creo que no lo habían llamado, y se quedó sin dinero. No quiero decir que no tuviera un centavo, pero estaba falto de dinero.

-Era casado. ¿No podía haber vuelto a casa? Michael arqueó las cejas.

-Mejor ni comentarlo...

-¿Usted conoció a la mujer? --Es la tercera esposa, ¿sabe?

-¿Ella tendría idea...?

-En cualquier caso -interrumpió Michael-, para ir al grano... Aquí hay un cuarto de huéspedes. Así que... por los viejos tiempos.

-¿Alguna vez él comentó con usted en qué trabajaba? Michael miró el reloj de la repisa.

-Temo que el resto tendrá que esperar hasta mañana -dijo incorporándose-. ¿Usted quería ver el cuarto del subsuelo? Copeland también se había levantado, imitando a Michael. Ahora lo siguió hasta el vestíbulo. Michael llamó a Jennifer, y cuando ella segundos después se asomó, le dijo: -Copeland quisiera ver el cuarto del subsuelo. ¿Se lo muestras?

Jennifer, parodiando modales cortesanos, se inclinó y dijo:

-Como gustéis, caballero.

Michael le estrechó la mano a Copeland.

-Lamento no haber tenido más tiempo. Nos vemos mañana a las cuatro.

Luego regresó al estudio. Copeland se quedó en el vestíbulo, algo desconcertado.

Michael cerró la puerta del estudio, fue hasta el escritorio y hundió la cabeza entre las manos.

-¡Dios mío! -gimió-. ¡No!

Había ocurrido precisamente lo que más temía, lo imprevisible. No había pasado un mes desde esa noche terrible -el recuerdo de la cara del muerto empezaba a disiparse, el peso de la culpa apenas empezaba a ser tolerable, Jennifer sólo ahora se recobraba de una profunda depresión- y se encontraba con esa noticia inquietante: alguien había detectado el robo de Harris. Qué ironía, pensó, si Harris rehuía las consecuencias de su delito y él, Michael, tenía que encararlas. Pero lo peor de todo era si el terrible secreto de Harris se descubría y todo cuanto él había hecho por ocultarlo no servía de nada.

Oyó vagamente los pasos de Jennifer y Copeland en la escalera del subsuelo, sus voces sofocadas. Allí abajo no había nada que temer; se había asegurado de ello. ¿Pero no había sido demasiado apremiante con Copeland, demasiado obvio en sus interrupciones, demasiado brusco al terminar la conversación? Tal vez, pero no le había quedado otro remedio. Había luchado por mantener la compostura después del impacto del anuncio de Copeland. Gracias a Dios por sus años frente al público y por su habilidad para enmascarar sus emociones.

A Copeland le había dicho mañana a las cuatro, pero no era posible. Había decidido esa hora porque era el primer momento libre que tenía, pero allí residía precisamente la dificultad: estaría tan ocupado hasta ese momento que no tendría tiempo para reflexionar debidamente acerca del problema. Tenía que evaluar esta nueva situación y elaborar un plan nuevo, analizar la historia que había urdido antes de la muerte de Harris y determinar si seguía siendo válida. Pero postergar la cita podría despertar sospechas.

Ya se había arriesgado a excitar la curiosidad de Copeland con el subterfugio de interrumpir la conversación para recibir a la delegación del Buen Samaritano. La delegación no debía llegar hasta veinte minutos más tarde y si Copeland aún estaba cuando llegaran, el apresurado fin de la conversación parecería forzado.

Si cancelaba la cita de las cuatro tenía que buscar un pretexto importante. ¿Simular una enfermedad? No, eso requería la cancelación de todas las citas del día. Si fingía una mera indisposición, Copeland lo apremiaría con el pretexto de la urgencia

de su misión y sería difícil negarse. Si simulaba un malestar lo bastante serio como para obligarlo a guardar cama, tendrían que llamar al médico y no quería llevar las cosas tan lejos.

Debía procurar no mentir más de lo necesario. No porque las mentiras le parecieran intrínsecamente inmorales, pero era diferente escamotear la verdad con buenos propósitos: elegir el menor de los dos males en una situación dada, como cuando alguien se estaba muriendo y tal vez prefería no saberlo, o cuando la declaración de toda la verdad podía causar dolores innecesarios, dañar una reputación o poner en peligro un proyecto digno. Pero mentir sin razón y por conveniencia propia le repugnaba y era pecado venial. Sabía también que las mentiras propician las mentiras y que cada una requería otras para sustentarse.

Pero a veces no quedaba otro remedio, como ahora. Tal vez pudiera hacer que lo llamaran fuera de la ciudad. ¿Pero con qué pretexto, y adónde? A Roma, quizá. Podía pasar un tiempo con Paolo, y entretanto ver al Santo Padre. ¿Se atrevería a confiar su secreto a Paolo? Tal vez él pudiera ser el confesor de este pecado que no se había atrevido a confesar a nadie...

Movió la cabeza, se levantó y caminó de un lado al otro del estudio; sus pensamientos eran tan confusos como los de un niño cuya travesura acaba de descubrirse. La situación no era tan mala como le había parecido al principio. Lo único nuevo era el informe oficial de que en Israel se presumía que Harris había contrabandeado algo fuera del país, suscitando las consiguientes investigaciones. A juzgar por lo que había dicho Copeland, nadie sabía precisamente qué se había robado. ¿Quién podía ser el informante? ¡Pero por supuesto! El que vendía entradas en Qumran, o el árabe que Harris había contratado. Si uno de ellos era el delator (¿y quién otro podía ser?) las cosas no eran tan difíciles, pues Harris había dejado al árabe fuera de la cueva mientras empacaba los huesos y el manuscrito y sellaba la caja. Todo lo que podía saber el hombre era que se había descubierto algo: había visto que se llevaban una caja. De modo que era una investigación a ciegas.

Cálmate, se dijo. El problema no era tan serio. ¿Acaso no había elaborado ya una explicación creíble para la presencia de Harris en la residencia y para el secreto en que se mantenían sus actividades? En cuanto a otras preguntas potencialmente peligrosas, se limitaría a identificarlas y preparar una respuesta. Estaría listo para lo peor. Pero debía tener cuidado y no dejar ninguna laguna ni estimular las dudas ni las sospechas.

Lo más difícil sería elaborar una coartada satisfactoria con respecto a la caja y el contenido. Podían rastrearla hasta la residencia: ¿qué había ocurrido después? No podía afirmar que ignoraba totalmente lo que hacía Harris. No sería creíble. Y sus motivos para sacar el material del cuarto de trabajo de Harris después de la muerte del arqueólogo tendrían que parecer razonables. El problema era que no sólo tenía que satisfacer a Copeland. Ahora se sabía que Harris había cometido un delito.

Los superiores de Copeland pedirían un informe, los funcionarios israelíes aguardarían explicaciones, y se llenarían carpetas y archivos antes de cerrar el caso. La burocracia exigiría su libra de papel.

¡Washington!, pensó de pronto. Iría a ver a Lieberman. La excusa perfecta: Copeland comprendería que uno no podía negarse si lo llamaban del Departamento de Estado. Discutiría algunos asuntos con el secretario y luego permanecería un par de días en Washington, lejos de las interrupciones, para buscar una solución a este imprevisto.

Oprimió un botón del intercomunicador.

-Padre Jamieson, vea si puede comunicarme con el señor Lieberman, del Departamento de Estado.

Copeland había bajado con Jennifer hasta el subsuelo, y después caminó hasta el cuarto por el corredor pobremente iluminado. La puerta estaba entornada. Jennifer entró y encendió la luz. Copeland vio que el cuarto estaba vacío, salvo por una mesa de trabajo contra una pared, donde había dos cestos de tomates, una bolsa de cebollas, dos bolsas de patatas y algunos fajos de diarios prolijamente ordenados. Sonrió: la señorita Pritchard volvía a ser la dueña del lugar.

Escudriñó el cuarto detenidamente. Era un recinto oscuro y poco acogedor. La piedra tosca de los cimientos del edificio formaba dos paredes, las otras dos eran vigas al desnudo. Tres lámparas desnudas, atornilladas en portalámparas de porcelana sujetos a las vigas, irradiaban una luz triste. El suelo era de cemento, gris. Había un fuerte olor a tierra y cebolla.

Jennifer hizo un ademán.

-Hay un extractor de aire. El interruptor es aquél. Copeland fue hasta la pared y movió el interruptor. De pronto se oyó el tenue zumbido de un extractor cerca del cielo raso. Lo apagó.

-Creo que tío Harris tenía un extractor de humedad -dijo Jennifer.

Copeland recorrió lentamente la habitación, deteniéndose un instante para examinar algunas marcas en el suelo. Se detuvo en el centro, echó la cabeza hacia atrás y estudió el cielo raso girando sobre un talón. Luego se acercó a la puerta y examinó los cerrojos. Uno era viejo, el otro nuevo y reluciente.

-¿Viste lo necesario?

-No hay mucho que ver.

Mientras se dirigían hacia las escaleras, Copeland giró hacia un costado para asomarse a la bodega. Cuando entraron a la cocina, la señorita Pritchard vertía agua hirviendo en una cafetera grande.

-Me asustaron cuando los oí en las escaleras -dijo-. ¿Qué hacían ahí abajo?

-Le estaba mostrando el subsuelo a Copeland -dijo Jennifer.

-No me digas que él va a trabajar ahí abajo -comentó ella con acritud. Abrió la heladera, tomó una bandeja de petits fours y la puso sobre la mesa.

-¿En qué trabajaba el doctor Gordon? -preguntó Copeland. La señorita Pritchard no levantó la cabeza.

-No me pregunte a mí -dijo con amargura-. Sería la última en saberlo.

-Debe tener alguna idea.

-El no me decía nada, así que yo no hacía preguntas. -Pero sin duda limpiaba el cuarto. -La reticencia de la señorita Pritchard le llamaba la atención.

-Si alguien lo limpiaba, no era yo.

-El doctor Gordon, entonces. Debía de haber desechos, papeles, o algo...

La señorita Pritchard lo miró con severidad, pero su recriminación sonó forzada.

-Señor Copeland, ¿piensa que yo andaría revolviendo la basura de los demás, metiendo las narices donde no me corresponde? -Colocó los petits fours en dos bandejas de plata. Después de un momento añadió:- El pobre ya nos dejó para siempre.

Copeland comprendió que no había jugado limpio con ella y se tomó un minuto para explicarle por qué le hacía esas preguntas. Cuando le dijo que se trataba de una pesquisa oficial ella demostró consternación.

-No hay nada que yo pueda decirle. Debería hablar con el padre Jamieson o con Su Eminencia.

-Lo haré mañana -dijo Copeland, tratando de calmarla-, pero si puede ayúdeme un poco. -La señorita Pritchard se acercó a un armario, sacó tazas y platitos y los puso en la bandeja.- ¿El doctor Gordon nunca le hizo un comentario acerca de lo que hacía? Piénselo un minuto.

No necesitó ni un segundo.

-Jamás me dijo una palabra -replicó sin rodeos. Se volvió hacia él, sin ocultar su rencor-. Señor Copeland, él nunca me hablaba de nada. Era como si yo fuera cualquier cosa. Pasaba todas las mañanas, después del desayuno, como si yo no estuviera... ni yo ni las mucamas. Decirle «Buen día, doctor

Gordon» era gastar saliva inútilmente. Bajaba las escaleras y no aparecía hasta la hora del almuerzo. A veces, por su diabetes, venía a buscar jugo de naranjas, o miraba la panera, sin nunca decir «con su permiso» o «gracias, señora». -Volvió a la bandeja, un poco más calmada.- No me gusta hablar mal de los muertos, pero el doctor Gordon no era una persona amigable, aunque pudiera reír y bromear cuando estaba con otra gente.

Copeland trató de encauzar la conversación.

-En la puerta de abajo hay dos cerrojos. ¿Usted tiene las llaves?

-Ahora sí.

-¿Ahora?

-Hasta que murió el doctor Gordon, el tenía un juego y Su Eminencia otro. Su Eminencia me pidió el mío para hacer un duplicado para el doctor Gordon.

-¿Así que después que se mudó el doctor Gordon usted nunca volvió a ver el cuarto?

La señorita Pritchard enfrentó a Copeland.

-¿Habrá muchas preguntas más? -preguntó con cierta impaciencia-. Esto me pone algo nerviosa.

-Sólo unas pocas -dijo Copeland, procurando serenarla-. Cuando llegó el doctor Gordon, ¿qué traía?

La señorita Pritchard desvió los ojos y, acariciándose la papada, enumeró los objetos como si recitara una lista.

-Muy poca cosa -dijo-. Una valija con algunos artículos personales, un baúl, cajas con libros...

-No, me refiero a lo que fue al cuarto de abajo.

-Ah, eso. Tres mesas de la parroquia, una mesa más pequeña, una silla... dos sillas, en realidad, tres lámparas que parecían cuencos... y un montón de cosas que ya no recuerdo. Un día lo vi llevando unas láminas de vidrio. Ah, sí, estaba el extractor de humedad. Y esa caja de madera.

-Háble me de la caja de madera.

La señorita Pritchard se encogió de hombros.

-¿Qué puedo decirle? Era una caja. Bastante grande. La trajo un hombre de uniforme.

-¿Tiene idea de lo que había adentro? La señorita Pritchard movió la cabeza. -Dijo sólo un par de preguntas...

-Ya terminamos. ¿Qué pasó con la caja?

-No tengo la menor idea.

-¿La sacaron con la basura?

-No.

-¿Está segura?

-Si el doctor Gordon la hubiera puesto con la basura yo la habría visto.

-¿Usted limpió el cuarto después que él murió?

-Sí. Bueno, en realidad no, lo limpió Hulda, pero yo le dije qué tenía que hacer.

-¿La caja estaba?

-No.

-¿Qué le parece que pudo haber pasado con ella? -Señor Copeland, usted sigue insistiendo con esa caja...

-¿Pudieron llevársela sin que usted se enterara?

-Sí. Un domingo, cuando yo no estaba, o cuando yo estaba en la cocina. Y ahora, señor Copeland -dijo con firmeza-. Realmente debo...

-¿Había un manuscrito?

-No.

Recogió la bandeja, caminó hacia la puerta con la espalda encorvada, la abrió con un golpe de cadera y se marchó. Jennifer miró a Copeland con una sonrisa divertida. -¡Caramba! ¡Eres perseverante! -dijo-. La pobre se moría por escapar.

Copeland hacía anotaciones en su libreta.

-La pobre no me dijo todo lo que sabe -afirmó. -¿Cómo lo sabes?

-Uno se da cuenta -dijo Copeland encogiéndose de hombros.

Ella le sonrió afectuosamente y se acercó a darle un beso.

-Tendré que cuidarme después que nos casemos.

El no respondió.

-¿Puedo echar un vistazo al cuarto de Harris? -preguntó en cambio.

-¿Por qué no? Aunque dudo que te sirva de mucho. Ha vuelto a ser el cuarto de huéspedes.

Copeland lo observó sólo un minuto, sin atreverse a cruzar el umbral.

-¿Qué pasó con los papeles, las cartas, los efectos personales? -El padre Carroll juntó todo y se lo llevó a la señora Gordon. Ella lo llamó por teléfono media docena de veces, insistiéndole. No había testamento, así que no existían razones para conservar las cosas.

-Hablaré con ella.

Cuando bajaron las escaleras, la señorita Pritchard salió de la sala de recepción.

-¿La delegación ya vino? -susurró Jennifer.

-Todavía no -dijo la señorita Pritchard mirando su reloj pulsera-. En diez minutos.

Copeland arqueó las cejas.

-¿Su Eminencia está en el estudio? -le preguntó a la señorita Pritchard, que se dirigía a la cocina.

-No -respondió ella por encima del hombro-. Está en la capilla. Tengo que llamarlo cuando lleguen.

-El señor Norris en la línea, Su Eminencia.

-Gracias, padre Carroll. Hola. Habla el cardenal Maloney.

-Sí, Su Eminencia. Soy Gerry Norris del Times. Gracias por devolverme la llamada.

-No hay por qué.

-Lamento molestarlo, Eminencia, pero otra gente del diario trató de hablar con usted y pensó que, a causa de nuestra relación, tal vez yo...

-¿En qué puedo servirlo, señor Norris?

-Realmente debo disculparme por molestarlo, pero...

-No es ninguna molestia.

-Me disgusta hacerle perder tiempo por una historia sin fundamentos, pero acaba de llegar un despacho de Reuter citando lo que parece una fuente fidedigna y anunciando que el sucesor del papa Gregorio será el cardenal Benedetti o usted. ¿Le importaría hacer declaraciones al respecto?

-Ya veo. ¿Y cuál es la fuente?

-Un ministro del gobierno italiano, Giuseppe Ruffolo. -Bueno, no puede esperarse que el señor Ruffolo se tome muy a pecho los intereses de la Iglesia.

-De acuerdo, Eminencia, ¿pero la historia tendría algún fondo de verdad?

-De veras no lo sé. Y, señor Norris, al margen del dudoso gusto de especular acerca del sucesor del Santo Padre cuando él sigue con vida, por principio no hago comentarios acerca de un rumor. El mismo comentario, y hasta la falta de él le da una especie de credibilidad.

-Pero, Su Eminencia...

-Buenas tardes, señor Norris.

2

La viuda de Harris fue una sorpresa. Copeland había imaginado una mujer flaca, de unos sesenta años, consumida por el vacío creado por un esposo que se dedicaba a recorrer el mundo. No estaba preparado para Lindbergh Drive 1427 y Dodi Gordon.

El barrio había sido una vez un suburbio habitado por gente de clase media baja, pero hacía tiempo que había decaído. Las calles estaban sucias, los jardines estaban llenos de malezas, y dos autos descalabrados -sin ruedas, los vidrios pulverizados, los techos hundidos- descansaban al lado de la acera. Los árboles parecían siluetas desoladas. El número 1427 era la mitad derecha de un dúplex de tres pisos. Cada mitad había sido pintada de diferente color, aun hasta la línea que dividía una chimenea compartida.

Aunque no figuraba el nombre de la familia, Copeland apretó el botón más alto. Una muchacha delgada, de pelo ensortijado y pechos pequeños, apareció de pronto en el corredor y lo miró inexpresivamente. Respondió a las preguntas de Copeland gritando por encima del hombro, con una voz inesperadamente alta; «Dodi, es para ti», y salió para unirse a un par de muchachas que miraban desde la calle.

Copeland esperó a que alguien viniera o le indicara que entrase. Nada. Se inclinó hacia adelante. Observó una escalera angosta que daba al primer piso, pero más allá de los escalones no se veía nada. Gritó «Hola». Nada. Se volvió hacia la muchacha pero ella y las amigas ya se habían marchado. Tocó de nuevo el timbre, esta vez con insistencia.

-Ya voy, ya voy -dijo una voz desde lejos.

Y ya venía. Dodi Gordon descendiendo: ruido de pantuflas en cada escalón, una bata sujeta flojamente alrededor de la cintura que permitía una generosa visión de un busto abundante y que se entreabría alternativamente para mostrar alternativamente los muslos bronceados. El pelo era demasiado rubio y demasiado arreglado y la cara estaba demasiado maquillada. La palabra que se le ocurrió a Copeland fue voluptuosa. Me dice algo acerca de Harris, pensó.

Cuando llegó al escalón de abajo ella se ciñó la bata, cerrándosela alrededor del cuello.

-Lo siento. Estaba hablando por teléfono -dijo extendiéndole la mano. Copeland se la estrechó y se sorprendió al notar que

estaba mojada. No húmeda, sino mojada, como si la acabaran de lavar y la hubieran secado apresuradamente. No estaba hablando por teléfono, decidió, sino en el baño.

-Soy Jackson, detective de la fiscalía de distrito -dijo-. ¿Puedo pasar?

Ella lo evaluó con la mirada.

-Y cuando lleguemos arriba resultará ser un cobrador o un vendedor de enciclopedias.

-Perdón -dijo Copeland, sacando su documento.

-Le voy a echar un vistazo -dijo ella. Tomó la credencial, la examinó y la devolvió-. ¿De qué vamos a hablar?

-De su difunto esposo.

-Será un placer.

Se volvió, se levantó el borde inferior de la bata y lo precedió escaleras arriba. Eran dos tramos, y con el perfume de Dodi Harris y su incitante sexualidad delante de su cara a cada paso, a Copeland no le cansó subir. Me dice algo acerca de mí mismo, reflexionó.

El cuarto olía a polvo y comida. Los muebles, el empapelado y el revestimiento del piso pedían a gritos que los cambiaran. La excepción era un televisor flamante sobre el que había una fuente con tres porciones de pizza. Dodi apagó el sonido del aparato, se sentó en un sofá maltrecho, se cruzó de piernas y escuchó al visitante.

Hablaron, y Dodi le comentó que ella y Harris se habían conocido en una reunión académica en Albright. Se habían casado a los cuatro meses. Llegaron los hijos, y también los problemas. A ella no le gustaban sus amigos «intelectuales», y a él no le gustaban las amistades de ella. Pronto vivían vidas separadas en la misma casa. A él le gustaba madrugar y a ella levantarse tarde. El necesitaba silencio para trabajar y ella no podía hacer callar a los niños, de modo que él empezó a encerrarse en el dormitorio. Salía de vez en cuando, para protestar por algún motivo. Finalmente ella empezó a pensar que estaba desperdiciando sus mejores años («Viviendo con un excéntrico que prefería los libros al cine»), anunció que no quería perder el tiempo y empezó a salir de noche. Dejaba a los niños con una baby-sitter, una exalumna de Harris. Una noche Dodi lo sorprendió con la baby-sitter. Poco después él se marchó sin decir adónde. Más tarde se supo que estaba en Israel, haciendo excavaciones.

Dos chicos de unos ocho años, mellizos idénticos, subieron las escaleras gritando e interrumpieron a Dodi; cuando llegaron

y vieron a Copeland, se quedaron como paralizados y lo estudiaron con seriedad.

-¿Ahora qué pasa? -dijo Dodi con impaciencia. No le respondieron ni la miraron-. Quieren comer algo -afirmó Dodi, y a Copeland le aclaró-: No se llenan nunca. Son barriles sin fondo. -Se volvió a los chicos:- Hay manteca y jamón.

-Entraron a la cocina, y el resto de la entrevista transcurrió en una voz muy alta que trataba de sobreponerse a los chillidos de los mellizos que reñían.

-El que falta es Jimmy -dijo Dodi-. Tiene cinco años. Está afuera, jugando. ¡Ah, cuándo empezará a ir a la escuela! Somos cinco en dos habitaciones pequeñas. ¡Cinco!

Sacó un paquete de cigarrillos con filtro del bolsillo de la bata, convidó a Copeland, que no aceptó, y luego introdujo uno en una boquilla y lo encendió.

-En realidad era un pobre tipo -dijo, lanzando una bocanada de humo-. No dejó un céntimo.

-¿No hubo testamento?

-Nada. Sólo trescientos dólares en el banco... de allí vino eso -dijo señalando el televisor.- Algunos libros, objetos varios, eso es todo.

-¿El seguro? -Venció hace un año. -Sus efectos personales... ¿podría verlos?

-No hay mucho que ver. Después que me dejó no se instaló en ningún lado. No había muebles. Cuando murió vivía en lo del cardenal Maloney. Me enviaron sus cosas. Una cámara y algunas luces. Dos cámaras, en realidad. Una se la presté a un amigo. ¿Para qué quiero dos cámaras? En mi vida saqué una foto. ¿Le mencioné los libros? Había una docena de cajas, o más. Fueron a Albright. ¿Creerá usted que no quisieron pagar ni los gastos de embarque? -Miró a Copeland agitando el cigarrillo.- Déjeme que le diga una cosa, por si no lo sabe. Esos tipos de la universidad... más vale no cruzarse con ellos. -Más aliviada, continuó:- Había un microscopio, que empeñé y otras porquerías. Las ropas se las di al Ejército de Salvación. No era mucho, de todos modos. -Abrió las palmas.- Eso es todo.

-¿Dijo dos cámaras?

-Sí.

-Tal vez haya una película que sirva de algo. Dodi lo miró con una sonrisa irónica. -¿Qué hizo él?

-No la entiendo.

-Es decir, algo hizo. Tantas preguntas... Copeland movió la cabeza.

-Es sólo para aclarar un par de problemas. Nada importante. ¿Usted mencionó dos cámaras?

-Una se la presté a un amigo. Me quedé la Polaroid. No tiene película adentro, ya me fijé. ¿La otra...? Si quiere puedo preguntar.

-¿Puede hacerlo ahora?

-¿Por qué no? -dijo Dodi encogiéndose de hombros.

La conversación fue breve. No, no había película en la cámara. -Maldita sea -dijo Copeland.

-Lo siento.

-Está bien. Usted mencionó otros objetos: ¿había algo que pudiera ser... usted sabe, antiguo? A veces hay cosas que parecen sin importancia y...

-¿Material arqueológico, dice usted?

-Exactamente. ¿No había ningún manuscrito? Usted sabe a qué me refiero...

-Claro que se a qué se refiere -dijo ella con cierto enojo-. Recuerde que estuve casada con un arqueólogo. La respuesta es no.

-¿Con los libros, tal vez?

-Sólo un par de cuadernos de notas.

-¿Los tiene?

-Se los mandé al señor Hudson, el decano de Albright, junto con los libros.

El señor Hudson ya había examinado los cuadernos. -No eran nada más que anotaciones breves, bocetos de la excavación de Hazor: el material para el libro que hizo acerca de ese tema. Nada extraordinario. -Se interrumpió.- Lo siento, pero temo que no recuerdo su nombre...

-Jackson.

-Ah, sí, señor Jackson. -Se quitó los anteojos (se los quitaba y se los ponía constantemente) y miró a Copeland con ojos inquisitivos.- Digo yo, ¿podría preguntarle a qué vienen sus averiguaciones? Como sabrá, el doctor Gordon fue jefe del departamento durante varios años y...

-¿En los últimos tres años no hubo correspondencia con él? El decano se encogió de hombros desdeñosamente.

-Hay un pequeño archivo. Casi todas las cartas se relacionan con su solicitud de que le prolongaran la licencia. -Movió la cabeza con lentitud.- Si quiere puede echarles un vistazo, pero...

-¿Dónde estamos, entonces? -preguntó Schultz con una expresión de escepticismo.

-Es todo por ahora. Esta tarde a las cuatro veré al cardenal Maloney. Espero que la visita sirva de algo.

-¡Tú esperas! ¡Soy yo el que espera que sirva de algo, créeme! Hasta ahora no hay nada. Nunca debí dejar que te metieras en esto.

-Hace sólo veinticuatro horas que tomé el caso -protestó Copeland.

-Así que hace sólo veinticuatro horas... ¡Por Dios, no es el asalto al Brink! Un tipo roba un pergamino o una vasija o algo por el estilo y en veinticuatro horas no descubriste ni siquiera una pista. -Le dio una palmada al teléfono.- Estuve sentado aquí esperando a que sonara este maldito teléfono, y el fiscal quiere verme. ¿Qué le voy a decir? -Se inclinó hacia adelante.- Lo que debería hacer es pasárselo de vuelta a Murray. Después de todo, el caso es de su jurisdicción.

Copeland se irritó pero optó por contenerse. Quería seguir adelante con el caso.

-Mira -dijo, tratando de ser persuasivo-, estoy citado para las cuatro y me quedo a cenar. Nadie va a averiguar más que yo. Caramba, Grizz, me voy a casar con la sobrina.

Schultz se pasó una mano por la calva y se la enjugó en la camisa.

-Ese es el problema, a lo mejor. Te tiene asustado como si fuera tu suegro.

-Voy a aclararte algo -dijo Copeland, arrugando el ceño todo lo posible-: no va a acceder a que ningún otro lo entreviste en semanas. Es un hombre muy ocupado.

-De acuerdo -dijo Schultz, suspirando para dar a entender su resignación ante la ineptitud de los subalternos-. ¿Qué remedio me queda? Tendré que ser paciente.

Sin embargo Copeland no pudo ver a Michael en tres días. Al salir de la oficina de Schultz lo llamaron por el intercomunicador.

-Hay un tal padre Jamieson en el teléfono.

-El cardenal Maloney me pidió que lo llamara, Copeland. Lo lamento muchísimo, pero lo llamaron de Washington. Me pidió que le comunicara sus disculpas.

-¡Cuernos!

El padre Jamieson no había esperado una reacción tan explosiva y trató de suavizar la decepción de Copeland.

-Lo siento -dijo-. Fue algo imprevisto, lo llamó el Secretario de Estado. No podía dejar de ir, como usted comprenderá. -Bueno -dijo Copeland-, si está en Washington

está en Washington . Hágame el favor, dígale que me llame en cuanto vuelva. Es muy importante.

-Se lo comunicaré, por cierto.

Su reacción inmediata fue pensar en mencionarle la demora a Schultz pero luego comprendió que así le quitarían el caso. No, se lo diría al día siguiente y mientras tanto procuraría descubrir algo concreto.

Se metió en el baño para pensar. ¿Por dónde convenía empezar? Sin duda: esa misteriosa caja de madera. Era la clave. Si Harris había robado algo estaba en esa caja. Ubicándola ya estaría a mitad de camino. La habían enviado desde Israel y la línea aérea debía de tener algún registro. La habían pasado por la aduana, de modo que se había necesitado un permiso. La habían entregado en el museo y de allí la habían llevado a la residencia, así que allí podía haber una pista.

El empleado de embarques del museo era un sujeto cadavérico con anteojos sin patillas y un bigote delgado oscurecido con lápiz de cejas (él creía que no se notaba). Farfulló algunas quejas acerca del problema de tener que registrar los archivos de meses atrás.

-Lamento complicarle la vida -dijo Copeland con frialdad. -Oh, no. No quise decir eso -dijo el hombre.

Fue hasta los archivos murmurando para sus adentros y encontró el que correspondía. Abrió un cajón y registró las tarjetas con el índice, repitiendo en voz baja «Gordon... doctor Harris Gordon».

-Ah, aquí está -dijo en un momento. Extrajo un papel rosa, volvió al escritorio y mirando a Copeland por encima de los anteojos señaló-: Aquí registramos todo cuidadosamente. -Volvió al papel.- Veamos qué dice esto... Remitente, doctor Harris Gordon. Enviado al doctor Heman Unger, jefe del Departamento de Antropología. Fecha de recepción, 7 de enero, hora... -Echó la cabeza hacia atrás para mirar por las lentes inferiores de los bifocales.- Hora, tres menos cuarto de la tarde. Sí, 14.45. Destinatario, el doctor Gordon. Instrucciones especiales: evitar el calor, el frío o la humedad extremos...

-Un minuto -dijo Copeland, sacando la libreta.

-Evitar el calor, el frío o la humedad extremos...

-Adelante.

-Envíese a la avenida Madison n.452. Fecha de embarque, 19 de enero.

-¿Algo acerca del contenido?

-Dice... material arqueológico. -¿Nada más?

-Eso es todo.

-¿No especifica el peso de la caja?

-No nos interesa. Nosotros sólo recibíamos la mercadería. Al margen de la información básica lo único que nos importan son las instrucciones relativas al almacenamiento. En eso hay que tener mucho cuidado. A veces manipulamos artículos muy delicados. Tenemos un depósito con control de humedad, expresamente para ese propósito.

-¿Qué tipo de objeto puede resultar dañado por el calor, el frío o la humedad?

El empleado se encogió de hombros.

-Los pergaminos, el cuero, los cuerpos momificados, ciertos tipos de fibra...

-¿Son frecuentes estos embarques?

-¿De objetos frágiles?

-En realidad no. Casi todas las entregas son para exhibición. Después las devolvemos. Si es una donación o una compra, va al depósito o lo exhibimos. Depende.

-¿De modo que esta situación sería inusual?

-Tratándose del doctor Gordon, no. Es una persona conocida en el museo y...

-¿Pero es inusual?

-Sí -concedió-. Como usted dice, es inusual. Copeland cerró la libreta y la guardó en el bolsillo.

-¿Usted podría ponerme en contacto con el hombre que le entregó la mercadería al doctor Gordon?

El empleado señaló un portón metálico con un dedo huesudo.

-Herman Melnyk. Lo encontrará en la playa de cargas.

-Claro que me acuerdo de esa entrega. Es decir, yo soy católico y en todos estos años no me enteré de que el cardenal Maloney vivía cerca de San Patricio. Y pasé docenas de veces.

Herman Melnyk era un hombre jovial y corpulento, totalmente calvo, con una sombra de barba que a Copeland le llamó la atención por lo oscura, teniendo en cuenta que las cejas eran grises.

-La caja -dijo Copeland-. Todo lo que pueda decirme al respecto me será útil.

-¿Qué pasa? ¿Alguien la robó?

-No, de ninguna manera. ¿No recuerda ningún dato específico?

Melnyk cerró los ojos y frunció el ceño.

-¿La caja...? ¿La caja...? -Al cabo de un segundo abrió los ojos.- Recuerdo al hombre a quien se la entregué.

-¿Un sujeto de unos sesenta años, delgado, calvo?

Los labios de Melnyk esbozaron una sonrisa y los ojitos le brillaron. Se pasó la mano por la cabeza, acariciándola casi con cariño.

-¿Calvo él? Comparado conmigo es un hippie. -Satisfecho con la broma, prosiguió.- Sí, es ése. Un tipo especial.

-¿Especial?

-Es decir, tenía carácter. Esperando afuera en mangas de camisa. Y no se olvide que estamos en enero. Quería entrar la caja él mismo. Cualquiera hubiera pensado que adentro había diamantes.

-¿La caja? -lo apremió Copeland.

-¿Qué es lo que quiere saber?

-El tamaño, la forma, el peso... todo cuanto recuerde. El hombre volvió a fruncir el entrecejo.

-¿La caja...? ¿La caja...? Déjeme pensar. Madera. Sin barnizar. Yo diría casi un metro de largo, unos treinta centímetros de ancho.

-¿Alguna...?

-Cordeles metálicos alrededor.

-¿Alguna indicación de lo que había adentro? Melnyk movió la cabeza.

-Eso estaría en la carta de embarque. No me acuerdo. Yo sólo la entregué.

-¿Tiene una idea del peso?

De nuevo el entrecejo fruncido.

-Eso es difícil... Hace meses de esto. Recuerdo que la bajé al subsuelo. No era tan pesada. Tal vez... seis kilos. Ocho a lo sumo.

-¿La bajó al subsuelo?

-Eso quería el hombre, pero no se podía.

-¿Por qué no?

-Mi trabajo es entregar las cosas y hacer firmar un remito. Si alguien daña la mercadería, ¿quién recibe los palos?

-¿Así que la bajó al subsuelo?

-Para decirle la verdad, una de las razones por las que yo quería hacerlo era para echar un vistazo adentro. Quizá para ver al cardenal Maloney. No tuve suerte.

-¿El abrió la caja en su presencia? Melnyk movió la cabeza.

-Me firmó y me ofreció una propina... cincuenta centavos roñosos. Pero de todos modos no nos permiten aceptarlas. Normas del museo.

-¿Algo más?

Melnyk frunció el entrecejo durante veinte segundos y luego respondió alegremente:

-No, eso es todo.

El agente de cargas de la terminal de «Pan Am» del aeropuerto Kennedy rió desganadamente cuando Copeland le preguntó si se acordaba del embarque.

-Debe estar bromeando -le dijo-. ¿Tiene idea de cuántos embarques de varias formas y tamaños pasan por aquí en el día? Más de mil. A veces el doble.

-Hagamos la prueba -dijo Copeland.

El hombre suspiró resignado y tomó una lista dactilografiada de vuelos, hojas de papel en fundas de plástico.

-¿Fecha de arribo y origen? -preguntó fatigosamente.

-El dos o tres de enero. De Israel.

Arrojó la lista en el escritorio.

-No volamos a Israel. ¿Está seguro de que era «TWA»?

-Sí, estoy seguro.

Otro suspiro.

-Entonces tendría que ser un vuelo de enlace. Caramba... podría ser Atenas, Roma, París, Londres... -Miró consternado a Copeland.- No son demasiados datos esos.

-Temo que son todos los que tengo.

El supervisor se rascó laboriosamente debajo del brazo y estudió la cara de Copeland.

-¿De veras necesita la información?

Copeland trató de insinuar que se trataba de algo muy urgente.

-Lo siento, pero... -Bajó la voz y se acercó al hombre.- Si pudiera comentárselo, usted comprendería. -Señaló con el pulgar hacia un costado, como dando a entender que había detalles que más valía no mencionar.

La actitud del supervisor cambió visiblemente.

-Bueno, siendo así. Le diré qué haremos. -Miró el reloj pulsera.- Estamos cerca del mediodía y esto no va a ser fácil. ¿Qué le parece si vuelve digamos a eso de las dos?

Copeland adoptó una expresión solemne.

-¿No podrá ser a la una?

-No -dijo enfáticamente el supervisor.

-¿Una y media?

El supervisor chasqueó el labio con aire condescendiente.

-De acuerdo. Haremos lo posible.

Copeland sonrió agradecido, guiñó el ojo y dijo:

-No lo olvidaré. Se lo prometo.

En el café de la terminal pidió un bistec con patatas fritas. Se arrepintió y quiso cambiar por ensalada, pero ya era tarde. Cuando le sirvieron la comida, dejó un tercio del bistec y comió sólo cuatro patatas. Más tarde terminó el bistec y comió más patatas fritas mientras trataba de llamar a la camarera.

-Gelatina de lima -pidió, y añadió-: sin crema batida. Diez minutos más tarde le trajeron gelatina de frambuesa con crema batida. Dejó la crema aparte y comió la gelatina. En realidad la crema batida no era un problema: sin duda era artificial y tal vez no engordaba.

Como le sobraba tiempo, pidió un segundo café y se dedicó a evaluar los progresos que había hecho. ¿Qué elementos tenía hasta ahora? Al margen de todo lo demás, estaba esa conocida sensación en el riñón izquierdo. El riñón izquierdo de Copeland había conquistado cierto renombre en el cuartel general. De tanto en tanto, cuando se presentaba un caso muy desconcertante, cuando había algo confuso y la investigación llegaba a un callejón sin salida, Copeland experimentaba esa sensación en el riñón izquierdo. Por supuesto, no tenía nada que ver con el riñón izquierdo; otros describían sus fogonazos de intuición como «jorobas» o «sensaciones raras. Pero Copeland a menudo solía dar en el blanco y había desarrollado una confianza casi mística, una especie de fe, en su riñón izquierdo. Tendía a quitar importancia a toda ocasión en que no se presentaba ese augurio urológico. Ahora las señales eran claras e inconfundibles. El problema era convencer a Schultz de la necesidad de confiar en su riñón izquierdo.

¿Cuáles eran los hechos? Había determinado que Harris había embarcado una caja de madera sellada que al parecer contenía

material arqueológico procedente de Israel. La caja había sido entregada en la residencia y luego había desaparecido. Suponiendo que la caja se hubiera tirado sin que nadie lo advirtiera, quedaba en pie una pregunta: ¿qué había pasado con el contenido? Al margen de lo que fuera, lo habían llevado al subsuelo de la residencia y nadie lo había vuelto a ver. Aún más misterioso: después de la repentina muerte de Harris, ni la caja ni el contenido habían aparecido en el cuarto.

Volvió a su diálogo con la mujer de Gordon. Ella había dicho -y sin duda nadie en la residencia le mentiría al respecto- que todas las pertenencias de Harris en el momento de morir se las habían dado a ella. Sin embargo no había recibido nada que tuviera relación con el trabajo de Harris. Los cuadernos de notas tenían por lo menos tres años. No había manuscritos, y sin embargo Jennifer había dicho que Harris estaba haciendo un libro. ¿Por qué no quedaban evidencias de ese proyecto? ¿Dónde estaban los materiales de investigación? Había cámaras y equipo de iluminación, pero no había fotos ni nada que fuese digno de ser fotografiado. Había un microscopio, pero nada de lo que le habían dado a la señora Gordon parecía digno de ser examinado con ese instrumento. Era como si Harris hubiera trabajado con un material que a su muerte se hubiese autodestruido.

La caja y el contenido. Curiosamente, Harris había embarcado la caja con destino a sí mismo, por intermedio del museo. ¿Por qué? Desde luego, existía una respuesta totalmente razonable: en ese momento ignoraba dónde iría a vivir en los Estados Unidos, y el mejor lugar para depositar la caja era sin duda el museo. Pero había otras

dos explicaciones hipotéticas: en primer lugar, podía tratarse de un plan destinado a burlar a las aduanas. De haber embarcado la caja a una entidad privada, la habrían examinado al ingresar al país; al destinarla al museo podía hacerla ingresar sin revelar el contenido. En segundo lugar, al destinarla al museo contaba con una justificación en caso de que en Israel se supiera que no había declarado el hallazgo. Podía aducir que no tenía intenciones de mantener el secreto, que había enviado el material a un gran museo con el propósito de examinarlo antes de dar a publicidad el descubrimiento. No era un argumento demasiado convincente, pero según la índole del hallazgo podía ser plausible.

La camarera llegó con la segunda taza de café e interrumpió sus reflexiones. ¡Un momento! Se estaba entusiasmando demasiado. Era posible que todas sus conclusiones tuvieran explicaciones

razonables. Michael podría dar respuesta a todas sus preguntas. Hasta que no lo viera no contaba con elementos para seguir adelante, y Schultz tal vez se negara rotundamente a dejarlo continuar.

-Sí, teniente, encontramos la carta de embarque y la documentación.

-Magnífico.

-Los datos no eran correctos, de todos modos. El embarque no se hizo en Israel, sino en Ammán, Jordania.

¡Por supuesto! Debió adivinarlo. En Israel las medidas de seguridad eran tan estrictas que habría sido imposible contrabandear algo fuera del país.

-¿Puedo echarle un vistazo? -preguntó Copeland.

-Desde luego.

El hombre se volvió al teclado y presionó unos botones. La máquina parloteó, zumbó y expidió una hoja de papel. El agente la arrancó y se la alcanzó a Copeland.

Copeland sacó la libreta y se sentó con la carta de embarque. Del doctor Harris Gordon al doctor Harris Gordon... muy bien. Frágil. Manéjese con mucho cuidado. Eso sugería que lo que había descubierto era muy antiguo o quebradizo: tal vez el tipo de vasija donde se habían hallado los rollos del mar Muerto. Material arqueológico. Fuera cual fuese el contenido, esa denominación bastaba para justificar que se lo enviara al Museo. No abrir salvo en presencia del destinatario. Eso garantizaba que ningún funcionario entrometido se pondría a curiosear. También le daba pie para intervenir en caso de que hubiera problemas en la aduana. Podía alegar que la caja había que abrirla en un ambiente apropiado. Y las otras instrucciones, Evitar el calor, el frío y la humedad extremos, le daban aún más respaldo, e incluso le permitían, ante cualquier tropiezo, devolver la caja a Ammán sin que nadie la abriese.

Cerró la libreta y se la guardó en el bolsillo.

-Ha sido usted muy servicial -dijo.

-No es nada.

-¿Puedo guardar esta hoja impresa?

-Desde luego.

-Una pregunta.

-Diga.

-¿Cuál sería el procedimiento normal con un embarque como éste? ¿Pasaría sin inspección?

-Bueno, como va dirigido al museo, y el agente de aduanas trae un poder, y el material arqueológico no es dudoso... Es decir, en el museo nadie va a traer contrabando.

-¿Y si fuera dirigido simplemente al doctor Harris Gordon, Avenida Madison 452?

-Tendría que venir personalmente a tramitarlo. El o su agente.

-¿Usted insistiría para que abrieran la caja?

-Depende. Si hubiera razones para sospechar. Si el tal Gordon estuviera nervioso, si fuera elusivo, si la mercadería fuera dudosa. Hay muchos «sí». Una cosa es segura: querríamos saber qué fue lo que un particular se envió a sí mismo antes de darle ingreso.

-Gracias -dijo Copeland con un gesto de satisfacción. Se sentía como un fiscal de una serie televisiva cuando acaba de completar un interrogatorio exitoso.

3

Pese a que estaba preparado, el inminente encuentro con Michael inquietaba a Copeland. Después de cinco meses, su presencia aún lo intimidaba y le costaba integrarse del todo a las animadas y despreocupadas charlas de la hora de la cena. Jennifer con frecuencia lo presionaba, y a veces, sin ninguna sutileza, lo intimaba a opinar. («Quiero que él te vea como te veo yo -le decía más tarde-. Quiero que él sepa lo afortunada que soy.») Pero la presencia de Michael se imponía tanto en la mesa, pese al doctor Gordon y a los dos sacerdotes... Su inglés era tan preciso, su voz era tan clara, su mente era tan aguda... A veces no dejaba de ser excesivamente pontifical, pero cuando exponía sus puntos de vista sobre cualquier tema, desde la política económica norteamericana hasta el jazz de Oscar Peterson, era casi una actuación.

La agudeza y la sagacidad de Michael eran justamente lo que impedía a Copeland aceptar la idea de que hubiera ignorado el proyecto de Harris, sobre todo considerando que eran viejos amigos y solían confesarse sus problemas. Sin duda Harris le había dicho para qué quería el cuarto del subsuelo. Sin duda

Michael le había indicado que no era lo ideal -poca iluminación, ventilación escasa- y, sin duda Harris le había aclarado sus intenciones al desechar esos inconvenientes. No podía haber sido de otro modo.

Bueno, no tardaría en descubrirlo.

En Washington, mientras se preparaba para su confrontación con Copeland, Michael había resuelto explotar todo el prestigio y los atavíos de su profesión. Proyectó la cita para inmediatamente después de una recepción formal al obispo Tuttle (quien recientemente había sido elevado a su ,jerarquía), en la que debería lucir todas sus investiduras cardenalicias. Con ese atuendo resultaba imponente: pantalones negros y cuello blanco, y encima una sotana negra con botones y cordoncillos rojos. Sobre los hombros tendría una cadena de plata de la que pendería una cruz metálica enjoyada. La cadena iba enganchada a uno de los botones del pecho. Le ceñiría la cintura una faja roja que del lado derecho colgaría hasta el suelo. En la cabeza llevaría un zuchetto -un gorro rojo y pequeño-, y en las manos llevaría la biretta cuadrangular, de tres puntas, inspirada en una antigua gorra universitaria. Como la recepción terminaría con fotografías en el jardín, sobre la sotana llevaría una capa escarlata abierta, larga hasta el tobillo.

Según se había acordado con el padre Jamieson, Copeland fue conducido al estudio, donde lo esperó. Al final de la recepción, Michael le dijo al obispo Tuttle que le «presentaría al novio de Jennifer». Diez minutos más tarde irrumpió en el estudio y saludó afectuosamente a Copeland, estrechándole la mano y presentándole al obispo. Siguieron cinco minutos de conversación algo elevada, en la que Michael hizo gala de brillantez; el obispo procuró mantenerse a flote y Copeland se sintió algo fuera de lugar. Luego Michael acompañó al obispo hasta la puerta, lo despidió y volvió para sentarse detrás del escritorio. Como era su costumbre, dejó la biretta delante de él y, como era su costumbre, hamacó la cruz como si fuera un pequeño péndulo.

-Tendrá que disculpar la indumentaria oficial -dijo, abriendo los brazos resignadamente, pero no sin imponencia-, pero si no venía así me hubiera demorado. Además, pensé que le gustaría conocer al obispo. Un hombre extraordinario: solía dedicarse al periodismo pero un día, después de oírme predicar, decidió que en cambio quería predicar la Buena Nueva. -Miró de reojo el reloj de la repisa.- Lamento haberme retrasado -y antes que Copeland pudiera responder añadió-: Supongo que el padre

Jamieson le habrá explicado que tengo que salir a eso de las cuatro.

-Sí, Su Eminencia. Ya me lo dijo.

-Lamento lo del lunes, pero no había modo de rehusar. ¿Comprende?

-No, está bien. Es decir, sí, comprendo.

-En cualquier caso, aquí estamos y es mejor que tratemos de aprovechar el tiempo. -Hizo un ademán que sugería su voluntad de colaboración.

Copeland no se sentía cómodo.

-Antes de comenzar, Su Eminencia, tal vez deba explicarle algo.

-Adelante.

-Esta no es una misión fácil para mí. Es decir, siendo usted quien es y conociéndolo en la forma que yo lo conozco... Verá, se trata de una misión oficial, como policía, y eso dificulta un poco las cosas.

-No veo por qué. Proceda tal como lo hace normalmente. Copeland inclinó la cabeza para poder articular la frase.

-De modo que comprenderá si de algún modo lo presiono con mis preguntas.

A Michael le disgustaba este comienzo. Le quitaba las ventajas con que había contado inicialmente. Copeland disponía de una libertad para interrogarlo que él habría preferido y se había propuesto limitar.

-Adelante, muchacho. Cumpla con su deber.

-Gracias, Eminencia. -Cambió deposición en la silla.- Otra cosa: ¿le molestaría que grabe nuestra conversación? -Extrajo un grabador portátil del bolsillo.- Me permitirá tomar notas más tarde y ahorrar mucho tiempo ahora.

Michael titubeó.

-No estoy seguro -dijo sin disimular su desagrado-. No me importa que grabe lo que hablamos... es decir, en lo que concierne a usted. Pero lo cierto es que me disgusta que una conversación privada corra el riesgo de ser oída por cualquiera. Podemos hacer ciertos comentarios acerca del doctor Gordon y no quisiera que...

-No, no -se apresuró a decir Copeland-. Esto no sería oficial. Es sólo para mí. Simplemente para ahorrar tiempo.

-En fin -dijo Michael a regañadientes-, si cuento con su palabra en ese sentido...

-Gracias -dijo Copeland, poniendo el grabador en el escritorio de Michael-. Para empezar...

-¿Quiere un poco de café? -interrumpió Michael.

-No, gracias.

-Tal vez yo necesite uno. Estuve hablando desde la mañana. Le dije a la señorita Pritchard que nos sirviera un poco. Podría cancelarlo. ,

-No, está bien. Déjelo.

-Muy bien -dijo Michael, recobrando la apostura-, sigamos adelante.

Copeland inhaló profundamente. La transpiración le perlaba la frente y las manos.

-Bueno, para empezar: la última vez usted me habló acerca de su amistad con el doctor Gordon y acerca del encuentro que tuvieron en Londres.

-Después de casi cuarenta años.

-¿Fue en esa oportunidad cuando lo invitó a vivir aquí.?

-Sí. Era un viejo amigo y comprendí que enfrentaba circunstancias difíciles... Digamos que su situación era precaria.

-¿Recuerda la fecha exacta?

-Sí, por supuesto. Fue la mañana del día en que regresé de mi último viaje a Roma. Sería, déjeme recordar, el siete de enero. -Copeland se fijó en la libreta y Michael preguntó:- ¿La fecha tiene alguna importancia?

Normalmente Copeland habría desatendido una pregunta así, o la hubiera sorteado con un rodeo, pero carecía de la temeridad para hacerlo con Michael.

-El doctor Gordon embarcó una caja desde Ammán, Jordania, destinada a sí mismo, para ser entregada en el Museo de Historia Natural, y tenía curiosidad por saber si la había embarcado antes o después de saber que vendría a vivir aquí.

-¿Qué diferencia habría?

-Podría tratarse de un recurso para evitar una inspección aduanera.

-Ah, sí, comprendo.

-¿La caja fue entregada aquí?

-Así tengo entendido.

-¿El doctor Gordon le dijo qué contenía?

-Deduzco que se trataba de material arqueológico.

-¿El doctor Gordon no fue más específico? -La pregunta era directa pero en el tono de Copeland no.

-En realidad sí -dijo Michael sin vacilación-. Dijo algo acerca de un documento y unos restos fósiles. Mi impresión fue que en el momento no estaba muy seguro de qué había descubierto.

-¿Usted sabe qué pasó con ese material? Michael se encogió de hombros.

-Supongo que fueron trasladados a un sitio bastante más seguro.

Copeland miró la libreta.

-Creo que usted fue la primera persona que bajó al subsuelo después del deceso.

-Sí.

-¿No había rastros de la caja ni del contenido?

-No miré con atención, pero... -Movió la cabeza. Copeland se aclaró la garganta.

-Su Eminencia, ¿puedo preguntarle por qué bajó al cuarto del doctor Gordon después que él murió?

Michael no vaciló un segundo.

-Me lo había pedido él.

Copeland esperó a que Michael continuara. Como no lo hizo, preguntó:

-¿Por qué?

Michael se inclinó hacia adelante y se acodó en el escritorio, uniendo las yemas de los dedos.

-Permítame una sugerencia -dijo, mirándose los dedos mientras los flexionaba-. Deje eso para después. Tengo ciertas cosas para contarle, pero me parece más aconsejable que primero terminemos con las preguntas.

Copeland estuvo a punto de presionarlo para obtener una respuesta pero lo pensó dos veces.

-De acuerdo -dijo volviendo a su libreta-. Bien, entiendo que había dos cerrojos en el cuarto del subsuelo.

-¿Entiende? -sonrió Michael-. Pensé que el lunes los había visto, cuando bajó al cuarto con Jennifer.

Copeland se sonrojó.

-Lo siento. Claro que los vi. Presumo que usted tenía el otro juego de llaves.

Michael arqueó las cejas.

-Pero Copeland, sin duda usted lo sabe. La señorita Pritchard me comentó que le había hecho preguntas al respecto. No comprendo.

La frente de Copeland estaba más transpirada que antes.

-Es verdad. Lo siento. Estaba consultando las notas que no debía. -Volvió una página.

Michael prosiguió.

-Sí. El doctor Gordon quería estar absolutamente tranquilo, de modo que mandé hacer otro juego y se lo di.

-¿Esa preocupación por la privacidad, no le pareció anormal a usted?

-¿Anormal?

-Es decir, ¿acaso guardaba un secreto tan importante?

-Estoy seguro de que tenía buenas razones para comportarse así -dijo Michael-. Nunca cuestioné su conducta.

Copeland estudió sus notas.

-Volvamos al hecho de que después de su muerte no quedaron indicios del trabajo que realizaba. ¿Usted tiene alguna idea de lo que ocurrió con... el material arqueológico?

Michael arqueó las cejas y abrió las manos como si la respuesta fuera obvia.

-Yo supondría que una vez terminada la tarea él las había hecho trasladar a otra parte.

-¿El dijo que había terminado su tarea?

-La mañana del día en que murió.

-¿Podemos detenernos un poco en ésto? ¿Se lo dijo a usted la mañana del domingo de Pascua?

-Sí. Yo había dado un sermón en la catedral y cuando volví charlamos un poco.

-¿El doctor Gordon hizo alguna mención del traslado del material?

-No.

Copeland reflexionó un momento.

-Pero cualquiera diría que tuvo que pedir ayuda, en ese caso. Según los datos que tengo, la caja era bastante grande y pesaba unos ocho kilos. Y él tenía problemas cardíacos.

Michael se encogió de hombros.

-No era tan grande, y además Harris habría pensado que eso era admitir su debilidad. Desde que llegó aquí ni una vez le vi hacer una concesión a su angina. ¿Usted alguna vez lo vio cuidarse? -Copeland asintió.- Un temperamento bastante difícil.

-Para abreviar: ¿pudo hacer trasladar la caja ese domingo?

-¿Por qué no? Estuvo en casa todo el día.

Copeland miró sus notas y Michael añadió:

-Tal vez este dato le sirva. Ese día me preguntó si podía pedirme prestado el auto. Tal vez fue para trasladar sus cosas.

Maldita sea, pensó Copeland. ¿Ahora cómo ubico la caja? Harris podía haberla enviado a la vuelta de la esquina o al estado vecino. Ahora es una aguja en un pajar. Schultz me mata. Maldita sea.

Hojeó la libreta en busca de algo que le permitiera recobrarla pista. La cerró con disgusto y miró a Michael.

-Eso es todo por el momento. Antes me dijo que había cosas que quería contarme.

-En efecto -dijo Michael, reclinándose en el asiento y tamborileando el escritorio con los dedos-. Durante los tres meses en que el doctor Gordon vivió aquí, estuvo trabajando en un libro. No ignoraba, desde luego, que tal vez no lo terminaría nunca, a causa de sus problemas cardíacos, agudizados por la diabetes. En consecuencia me pidió, ante la inminencia de su muerte, que me responsabilizara por el trabajo. La noche que murió, bajé al subsuelo, tomé el manuscrito y me lo llevé.

A Copeland se le iluminó la cara. No todo estaba perdido.

-¿Todavía lo tiene?

-Así es.

-Maravilloso. Eso nos dirá en qué estaba trabajando. Michael movió la cabeza con lentitud.

-Me temo que no.

-¿Cómo...?

-No soy libre de dejárselo ver. El doctor Gordon me lo confió con la condición expresa de que no se publicara hasta diez años después de su muerte.

-¿Usted todavía lo tiene en sus manos?

-Está a buen recaudo.

-Pero, Eminencia -dijo Copeland incrédulo-, sin duda usted no está obligado por esa solicitud. Es decir, dadas las circunstancias... Se ha cometido un delito y el manuscrito sin duda arrojaría alguna luz al respecto.

Michael formuló la pregunta con lentitud y firmeza:

-Pero Copeland, ¿de veras se ha cometido un delito? ¿Qué se robó, precisamente, y de dónde?

La voz de Copeland vaciló.

-Eso es lo que tratamos de determinar. El gobierno israelí tiene razones para creer que el doctor Gordon sacó del país ciertos materiales arqueológicos sin permiso. Para la ley israelí eso es delito. Han pedido oficialmente al fiscal de distrito del condado de Nueva York que colabore con la investigación y tome las medidas necesarias para devolver lo que se robó.

Michael se inclinó hacia adelante.

-Copeland, discúlpeme -dijo con voz clara y razonable-. No quiero ponerme a discutir, pero no comprendo cómo se puede haber perpetrado un robo cuando no se sabe si alguien robó algo. Y, francamente, debo confesar que el procedimiento

del gobierno israelí me parece desmesurado e impropio. Están acusando a un muerto de haber cometido un delito que nadie sabe si se cometió.

-Pero la caja... -protestó Copeland-. La actitud reservada del doctor Gordon...

-¿Qué tiene que ver la caja? Usted dice que la embarcaron en Jordania, no en Israel. ¿Cómo sabemos que vino de

-¿Israel? ¿Sabemos si el contenido era robado? Yo creo que no.

Copeland estuvo a punto de replicar pero se contuvo. Había grandes lagunas en su información.

-¿Se siente libre para contarme de qué trataba el manuscrito? -dijo finalmente.

-Temo que no. Además no lo leí, ni me propongo hacerlo.

-¿Pero el doctor lo discutió con usted? -dijo Copeland, desesperado.

-Sí.

-Pero si lo discutió con usted, contármelo no sería una deslealtad.

Michael se recostó contra el respaldo.

-Temo que sí. Cuando se publique el libro, despertará grandes controversias, y si se lo diera a conocer prematuramente causaría mucho daño a muchas personas. Usted debe saber, Copeland, que no es infrecuente que un hombre escriba sus memorias y resuelva que no se publiquen hasta transcurridos unos años.

-¿Son sus memorias? Michael sonrió.

-No tome al pie de la letra todo lo que le digo. Simplemente estoy diciéndole que no cuento con la libertad de hacerle comentarios acerca del libro, el título o el tema de que trata.

Era un callejón sin salida. Copeland se mordió el labio inferior, frunciendo el ceño, los ojos fijos en el escritorio. Se inclinó hacia adelante, apagó el grabador y lo guardó en el bolsillo.

-De veras lo siento, Copeland -dijo Michael-. Entiendo su decepción. Pero sin duda sabrá comprender. El doctor Gordon me contó cosas que considero propias de una confesión. Se relacionan con el libro. Debe entender que como sacerdote tengo la obligación de no revelar nada de lo que me dijo. Aun cuando estuviera involucrado en un delito, algo que pongo muy en duda, yo no podría divulgarlo. Es una información privilegiada. -Hizo una pausa.- Como usted sabe es algo reconocido por la ley.

Llamaron a la puerta.

-Esa debe ser la señorita Pritchard con el café -dijo animosa' mente Michael-. ¡Adelante!

Cuando la señorita Pritchard entró con la bandeja, Copeland se levantó aturdido.

-Si no le molesta, Eminencia, creo que me retiraré.

-Por mí no se apure -dijo Michael-. Aún nos quedan más de veinte minutos.

-Gracias, pero ya le quité demasiado tiempo, Eminencia -dijo Copeland, dirigiéndose hacia la puerta-. Muchas gracias. -Le hizo un amable gesto a la señorita Pritchard y se retiró. Ella miró a Michael inquisitivamente.

-Sí, señorita Pritchard -dijo él-. Antes de cambiarme creo que beberé una taza.

Ella lo sirvió y se fue. Michael permaneció rodeado por el silencio del estudio, sorbiendo el café meditativamente.

-Dios, ¿por qué me has abandonado?

A las tres de la mañana Michael estaba de rodillas en el reclinatorio de su cuarto, rezando con devoción y perplejidad. -Padre, ¿por qué me ocultas tu rostro? Sin duda sabes que aunque me mates confiaré en ti. Y sin duda ves que estoy confundido. ¿Por qué te apartas de mi lado? ¿Por qué no me respondes? Padre, en otros días tuve la certidumbre de tu presencia. ¿Por qué no te encuentro ahora? Tu gracia me ha confortado, pero hoy siento frío en el corazón. No vienes, pese a mis súplicas. Grito y sólo me responde el silencio. ¿Por qué, Padre, por qué? ¿Por qué tratas así a tus servidores?

»Llamaste a tu servidor, Moisés, "Sígueme", le dijiste, y el sendero conducía al desierto y a una tumba desconocida. Le dijiste a tu servidor Job, "Sígueme", y él te

siguió sólo para encontrarse sentado en las cenizas de sus posesiones, con sólo un tiesto para rascarse. "Sígueme, Bautista", dijiste, y por el capricho de una bailarina, su cabeza fue a parar a una bandeja. "Sígueme, Simón, y sobre ti construiré mi Iglesia". Pero al final del camino había una cruz invertida y una agonía semejante a la del Señor. "Sígueme, Saulo", y sobrevinieron la persecución y el naufragio y la mordedura de la serpiente y la presión. "Sígueme, Juana", y hubo leños a sus pies y llamas delante de su rostro.

»Qué acertado estaba el Señor: "Si algún hombre quiere seguirme, que tome su cruz". "No llevéis nada con vosotros, salvo las ropas que vestís y las sandalias que calzáis". "Tomad vuestras pertenencias, dadlas a los pobres, y venid y seguidme".

»Así fue cuando me llamaste, Padre. "Sígueme", dijiste, y te seguí. En tablillas de piedra estaba escrito: "No matarás", pero escritos en las tablas de mi corazón encontré un mandamiento diferente. Y obedecí... hasta la muerte. Cumplí tus órdenes, Padre, pero los días pasan y la culpa no. Yace dentro de mí como la muerte gris. Me has exaltado sólo para derribarme. Como el salmista, Comí cenizas en vez de pan y mezclé mi bebida con llanto, y sin embargo no hay paz. Y ahora vuelven a perseguirme los sabuesos del infierno. El terrible secreto corre peligro. La tumba clama por la venganza de Harris... Oh Dios, ¿por qué me has abandonado?

Un suave golpe en la puerta.

-¡Jennifer!

-Lo siento, tío Michael.

En el corredor a oscuras se la veía muy pequeña en su amplia bata de franela, con el pelo caído y los ojos hinchados.

-¿Qué te ocurre, Jennifer? -Le rodeó los hombros con el brazo.- Pasa, pasa.

-Lo siento. ¿Te desperté?

-No. No estaba durmiendo.

-Me pareció que hablabas con alguien.

-Conmigo mismo. Pero estás temblando.

-No tiene importancia.

Michael no se quedó tranquilo hasta ponerle una manta en los hombros. Jennifer se sentó en el centro del sofá con las manos en el regazo. Una niña perdida.

-Tuve un mal sueño -dijo.

-¿Una de tus pesadillas? Ella sonrió vagamente.

-No, no estaba aferrada al borde de un precipicio. Era acerca de Copeland y de mí. -Le brillaron los ojos.

Michael guardó silencio pues no quería interrumpirla. Ella había venido a hablar y no quería entorpecerle el camino con palabras. Jennifer tragó saliva y parpadeó, conteniendo las lágrimas.

-Tengo tanto miedo -dijo.

-¿Miedo?

Las lágrimas asomaron nuevamente.

-Lo quiero tanto que me da miedo... -Buscó un pañuelo, pero la bata, por supuesto, no tenía bolsillos. Michael fue al baño y volvió con una caja de toallitas de papel. Ella se enjugó los ojos y se sonó la nariz.

-¿Riñeron?

-No, no. Nada de eso. Es sólo que soy tan feliz... Me da miedo. Sé que parece una tontería.

-¿Tienes miedo de que él no te ame?

-Oh, no. Sé que me ama.

Ahora comprendió.

-Eres tan feliz que temes que algo te arrebate esa felicidad, que alguna fuerza malévola destruya esto que es tan hermoso. Ella cabeceó vigorosamente, pues no confiaba en su voz. Los dos guardaron silencio un minuto y luego Michael añadió dulcemente:

-Creo que sería bueno que me contaras de qué se trata. Siempre que quieras hacerlo, desde luego.

Esas palabras le dieron a Jennifer la fuerza que necesitaba. Se enjugó las lágrimas, volvió a soplarse la nariz y se arrebujó en la manta. Tuvo que aclararse la garganta una vez más, pero luego su voz sonó segura.

-Te va a parecer un lugar común, pero lo quiero mucho. Sé que nunca quise a nadie así. Reúne todas las condiciones que me interesan en un hombre. Nos divertimos juntos, nos reímos de las cosas más tontas, pero podemos ser serios. Muy serios. Puedo hablarle acerca de cosas que nunca me atreví a discutir con nadie... -Sonrió y alzó los ojos, más animada.- ¿No es terrible? Parezco una colegiala que acaba de descubrir el amor.

Michael también sonrió.

-Sigue adelante. Me hace feliz escucharte.

Ella volvió a ponerse solemne, respiró profundamente y tuvo un escalofrío.

-¿Todavía sientes frío?

-No. -De pronto la voz de Jennifer fue muy intensa. .

-¿Qué me está pasando, tío Michael? Soy más feliz que nunca. No cambiaría nada en mi vida. Te tengo a ti, tengo mi trabajo, tengo a Copeland, y vamos a casarnos. Debería ser la persona más feliz del mundo. Y lo soy. Pero cuando me siento más feliz, de golpe vienen todos estos miedos y una voz dentro de mí parece decir: «Sí, ahora eres feliz. ¿Pero, por cuánto tiempo? Algo va a ocurrir». Es como si no tuviera derecho a ser feliz y como si mi felicidad atrajera el desastre.

-Ahora parecía exhausta. Se ajustó la manta al cuerpo.

-Comprendo -dijo él; esperó que ella prosiguiera.

-Lo más extraño -dijo ella, mirándolo directamente con un aire de perplejidad- es que me parece que es a Dios a quien temo.

-¿Quieres un poco de café? -preguntó Michael.

El brusco cambio de tema la sobresaltó un poco.

-En realidad sí -dijo.

La pava eléctrica hirvió rápidamente el agua. Michael ya había preparado dos tazas de café instantáneo. Ninguno de los dos habló mientras él lo servía. Jennifer aprovechó ese instante para ordenar sus emociones.

-Tendrá que ser negro -dijo Michael. Ella asintió, tomó la taza y sorbió el líquido humeante. Michael se sentó, y cuando los dos estuvieron listos, dijo-: ¿Has descubierto por qué tienes miedo?

Ella acariciaba la manta con el índice.

-Antes pensaba que tenía alguna relación con una culpa irresuelta. Esa es la explicación que me dio un amigo psiquiatra, pero de algún modo no parece apropiada.

-Dijiste que tal vez era a Dios a quien temías. ¿Qué te hace pensar eso?

-No sé. Me repito que es una tontería. Sé que Dios me ama, que yo lo amo. Pero luego me asaltan toda clase de dudas y oigo que mi mente dice: «¿Pero no fue Dios quien dejó que Joan se ahogara, quien dejó morir a papá y mamá?» Después muere tío Harris. Sé que estas cosas pasan en la vida, pero siempre parece haber una decepción

como premio a la esperanza. Tener esperanzas es peligroso, y por eso tengo miedo por Copeland y por mí.

Michael recordaba los momentos en que lo habían asaltado sentimientos similares: la sensación de estar solo y desamparado en un universo indiferente, incluso hostil; el no atreverse a esperar algo con demasiada ansiedad por temor a alimentar su frustración; el miedo de que algo en el corazón de la existencia atentara contra la alegría, la belleza y la felicidad. Pero cuando habló, su voz era firme y resuelta.

-Es una cuestión difícil. Supongo que todos se plantean esas preguntas tarde o temprano. Tal vez, Jennifer, sí tenga algo que ver con la culpa. No la culpa de que te eximes en el confesionario, sino la culpa de que hablan los psiquiatras. La psiquiatría dice un montón de disparates pero a veces no carece de razón. Creo que en nuestra memoria se fijan recuerdos de hechos que sucedieron cuando éramos muy jóvenes e impresionables y nuestra mente lo absorbía todo como un secante. De niños nos enseñan que las cosas suelen dividirse en dos categorías, lo bueno y lo malo, y que las malas acciones son castigadas. Nos dicen «No toques la hornilla» o «No le tires de la cola al perro» o «No te pongas eso en la boca». Desobedecemos y nos quemamos, o nos muerden, o sentimos un sabor desagradable. Comprobamos que la desobediencia acarrea dolor o infelicidad.

»Pero pronto aprendemos algo más: que a veces podemos desobedecer sin sufrir necesariamente esas consecuencias. Nos dicen "No mientas", o "No le contestes a tu padre", o "No olvides de rezar tus oraciones", y observamos que al desobedecer esas órdenes podemos sufrir dolor e infelicidad, tal vez una paliza, o peor, la reprobación de alguien a quien queremos, o podemos no sufrirlas. Advertimos que si la persona amada no percibe nuestra desobediencia escapamos al castigo. El problema es, sin embargo, que con nuestras simples nociones de causa y efecto suponemos que a la desobediencia seguirá el castigo, y presumimos que si la persona amada lo descubre, el castigo sobrevendrá de todos modos. Luego, cuando esa persona nos trata bien y somos felices, de pronto recordamos esa falta sin castigar y nos sentimos culpables.

Bebió un sorbo de café.

-No sé si todo esto es cierto o no, pero parece razonable creer que en épocas tempranas de la vida pudimos cometer faltas relativamente inocentes y que nos produjeron sentimientos de culpa desproporcionados, y sin embargo hemos sepultado esa culpa con la convicción de que el castigo sobrevendrá de todos modos. Luego, cuando nos sentimos extraordinariamente felices, esa culpa olvidada se activa y nos advierte: «Ojo, la deuda que no pagaste pronto deberá ser saldada.»

Jennifer lo había escuchado atentamente pero con una expresión vagamente incrédula.

-Hay otro factor, por supuesto -prosiguió Michael-. Como cristianos recibimos otra serie de órdenes, y con frecuencia las desobedecemos. Afortunadamente, nos podemos librar de casi todas esas culpas confesándolas. A veces me pregunto, Jennifer, si a menudo no confundimos las diferentes clases de culpa y las diferentes personas amadas. -Sonrió.- Tal vez por eso tienes miedo de Dios.

Jennifer tardó un instante en responder.

-Supongo que es posible -dijo con lentitud. Aún conservaba su expresión de incredulidad-. Pero de algún modo no me parece que ese caso sea el mío.

-¿Por qué?

-Porque tres veces en la vida he sido muy, muy feliz. Claro que no fueron las únicas, pero tres veces en particular. Con Joan, por ejemplo: teníamos catorce años, era mi mejor amiga y yo la adoraba. Éramos como hermanas. Me invitó para ir a un

campamento con ella. Hacía años que yo quería ir. Papá dijo que sí. Cuando llegué allí era aún mejor de lo que había soñado. Una tarde Joan me pidió que la acompañara a remar, pero la noche anterior yo había conocido un chico y le dije que me quedaría para lavarme el pelo. De modo que fue sola... y se ahogó. Cuando trajeron el cadáver no lo pude creer.

»Sabes lo de papá y mamá, desde luego, pero tal vez no sabes que ese era uno de los días más felices de mi vida. Todo era perfecto. Acababa de terminar la escuela secundaria. Se suponía que yo no estaba enterada, pero había descubierto que mamá y papá iban a regalarme un gatito que me gustaba muchísimo. Y había muchas otras cosas. Y después....-Contuvo las lágrimas.- Y después, del modo más repentino e inesperado, los perdí. Recuerdo que en el funeral pensé que después de la ceremonia iría a la tumba y me ocultaría en ella para estar allí cuando palearan la tierra.

-¿Más café? -interrumpió Michael para darle tiempo a que recobrara el dominio de sí. Ella movió la cabeza. El sabía que esos recuerdos herían como cuchillos, pero también sabía que Jennifer quería continuar. Y el corazón se le estrujaba, pues sabía lo que venía ahora.

-Luego el tío Harris. Es extraño cómo me apegué a él. Era un hombre raro. Nunca lo entendí del todo y a Copeland no le caía nada bien. Pero en él había muchísimo amor y por eso mismo se cuidaba de manifestarlo. Creo que necesitaba que yo le besara la mejilla cuando nos veíamos, y a mí también me hacía bien. No sé por qué. Hay mucha gente que me quiere: Copeland, tú, hasta la señorita Pritchard, que dice que soy su tesoro o algo por el estilo. Pero a tío Harris lo necesitaba por otros motivos. Recién empezábamos a conocernos.

Jennifer estaba tan absorta en sus pensamientos que no percibió la palidez de Michael.

-Tío Michael, es algo más que culpa residual, es... -Trató de encontrar las palabras apropiadas.- Realmente creo que cuando soy feliz resulta peligroso para lo que amo.

Michael tardó en responder, pero cuando lo hizo había logrado reprimir la náusea.

-No sé, Jennifer, si las respuestas que te ofrecí eran ciertas o no. Lo que sí sé es que lo que acabas de decir no es cierto. Créeme, Jennifer, eso es pura superstición. Es como el vudú, el mal de ojo, los médicos-brujos y las muñecas pinchadas con alfileres. ¡Es una mentira!

Jennifer agachó la cabeza. Las lágrimas le humedecían las manos entrelazadas.

-Jennifer, querida, de lo que en realidad estás hablando es del riesgo de amar. Cuando amas das parte de ti misma a otra persona y esa persona puede herirte. Hay peligro en el amor, sí, pero corre por tu cuenta. El amor es una extensión de tu personalidad, y te hace vulnerable. Cuando algo le ocurre a la persona que amas te ocurre a ti también. Mira a la madre inclinada sobre el hijo enfermo: ¿quién sufre más, la madre o el niño? Amar es vivir peligrosamente, pero quien no ama no vive con plenitud.

»Piensa un momento, Jennifer. Lo que dijiste no tiene sentido. ¿Acaso tú no me amas a mí, y yo a ti? ¿Y acaso esa felicidad no ha perdurado sin fisuras a lo largo de los años? Mencionaste a la señorita Pritchard. ¿Dónde ha estado el peligro de ese amor? Jennifer, querida, la vida a veces asesta golpes crueles y a menudo parecen inmotivados. Tal vez lo sean, pero no podemos dejar que la vida sea nada más que una reacción ante esos golpes. Son dolorosos, temibles, y a veces parecen intolerables, pero son sólo una parte de la vida. -Se interrumpió y dijo:- Mírame. -Ella lo miró con

Librodot

los ojos llorosos.- La vida ha sido cruel contigo a veces -dijo Michael, lagrimeando a su vez-, pero también te ha dado más amor del que muchos tienen. Eso tampoco debes olvidarlo.

Ella se levantó del sofá, se acercó a Michael y se le sentó en el regazo, temblando. El la estrechó y apoyó la mejilla contra la cabeza de Jennifer y lloró con ella. El también pensaba en el riesgo de amar a Dios.

22 de mayo

Su Eminencia,
Cardenal Michael Maloney, Archidiócesis de Nueva York, Avenida Madison 452, Ciudad de Nueva York, N. Y. 10022 EE. UU.

Querido Michael:

El tiempo de los milagros no se ha ido (aunque me gustaría ver más evidencias concretas de ello) pues, como puedes comprobar, mi mano artrítica ha tomado la pluma para escribirte acerca de ciertas cuestiones que se han presentado y convendría que tú no ignores.

Me dicen que cuando el ejército norteamericano estuvo aquí empleaba una pintoresca frase para describir coloquialmente el estado de la vida militar: Situación Normal;

Todo Confuso. (No ignoro, podría agregar, que algunos sustituían el «confuso» por una palabra más contundente.) Sea como fuere, la frase es particularmente apta para describir la situación. Todo sigue igual salvo (a) las impertinencias de la prensa, (b) el creciente número de Santidad, y (c) el empeño con que Benedetti prosigue con sus maquinaciones, de lo cual te hablaré más tarde.

El mandamiento del Señor «Que tu sí sea sí y que tu no sea no» ya no se cumple en el Vaticano. No pasa una hora sin que nos veamos obligados a torcer, alterar, disfrazar, mutilar o violentar la verdad para responder a los periodistas, que nunca se cansan de entrometerse. El juego casi se ha institucionalizado. La ironía es que obviamente ellos no creen una palabra de nuestros anuncios oficiales acerca del estado del Padre Santo, y nosotros sabemos eso y ellos saben que nosotros sabemos, pero seguimos bailando solemnemente nuestro cotidiano minué. De vez en cuando me tocó a mí enfrentar a los chacales, y me limité a dejar de lado mi compromiso con la verdad en esos momentos y confiar en la compasiva comprensión de Nuestro Señor. La advertencia de que todos los mentirosos terminarán en el lago que arde con fuego y azufre no deja de inquietarme, pero me consuelo pensando que no predijo ningún malpara quienes prevarican por servir a Dios.

F Qué puedo decirte acerca del Santo Padre, salvo que su estado empeora aunque en cierta forma sigue igual? No me detendré en esto, pues es desesperante. A veces veo sus dedos tirando del cobertor de la cama (permanezco con él una hora por día) y pienso qué tenue es el lazo que lo une a la vida. Lloro al verlo: demacrado a tal punto que no lo creerías; más delgado de lo que nunca lo viste; tiene un tubo de plástico insertado en una fosa nasal, otro en el brazo, para el plasma, hay cables que

le llegan al pecho para registrar las palpitaciones del corazón, que suenan como un chillido y se ven en la pantalla de una de las tantas máquinas que rodean la cama y que me recuerdan los artefactos que rodean un avión cuando le ponen combustible. Yace inmóvil, la mirada fija. Cuando uno se acerca, no demuestra reconocerte, no reacciona. Parece contemplar el vacío. Los médicos no hacen nada por alterar mi creciente desdén por su profesión: murmuran misteriosamente, a veces como teólogos, emiten sus diversos pronósticos sin decir nada en concreto.

A otra cosa: temo que estás perdiendo terreno en lo que se refiere a las posibilidades de suceder a nuestro amado Gregorio. Ojalá te fuera posible venir más a menudo. Incluso te pediría que lo hicieras. (Eso de que la distancia y la ausencia nutren el afecto es una vulgar mentira.) A quienes me preguntan, no les oculto mi preferencia y a veces los obligo a compartir mi punto de vista. Sin embargo, Benedetti y su pequeño grupo de acólitos no se detienen por ello y no parecen cejar en sus esfuerzos. A veces uno tiene la esperanza (y el anhelo es, tal vez, padre del pensamiento) de que este afán sin tapujos por el galardón sea la causa del fracaso de Benedetti. ¡Si la justicia siempre fuera justa! Uno también confía en que finalmente la elección no dependa del Colegio sino de Nuestro Señor. Podría decirse, sin embargo, y sin irreverencia, que El y nosotros estamos por ahora en desventaja.

Por lo que he oído y averiguado, estoy seguro de que en otras partes tú cuentas con más apoyo que él. El problema está aquí. Hay que admitir que elegir un papa no italiano implicaría una flagrante ruptura de la tradición. Algunos cuyas mentes están tan endurecidas como sus arterias, juzgan esa posibilidad intolerable y ni siquiera soportan contemplarla. Pero hay mentes abiertas, y en ellas radica la esperanza de la Iglesia.

No me importa ser maquiavélico si las circunstancias lo requieren, y últimamente me ha asaltado una idea algo perversa. Tal vez recuerdes mis palabras con respecto a la donación de esa dama inglesa cuyo nombre ahora no recuerdo. Yo alteraría el consejo que te di entonces. Si la dama sigue dispuesta a hacer la donación mencionada en su carta al Santo Padre, ¿es posible que la induzcas a que cambie el beneficiario? En lugar de donar el dinero al hospital, por muy necesario que sea, podrías convencerla de que su generosidad sea aprovecha para la remodelación del Vaticano? Se necesitan muchos arreglos pero no hay fondos. Si ella aceptara la propuesta, además del bien inmediato que haría, el hecho de que tú entregaras aquí la suma ofertada impresionaría a muchos que no se deciden a aceptar que deberíamos estrechar nuestras relaciones con los Estados Unidos... de donde manan todas las bendiciones. Es indigno de mí sugerir algo semejante, pero con frecuencia sugiero cosas indignas. Confío en que no te importará ser igualmente indigno y considerarás la idea.

Ahora mis dedos endurecidos dejarán la pluma y me iré a confesar. Te saludo desde la distancia,

en el amor de Cristo,

Paolo Rinsonelli

-Creí que Copeland iba a cenar con nosotros.

-Sí, pero tuvo que irse a Israel.

-¿A Israel?

-Esta mañana lo llevé al aeropuerto. ¿Quieres brécoles?

-Está bien, gracias.

-Piensan que tal vez allí encuentre alguna pista. La investigación no marcha bien.

-Debo confesar, Jennifer, que todo este asunto me disgusta un poco.

-Te entiendo.

-Especialmente el hecho de que se lo hayan asignado a Copeland. Sus superiores no han demostrado demasiado juicio. -Fue él quien pidió que se lo asignaran. Le pareció preferible a permitir que se entrometiera un extraño.

-Aprecio el gesto, pero a veces casi parece estar aprovechándose de sus... eh... sus relaciones con esta casa.

-Estoy segura de que no es intencional.

-La señorita Pritchard habló conmigo. Tuve la impresión de que él la trató con bastante rudeza.

-Exageraciones de ella. Le hizo muchas preguntas, pero es su trabajo.

-Lo sé.

-Y ella fue evasiva.

-Copeland parece... Bueno, hay un solo modo de decirlo: parece sospechar del doctor Gordon.

-Temo que sí.

-Es casi obsesivo al respecto.

-¿Quieres que te traiga el café?

-Gracias.

-La sacarina está en esa pequeña fuente. Es de un tipo nuevo, granulado.

-Jennifer, esto es un poco embarazoso, pero me parece que Copeland está dándole demasiada importancia a esta investigación. Si venía esta noche iba a conversar con él. Me llamaron del garaje Mason.

-¿Dónde guardas el auto?

-El administrador, el señor Jenkins. Copeland lo llamó para preguntar si el domingo de Pascua habían usado mi auto.

-No comprendo. ¿Para qué querría saberlo?

-Eso es lo que intrigó a Jenkins. Lo que ocurre es que le dije a Copeland que Harris había preguntado si podía pedirme prestado el auto el domingo de Pascua. De hecho lo hizo, aunque no lo usó. Por alguna razón Copeland llamó a Mason para preguntarle.

-Realmente no comprendo.

-Lo que me disgusta es la connotación. Casi pareciera que está dudando de mis palabras.

-Tío Michael, lo siento. Estoy segura de que debe haber alguna explicación.

-Es posible. Pero como podrás imaginar...

-Voy a preguntarle.

-No quisiera que hicieras eso.

-No. Le hablaré en cuanto vuelva.

4

El avión sobrevolaba las aguas azules del Mediterráneo, que resplandecían bajo el sol de la mañana sin que una brisa perturbara su tranquilidad. Abajo, todos los movimientos parecían suspendidos, y sólo de vez en cuando una gaviota interrumpía esa quietud al planear con las alas abiertas antes de perderse de vista. Dentro de la cabina reinaba una vaga excitación, producida por las luces de los letreros que indicaban que había que ajustarse los cinturones de seguridad, intensificada por la prohibición de fumar a bordo y exacerbada por el anuncio de «Aterrizaremos en Israel en unos diez minutos». La excitación llegó a su punto culminante cuando el sistema sonoro difundió las notas rítmicas y contagiosas de Hava negila. Todos se acercaron a las ventanillas ansiosos de ver tierra.

-¡Allá está! -gritó una voz, y docenas de voces repitieron el grito con diversos tonos. Y en efecto, allí estaba: ¡Israel! Pero, para decepción de muchos, no parecía Israel. Más bien parecía Florida: una serie de hoteles de lujo alineados frente al mar, brazos de piedra tendidos hacia el agua, calles geométricas,

rectángulos de edificios amontonados, todo ello velado por un manto de smog color azafrán.

Luego el avión pasó más allá de Tel Aviv y allí estaba Israel. El auténtico Israel, un paisaje que evocaba mil fotografías: la tierra resquebrajada, los olivares polvorientos, las palmeras desgreñadas, las colinas escalonadas y resecas, las montañas castaño oscuro. Hasta las casas de techo chato resultaban familiares y extrañamente satisfactorias, como el recuerdo de un sueño.

La cabina era una Babel, pues todos hacían indicaciones para mirar y nadie escuchaba a los demás. Gopeland miró a su alrededor y deseó ser judío. Ya con las ropas negras y el sombrero y la barba de los ortodoxos, la sobria prestancia de «Pucchi» o la elegancia artificiosa de «Macy's», ya hablaran inglés, yiddish, hebreo o cualquier otro idioma, ya jóvenes o viejos, los judíos de a bordo temblaban de emoción. Toda su vida, todas sus tradiciones, todo lo que en ellos había de judío revivía, humedeciéndoles los ojos y haciéndoles un nudo en la garganta. Copeland advirtió que él mismo estaba a punto de llorar y le alegró haber venido a Israel.

No había sido fácil de arreglar. Schultz se había opuesto desde el principio.

-¡Bendito sea Dios! -había estallado-. Tú quieres ir a Israel y yo ni siquiera puedo conseguir que me reemplacen la maldita lámpara del escritorio. ¡Imposible! Ahora entiendo por qué querías que te asignaran el caso. ¡Imposible!

Copeland había explicado las lagunas que había en su información y enfatizó que a menos de que las llenara era imposible proseguir. Luego, sintiéndose animosamente maquiavélico, arrojó al escritorio de Schultz el ejemplar del Jerusalem Post que había comprado en un quiosco de la estación Grand Central.

-¿Y esto qué es? -Dijo desdeñosamente Schultz, echando la cabeza hacia atrás para ver a través de las gafas-. ¿Te han mencionado en este diario hebreo?

Copeland señaló un encabezamiento de tres columnas en la primera plana:

PRESUNTO ROBO DE
ROLLOS DEL MAR MUERTO

Librodot

El artículo citaba la opinión del ministro en jefe del Departamento de Antigüedades y Museos con respecto a la presunción de que cerca de Qumran se había descubierto un antiguo manuscrito que luego había salido del país sin permiso del

gobierno israelí. El hallazgo pertenecía a un ciudadano de los Estados Unidos, un conocido arqueólogo. El periodista, sin duda exagerando una historia para la que casi carecía de hechos confirmados, hacía hincapié en el «No haré comentarios» de Eleazar Kauffman, el ministro, cuando le preguntaron si se había comunicado oficialmente con las autoridades norteamericanas para tramitarla devolución del manuscrito. «Entretanto -proseguía el texto- el Post ha averiguado que al fiscal de distrito del condado de Nueva York se le solicitó emprender una investigación oficial.»

-¡Hijo de perra! -gruñó Schultz-. Si la prensa está al tanto, las cosas empeorarán.

-A eso voy -dijo Copeland.

Schultz mordisqueó con ferocidad la punta del cigarro y farfulló una maldición al ver que había arrancado parte de la envoltura. La escupió sobre el escritorio y la tiró al suelo con un movimiento del brazo.

-¿Cuándo salgo? -dijo Copeland, esforzándose por reprimir una sonrisa.

-Mañana a la mañana. Los pasajes estarán en tu casa esta noche. Ahora largo de aquí.

Copeland acababa de dejar la oficina cuando un chillido de Schultz lo obligó a regresar. La cabeza del capitán estaba nimbada de humo.

-Mejor que encuentres ese maldito documento -rugió, y añadió con una sonrisa-: o le mandaré un cable a la aviación militar siria informándole en qué hotel estás. -Cuando Copeland salió, oyó las risitas del capitán, que festejaba su propia broma.

Veinticuatro horas más tarde estaba en el balcón de su cuarto, en el piso catorce del «Plaza de Jerusalén», mirando la ciudad. Abajo, a la derecha, estaba la moderna Jerusalén, con las calles atestadas de tráfico. A la izquierda estaban los muros de la ciudad vieja, y en la brumosa distancia se perfilaban las montañas que descendían al mar Muerto.

¡Jerusalén! Símbolo sagrado para más de mil millones de judíos, árabes y cristianos, ciudad santa de las tres grandes religiones monoteístas, centro del mundo en los mapas medievales. ¿Qué tierra ha visto tantas batallas en el decurso de los siglos, cuál fue tan codiciada por reyes y califas, más añorada por los exiliados? En este pliegue de roca, a unos ochocientos metros sobre el nivel del mar, la sangre de babilonios, macedonios, Ptolomeos, Seléucidas, romanos, bizantinos, persas, árabes,

cruzados, mongoles, mamelucos, británicos, palestinos, jordanos y judíos, ha teñido la piedra y abonado el suelo. ¿Qué tierra ha visto tanto odio y ha sido objeto de tanta devoción? Tanto los judíos como los árabes recuerdan la llegada a este territorio de su padre común, Abrahán. Fue en una roca chata que corona el monte Moriah, sostiene la tradición, donde Abrahán condujo a su hijo Isaac para sacrificarlo según el mandato de Dios. Unos mil años más tarde el rey David arrebató el lugar a los jebuseos y trajo allí el Arca de la Alianza. Alrededor su hijo Salomón hizo erigir el primer templo. Pasaron mil años de guerra y tiranía, y Jesús de Nazareth caminó por las calles de la ciudad y predicó en el nuevo templo y murió fuera de las murallas. Trescientos años más tarde el emperador Constantino la designó corazón de la cristiandad y centro del mundo. Más tarde, desde esa misma roca sagrada del monte Moriah, Mahoma brincó al cielo.

Habían de seguir aún muchas batallas, muchas voces se elevarían llevadas por la furia, el júbilo, el dolor y la devoción, se derramaría aún mucha sangre. Y mirando la ciudad desde lo alto, Copeland percibió el tumulto de los siglos.

Entró a la habitación, tomó el teléfono y llamó al Departamento de Antigüedades y Museos. Ocupado. Intentó tres veces más, sin éxito. Decidió ducharse y cambiarse. Después llamó de nuevo. Sonaba pero no atendían. Salió al balcón, algo abatido.

El sol se había puesto, pero el crepúsculo ensangrentaba el cielo. La luna circular pendía sobre el borde de las montañas. Pero en los pocos minutos que había permanecido adentro, algo había cambiado. Ahora reinaba el silencio. Las calles estaban vacías. Salvo por un taxi, el tráfico había desaparecido y las aceras estaban desiertas. Un raid aéreo, pensó. Pero no se había oído ninguna sirena. Tal vez el ruido del agua dula ducha había tapado el sonido. ¿Pero por qué no sonaban ahora? Silencio, salvo por los distantes ladridos de un perro histérico.

Volvió adentro y llamó al conmutador.

-Shalom -dijo una voz.

-Shalom -dijo él, sin evidenciar la vaga aprensión que sentía-. ¿Qué pasa?

-¿Cómo, señor?

-¿Qué pasa? Las calles están vacías. Una pausa y luego una risa.

-Oh, eso. Es Sbabbat, el sábado, señor.

-Por supuesto -dijo él, incómodo.

-Empieza a caer el sol.

-Sí, ya sé. Gracias.

Por supuesto. El sábado. No se viajaba salvo -¿cómo se decía?- para recorrer «el trayecto de un día sábado». Recordaba vagamente, por las enseñanzas religiosas de la infancia, que el límite era una milla, pero no estaba seguro. El sábado: eso significaba, desde luego, que las reparticiones oficiales estaban cerradas. Tal vez podría comunicarse con Uri Shahak, el secretario de prensa. Buscó el número de la casa y llamó. No atendieron. Se puso la chaqueta: iría a tomar algo y decidiría qué hacer.

Frente a los ascensores había un letrero que indicaba el «ascensor del sábado». Oprimió el botón. El ascensor llegó al cabo de un rato. Cuando él había subido a su habitación no había ascensorista. Ahora lo manejaba un joven de menos de veinte años. Aunque Copeland era el único pasajero, el muchacho bajó deteniéndose en cada piso.

En el lobby, Copeland compró el Jerusalem Post, bajó al salón vacío, ordenó una copa de Avdat, el vino blanco israelí, y echó un vistazo al diario. No había referencias al robo del manuscrito. Vagabundeó por el lobby casi desierto, miró los escaparates de las boutiques cerradas, y salió del hotel. Dos taxis «Mercedes» estaban estacionados junto a la acera. Los chóferes charlaban ociosamente. Cuando se acercó lo miraron.

-¿Taxi, señor? -preguntó uno-. El sepulcro del jardín, la Ciudad Vieja, la Iglesia del Santo Sepulcro...

-¿Cuánto se tarda en llegar a Qumran?

La cara del chófer se iluminó ante la perspectiva de un viaje largo en un día de fiesta normalmente improductivo.

-No es nada -dijo-. Menos de una hora.

-Hoy es demasiado tarde -dijo Copeland-. Tal vez mañana a la mañana.

Más allá, en la calle Rey Jorge, se congregaba una multitud.

-¿Qué pasa? -preguntó.

El chófer miró por encima del hombro.

-La sinagoga -dijo simplemente.

Por eso Shahak no está en casa, pensó Copeland. Intentaré de nuevo más tarde.

Dio un largo paseo por las calles silenciosas y después de la cena fue a visitar al secretario de prensa. El taxi lo dejó frente a una hermosa casa en una calle residencial.

El hijo de Shahak, un joven moreno y apuesto con uniforme de la fuerza aérea, lo recibió con un apretón de manos. Después de las presentaciones y saludos de cortesía, Copeland compartió una copa de brandy con Shahak y la esposa. Ella permanecía con la vista gacha, tejiendo una manta.

Simpatizó de inmediato con el secretario. Era un cincuentón con cara de querubín. En su frente ancha se destacaba una arruga con forma de medialuna, acentuada por una cicatriz rosada y reluciente. (Más tarde Copeland supo que le habían insertado una placa en el cráneo, pues la artillería enemiga lo había herido.) Tenía pelo grueso, cortado al ras, obviamente difícil de peinar o cepillar. Solía acariciárselo con la palma, y sin duda gozaba de esa sensación.

-Lo cierto -dijo una vez que Copeland explicó el problema es que no sabemos qué se robó. El artículo del Postes excesivamente especulativo. El robo tuvo lugar en Qumran: Ergo, es otro rollo.

-¿Usted cómo se enteró?

-En realidad pasó un tiempo antes que se descubriera, y se descubrió por accidente. El encargado del Rockefeller estaba guiando a un grupo de académicos británicos por la zona del mar Muerto, y cuando estaban por irse de Qumran el vendedor de entradas les preguntó qué había pasado con los nuevos rollos. A Avraham, Avraham Pomerantz, el encargado, le sonó extraño, de modo que preguntó por qué lo decía. Resultó que en diciembre un hombre que se había identificado como del Museo, había recorrido el área durante diez días y había realizado alguna excavación en un promontorio cercano, llevándose algo en una caja. Contrató un árabe para que lo ayudara. Avraham le preguntó al empleado por qué no había intervenido y él respondió que pensaba que el hombre era del departamento; la primera vez que lo vio conducía un auto oficial con las insignias del gobierno.

-De modo que investigaron a quién se le había asignado un auto...

-Exactamente. Hubo problemas en establecer la fecha, pero al fin se solucionaron. Se dio cuenta del uso de todos los autos, salvo una camioneta que conducía el doctor Harris Gordon.

-¿El formaba parte del personal del museo?

-No, pero todos lo conocían. Habían hecho excavaciones juntos. El había trabajado en la Escuela Norteamericana de Estudios Orientales.

-El murió. ¿Usted lo sabía?

-En realidad no lo sabía cuando emprendimos la investigación. Los diarios locales no publicaron la noticia. Avraham le escribió a la universidad de Albright y le devolvieron las cartas. Finalmente envió un telegrama al decano y éste escribió que sabía que el doctor Gordon estaba en Nueva York pero ignoraba el domicilio. De modo que nuestra gente se puso en contacto con el fiscal de distrito.

-¿Qué supone que descubrió? Shahak se encogió de hombros.

-No tengo la menor idea. No parece tener sentido. Si era un hallazgo importante, otro rollo por ejemplo, el procedimiento normal habría consistido en llevarlo al museo e informar al departamento. Necesitaría alguna ayuda, y era el lugar más apropiado. Sin duda habrían reconocido su mérito y desde luego lo habrían remunerado. Eso es lo que me hace dudar que fuera un manuscrito.

-¿Usted dice que un árabe lo ayudó?

-Sí, pero en ese aspecto no creo que yo pueda serle útil. Lo contrató en Ammán. Qumran está en la Margen Oeste, que como usted sabe depende del gobierno israelí. -Arqueó las cejas.- Los jordanos no están muy dispuestos a colaborar. Esperábamos que ustedes tuvieran alguna respuesta.

Copeland movió la cabeza.

-Estamos en un callejón sin salida. Por eso estoy aquí. Si se llevó algo, desapareció. -Se levantó para despedirse.- Veré si puedo pescar a ese árabe en Ammán. A la mañana salgo para Qumran.

Se comprendía por qué los antiguos hablaban de «subir a Jerusalén». Copeland, después de pedir un coche oficial y abrirse paso por la ciudad para salir a la carretera, descubrió que el viaje era casi todo cuesta abajo. Alejándose de los suburbios, la carretera serpenteaba por las faldas inferiores de las montañas, descendiendo como el agua hacia el terreno más bajo. De vez en cuando se cruzaba con la carretera vieja y sólo ocasionalmente escalaba un risco o un promontorio. La estación de las lluvias había durado poco y la vegetación que había podido brotar del suelo estéril estaba descolorida por el esfuerzo. Era un terreno montañoso, desierto. La roca parecía blanqueada por siglos de sol. No había aldeas en el camino. De vez en cuando se avistaba un rebaño de cabras u ovejas seguidas por una mujer esbelta, que caminaba en las rocas con tanta agilidad como los animales. También había signos de muerte: buitres que revoloteaban en busca de otros despojos que no fueran los tanques y camiones herrumbrados que yacían a los lados de la carretera.

En el desvío a Jericó, Copeland tomó a la derecha. A la izquierda se extendía la desolación del mar Muerto, unos cuatrocientos metros bajo el nivel del mar: esa costa era el punto más bajo de la tierra. La superficie yacía sin vida bajo el sol implacable, la profundidad era tan salina que ninguna criatura podía vivir allí, las aguas tan densas que un nadador flotaba sin dificultad. En las costas pedregosas no había junquillos, algas ni arbustos. El río Jordán y unos pocos arroyos de montaña desembocaban en él, pero ninguno nace en él: el sol y el aire del desierto evaporan lo que sobra.

Adelante había una ladera ripiosa que ascendía hasta una estribación de montañas desparejas de unos mil doscientos metros de altura, recortadas contra el cielo índigo, que se perdían en el sur del horizonte. Copeland vio una extensión de roca desnuda, y encima, internándose en el costado más abrupto de las montañas bermejas, cuevas. Sintió una extraña excitación. ¡Qumran! El lugar de los rollos del mar Muerto. La antigua comunidad donde un grupo renegado de judíos ascéticos había amado a su Dios con disciplina inflexible. La zona donde se habían encontrado los manuscritos bíblicos más antiguos, casi mil años más antiguos que los que se conocían anteriormente.

Dobló en una playa de estacionamiento y se acercó a la garita donde trabajaba el vendedor de entradas. El hombre salió, y una vez que Copeland se identificó y explicó su misión, se sentaron juntos a la sombra. Una brisa fresca soplaba desde el mar.

-Sí -dijo el hombre-, lo recuerdo muy bien.

Era un árabe de piel oscura y ojos y pelo negro, pero salvo por el kaffiyeh de la cabeza vestía ropas occidentales. Hablaba un perfecto inglés, con un acento flemático.

-En diciembre vino todos los días durante alrededor de una semana. Un hombre extraño y pequeño; como un pájaro. Estaba casi todo el tiempo en las ruinas. Más tarde escaló ese peñasco. -Señaló un gran promontorio que se erguía sobre la cuesta que ascendía a la base de las montañas. El hombre siguió describiendo las actividades de Harris, frunciendo los labios cuando una pregunta lo obligaba a hurgar en su memoria. Habló del día en que Harris le había preguntado dónde podía encontrar a un hombre con un camión pequeño.

-¿Parecía excitado?

-Mucho. Pese al sol tenía la cara pálida. Recuerdo que pensé que no debía sentirse bien.

-¿Usted encontró un hombre?

-Lo envié a un amigo de Jericó, pero no estaba en casa. Encontró otra persona.

-¿Usted conoce al hombre que contrató?

-Nunca lo había visto antes. Era de Ammán.

-¿Las características del vehículo?

El hombre volvió a fruncir los labios y al fin movió la cabeza con lentitud.

-No.

-¿El color? ¿El modelo? Cualquier cosa.

-Era... creo que ustedes lo llaman una «pickup. Negra, me parece... o azul. Azul oscuro, creo.

Copeland vagó sin rumbo entre las ruinas parcialmente reconstruidas, esperando que en alguna parte de su cerebro dos hechos se conectaran para modelar una conclusión coherente. A los pocos minutos las ruinas le despertaron curiosidad. Empezó a imaginar a esa austera comunidad de hombres y mujeres que por amor a Dios se habían alejado de sus hogares para vivir en esta tierra calcinada. Le pareció ver a los hombres vigilando desde los muros y la torre temerosos de los romanos y otros merodeadores. Los vio trabajando al sol para construir los acueductos que conducirían el agua de las montañas a los tanques y las enormes cisternas talladas a mano en la roca viva; los vio trabajando en las cocinas, en el taller del alfarero; los vio reunidos alrededor de la mesa común, congregados para rezar, trabajando silenciosamente en el scriptorium, copiando con mucho cuidado -en cuero o papiro, o hasta en láminas de cobre- las escrituras, los comentarios y el Manual de Disciplina. Sintió el miedo que se posesionaba de la comunidad cuando veían la proximidad del fin y el asedio de los romanos estaba apunto de vencer sus defensas. Los imaginó afanosos de ocultarlos manuscritos. Envueltos en mantos y mantillas de lino, los habían escondido en vasijas, dejándolos en las cuevas del promontorio o en las montañas cercanas. De pie en la estructura de madera que reproducía la torre de vigilancia, Copeland vio cómo las aborrecidas legiones atacaban los muros hasta abrir una brecha por donde irrumpirían para matar, quemar y destruir...

Con la misma vividez vio a Harris Gordon, la cara enrojecida por el sol y el entusiasmo, hurgando entre las ruinas, examinando las piedras, acariciando las inscripciones, mirando también desde la torre. ¿En busca de qué? ¿Qué creía que podía encontrar después de más de tres décadas desde que ese joven pastor beduino, al perseguir una cabra extraviada, había entrado a la cueva donde se encontraban los objetos de alfarería con los .valiosos manuscritos? ¿Qué quedaba por descubrir en una área que había sido registrada por beduinos, soldados israelíes, estudiantes de arqueología y otros? Y finalmente, ¿qué había encontrado Harris en esa pila bermeja de roca estratificada, arrojada milenios atrás a la superficie por una convulsión de la tierra que se enfriaba?

Dejó las ruinas para atravesar la caliente superficie de grava rumbo al promontorio. Era más alto de lo que él suponía, y mientras trepaba entre los peñascos, examinando las hendiduras, se preguntó cómo Harris, que le llevaba unos veinte años y tenía problemas cardíacos, podía habérselas arreglado. Al poco tiempo quedó exhausto. El polvo le cubría los labios y se le pegaba entre los dientes. El sol le calentaba la camisa y el cráneo y le aturdía el cerebro. La abundante transpiración no tardaba en evaporarse. Sintió que sus fuerzas flaqueaban. No quedaban huellas de

Harris ni de ningún otro hombre, no había indicios de que alguien hubiera recorrido esa zona antes que él. No había marcas de herramientas, cuevas, nichos, ninguna cavidad donde pudiera ocultarse algo de importancia. Siguió su afanosa búsqueda durante una hora más, pero en vano. Y sin embargo, el vendedor de entradas había visto que el hombre contratado por Harris iba al promontorio con una caja vacía y al volver la había cargado en la «pickup».

En Ammán la policía se mostró casi servil cuando él se presentó y exhibió sus credenciales. Lo ayudarían con mucho gusto, desde luego, pero... ¿Un árabe sin .nombre y con esa descripción tan vaga? ¿Una «pickup» azul oscuro o negra? Podía haber cientos con esas señas.

-Teniente, aunque encontráramos la que usted busca, ¿cómo lo sabríamos?

Vagabundeó por las calles sinuosas y alborotadas de la ciudad. Estaban atestadas de gente; algunos iban encorvados bajo enormes bultos, otros compraban y vendían a gritos: hombres y mujeres con ropas modernas y otros con atuendos que prácticamente no habían cambiado en milenios; borricos cargados trotando entre autos y camiones modernos. Le compró una naranja a un vendedor callejero y se detuvo en una esquina para mondarla y cortarla, fijándose en cada «pickup» que pasaba con una sensación de impotencia e inutilidad.

Pasó un chico voceando los diarios. Copeland reflexionó un momento, tragó los pedazos de naranja, preguntó a la gente y tomó un taxi hasta la oficina del periódico. El editor hablaba un inglés cultivado. Sí, le encantaría entrevistarlo y publicar al día siguiente un artículo enfatizando la búsqueda del dueño de la camioneta. ¿Dónde estaba parando? ¿En el «Intercontinental»? Bien, incluiría el dato en el artículo.

A la mañana siguiente los timbrazos del teléfono le interrumpieron el desayuno. En el lobby había un hombre que quería hablar con él. ¿Haría el favor de bajar? El hombre no estaba dispuesto a subir ni a decir el nombre.

En el lobby había un árabe de edad indeterminada, con el manto sucio y el nudo del kaffiyeh reducido a andrajos. Los ojos negros miraban nerviosamente en torno, como los de un animal cautivo. Lo acompañaba una bonita muchacha de ojos oscuros, con suéter negro y falda corta.

-¿Señor Jackson?

-Sí.

-Tanto gusto -dijo ella, exhibiendo los dientes blancos y perfectos en una sonrisa-. Soy Nadia Nassar. Trabajo en el hotel. Este hombre dice que usted quiere hablar con él. Tal vez pueda serle útil como intérprete.

-Gracias.

-Dice que en el diario de esta mañana salió un editorial pidiéndole que lo viniera a ver a usted.

-Exacto. Soy detective de la policía de Nueva York. ¿El hombre habla algo de inglés?

La muchacha formuló una pregunta en un árabe cuidadosamente articulado. El hombre movió la cabeza.

-¿Nos sentamos? -sugirió Copeland, señalando unas sillas en un rincón-. Allí, tal vez.

El árabe inició con la muchacha lo que pronto se transformó en una animada charla. Ella se volvió a Copeland.

-Quiere dinero.

Copeland sacó la billetera y extrajo un billete de cinco dólares. Ella se lo mostró al hombre pero no se lo dio. Atravesaron el lobby y se sentaron. Despacio, no sin esfuerzos, estudiando todos los hechos involucrados, Copeland le sonsacó al árabe la historia. El hombre recordaba que lo había contratado un norteamericano que se le acercó cuando él estaba detenido frente a un semáforo. Le había conseguido una caja de madera como las que se usan para embarcar objetos de alfarería y lo había llevado a Qumran en la «pickup». El norteamericano lo condujo a una colina, corrió una roca y descendió a una caverna. ¿El también había entrado a la caverna? No. ¿Había visto lo que había adentro? No. La caja había salido al cuarto de hora, con la tapa asegurada con clavos. ¿Pesaba mucho más que antes? Una sonrisa divertida y un gesto de indiferencia: «¿Quién puede recordar esas cosas?» Los dos habían llevado la caja hasta el vehículo.

El árabe ahora estaba excitado y siguió una larga y vehemente discusión llena de gesticulaciones. Nadia le dio los cinco dólares y se volvió a Copeland.

-Tiene miedo de contarle más -dijo la muchacha-. Tiene miedo de lo que pueda ocurrir. Dice que usted es policía.

-Explíquele que no tengo autoridad aquí y que no le diré a nadie lo que él me cuente.

Pero el árabe fue terminante y siguió moviendo la cabeza.

-Temo que no va a decirle nada más -dijo Nadia. Copeland sacó un billete de diez dólares, se lo mostró al árabe

y lo retuvo. El árabe miró en silencio a Copeland y al billete. Copeland sacó cinco dólares más.

-Dígale que agregaré esto si me dice lo que le pasó a la caja y después me lleva a la cueva.

Mientras Nadia le explicaba, el árabe siguió moviendo la cabeza pero no dejó de mirar el dinero. Copeland se encogió de hombros y se dispuso a guardar los billetes en la billetera. El árabe sonrió obsequiosamente, estiró la mano y sin brusquedad le arrebató los billetes.

El y el norteamericano, contó, habían atravesado las líneas israelíes por la noche. Pese a tener el dinero en la mano se negó a decir en qué punto, y Copeland dio a entender que no tenía importancia. Una vez que llegaron a la frontera, se dirigieron a Ammán. El norteamericano se había bajado en el hotel, este mismo hotel, y no sabía nada de él desde entonces.

La cueva de Qumran lo decepcionó. Copeland se introdujo dificultosamente por la abertura y se acuclilló en el centro, iluminando el recinto con la linterna. No había nada salvo las paredes de roca, algo de arena y un ligero declive en el centro del piso.

Cuando volvió a Jerusalén fue al museo Rockefeller. El encargado, Pomerantz, era un individuo maduro y animoso, con una mata de pelo claro y una barba que parecía una esterilla. Saludó a Copeland sin ceremonias, lo condujo a su despacho, hizo anotaciones mientras Copeland, leyendo de su libreta, detallaba sus hallazgos, y prometió enviar dos estudiantes para que registraran minuciosamente la cueva por si había algo útil.

-¿Qué pudo hallar el doctor Gordon en una cueva como la que acabo de describirle? -preguntó Copeland.

El doctor Pomerantz se metió un dedo en el oído y lo hizo girar.

-Esa es una pregunta demasiado amplia.

-Trate al menos de especular, teniendo en cuenta que el objeto pesaba alrededor de ocho kilos.

Pomerantz hizo una mueca y continuó hurgando silenciosamente en su oído.

Copeland tuvo la melancólica convicción de que regresaría a casa tal como había venido. Estaba realmente furioso, como solía ocurrirle cuando pese a toda su perseverancia no hallaba respuesta a sus preguntas, cuando los hechos rehusaban ordenarse y cuando todas las pistas terminaban en un callejón sin salida. Su eficacia como detective no provenía de su capacidad deductiva sino de su terquedad, y cuanto más se prolongaba el caso más se acortaba su paciencia.

-Lo que suele encontrarse -dijo Pomerantz- son lámparas, utensilios de cocina, vasijas. El hecho de que la cueva esté en Kirbet Qumran podría darnos la esperanza de que haya algún manuscrito.

-No parecía muy convencido.

-¿Pero tan pesados? Ocho kilos parece demasiado para manuscritos.

-Al contrario, sobre todo si estaban guardados en vasijas, como la mayor parte de los rollos del mar Muerto.

-¿Qué más podría ser?

-Huesos sería otra posibilidad -dijo Pomerantz sin entusiasmo. Y añadió melancólicamente-: Dudo que este sea un ejercicio fructífero... hacer conjeturas sin fundamento.

-Pero si hubiera encontrado un esqueleto -insistió Copeland-, ¿no le llevaría algún tiempo guardarlo en la caja? No estuvo más de quince o veinte minutos en la cueva.

-Depende. En algunos casos exhumar huesos requiere una operación muy delicada, que lleva días y aun semanas. En otros es relativamente simple.

-¿Cuánto pesaría un esqueleto?

-Si son huesos recientes, con la médula intacta, resultan asombrosamente pesados. Huesos antiguos, totalmente deshidratados... Bueno, un hombre adulto no pesaría más de cuatro o cinco kilos.

-¿Entonces podemos descartar la posibilidad de un esqueleto?

-Me parece improbable. Si el hipotético hallazgo fuera un integrante de la comunidad esenia, lo habrían sepultado en la tumba común, al este del complejo. -Se interrumpió, contrajo

las cejas, frunció los labios e hinchó los carrillos. Al cabo de un momento resopló.- A menos... a menos...

-¿A menos qué?

Pomerantz hablaba con una extraña expresión de perplejidad en el rostro.

-Lo más incongruente de todo el asunto es por qué el doctor Gordon iba a arriesgar su reputación por un papiro o cualquier otro objeto arqueológico. Sin embargo, la posibilidad de que fuera la tumba de alguien no deja de intrigarme.

Hizo una pausa, respiró profundamente y contuvo el aliento. Copeland no sabía qué decir. De pronto Pomerantz volvió a resoplar, parpadeando rápidamente.

-Me pregunto... me pregunto...

-¿Se pregunta qué? -La perplejidad de Pomerantz lo estaba contagiando.

-Es absolutamente improbable -dijo Pomerantz, hablando consigo mismo- pero antes del descubrimiento de los rollos se había dicho lo mismo...

-¿Qué es improbable? -escupió Copeland.

La voz de Pomerantz era tan baja que apenas se la oía.

-Es una especulación muy disparatada -susurró-. No existe ninguna evidencia, pero se me ocurre que Harris Gordon puede haber descubierto la tumba del Maestro de la Virtud.

Copeland sintió que se le ponía la piel de gallina.

-El líder de los esenios -suspiró.

Pomerantz se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por el cuarto.

-Eso lo explicaría todo -dijo-. Harris sería el último en contrabandear una antigüedad fuera del país. ¿Qué, podía ganar? ¿Dónde iba a venderla? Y aun en ese caso, inevitablemente se habría reconocido el origen y la ley tomaría cartas en el asunto, tal como en efecto ha ocurrido. Se habría destruido a sí mismo, y Gordon no lo ignoraba.

Dejó de caminar para mirar por una ventana, las manos en los bolsillos, y hamacarse sobre los talones.

-Háble me acerca del Maestro de la Virtud -dijo Copeland.

-No sabemos su nombre -dijo Pomerantz sin dejar de mirar por la ventana-. Lo mencionan en los papiros. Es una figura bastante imprecisa y ha sido tema de muchas controversias. Al principio algunos creyeron que era Jesús de Nazareth, pero eso es un disparate, relleno para los suplementos dominicales: vivió al menos cien años antes. Algunos especialistas han visto en él al prototipo de Jesús: el mártir de Dios, el redentor resucitado...

pero esa posibilidad también se descartó. Parece que fue el líder o al menos la personalidad predominante de una secta judía profundamente religiosa que se formó en el siglo II antes de Cristo, la de los esenios. Era un grupo apocalíptico. Compartían todo. Para la admisión existían reglas estrictas. Formaron células en diversas regiones de la antigua Palestina, y tenían el cuartel general en Qumran. Fueron perseguidos y finalmente aniquilados durante la guerra judía contra los romanos, alrededor del año 70 de nuestra era.

Como decía, se ha especulado acerca de la posibilidad de que Jesús fuera un esenio. No es improbable que pasara un tiempo en la comunidad, como al parecer también lo hizo Juan el Bautista, pero sin duda no fue el Maestro de la Virtud.

Se volvió con la mano hundida en la barba.

-Es muy posible que esa tumba estuviera apartada de la tumba común. Sí. Y eso explicaría el comportamiento del doctor Gordon.

-Perdóneme si soy obtuso -dijo Copeland-, ¿pero por qué Gordon podría robar los huesos del Maestro de la Virtud, pero no un manuscrito?

-Por la enormidad del descubrimiento. Otro rollo sería maravilloso, pero los huesos del líder de los esenios, sobre todo si hubiera datos que probaran la autenticidad del hallazgo, sin duda eso sería... una sensación internacional. Sería tan importante como el descubrimiento de los manuscritos, tal vez tan significativo como el hallazgo de la tumba de Tutankamón en 1922. Si Harris se hubiera llevado los huesos y los documentos con el pretexto de querer eludir el circo que seguiría al descubrimiento y con el propósito de darlo a publicidad cuando hubiera completado sin disturbios las investigaciones pertinentes, lo habría hecho sabiendo que sería perdonado y que se le aclamaría como uno de los héroes de la antropología.

Reflexionó un instante acerca de esa posibilidad.

-Y podría ser -dijo luego con un hilo de voz-. Dios mío, es posible...

5

Después de un vuelo de doce horas desde el aeropuerto de Lod hasta el de John F. Kennedy, durante las cuales su físico corpulento estuvo apresado entre dos mujeres excesivamente gordas que protegían una serie de bultos como las gallinas a sus polluelos, un agotado Copeland llamó a Jennifer para comunicarle que había vuelto y salió directamente para la oficina. Habló con un preocupado Schultz, quien le dijo que lo vería a las cuatro, y de un grupo de informes telefónicos extrajo un mensaje de Dodi Gordon. Estaba fechado hacía tres días, y le pedía que él la llamara a su vez. Cuando ella insistió en verlo, declarando que no podía esperar, Copeland pidió un auto y fue a verla. Había cajas de cartón en el televisor, la mesa y el suelo, todas llenas de objetos envueltos en papel de diario. Dodi, con una bata floreada obviamente nueva, lo saludó con aire fatigado y respondió vagamente cuando él intentó iniciar una conversación. A los cinco minutos, al ver que todo seguía igual, Copeland fue al grano.

-¿Y bien? ¿Usted quería verme?

-Sí... -murmuró ella.

-Mire, señora Gordon -dijo gravemente-. Aquí me tiene. Quería verme. Con urgencia... ¿recuerda?

-Lo que pasa es que ocurrió algo y no quise que usted pensara que yo trataba de confundirlo.

Copeland no ocultó del todo su irritación, si bien el interés lo indujo a ser relativamente paciente.

-Mire, ¿por qué no me dice de una vez lo que está pensando? No muerdo. -Ella titubeó.- ¿Es algo que no me contó acerca de su marido?

-Sí -respondió con lentitud, y de Inmediato añadió-: No tiene ninguna relación con el trabajo que hacía. Nada de eso.

Las esperanzas de Copeland se disolvieron en el aire. De pronto estaba muy cansado y lo fastidiaba haber venido desde el centro de la ciudad inútilmente.

-Señora Gordon... -dijo con voz fatigada.

-Ya le dije que él no tenía ningún seguro -barbotó Dodi-. Bueno, sí, dejó uno, pero yo no lo sabía.

-Ajá.

-Cien mil dólares. Lo descubrí un día después que usted me visitó.

Copeland se dispuso a marcharse, pero algo en el fondo de su cerebro lo detuvo.

-Dígame cómo fue -dijo.

Dodi había vencido su reticencia, y el entusiasmo le avivó la voz.

-¿Recuerda que le dije que la póliza había vencido? Bueno, eso era lo que yo suponía. Pero el viernes recibí una llamada y me dijeron que fuera a ver a un tal señor Rogers, de la firma «Monument Life». No me dieron explicaciones, simplemente me dijeron que fuera. Claro que fui, y ¡caray!, el señor Rogers es el vicepresidente. Tendría que verle la oficina. Bueno, me dice que la póliza fue renovada hace un par de meses y que necesita algunas firmas. ¡Cien mil dólares! Cuando usted estuvo aquí yo no lo sabía, de veras no lo sabía.

Copeland volvió a estar alerta olvidando la fatiga.

-Retrocedamos un poco -dijo con suavidad, como si la información fuera un pájaro que podía asustarse y escapar-. Si no me equivoco, la póliza venció el verano pasado.

-Sí, en julio.

-¿Usted habló con el doctor Gordon al respecto?

-En ese momento no sabía dónde estaba. Luego supe que estaba aquí en Nueva York y...

-¿Lo llamó y él convino en renovarla?

-¿Harris? Ni siquiera se dignaba acercarse al teléfono.

-¿Pero renovó la póliza?

-¡Qué sorpresa! Imagínese, en el momento menos pensado recibo esa llamada. No me darán el dinero hasta dentro de unos días. Hay que poner en orden ciertos papeles.

-Pero pensé que el doctor Gordon tenía problemas cardíacos.

-Es cierto.

-Y sin embargo le renovaron una póliza vencida hacía ocho meses.

-Así parece.

-Pero usted me dijo que él no la mantenía, que ni siquiera hablaba con usted. ¿Por qué se iba a tomar el trabajo de renovar la póliza?

Ella hurgó en la cartera en busca de un cigarrillo.

-Yo supongo que fue el cardenal Maloney quien lo persuadió.

-¿Por qué el cardenal Maloney?

-Porque yo se lo pedí. Oh, no que renovara la póliza, no quise decir eso, sino que convenciera a Harris de que nos ayudara económicamente. Debe de haber hablado con él. Usted sabe, ese hombre es un santo. ¿No tiene fuego?

Copeland encontró una aplastada caja de fósforos en el bolsillo y le dio fuego.

-¿Usted piensa que es obra del cardenal Maloney?

-De quién otro va a ser. Tres días después que lo visité, vino un sacerdote joven a verme. Es decir, mire, estuve viviendo aquí casi un año y no vino un alma. Y ahora apareció este curita preguntándome cómo me iba, si llegaba a fin de mes, esas cosas. Usted se imagina. Y después de una semana empiezan a llegar los cheques.

-¿Cheques?

-Cincuenta dólares por semana.

-¿De quién?

-De la fundación El Buen Samaritano.

-¿Del Buen Samaritano?

-Como un reloj.

-¿Sin explicaciones?

-No hay que ser Einstein para entenderlo. El hombre es un santo. Y eso que ni siquiera soy católica.

Copeland no se dio cuenta de que se había sentado para tomar nota. Volvió a incorporarse.

-El vicepresidente de la compañía de seguros... ¿dijo que se llamaba Rogers?

-«Monument Life». En la Quinta Avenida. -La cara se le ensombreció.- ¿Piensa que puede haber algún inconveniente? Planeo mudarme.

-Estoy seguro de que todo marchará bien -dijo con aire ausente. No veía el momento de irse; su riñón izquierdo enviaba señales como un telegrafista enloquecido.

El señor Rogers transpiraba y tenía un aire de infelicidad. La voz de Copeland era llana y dura.

-Usted no parece entender -dijo-. Puedo traer una orden judicial para examinar su registro. Todo el mundo se ahorraría tiempo y molestias si usted responde a mis preguntas sin más rodeos.

-Trato de colaborar, teniente, pero tengo una responsabilidad hacia...

-Ante todo, su responsabilidad consiste en responder a mis preguntas. Insisto: ¿el doctor Gordon pagó personalmente las primas?

-No, señor.

-¿Quién lo hizo?

-El señor Timothy McGuire.

-¿Y quién es él?

-El señor McGuire es el tesorero y principal funcionario de... de una compañía.

-¿Cuál? -Teniente, yo...

-¿Cuál?

-La compañía En la Medida.

-¿En La Medida? De las palabras de Jesús: «En la medida en que habéis hecho algo por el menos importante de mis hermanos, lo habéis hecho por mí», ¿verdad?

-Así es.

-¿Quién organizó esa firma?

-El dinero se pagó confidencialmente y yo preferiría no...

-¿Quién organizó esa firma?

-La archidiócesis de Nueva York.

-¿A cuánto ascendía el cheque? Rogers miró una carpeta que tenía en el escritorio.

-Dos mil veintiocho dólares.

-¿Y hasta cuándo se extendía la validez de la prima?

-Hasta el primero de julio.

-¿Qué tipo de seguro era?

-Por el término de cinco años.

-Supongo que usted notificó al doctor Gordon...

-No. Verá, se trataba de una obra de caridad y...

-Un momento -dijo Copeland con una voz severa y un rostro enérgico-. ¿Aseguró usted a un hombre sin informarle? Eso es ilegal.

Rogers se movió en el asiento y subrepticiamente trató de enjugarse el hilillo de transpiración que de pronto le humedecía la frente.

-Iba a ser una sorpresa. No íbamos a notificarle hasta que se lo hubieran dicho.

-¿Le enviaron la notificación?

Rogers, con un gesto desganado, hurgó entre los papeles del escritorio.

-Parece que se pasó por alto -dijo casi en un susurro.

-¿De manera que nunca se le notificó?

-Pareciera que no.

-Entiendo que para renovar una póliza vencida se requiere un examen médico.

-En verdad -dijo Rogers- todo lo que hacíamos era extender una póliza hasta el vencimiento del término.

-¿Usted sabía que él tenía problemas cardíacos?

-En su ficha no hay nada que lo indique.

-¿Sabía que era diabético?

-Aseguramos a muchos diabéticos. Nuestra compañía ha sido líder en ese campo.

-¿Pero suelen asegurar a la gente sin que se entere? ¿Es normal?

-No. Pero esta situación no era normal.

Copeland se inclinó hacia adelante en la silla, frunciendo el entrecejo.

-Señor Rogers, realmente aquí hay demasiados cabos sueltos. Seré muy franco con usted: por el momento no me interesan esas ilegalidades. Lo que me interesa es por qué usted sorteó los procedimientos normales y renovó la póliza de un hombre de sesenta años, que hacía ocho meses que no pagaba su prima, sin exigir un examen médico y sin notificar al interesado. Mire, estoy dispuesto a pasar por alto todas esas irregularidades, siempre y cuando no haya más complicaciones, pero exijo saber por qué lo hizo. Y exijo saberlo ya.

Rogers se dedicó a ordenar los objetos que poblaban el escritorio. Desde cuarenta pisos más abajo se oían los bocinazos de los taxis. Cuando Rogers levantó los ojos, tenía la cara pálida.

-Señor Jackson -empezó, y luego se aclaró la garganta para empezar de nuevo-. Señor Jackson, créame, no había intenciones de incurrir en ninguna irregularidad. Se me dio a entender que esto se hacía por razones de caridad cristiana. No había motivos para sospechar, ni siquiera por un momento, que había algo fuera de lugar.

-Señor Rogers, le concedo que usted hizo lo que hizo por razones válidas. No obstante aún no respondió a mi pregunta: ¿por qué?

-Por la persona que me lo solicitó.

-¿Quién era?

Rogers titubeó.

-Monseñor Jamieson, de la oficina de la archidiócesis de Nueva York.

Copeland sintió la misma exaltación que había experimentado cuando en Las Vegas tiró de la palanca de un tragamonedas y un puñado de dólares se derramó en el suelo.

-¿Qué razones dio Jamieson para querer renovar la póliza del doctor Gordon? -preguntó con más calma.

-El doctor Gordon estaba viviendo en la residencia y, según

tengo entendido, sufría apuros económicos. Al parecer su mujer y sus hijos sufrían las consecuencias y...

Copeland tenía cuanto necesitaba, pero no pudo resistirse a dar otro tirón de la palanca.

-¿Usted haría esa concesión a cualquier sacerdote que viniera a hacerle un pedido semejante?

-No -dijo Rogers con una expresión de abatimiento.

-Lo hizo porque el padre Jamieson pertenece a la oficina del cardenal.

-Señor Jackson, usted debe comprenderme: la archidiócesis es uno de nuestros clientes más importantes. Hay veinte millones de dólares de...

-Lo hizo porque fue el cardenal Maloney y no el padre Jamieson quien le hizo el pedido.

-El nombre del cardenal jamás se mencionó.

-¿Pero era claro que era él quien quería hacerle este favor al doctor Gordon, este acto de caridad cristiana?

La voz de Rogers era inexpresiva:

-Tal vez haya sido el caso o no, pero, sí, eso fue lo que entendí a partir de lo que hablamos.

-Eres injusta conmigo -dijo con voz neutra-. Hablas como si yo fuera su enemigo. El también me importa.

Frente a la ventana del departamento de Copeland, de espaldas a él y a la habitación, con las luces de Manhattan brillando entre las lágrimas que no podía contener, Jennifer maldecía el llanto. Las lágrimas siempre eran incontenibles e involuntarias, y cuando brotaban la ponían furiosa: con mucha frecuencia entorpecían la situación introduciendo una nota emocional que no era la apropiada. Era imposible parecer racional, ser racional, con los ojos húmedos e inflamados, con una nariz que goteaba, con la voz estremecida por los sollozos. No era de extrañar que los hombres vieran en las lágrimas un síntoma de debilidad, o que se enfurecieran contra ellas considerándolas un arma traicionera. Y para colmo, existía la ironía de que cuando uno se enfurecía contra ellas eran más abundantes. ¡Condenadas lágrimas!

Sentado en el sofá con los brazos sobre los muslos, las manos en la cabeza y el pelo revuelto -la imagen del cansancio-, Copeland experimentaba una profunda indignación. Las horas a bordo del jet ahora le producían aturdimiento. Si movía la cabeza sentía un vértigo momentáneo, como si se le hubiera encogido el cráneo o se le hubiera agrandado el cerebro: los pensamientos avanzaban perezosamente y el dolor de la base del cuello ahora se había extendido a los hombros y los brazos. Se apoyó la cara en las manos y advirtió que no se había afeitado desde el aterrizaje, hacía ocho horas.

Había salido de la compañía de seguros para encarar a un Schultz irritado e irritante que no tenía mayor interés en oír acerca de sus descubrimientos en Israel y le pidió un informe para el fiscal de distrito («Maldita sea, que esté mañana a las nueve de la mañana en mi escritorio o te corto los testículos»), Luego tuvo una breve entrevista con un agente del FBI, un sujeto insoportable, acerca del caso de inmigraciones. Luego, sin tiempo para el almuerzo, siguieron las llamadas a las personas que habían intentado comunicarse con él durante su ausencia. También llamó al padre Jamieson tratando de obtener una cita urgente con Su Eminencia. Luego, bajo la lluvia, fue a buscar a Jennifer a la salida del trabajo, y llegó diez minutos tarde.

El plan había sido perfecto: saldrían de compras y Jennifer prepararía la comida y pondría la mesa mientras él se duchaba y afeitaba y se ponía una bata. Pero todo fue mal desde el principio. Jennifer se había propuesto no decir nada acerca de su charla con Michael hasta que llegara la noche, pero el tema había salido inadvertidamente cuando subían las escaleras del departamento: Copeland había mencionado que esperaba verlo al día siguiente, y de pronto riñeron. Retrospectivamente costaba darse cuenta dónde se había originado la pelea, pero en el momento se habían lastimado y enfurecido.

-Jen -dijo Copeland, la voz cansada y sofocada por sus manos-, pareces decidida a no entender la índole de mi trabajo. Me asignaron la investigación de un robo. Si quieres llámalo de un modo más bonito, pero fundamentalmente de eso se trata. No puedo desviarme de la meta adonde me conduce la pista. No puedes adelantar el pie para dar un paso y luego no apoyarlo en el suelo.

Ella no se volvió pero tragó dificultosamente para aclararse la garganta.

-Pero yo entiendo tu trabajo -dijo con la voz algo enronquecida-. Por supuesto que tienes que seguir tus pistas. Pero no me refiero a eso. Por alguna razón pareces entender lo que no digo. Lo que digo es que tu trabajo se está transformando en ti. Has dejado de ser un hombre que trabaja de detective para transformarte en un detective.

Sospechas de todo el mundo. Si algo parece fuera de lugar empiezas, y creo que ya es involuntario, a cuestionarlo, a sospechar, a buscarle significados.

-Eso es injusto -protestó él, irguiendo la cabeza.

Ahora que había recobrado el dominio de sí misma, Jennifer se volvió para enfrentarlo. En la penumbra de la habitación apenas le veía la cara. El sol se había puesto. Las bolsas de comestibles estaban apiladas desordenadamente contra el tabique de la cocina. Jennifer volvió a sentir compasión por Copeland.

-Querido -dijo persuasivamente-, trata de comprenderme. Piénsalo un poco. ¿No es cierto que desde el momento en que Harris se te metió en la mente te ha suscitado toda clase de pensamientos desfavorables?

-Jen, por Dios... ¡pensamientos desfavorables!

-De acuerdo, puede que la palabra sea muy fuerte. Pero fueran los pensamientos que fuesen, estaban allí: ¿qué hace en ese subsuelo? ¿Por qué tanto silencio con respecto a lo que hace? ¿Qué maldad está planeando?

--Pero tenía razón -exclamó él.

La terquedad de Copeland la enardeció y enfrió toda compasión.

-Querido -dijo midiendo las palabras-, tal vez la tengas, pero aún no lo sabes. Y aun en ese caso, por lo que me has dicho, lo que hacía tío Harris no era tan terrible. Si había hecho un descubrimiento tan increíble y trataba de guardar el secreto mientras ordenaba los datos para publicarlos, ¿qué tiene de malo? De acuerdo, se trataba de algo ilegal, ¿pero te parece tan difícil de comprender?

-Mi función no es juzgar -dijo Copeland con obstinación-. Yo no hago la ley, simplemente me encargo de que se obedezca. De lo contrario viviríamos en una jungla.

Ella estuvo a punto de exclamar: ¡Por favor, Cope! Pareces el inspector Javert persiguiendo a Jean Valjean por las alcantarillas de París para ganarse el pan. Pero en cambio dijo:

-La suspicacia también puede erigir una jungla.

El no respondió. Se levantó, caminó hasta la cocina y empuñó con desgana una botella de vino.

-¿Quieres un poco? -preguntó con frialdad, sin volverse, casi apoyándose en la botella.

-No, gracias.

El descorchó la botella, vertió el vino en un vaso, y sin olerlo ni probarlo bebió un trago. Jennifer lamentó haber dicho que no, pero ahora no le quería pedir. Copeland se apoyó en el tabique, agachando la cabeza. Jennifer lo estudió, sorprendida de la objetividad con que lo hacía. Quería terminar con la pelea pero se obligó a no pronunciar las palabras que cerrarían la brecha. Era necesario eliminar ese objeto extraño que se había alojado entre ellos; entre ellos y Michael. Se le acercó y le apoyó las manos en los hombros.

-¿No te das cuenta de que la suspicacia nos está dañando a todos? Aquí estamos, peleando. Aquí estás, buscando por medio mundo la evidencia que deshonrará a un amigo. Hablas con la señorita Pritchard y todas sus respuestas te parecen sospechosas. Hasta tío Michael... Te parece importante hasta la hora exacta en que se supone le prestó el auto a Harris.

El se volvió rápidamente, deshaciéndose de las manos de Jennifer.

-Ese es el problema -dijo-. De hecho nunca le prestó el auto a Harris.

-¿Pero dijo que se lo había prestado?

La respuesta de Copeland fue inequívoca:

-Sí.

De pronto ella se encolerizó, pero hizo lo posible por no perder el equilibrio. Lo miró a los ojos y habló con serenidad y precisión.

-Piensa un momento, Copeland. ¿No dijo tío Michael que Harris le había preguntado si podía pedirle prestado el auto? ¿De veras dijo que se lo prestó?

Copeland se sobresaltó. En una fracción de segundo evocó la conversación. ¿Qué había dicho Michael? Sin duda había dicho que Harris había preguntado si podía contar con el auto, cuando hablaban acerca del traslado de la caja fuera de la residencia. Ciertamente esa era la impresión que le había quedado.

-¿Y bien? -insistió Jennifer.

-¿Y bien qué? ,

-¿No fue eso lo que dijo...? ¿Que Harris le preguntó, pero no que se lo había prestado?

-No recuerdo las palabras con exactitud, pero sin duda eso es lo que dio a entender. -Ahora estaba a la defensiva, irritado porque le plantearan problemas triviales cuando estaba completamente exhausto.- Si quieres me fijo en la transcripción.

Ella abrió los ojos de asombro.

-¿La transcripción? ¿Tienes una transcripción de tu charla con tío Michael?

-El lo sabe.

-¿El sabe que hiciste una transcripción de la charla? -dijo ella con absoluta incredulidad.

-Antes de empezar le dije que iba a grabar la conversación.

-¿Y él accedió?

-Fue para evitar tener que tomar notas.

-Pero una transcripción no son notas.

-Qué susceptible eres. ¿Cuál es la diferencia?

-La diferencia es... -Entornó los ojos y se interrumpió.- Un momento. ¿Tú dactilografiaste la transcripción?

-¿Qué quieres decir? -Su combatividad se aplacó sólo imperceptiblemente, pero ella lo advirtió y asestó un nuevo golpe:- Es sólo una pregunta, Copeland. ¿Hiciste personalmente la transcripción?

-¿Qué diablos importa? -resopló Copeland.

La voz de Jennifer parecía la de una madre empeñada en sonsacarle al hijo la confesión de una travesura.

-Por favor respóndeme. ¿La hiciste personalmente?

-¿Quieres decir si yo mismo la dactilografié? -Exactamente.

-Por supuesto que no. Tenía que prepararme para el viaje a Israel.

-¿Quién la dactilografió?

-Lo hicieron en el departamento.

-¿Quién?

-¿Qué quieres decir, quién?

-Simplemente eso: ¿quién? ¿Cómo se llama?

-¿Qué importancia tiene?

-No sabes cómo se llama, ¿verdad?

-¿Qué importancia tiene el nombre, por Dios?

-No sabes quién la dactilografió. Admítelo.

-Es absolutamente irrelevante que yo lo sepa o no. Es una muchacha del equipo de dactilógrafas.

Jennifer se palmeó los muslos, echó la cabeza hacia atrás con absoluta incredulidad y se apartó de él. El permaneció inmóvil un instante, los puños hundidos en los bolsillos, el cerebro aturdido. Le incomodaba advertir que no había logrado mantener en secreto la conversación, pero proyectaba en ella su desagrado, pues lo había acorralado dejándolo sin justificación posible. Abajo empezó a llorar un bebé.

-Jennifer, ya estoy harto de este asunto. Y estoy cansado de figurar como el ogro del cuento. Aprecio tu lealtad hacia tu tío, ¿pero por qué no reservas algo de consideración para mí? Estoy fatigado y desalentado y, para serte franco, me decepciona lo que sólo puedo describir como tu negativa a comprender lo que estuve tratando de hacer.

Ella se volvió con la cara contorsionada.

-Lo que has hecho es traicionar la confianza de otros. Viniste

a la residencia como amigo. Todos te dieron la bienvenida. -Las lágrimas amenazaban volver.- Todos te recibieron con los brazos abiertos, y has traicionado ese gesto.

-¿Traicionado?

-Sí, traicionado. Tío Michael confió en ti al punto de dejarte grabar la conversación. ¿Piensas que a otro policía le hubiera concedido tanto tiempo? Y después dejas esa conversación en manos de un equipo de dactilógrafas. ¡Ni siquiera sabes quién la transcribió! Daría lo mismo que te pararas en la esquina de Broadway y la 42 y reprodujeras la cinta a todo volumen.

-Nunca escuché tantos disparates -gritó él-. Es empleada de la policía. Está acostumbrada a oír confesiones e interrogatorios.

-Copeland -dijo ácidamente Jennifer-, ¿estás diciéndome que esa muchacha está acostumbrada a oír interrogatorios, para usar tus términos, cuando la persona involucrada es un sacerdote de Dios, un cardenal de la Iglesia católica, un hombre a quien sus votos obligan a guardar sus secretos?

El la tomó por los hombros.

-Jennifer, basta, por favor. Estás deformando y exagerando las cosas. No transformes un mero error en una traición a la amistad y al secreto de confesión.

Ella se quitó las manos de Copeland de encima.

-Ya puedo verla, sea quien fuere, diciéndole a su amiguito: «No lo vas a creer, pero ese cardenal Maloney, el de San Patricio, ocultaba un ladrón en el subsuelo. Es increíble.»

-Jennifer, basta. Te estás poniendo histérica.

Pero el dolor que ella sentía era muy grande. Algo dentro de sí le gritaba: «Detente», pero el furor y la inercia la seguían incitando. Sus propias palabras habían transformado a Copeland: del hombre que amaba se había convertido en un enemigo insensible, indiferente, hasta malévolo, en el acusador del hombre que adoraba. Y el dolor seguía acuciándola. Copeland tenía los nervios crispados. Una llama le quemaba el vientre y le encendía los ojos. Se sentía ultrajado. Sus mejores propósitos habían sido transformados en algo desdeñable, sus disculpas habían sido despreciadas, y necesitaba devolver el golpe.

En el departamento de abajo el niño chillaba. Se oían gritos y golpes en el cielo raso.

-Me gustaría aclarar una cosa -dijo Copeland con frialdad-, y luego dejar de lado esta lamentable discusión. Traté de actuar en beneficio de todas las personas involucradas. No acusé a nadie de nada... ni a Harris, ni a tu tío, ni a la señorita Pritchard...

-Sí que lo hiciste.

-Sólo dije que no me estaban diciendo todo lo que sabían. -Pero esa es una acusación.

-¡Jennifer, por Dios!

-¿Qué, no es una acusación? Estás acusándolo de ocultar evidencias. Antes llegaste a decir que te había mentido.

-Simplemente dije que no me decía todo.

-¿Puedo preguntarte algo, Sherlock Holmes: por qué te iba a contar todo? Mi tío cree en la lealtad hacia sus amigos. Empiezo a preguntarme si tú tienes esa virtud.

El levantó los ojos al cielo raso y se alejó de Jennifer.

-Muy bien -dijo con un nudo en la garganta-. Basta de hablar. -Recogió el abrigo de Jennifer- Te llevo a casa. Ella le arrebató el abrigo de las manos.

-Sé cuidarme sola, gracias.

Se puso el abrigo, buscó la cartera, la recogió y se dirigió a la puerta. El se le puso delante.

-¡Termínala de una vez, Jennifer! -dijo con voz glacial-. Dije que te llevaba a casa.

Ella no podía verlo, pues ahora las lágrimas le inundaban los ojos y le bañaban las mejillas.

-Sé cuidarme sola -repitió con un hilo de voz.

-No vas a salir sola a la calle.

-¿Me haces el favor de apartarte?

El se acercó al perchero para recoger el sobretodo y ella salió. La siguió escaleras abajo, preguntándose si era posible que esto sucediera. En la calle, ella corrió bajo la lluvia y él la siguió. En la Segunda Avenida ella llamó un taxi y el auto se acercó a la acera.

-Jen... -dijo Copeland.

Ella cerró la portezuela y el taxi se alejó. Copeland se quedó mirando las luces traseras del auto hasta que se perdieron de vista.

6

Al día siguiente Jennifer faltó al trabajo con el pretexto de que estaba agotada y le dolía la cabeza, pero en realidad era porque cuando Copeland llamara quería hablar con él en privado

y no desde la oficina. Además tenía los ojos enrojecidos y los párpados hinchados e inflamados. Llamó a la oficina para avisar que no iría y para pedirle a la operadora que le pasara todas las llamadas al teléfono particular. Al supervisor le dijo que faltaba porque tenía «un poco de gripe», y su voz era lo bastante nasal como para que el pretexto fuera convincente.

Pero Copeland no llamaba.

Jennifer se quedó en cama casi toda la mañana (la señorita Pritchard le sirvió el desayuno) y consideró una serie de reacciones ante las posibles actitudes de Copeland: cómo reaccionaría si (a) él sentía remordimientos, (b) quería proseguir la discusión, o

(c) le costaba admitir su falta de comprensión. Ese ejercicio la distrajo un poco, pero rezó por que él le pidiera perdón para que ella a su vez pudiera ceder de inmediato y pedirle perdón a él. En el curso de la mañana fue recordando las escenas de la noche anterior. Le espantó su actitud casi vengativa frente a Copeland, la fiereza con que lo había atacado cuando él admitió que había mandado dactilografiar la transcripción. Sin duda Copeland no había actuado correctamente, ¿pero por qué ella se había enfurecido tanto? Jamás, que ella recordara, había tratado tan mal a nadie.

-Oh Copeland, querido -susurró-. Lo siento tanto. Llámame. Llámame. Llámame.

Al mediodía se levantó. Mientras se duchaba dejó la puerta del baño abierta y el teléfono cerca. Fue a la cocina para prepararse una taza de té y dos veces corrió escaleras arriba para atender el teléfono: amigas que preguntaban por su salud. Terminó las conversaciones en forma rápida y expeditiva, temiendo que Copeland eligiera ese preciso momento para llamar y encontrara la línea ocupada. Cuando terminó de hacer el té subió cuidadosamente las escaleras, con la taza en las manos temblorosas. En la hora siguiente levantó dos veces el receptor para asegurarse de que había tono, depositándolo cuidadosamente en la horquilla. ¿Por qué no llamaba?

Comprendía que no hubiera telefoneado en la mañana. Había estado ausente durante casi una semana y tendría muchos asuntos pendientes. ¿Pero por qué no había llamado a la hora del almuerzo? Tal vez había estado tan ocupado que ni había salido a almorzar. Pero hacia las tres Jennifer ya vacilaba entre el resentimiento y la ansiedad. Quizás estaba enfermo. Quizás estaba solo y afiebrado en el departamento. Quizá tampoco había dormido y el exceso de fatiga lo había hecho vulnerable a algún germen al que había estado expuesto en Israel. Llamó al departamento, dispuesta a colgar si él atendía, pero el teléfono sonó y sonó y sonó; ella imaginó los timbrazos en el departamento vacío. De modo que no estaba enfermo. Podía haber llamado. Se le crisparon los nervios, y tuvo una breve sensación de náusea. A las cuatro llamó al conmutador de su oficina.

-¿Ninguna llamada? Sí, ¿pero ninguna llamada personal? ¿Ningún mensaje tampoco? Gracias. Adiós.

-Ni siquiera había intentado hablar con ella o dejarle un recado.

A las cinco la oficina cerraba. Ella sabía que él lo sabía, y también sabía que a ella le llevaba unos veinte minutos volver a casa, de modo que por un rato quedó libre de su vigilancia. Bajó a la cocina para anunciarle a la señorita Pritchard que no tenía hambre y no iría a cenar. (Temía no oír la campanilla del teléfono si a la mesa estaban conversando.) Preguntó por Michael y le dijeron que había salido a la mañana para hacer un viaje largo y no lo esperaban hasta las siete y media. Mientras volvía a su cuarto, se encontró en el vestíbulo con el padre Jamieson. -¿Cómo está del resfriado? -Mejor, gracias.

-¿Está segura de que se siente bien?

-Sí, estoy bien.

-¿Segura?

-Sí.

-Esta mañana hablé con su novio.

-¿Ah sí?

-Estoy tratando de arreglarle una cita con Su Eminencia.

-Sí, me comentó algo.

-Lamentablemente va a ser imposible antes de la semana que viene.

¡De modo que había tenido tiempo de llamar a la residencia pero no de llamarla a ella! Y por lo que había dicho el padre Jamieson, ni siquiera había preguntado por ella.

En su cuarto cerró la puerta y se paseó de un lado al otro, apesadumbrada. Le temblaban los labios y la cara. No había excusas: sin duda él había tenido la oportunidad de llamar, aunque fuera para decir que estaba muy ocupado y volvería a llamar después del trabajo. Estaba furioso y trataba de castigarla.

No era sólo lo de la noche anterior: estaba algo fastidiado desde que ella había insistido en que dejaran de hacer el amor hasta después de la boda. La decisión le había costado mucho a Jennifer. Extrañaba su cuerpo, los momentos sensuales que compartían. Pero el sacerdote de Todos los Santos, aunque comprensivo, había sido terminante.

-Te entregarás a tu esposo toda una vida -había murmurado esa voz sin rostro-. Que la abstinencia sea parte de tu penitencia en los días que faltan, como una ofrenda al Señor. ¿Es demasiado pedir que dediques tu pureza al Señor?

Pero Copeland la había presionado y ella no había tenido la voluntad de resistir. Después, en la oscuridad, los labios de Copeland habían descubierto lágrimas en los ojos de Jennifer, y pese a que ella insistía en que no era nada y él en que no estaba enojado, poco después él se había levantado para ir al baño y al volver se había vestido. No, no era sólo lo de la noche anterior: él trataba de castigarla por negarle una parte de sí misma. Y ella, en efecto, se había pasado el día extrañándolo, ansiando oír su voz y reconciliarse, y él ni siquiera se había molestado en llamar. No pudo evitar que la tristeza la venciera y empezaran a despuntar las lágrimas.

¡Pero un momento! Tal vez él había comprendido que esa riña era muy seria y sabía que no podía resolverse en la impersonalidad de una llamada telefónica. Era muy típico de Copeland. Esperaría a que ella saliera del trabajo, compraría uno de esos ramilletes de violetas que a ella le gustaban tanto y vendría directamente a la residencia. Las seis. El apenas tendría tiempo para ir a casa, bañarse y cambiarse y volver al centro. Dejó la puerta entreabierta para poder oír el timbre si sonaba y entró en el baño para lavarse la cara con agua fría, retocarse el maquillaje y peinarse.

Se hicieron las siete y media y el timbre no sonó. Cuando a las ocho Michael golpeó la puerta con suavidad y entró, Jennifer estaba echada en la cama, temblando como de fiebre y lloriqueando sobre la almohada.

Copeland había tenido un día infernal.

Lo había empezado tarde, afeitándose y preparando un café con gestos aturdidos. Tenía la mente obnubilada por el cansancio y las píldoras de dormir que había ingerido con un segundo vaso de vino, sin haber comido nada. En el fondo de su mente había algo que lo afligía, pero prefirió no recordarlo. A las siete no había oído el despertador, y ahora, a las diez, subió las escaleras de su oficina esperando lo peor. Lo esperaba lo peor: una nota que decía: «¡Ve a ver a Schultz cuanto antes!»

Cuando entró a la oficina de Schultz era obvio que no traía nada en las manos, pero el capitán extendió el brazo y con voz cándida le dijo:

-Ah, traes el informe del viaje a Israel. Muy bien. ¿Me lo das, por favor? -Ese «por favor» era el colmo. Schultz jamás usaba esa expresión.

-No está listo -dijo Copeland-. Tuve problemas.

-Los problemas a tu abuela -protestó Schultz-. Aquí los informes. -Dejó de lado el tono irónico y gruñó:- ¿Dónde cuernos estuviste?

Con Schúltz no valían de nada las excusas ni las explicaciones. Mejor ir al grano y largarse.

-En una hora lo tendré listo. Schultz se volvió al perchero.

-Como verás, ninguna explicación. Ninguna excusa. Como si tal cosa... lo tendré listo dentro de una hora. -Volvió a encarar a Copeland.- Le agradezco que haya venido, Su Eminencia. Lo único es, ¿qué le digo al fiscal? Está en una convención, en el «Waldorf», y ya llamó dos veces.

-Mejor pongo manos a la obra -dijo Copeland.

-Mejor pone manos a la obra, dice -le dijo Schultz al perchero. Tomó un reloj del escritorio y conectó la alarma con un gesto ostentoso-. ¿Una hora? Veamos... o sea a las once y cinco. -Dejó el reloj en el escritorio y le habló al reloj.- Una hora. Bastante tiempo para decidir a qué puesto vuelve mañana. -Miró a Copeland, esbozando lo que habría sido una sonrisa si hubiera habido en ella un asomo de humor.- Agente Copeland Jackson -dijo reflexivamente-. Suena lindo.

Eran exactamente las once cuando Copeland irrumpió de nuevo en la oficina y arrojó el informe en el escritorio de Schultz. Schultz estaba hablando por teléfono y no se molestó en mirarlo, pero extendió el brazo y apretó el botón del despertador.

De vuelta en su escritorio, al fin con la mente libre de ansiedades, Copeland no pudo evitar acordarse de Jennifer. Se sintió desolado, horrorizado. Un paraíso tirado a la basura. Recordó la cara de Jennifer furiosa como nunca la había visto, los ojos brillosos de cólera. ¿Por qué no la había abrazado para calmarla y terminar con esa odiosa discusión? Era increíble que ellos -¡ellos!- se hubieran herido de esa manera.

Copeland llevaba un pañuelo de seda que ella le había regalado. Lo extrajo del bolsillo y se lo apretó contra la cara. Diría que salía a tomar un café, la llamaría desde el teléfono público de abajo y la citaría para almorzar. Pero en la cabina había un hombre con un ejemplar de una revista de carreras, hablando animosamente y al parecer no dispuesto a terminar. Después de esperar pacientemente cinco minutos volvió al escritorio. De pronto tomó la transcripción de un cajón, se fijó en las iniciales, subió el tramo de escaleras que daba a la oficina de dactilografía y se hizo señalar a JRM. Era una muchacha negra, delgada, de más de veinte años, con el pelo peinado al estilo africano. Se le acercó, pidió la copia de su interrogatorio acerca del caso Israel, la llevó a su oficina y la guardó con el original. En el escritorio había una nota: «Ver a Schultz.»

El capitán parecía haber olvidado el encontronazo anterior. En el escritorio tenía el informe y un bloc de hojas tamaño oficio. -¿Algún problema? -preguntó Copeland.

-Es posible -dijo Schultz-. Hablé por teléfono con el señor Harman. Como no podía entregarle tu informe según le había anunciado... -el tono, tratándose de Schultz, no era demasiado cáustico- se lo leí. Tiene algunas preguntas que hacer. -Acercó sus notas, ladeando la cabeza para verlas mejor.- Y yo también.

-Sí, señor -dijo Copeland.

-Creo que ya es hora de que me digas cuál es exactamente tu relación con el cardenal Maloney.

La pregunta era tan inesperada que Copeland vaciló antes de responder.

-¿El cardenal Maloney? Bueno... es el tío de mi novia. Es... un amigo.

-¿Aprueba que su sobrina se case con un policía?

-Sí, desde luego. ¿Por qué?

-Por nada en especial -dijo Schultz, quitándole importancia-. ¿Y qué piensas tú? ¿Simpatizas con él?

-Sí.

Schultz atisbó como un búho por encima de las gafas.

-¿Estás seguro?

-Sí, estoy seguro -replicó Copeland con firmeza. Antes que Schultz pudiera continuar, añadió-: Es una pregunta extraña, Grizz.

-¿Qué tiene de extraño? No eres exactamente el atractivo de la temporada social. Tal vez no quiere que su sobrino político sea un policía y te lo ha hecho saber.

-Falso -dijo Copeland, con una sombra de irritación-. Nos llevamos bien. ¿Quién quiere saber todo esto, el señor Harman? Schultz se quitó las gafas y se recostó en la silla, con una expresión divertida.

-Caramba, Cope, ni siquiera tú puedes ser tan tonto como para no ver que este asunto es bastante delicado. Convengamos por un momento en que el tal Harris haya cometido un robo. De acuerdo. Pero también convengamos en que no se trata de un

ladrón vulgar. Además era amigo personal del cura católico más importante de Nueva York. Hasta vivía en la misma casa. Ese es el problema número uno, ¿bien? Después vienen las implicaciones internacionales. Y este informe tuyo... -Lo recogió y lo agitó con la mano.- Interrogas dos veces al cardenal. No te gustan algunas de las respuestas. Me da la impresión de que el hombre no te cae bien. Piensas que te oculta algo. Y algunas de tus preguntas, mejor ni las hubieras hecho. -Manoteó el aire con la palma abierta.

-Una pregunta -dijo Copeland. Schultz se encogió de hombros.

-Dila.

-¿Alguien ejerce presión sobre el señor Harman?

Schultz se deslizó hacia adelante con la silla, emitió un suspiro teatral y depositó las manos abiertas en el escritorio.

-Por Dios, Cope, a veces eres imbécil de veras. ¿Qué clase de pregunta es ésa?

-Sólo quiero saber a qué jugamos, eso es todo.

-Jugamos a que mejor te olvidas de todo. Nadie está empujando a nadie. El fiscal de distrito... en fin, digamos que no tiene interés en que le aprieten las pelotas. ¿Soy claro?

-¿De manera que sigo con el caso? Schultz se golpeó la frente.

-¡Cope! Honestamente, hoy eres demasiado para mí. Claro que todavía sigues con el caso. Estás haciendo un trabajo excelente. Todo lo que te digo es que te lo tomes con calma. No es para tanto.

Cuando volvió a su escritorio telefoneó a Jennifer.

-¿Angie?

-Angie hoy no vino. Un segundito, por favor.

Permaneció con el receptor pegado a la oreja durante un minuto, después colgó. Llamó a la residencia. El padre Jamieson le dijo que no pensaba que pudiera entrevistar a Michael antes del lunes. El cardenal Maloney no volvería a la ciudad hasta el anochecer, pero hablaría con él a su regreso. Tal vez Copeland tuviera la amabilidad de volver a llamar la mañana siguiente. Llamó nuevamente a la oficina de Jennifer y le dio a la operadora el número del interno. Daba ocupado.

Miró el reloj pulsera. Las once y media. Bajaría para comer una gelatina y un café y luego esperaría frente al edificio donde trabajaba Jennifer para darle una sorpresa. La llevaría a almorzar a «Stouffer's» y allí conversarían.

Estuvo frente a la entrada principal del edificio a las doce menos cinco, al lado de un quiosco de diarios, nervioso como en la primera cita. De pronto un tropel de empleados salió del edificio. Copeland se puso en puntas de pie para ver mejor. Oyó una voz a sus espaldas:

-¡Eh, Cope!

Un patrullero se había acercado a la acera. Uno de los agentes era un amigo que había conocido cuando trabajaba en la comisaría 14.

-¡Jimmy! ¿Cómo te va?

-Ahí andamos. ¿Y tú?

-No me puedo quejar.

-¿Estás en una redada o algo por el estilo?

-Si así fuera, no estás ayudando a cubrirme.

-¡Qué redada! Estás esperando una hembra.

-Así que ya puedes largarte. No le gustan los polizontes. Entre las risas obscenas de los dos agentes, el patrullero se puso en marcha cuando cambiaron las luces. Con una sensación de pánico, Copeland se volvió para escudriñar la multitud de la entrada y mirar frenéticamente de un lado al otro de la calle. A las doce y cuarto desistió y se fue. Se detuvo frente a un local donde ella solía almorzar. La había perdido.

Se dejó arrastrar por el gentío que atestaba la calle a esa hora, distraído y desalentado. De vez en cuando tropezaba con algún peatón.

-Jennifer, te amo -susurró. La extrañaba tanto que le parecía que el pecho y la garganta le quemaban. Veía su cara, su pelo reluciente sobre los hombros blancos, sentía sus labios y la cercanía de su cuerpo... Se le empañaron los ojos. Entró a una cabina telefónica, cerró la puerta, acercó la cara al teléfono y gruñó-: ¡Jennifer...! ¡Jennifer...!

Se encontró en la calle 57. El subterráneo lo llevó de vuelta a la oficina. Le habían telefoneado tres personas. Una nota le indicaba que fuera a ver a Schultz sin pérdida de tiempo. Miró quién lo había llamado. Jennifer no figuraba. Fue al baño, se lavó la cara y las manos y se dirigió a la oficina de Schultz.

-¿Dónde cuernos estuviste? -rugió Schultz-. Son más de las dos.

-Mi hora de almorzar.

-Mi hora de almorzar -repitió Schultz con sarcasmo-. ¡Qué frescura! Ya me imagino qué habrás almorzado. Mira, no me voy a meter en tus asuntos privados -dijo con acidez-, pero de ahora en adelante cuando salgas deja dicho dónde se te puede hablar. ¿Entendido?

-Entendido -murmuró Copeland. Schultz se calmó.

-Nos hemos metido en un problema -dijo ostentosamente. Abrió un cajón, sacó un bloc de hojas de oficio, las examinó para familiarizarse con las anotaciones y luego volvió a la página uno.

-Antes de empezar -dijo- vamos a ponernos de acuerdo: todo esto es extraoficial. ¿Comprendido?

-Comprendido.

-Cierra la puerta.

Copeland cerró la puerta y esperó que lo invitaran a sentarse. No lo invitaron.

-Muy bien... -empezó Schultz, mirando las notas-. Hablé por teléfono tres veces con el fiscal de distrito. Le leí tu informe a las 11.13. Me llama de nuevo alas 11.27 y me pide que se lo dicte a la secretaria. Cuando vuelvo de almorzar, a la 1.25, hay un mensaje de él, pidiéndome que lo llame. -Clavó los ojos en Copeland.- Estuve hablando, aunque no quieras creerlo, con el gobernador, y al gobernador todo esto no le gusta nada.

Se detuvo para dar cierto énfasis a sus últimas palabras. -En cualquier caso, lo que pasa es lo siguiente: tienes que escribir un informe detallado de todo lo que has descubierto, o piensas que has descubierto, en relación con el cardenal Maloney.

Ahora, cuando digo detallado, quiero decir que metes todo lo que sepas. Hablaste dos veces con él... ¿verdad? Copeland asintió.

-Muy bien. Quiero que reproduzcas esas charlas tan textualmente como tu memoria te lo permita, e incluyas todos los datos que te parezcan pertinentes.

-¿Cuándo quieres el informe?

-El señor Harman sale esta noche para Albany. Lo va a recibir a las seis. Yo quiero revisarlo antes de enviárselo, de modo que tu hora límite es a las cinco. Usa la vieja oficina de Saleski. Dactilografíalo tú mismo. Sin copias. Sólo yo puedo verlo. ¿Comprendido?

-Comprendido. -Añadió:- ¿El señor Harman recibió alguna queja?

-Negativo. Sólo que está nervioso, y no puedo culparlo. El gobernador dice que el tal cardenal Maloney podría ser el próximo papa. Bueno, amiguito, con los futuros papas no se jode.

Saleski había sido transferido y su oficina estaba desmantelada. Sólo quedaban un escritorio, una silla y un archivo. Copeland tomó el teléfono. Muerto. Fue a su escritorio y le dio a la operadora el interno de Jennifer. La campanilla sonó media docena de veces. La operadora reapareció en la línea.

-Creo que salió -dijo.

-¿Puedo dejarle un recado, por favor?

-Lo siento. Ahora tengo muchas llamadas. Llame más tarde, ¿puede ser? -Hubo un clic y el tono de discado.

Copeland llevó la máquina de escribir a la oficina de Saleski, desparramó las notas, la transcripción y el informe que había preparado esa mañana, les echó un vistazo y puso manos a la obra. Le costaba escribir. No sabía cómo verter parte de la información, pero se cuidó de hacer citas directas.

A las cuatro apareció Schultz. Recogió las páginas escritas y les echó una ojeada.

-¿Esto es todo lo que hiciste? -dijo con desaliento.

-No es tan fácil -arguyó Copeland-. Si es tan importante como dices tiene que salir bien. Muchas partes tuve que reescribirlas.

-¿Dónde están?

Copeland señaló el suelo al costado del escritorio. Schultz recogió las páginas arrugadas, las alisó y las depositó en el escritorio.

-Guárdalas y entrégamelas al terminar. Si vas al baño cierra la puerta con llave; las llaves están en ese cajón. ¿Cuánto te falta?

-Más o menos la mitad.

Schultz adoptó una expresión severa.

-Escucha, muchacho, tienes una hora más. Y punto. Así que ponte un cohete en el trasero.

Cuando volvió Schultz, Copeland estaba revisando la última página. Eran exactamente las cinco. Sin decir palabra, Schultz tomó el fajo de papeles, se sentó en el borde del escritorio y se puso a leer con lentitud. Al cabo de unos minutos Copeland dijo: -Tengo que hacer una llamada telefónica.

-Quédate donde estás -replicó Schultz sin levantar los ojos. Copeland se quedó sentado. Estaba inquieto: la tarde había pasado y no había podido comunicarse con Jennifer. Ella salía de trabajar a las cinco y él quería encontrarse con ella y volver a cenar en el restaurante donde se habían confesado su amor por primera vez. Miró el reloj. Las cinco y diez. ¡Maldita sea! Este cretino de Schultz, pensó, por qué no se apura.

-Muy bien -dijo Schultz, acomodando las hojas-. Esto servirá. Trae todo eso y acompáñame.

Copeland, maldiciendo en voz baja, juntó el material y lo siguió. Schultz no perdió un segundo. Recogió el teléfono, apretó un botón y dijo:

-Póngame con el señor Harman, Hotel Waldorf, habitación 833. -Se puso el receptor debajo de la barbilla para tener las manos libres y guardó el informe de Copeland en un sobre castaño. Lamió el borde, lo cerró y lo aseguró con dos broches. Copeland advirtió que ya tenía escrito el nombre del destinatario y lucía ostentosamente el sello: FISCAL DE DISTRITO. OFICIAL. CONFIDENCIAL. Le hizo un ademán a Copeland para que le alcanzara la pila de páginas rechazadas, las unió con un broche y las guardó en un cajón. De pronto arrugó la frente, tomó el receptor y se lo acercó al oído.- Capitán Schultz -anunció-. Tengo el informe queme pidió, señor. ¿Dónde lo hago entregar?

¡Caramba, qué obsequioso!, pensó Copeland. Un verdadero «chupamedias».

Schultz escuchaba con los ojos cerrados.

-Sí, señor. Sí, señor. -Hubo un silencio prolongado. El capitán se inclinó sobre el escritorio, tomó una lapicera y anotó.- Eastern, vuelo 203, aeropuerto Kennedy. De acuerdo, señor. No, señor, ningún inconveniente. ¿Usted sale a las cinco? Muy bien, señor. El teniente Copeland estará esperándolo en el aeropuerto. Sí, señor. Estoy seguro de que el informe le parecerá satisfactorio. Es tal como usted dijo, señor. Muy detallado. Ningún inconveniente, señor. Buenas noches, señor. -Colgó.

-Maldita sea, Grizz -protestó enérgicamente Copeland-. Tengo una cita.

-Tienes mucha razón. Tienes una cita -dijo Schultz muy satisfecho-. En el Kennedy. -Le pasó una lapicera y un papel. Toma nota. Eastern, vuelo 203. Dos cero tres. -Sonrió burlonamente.- A la mañana llegaste tarde, te tomaste dos horas para almorzar... no vas a quejarte por un poco de trabajo fuera del horario.

Tomó el teléfono, apretó el botón y barbotó:

-En cinco minutos quiero un auto en la entrada principal. El detective Copeland, al Kennedy. -Colgó y le sonrió a Copeland.- Pórtate bien y hasta te daré algún día libre.

Copeland se fastidió y cuando Schultz le alcanzó el sobre se lo arrancó de las manos. La sonrisa de Schultz se desvaneció.

-Déjame recordarte algo, muchachito: fuiste tú quien pidió el caso, así que basta de caras largas. Ya puedes ir yendo al aeropuerto.

A esa hora de tráfico excesivo, el viaje hasta el Kennedy llevó una hora y cuarto. Copeland se paseó frente al escritorio de recepción otros veinte minutos, hasta que llegó Harman, el fiscal de distrito. Esperó sin demasiado entusiasmo a que Harman registrara el equipaje, y luego fue invitado a acompañarlo a la sala de espera. Cuando anunciaron el vuelo eran las ocho menos veinte. Se precipitó a las cabinas telefónicas y descubrió que no tenía cambio. Se encaminó al quiosco de diarios, y después de esperar en la fila de la caja, tuvo que soportar a un empleado malhumorado que se negó a cambiarle un billete de diez dólares y al fin accedió cuando Copeland le mostró la placa. Eran las ocho menos cinco cuando marcó el número de Jennifer. Dejó que el teléfono sonara todo un minuto, colgó, y agobiado por un infinito cansancio, volvió al coche.

A la mañana siguiente a las ocho Copeland llamó al interno de Jennifer. No atendieron. Llamó a la residencia. Le contestó el padre Jamieson.

-Buenos días, padre -dijo-. Estuve tratando de conseguir hablar con Jennifer, pero nadie atiende el teléfono.

-Sí. La ficha está desconectada. Ella está descansando.

-¿Está enferma?

El padre Jamieson tardó en responder.

-¿Puede esperar un momento? -dijo-. Su Eminencia quisiera hablar una palabra con usted.

Algo andaba mal. Jennifer solía levantarse a las siete para asistir a la misa de Michael y desayunar a las ocho. ¿Descansando? Debía estar enferma. Y el padre Jamieson había vacilado. Copeland sintió que el corazón le golpeteaba el pecho con fuerza.

Hubo un par de ruidos en la línea y luego se oyó la voz de Michael.

-Buenos días, Copeland.

-Buenos días, Su Eminencia. ¿Qué le pasa a Jennifer? La voz de Michael sonaba crispada, tal vez furiosa.

-Está durmiendo. Anoche el médico le administró un sedante.

-¿Sedante?

-Ayer ella lo pasó muy mal, Copeland.

-¿Se repondrá?

-Por ahora lo que necesita es descansar, y tiempo para recuperarse.

-¿Cuándo piensa que podré hablar con ella?

-No tengo idea -dijo Michael con frialdad-. El doctor volverá más tarde. Ahora sólo nos queda esperar y ver cómo van las cosas.

-¿Le dirá que llamé?

-No estoy seguro de que ella quiera hablarle.

-Tal vez cuando ella...

-Para ser franco, Copeland, no estoy seguro de que yo quiera que ella le hable. Está muy alterada.

-Comprendo. Lo siento mucho.

La severidad de la voz de Michael era intimidatoria.

-Usted recordará, Copeland, que una vez le dije que ella es una muchacha muy vulnerable. Acaba de lastimarla alguien que ella suponía que la amaba. Se siente traicionada. Ayer esperó todo el día y no tuvo noticias de usted.

-¡Pero yo llamé! Llamé varias veces a su oficina.

-Ella llamó a la oficina y no había ningún recado.

-¡Pero yo llamé! Llamé anoche, llamé a la residencia, y no atendieron.

-Discúlpeme -dijo Michael con impaciencia-, prefiero no discutir si usted llamó o no. Sean cuales fueren las razones, ella no tuvo noticias de usted cuando las necesitaba. Y eso, sumado a lo que ocurrió entre ustedes la noche anterior, fue demasiado. Ahora, si me disculpa, estoy desayunando.

Además de preocupación, Copeland empezó a sentir algo de rencor. No tenía por qué rendirle cuentas a Michael y le disgustaba que lo acusaran injustamente.

-Por favor -dijo con lentitud- dígale simplemente que llamé para disculparme y que puede comunicarse conmigo en la oficina.

Michael no cedió.

-Otra cosa antes de cortar -dijo en cambio-. El padre Jamieson me informó que usted pedía otra cita para hablar acerca del doctor Gordon. Lo siento, pero no tengo

nada más que decir al respecto. Entre otras cosas, me enteré de que usted no supo mantener en secreto nuestra última conversación. Le permití que la grabara sólo después que usted me aseguró que nadie más sabría de ella. Usted faltó a mi confianza. Además, supe que discutió con otras personas asuntos privados relacionados con esta casa y con la archidiócesis. Debo decirle, Copeland, que me ha decepcionado muchísimo. Y ahora me despido de usted.

Copeland comprendió que tal vez no tendría otra oportunidad de hablar con Michael y de inmediato decidió hacer otra tentativa.

-Eminencia...

-Sí.

-Ya que no volveré a hablar con usted acerca del doctor Gordon, creo que le gustaría saber lo que averigüé en Israel. Gozó de la pequeña demora de Michael para contestar.

-Muy bien, Copeland. ¿De qué se trata?

-Descubrí lo que había en la caja.

Fue como si algo hubiera estallado dentro del cerebro de Michael. ¡Por Dios, no! No ahora. No después de todo lo que pasó. Dios mío, ¿no se terminará nunca? Recobró la compostura antes de responder.

-¿Y qué era?

-Huesos. Un esqueleto. -(Dios mío, lo sabe todo).- Los restos del Maestro de la Virtud, el líder de los esenios. Michael pensó que se desmayaría cuando la tensión se disipó y se le aflojó el cuerpo. Respiró profundamente para recuperarse.

-Copeland -dijo con solemnidad-. Hace un momento dije que no volvería a discutir el asunto con usted, pero añadiré esto: por obedecer a una obsesión, usted ha seguido una serie de pistas falsas, y ahora vuelve a encontrarse en un error. No sé de dónde sacó esa conclusión, pero permítame asegurarle que está equivocado. Ahora me despido. Adiós:

-Eminencia...

Una nota en el escritorio: «Ver a Schultz.»

-¿Cuándo van a anunciar el compromiso ustedes dos? -bromeó otro oficial-. Últimamente se ven muy a menudo. Schultz estaba casi alegre, pero le costaba adaptarse a un papel desacostumbrado.

-Siéntate, Copeland -dijo.

Eso ya es algo, pensó Copeland. En los tres años que llevaba en el departamento nunca le habían dicho que se sentara, sin importar cuánto durara la entrevista. Se sentó cautelosamente en el borde de la silla. Schultz limpió una mancha imaginaria del escritorio.

-Cope -empezó-, ante todo quiero decirte que el trabajo que hiciste con el informe fue brillante. Esta mañana hablé con Harman y él opina lo mismo.

-Gracias -dijo, y pensó: ¿qué cuernos está pasando?

-Me pidió que te felicitara por todo lo que has hecho. Copeland se limitó a encogerse de hombros como si no tuviera importancia.

-Ahora -dijo Schultz, repentinamente enérgico-, tengo otra misión para ti. Quiero que...

Copeland se irguió en la silla.

-Un momento. ¿Quieres decir que me quitas el caso? Los ojos azules de Schultz lo miraron con inocencia.

-¿Que te quito el caso? ¿Qué quieres decir? Con tu informe

está casi liquidado. Puede quedar algún cabo suelto sin importancia. Deja que se encargue Murray.

-Me lo estás quitando.

-Por Dios, Cope -dijo Schultz persuasivamente-.Acabo de decirte que no. El gobernador habló esta mañana con un funcionario israelí, le pasó el informe y está, en fin... satisfecho. Murray puede encargarse de redondear el caso, que al fin y al cabo correspondía a su departamento.

Así que los políticos se habían metido. Como había dicho Schultz: «Con los futuros papas no se jode.» Planeaban echarle tierra al asunto. Sintió una quemazón en el vientre. No iba a rendirse sin ofrecer resistencia.

-Grizz... -dijo.

-¿Sí?

-Lo que acabas de decirme es mentira. El caso no está liquidado; todo sigue en el aire y lo sabes.

Schultz cerró la boca con brusquedad y las mejillas se le encendieron.

-Cope -dijo con tono amenazador-, voy a fingir que no oí esas palabras.

-Grizz, sabes muy bien que en este caso hay varias preguntas sin responder. Y sabes que quieren echarle tierra al asunto. ¿Qué pasó? ¿Harman habló con el cardenal Maloney? ¿O el gobernador?

-Voy a fingir que tampoco oí esas palabras -dijo Schultz. Continuó hablando con su rudeza de costumbre y no sin vehemencia-. Ahora escúchame, muchachito. Hasta ahora has tenido suerte, así que aprovéchala. Fui yo quien tomó la decisión. Digo que vuelve a Murray y eso es todo. Y termina con tus argumentos o te pongo de patitas en la calle. ¿Comprendido?

Un plan empezó a cobrar forma en la mente de Copeland. Se calmó, agachó la cabeza y no dijo nada. Trataría de ganar tiempo.

-Mira... -dijo Schultz con tono conciliatorio-. Al diablo la nueva misión. Has trabajado demasiado. Estás muy tenso. Tómate unos días. -Trató de recobrar su tono desdeñoso. Muy bien, amiguito, eso es todo. No te quiero ver la jeta hasta el lunes. Fuera de aquí. Lárgate que tengo mucho que hacer.

7

Finalmente, a Schultz no le quedó más remedio que suspender a Copeland. Se había insubordinado, había abusado de su autoridad, había desdeñado la cadena jerárquica, comenzaba a ejercer una mala influencia en la disciplina y no cuidaba de su aspecto. Para colmo, había suscitado quejas de personas importantes, quejas que se presentaron en los niveles más altos, desde donde descendieron en forma de memorándum para provocar un impacto en la cabeza de Schultz.

La decadencia de Copeland empezó la mañana después que Schultz le notificó que volvía al servicio activo. Schultz fue hasta su escritorio y le informaron que

Copeland estaba desde la noche en la oficina de Saleski. Fue a echar un vistazo. Copeland, en efecto, estaba allí, con la puerta cerrada, encorvado sobre el escritorio atiborrado de libretas y papeles. Schultz abrió la puerta y asomó la cabeza.

-Creí que te había dicho que descansaras hasta el lunes. Copeland levantó los ojos inflamados y ojerosos. Necesitaba afeitarse.

-Estoy de licencia -dijo-. Sólo uso la oficina. Schultz entró, arqueando el cuello para mirar. -¿Qué tienes allí?

-¿Dónde?

-Allí... ¿Qué estás leyendo?

-Ah, esto. Una transcripción.

-¿Una transcripción de qué?

-De un interrogatorio.

-¿A quién?

-Al cardenal Maloney.

-Te dije que eso ya no te incumbía.

-Ya lo sé.

-¿Entonces qué estás haciendo? Copeland se encogió de hombros.

-Sólo... por curiosidad.

Schultz frunció el ceño.

-¿Quieres decir que hay una transcripción de tu entrevista con el cardenal Maloney? Nunca me la mencionaste.

-Prometí no mostrársela a nadie. Sólo la estaba revisando antes de romperla.

-No la rompes un cuerno. -Extendió la mano.

-Dámela. El tono de Copeland se endureció.

-Por favor, sólo quiero terminar con esto. No tardaré más de cinco minutos.

Schultz decidió que no tenía sentido insistir y dijo a regañadientes:

-Cinco minutos. Y la traes personalmente a mi oficina. -Se detuvo en la puerta.- Después te marchas de aquí. Estás de licencia, y la licencia te la tomas en otra parte.

Cuando Schultz se fue, Copeland plegó la transcripción, se la guardó en un bolsillo interior, fue a su oficina, puso las otras notas en un cajón, tomó la copia de la transcripción y se la guardó en otro bolsillo, y le dijo a un oficial de un escritorio cercano:

-Si me busca Schultz, dile que me llamaron de urgencia y tuve que salir de prisa. -Bajó rápidamente las escaleras y salió a la calle.

La ciudad parecía brillar. Durante toda la noche había caído una lluvia cálida. Había lavado la atmósfera y ahora la ciudad se secaba al sol. Copeland, reanimado, tomó el subterráneo hasta la calle 42 y caminó las doce cuadras hasta Madison y la 50 para ocultarse en un zaguán frente a la residencia. En la casona no había indicios de vida. Nadie entraba ni salía. No se veían luces. A los pocos minutos caminó lentamente hacia la Quinta Avenida, mirando de reojo la ventana de Jennifer. Era imposible estar seguro, pero las cortinas parecían cerradas. Se quedó unos diez minutos en la entrada de la tienda «Sak's», observando, encendiendo un cigarrillo tras otro. En un momento le pareció que corrían una de las cortinas de encaje de la planta baja, pero decidió que era su imaginación. Se dirigió a un teléfono público y marcó el número de Jennifer. Nadie atendió. Llamó a su oficina y le dijeron que había faltado.

Volvió al departamento. Despejó la mesa de la cocina, buscó un par de tijeras y cortó partes de la transcripción. Con cinta adhesiva pegó una hoja de papel de máquina al pie de cada segmento y escribió la palabra ANALISIS en la parte superior. Luego se sentó a estudiarla.

Primero examinó la parte de la transcripción que había llevado la pelea con Jennifer a su punto culminante. ¿Qué había dicho Michael en realidad?

R - Tal vez este dato le sirva. Ese día me preguntó si podía pedirme prestado el auto. Tal vez fue para trasladar sus cosas. ANALISIS: Jennifer tenía razón. Michael no había dicho que Harris pidió el auto prestado, sólo que se lo preguntó. Pero eso es irrelevante. Respuesta confusa. Da la impresión de que Harris pidió prestado el auto. ¿Por qué me dio esa información sugiriéndome que serviría de algo? Si Harris no pidió el auto, ¿de qué iba a servir? PREGUNTA: en el garaje, Jenkins me dijo que el auto se pidió para las 6.30. Se ordenó recogerlo a las 7.15 de la mañana del lunes. ¿Por qué quedó en la calle durante la noche? Posible explicación: confusión después de la muerte de Harris. P - ¿La caja fue entregada aquí?

R - Así tengo entendido.

ANALISIS: Parece deliberadamente ambiguo. No lo tenía entendido, lo sabía. Más tarde dice: «No era tan grande.» Si sabía el tamaño debió verla.

P - ¿El doctor Gordon le dijo qué contenía?

R - Deduzco que se trataba de material arqueológico. ANALISIS: Más ambigüedad. En la próxima respuesta admite saber lo que había en la caja.

P - ¿El doctor Gordon no fue más específico?

R - En realidad sí. Dijo algo acerca de un documento y unos restos fósiles.

ANALISIS: Si Harris le había dicho qué contenía la caja, ¿por qué decir «Deduzco que se trataba de material arqueológico»? Elusión de respuestas específicas con la esperanza de que no se insista en el tema. Nótense las frases evasivas: «Así tengo entendido», «Deduzco», «Dijo algo acerca de». Una práctica poco original: permite retroceder en caso contrario.

P - Creo que usted fue la primera persona que bajó al subsuelo después del deceso.

R - Sí.

P - ¿No había rastros de la caja ni del contenido? R - No miré con atención, pero... , ANALISIS: Más tarde dice que bajó al cuarto del subsuelo para llevarse el manuscrito. Puede encontrar el manuscrito pero no ve la caja. Improbable. Más evasividad. ¿Por qué?

P - ¿Se siente libre para contarme de qué trataba el manuscrito? R - Temo que no. Además no lo leí ni me propongo hacerlo. P - ¿Pero el doctor lo discutió con usted?

R - Sí.

P - Pero si lo discutió con usted contármelo no sería una deslealtad.

R - Temo que sí. Cuando se publique el libro, despertará grandes controversias, y si se lo diera a conocer prematuramente causaría mucho daño a muchas personas.

ANALISIS: Sabe bastante acerca del libro como para opinar que despertará «grandes controversias» y «causaría mucho daño»,

y sin embargo afirma que no lo leyó. Dice que Harris lo discutió con él. ¿Cómo era posible discutirlo sin aludir a (a) lo que había en la cada, y (b) el tema del manuscrito?

R - El doctor Gordon me contó cosas que considero propias de una confesión. Se relacionan con el libro. Debe entender que como sacerdote tengo la obligación de no divulgar nada de lo que me dijo.

ANALISIS: Extraña extensión del secreto de confesión. Harris era un agnóstico confeso. Podía contarle cosas confidencialmente, pero sin duda no como confesión. Un recurso perfecto. Le permite admitir que conoce ciertos hechos, pero negarse a responder cuando le conviene.

Se levantó de la mesa, se paseó por el living y se paró frente a la ventana. No cabía duda de que Michael ocultaba algo. El día anterior, por teléfono, había dicho «permítame asegurarle» que la caja no contenía los restos del Maestro de la Virtud. ¿Cómo podía asegurarlo a menos que supiera lo que había en la caja? La conclusión obvia era que, por razones aún no esclarecidas, Michael no quería que se publicaran los descubrimientos de Harris y utilizaba su posición y sus privilegios de sacerdote para ponerse a salvo de una investigación. Copeland rió con amargura: el subterfugio era mejor que el de Richard Nixon cuando hablaba de la protección de la seguridad nacional. Ni una investigación senatorial podía violar el secreto de confesión.

Pero más importantes eran los interrogantes suscitados por la evasividad de Michael y (para llamarlas por su nombre) sus mentiras. Michael no mentiría deliberadamente, sabía Copeland, a menos que lo apremiaran circunstancias extraordinarias o contara con muy buenas razones. ¿Qué habría descubierto Harris para inducir a Michael a prestarse a la falsedad y el disimulo? Sólo podía ser algo que resultaba amenazador para sus intereses personales o pusiera en jaque a la Iglesia. En cualquier caso, la incoherencia de las respuestas de Michael daban la medida de su importancia.

A las cinco y media Copeland volvió a Madison y 50, y se quedó en la esquina mirando la puerta principal de la residencia. A las siete se fueron las mucamas. Poco después se prendieron las luces de los cuartos del padre Jamieson y el padre Carroll. Diez minutos más tarde corrieron las cortinas del estudio de Michael. A las ocho y cinco el padre Carroll salió por la puerta principal y llamó un taxi. Al subir vio a Copeland. Copeland caminó lentamente a lo largo de la calle 50, hasta un lugar desde donde pudiera ver la habitación de Jennifer. Había oscurecido. Siguió hasta «Sak's», entró a la cabina telefónica, marcó el número de Jennifer. Colgó y llamó a la residencia. Atendió el padre Jamieson. Colgó y volvió a la avenida Madison. Compró un paquete de cigarrillos y permaneció oculto por las sombras de Villard Mansion, frente a la residencia.

De pronto se alertó. Alguien salía: el padre Jamieson. Acomodándose el sobretodo, el padre cruzó la calle y fue directamente hacia Copeland.

-Buenas noches, Copeland.

-Buenas noches, padre. Jamieson señaló la calle 50. -¿Toma una copa conmigo?

Copeland se encogió de hombros y entraron a un pequeño restaurante. El padre Jamieson pidió una cerveza y Copeland accedió con indiferencia. No se habló una palabra hasta que les sirvieron. Cuando el padre Jamieson tomó un largo trago y le dijo que bebiera, Copeland lo imitó.

-Este no es el sitio ideal -dijo el sacerdote-, pero pensé que tal vez debíamos charlar.

-De acuerdo -dijo Copeland sin ningún énfasis.

-Usted está portándose muy mal, ¿sabe?

-No, no sé.

-¿Qué espera conseguir, rondando todo el día por aquí?

-No estuve todo el día.

-Usted sabe a qué me refiero, Copeland.

-Usted dijo que había estado todo el día. Simplemente dije que no era cierto.

-¿Se da cuenta de que Jennifer no está aquí?

-Es posible.

-Créame, no está.

-¿Y dónde está?

-No puedo decírselo. Debe comprender que no se encuentra bien. Está bajo atención médica.

-En parte, eso se debe a que no le permitan verme.

-Nadie le impide que lo vea a usted. Lamento decírselo, pero es ella quien por ahora no quiere verlo. Simplemente no puede manejar la situación.

Copeland levantó el vaso y bebió un largo sorbo, mirando al sacerdote con cinismo.

-Créame, Copeland -insistió el sacerdote.

-En pocas palabras: no le creo.

Los ojos del padre Jamieson lanzaron un destello.

-¿Olvida con quién está hablando?

Copeland no respondió ni bajó los ojos.

El padre Jamieson apeló a un tono paciente y comprensivo.

-Copeland, es un momento difícil, lo sé. Usted y Jennifer tienen problemas. Usted tiene problemas en el trabajo. Sufre muchas presiones. Ha perdido el sentido de la proporción...

-¿Por qué no me dice dónde está Jennifer?

-La verdad es...

-No me hable de la verdad. Esa casa está llena de mentiras.

-¡Copeland, basta con eso!

-Bueno, es cierto.

El padre Jamieson dejó de mostrarse razonable.

-Hijo -dijo con severidad-, haga el favor de escucharme. Ahora le exijo que termine con esto... y no se lo estoy pidiendo... Copeland disgustado empujó la silla hacia atrás, se levantó y se fue.

Permaneció fuera de vista hasta que vio que el padre Jamieson cruzaba la avenida Madison y caminaba hasta la casa parroquial. Luego fue hasta la parte trasera de la residencia y tocó el timbre. Los ojos de la señorita Pritchard se ensancharon al verlo.

-¡Caray, señor Copeland... !

-¿Puedo pasar?

-Claro, claro.

Ella lo siguió hasta la cocina, agitada, acomodándose un mechón de pelo. En la mesa había algunos platos sucios, y pese a las protestas de Copeland ella insistió en quitarlos de en medio. Le limpió una silla con una servilleta y lo invitó a sentarse.

-Dios mío -dijo -. ¿Usted por la puerta trasera? Buen susto que me dio. ¿Quiere un poco de café?

-No, gracias. Prometo no entretenerla demasiado.

-Se va a tomar una taza -dijo ella. Había una cafetera llena en la hornalla. La señorita Pritchard sirvió café en una taza y se la puso delante en un santiamén. Se sentó frente a Copeland, pasando distraídamente el delantal por la superficie de la mesa-. ¿Sabe que la señorita Jennifer no está aquí?

-Vine a verla a usted.

-¿No me preguntará acerca del doctor Gordon, no? -Sólo un par de cosas.

-Señor Copeland... -dijo con exasperación-. Ya le he dicho todo lo que sé.

-Señorita Pritchard -dijo él, sosteniéndole la mirada-, lo siento, pero creo que no.

La señorita Pritchard se ruborizó. Estuvo a punto de responder pero guardó silencio.

-Usted sabe en qué trabajaba el doctor Gordon, ¿no? -preguntó Copeland, sin dejar de advertir el parpadeo casi imperceptible de los ojos de la señorita Pritchard. Ella cobró aliento para responder y él la contuvo-: Señorita Pritchard, por favor, con cuidado. Soy amigo de usted, pero estoy aquí como policía.

Ella lo miró con firmeza, con un aplomo que sorprendió a Copeland.

-Señor Copeland -dijo-, ese no es modo de comportarse. Primero me dice que es mi amigo y en seguida me acusa de mentirle.

-No quise decir eso. Es sólo que usted tiene ciertas lealtades y...

-¿Acaso le parece mal?

-Por supuesto que no. Es sólo que... -Se movió en la silla y su voz temblequeó con una ligera nota de súplica.- Señorita Pritchard, tengo una misión que cumplir.

-Señor Copeland -dijo ella pacientemente-, usted sigue comportándose como no es debido. Ya no está a cargo del caso. -¿Quién se lo dijo?

-¿No es verdad?

-Oficialmente no, tal vez...

-Su Eminencia le dijo que no diría nada más al respecto, y ahora usted viene a la cocina tratando de sonsacarme algo. ¿Eso es ser amigo?

Copeland la miró y luego bajó la mirada. En la cara de ella no había hostilidad y la voz era maternal. En el silencio empezó a ronronear el motor de la heladera.

-Señor Copeland, lo lamento muchísimo por usted y la señorita Jennifer. Ella es para mí como una hija, y me duele por ella. Se lo está tomando muy a pecho, pobrecita. Es una chica muy sensible. Pero con esa forma de comportarse, usted no hace más que empeorar las cosas. Entiendo sus sentimientos, también, pero le juro que no comprendo qué trata de demostrar. El doctor Gordon ha muerto, Dios lo tenga en su gloria, ¿por qué no lo deja en paz? -Frunció las cejas.- A veces -dijo con lentitud-, a veces me pregunto por qué insiste usted en todo esto. No me atrevería a asegurarlo, pero por momentos da la impresión de que tiene algo en contra de Su Eminencia. Por supuesto que no es verdad.

-Por supuesto que no.

-Por supuesto.

-En nombre de Dios, señorita Pritchard, tengo una religión. Trato de ser un buen católico.

-Claro que sí.

Copeland agachó la cabeza. La señorita Pritchard lo miró intrigada.

-Hay algo que no entiendo -dijo. Copeland levantó la cabeza-. ¿Por qué esto le preocupa tanto?

-Ya le dije: soy detective.

-Pero el detective ya no está a cargo del caso. Es el hombre el que insiste. Y le juro que no entiendo por qué.

Copeland se irritó vagamente. Ya se estaba hartando de que todo el mundo lo sermoneara acerca de sus responsabilidades. Qué diablos, él sabía mejor que nadie lo que había que hacer. Era su trabajo. Ahora una maldita ama de llaves venía a decirle cuál era su deber. Y antes, el padre Jamieson con sus palabras dulzonas, y Michael con sus mentiras, y Schultz tratando de cubrirse, y el fiscal de distrito... ¡Hasta el gobernador del estado! Y Jennifer, también. ¿Por qué todos se empeñaban en hacerle perder el rastro? No importaba: todos estaban en un error. Todos. Había algo corrupto

en Dinamarca. Todos sus instintos lo confirmaban. Y no iban a detenerlo ahora, después de llegar tan lejos.

Volvió a mirar a la señorita Pritchard.

-Señorita Pritchard -dijo con toda claridad-: estoy haciendo una investigación por un solo motivo: el doctor Gordon es culpable de robo y contrabando, en primer lugar. Al margen de eso hay otras cuestiones, y, lamento decirlo, muchas cosas que se quieren encubrir. Es mi deber...

Se interrumpió. Ella lo miraba compasivamente.

-Lo siento -murmuró la señorita Pritchard.

-No tiene por qué sentirlo -gruñó Copeland, levantándose.

-Lo siento por usted y por Jennifer, a eso me refiero -dijo ella.

El señor Jenkins no parecía dispuesto a cooperar. Ahora se preguntaba si se negaría llanamente a suministrar más información al hombre macizo y desgreñado que tenía delante, pero no quería tener inconvenientes con la policía. Ya tenía experiencia en ese aspecto: alguna vez se había escudado en sus derechos sólo para descubrir que si uno tenía un garaje en Manhattan la policía siempre encontraba el modo de fastidiarlo. No quería más problemas. Este hombre ya había venido unos días antes a hacerle preguntas acerca del coche del cardenal Maloney. Al informar al cardenal acerca de la visita, no había necesitado mucha perspicacia para advertir que el sacerdote estaba molesto. Le había dado las gracias y le había pedido que lo mantuviera al tanto si volvían a interrogarlo. Y ahora el mismo policía lo presionaba de nuevo.

-No quiero ponerle dificultades, detective Copeland -dijo en tono conciliatorio-. Tal vez si usted me dice qué anda buscando yo le pueda ayudar. Pero, como sabe, es el auto del cardenal Maloney y, en fin, usted sabrá comprender...

-Mire -dijo llanamente Copeland-, he visto el coche, ahora quiero ver sus papeles. Si sigue con tantos rodeos, empezaré a preguntarme si no mandarle un inspector de impuestos. ¿Cuál es el problema? ¿Lleva dos juegos de libros?

Jenkins se rindió. Se levantó del escritorio, se acercó a un gabinete, sacó una carpeta y se la dio a Copeland. Copeland se sentó frente al escritorio y abrió la carpeta.

-Tendré que informar al cardenal Maloney -dijo Jenkins, tratando de recobrar la compostura.

Copeland le acercó el teléfono sin levantar los ojos.

-Adelante, por favor.

Jenkins permaneció en silencio, huraño y abatido, mientras Copeland hojeaba la carpeta. Cada registro era detallado. Incluía la fecha y la hora, el trabajo realizado, la cantidad de gasolina consumida, los cambios de aceite, las lavadas, hasta la duración y el costo del trabajo. Copeland siguió las fechas con el índice hasta que encontró:

12 de abril.
Lavado u$s 2,75.
Nafta (especial) 10,3 galones u$s 7,35.
Aceite revisado.
Llantas revisadas.

Se ordenó entrega a las 12.44.
Se entregó a las 18.21.
Distancia recorrida: 57.322,4 millas.

13 de abril.
Se ordenó recoger el auto a las 7.28.
Entró al garaje a las 7.47.
Distancia recorrida: 57.506,6 millas.

El pulso de Copeland se aceleró. El coche había hecho aproximadamente 184 millas la noche del domingo de Pascua, o bien a la mañana siguiente. ¿Entonces Harris sí había usado el auto? Por supuesto que no; antes de la entrega ya había fallecido. ¿Quién, entonces? ¿Michael?

Miró de soslayo a Jenkins.

-¿Cuando entrega el auto, dónde lo estaciona?

-En la playa de estacionamiento que hay cerca de Villard Mansion.

-¿Frente a la residencia?

-Sí.

-¿Qué hace con la llave?

-Vuelve aquí. -Señaló con el pulgar un tablero lleno de juegos de llaves.- Tenemos nuestro propio juego.

-¿Quién maneja el auto en la residencia?

-El cardenal Maloney. El auto es de él.

-Eso lo sé. ¿Quién más?

--No sé. ¿Por qué no le pregunta a él?

-Tal vez lo haga -dijo Copeland, dejando la carpeta en el escritorio y levantándose.

Al salir oyó que lo llamaban por su nombre.

-¡Cope! ¡Aquí!

Era Schultz, en mangas de camisa, en un auto estacionado en doble fila. Vino directamente de la oficina, pensó Copeland. Caminó lentamente hacia el auto y se apoyó en la ventanilla.

-¿Cómo estás, Grizz? -preguntó cordialmente.

-Adentro -ordenó Schultz-. Tenemos que hablar.

Subió al auto. Schultz arrancó y se internó en el tráfico con furiosos bocinazos.

-Si no te es incómodo, voy a casa -bromeó Copeland.

-Dejemos de lado esas idioteces -dijo Schultz virando hacia un estacionamiento y apagando el motor. Se volvió en el asiento-. Muy bien, muchacho, ¿qué cuernos te propones? Copeland se encogió de hombros y sonrió ligeramente.

-Nada -dijo.

-¿Qué estabas haciendo en ese garaje?

-Confirmando un dato.

-¿Cuál?

De pronto se sintió harto de los modales recios de Schultz. Casi como si su cuerpo fuera el de otro, miró desde sus ojos y observó esa boca fea y húmeda que escupía palabras, reparó en las manchas de tabaco que afeaban los dientes torcidos, vio los poros oscuros de la nariz y el vello negro, rígido y arremolinado que sobresalía de las fosas nasales, y anuló el sonido como si estuviera frente a un televisor. Su cerebro parecía lleno de una sustancia acuosa en la que un solo pensamiento chapaleaba como un nadador: 184 millas. ¿Qué había a 184 millas? ¿Adónde había ido Michael un domingo de Pascua a la noche o un lunes a la mañana, a 184 millas de distancia? Pero un momento, no eran 184 millas. Ese era el total del recorrido: tenía que ser un viaje de 92 millas de ida y 92 de vuelta. ¿Qué había a 92 millas? ¿Al sur? Atlantic City, tal vez. O Filadelfia. ¿Princeton? Posiblemente: Michael y Harris eran egresados de Princeton. Pero Princeton no estaba tan lejos. Hacia el norte estaba Hartford. Hacia el este entraría en Pennsylvania. Alletown o Reading, quizá. Las montañas Poconos... ¡Claro! ¡Las Poconos! ¡The Cottage! Por supuesto, eran casi exactamente 90 millas. ¿Pero por qué Michael habría viajado hasta The Cottage a esas horas para volver antes de las siete y media de la mañana? No para estar a solas: en la residencia no había nadie. Tal vez para trasladar el manuscrito a un lugar seguro. Quizá la caja también. Tal vez el doctor Gordon había pensado, sí, en pedirle prestado el auto. Tal vez hasta había cargado la caja y el manuscrito con el propósito de llevárselos ahora que había terminado el trabajo. Tal vez el esfuerzo le había provocado el ataque al corazón y de pronto Michael se había encontrado con su amigo muerto y la caja y el manuscrito en el auto. ¿Qué hacer? Llevarlos de vuelta al subsuelo era comprometedor, de manera que los había llevado a The Cottage. Desde luego. Todo encajaba como las piezas de un rompecabezas. Por eso Michael había sido tan elusivo: ¡la caja estaba en The Cottage! Sin embargo quedaba otra pregunta pendiente: ¿por qué no había esperado hasta el día siguiente? ¿Por qué había viajado de noche? ¿Qué había en la caja?

-...de modo que quedas suspendido hasta nuevo aviso. -Había vuelto el sonido.

-Copeland, ¿me oyes?

-Sí, te oigo, Grizz. Deben de oírte hasta en Staten Island. Ahora, si me perdonas...

Abrió la portezuela del auto. Schultz se había puesto púrpura.

-¡Maldita sea, Copeland, voy a quitarte la placa!

-Sí, Grizz -dijo, y cerró la portezuela.

Para llegar a The Cottage había que salir de la ruta 119 de Pennsylvania e internarse en un sendero que serpenteaba por una zona boscosa donde abundaban las hayas, los abedules, los arces y los robles antes de llegar a la margen oeste del Round Lake. Al virar, uno tenía la impresión de entrar en otro mundo, en el que la fealdad de las ciudades era un vago recuerdo y el aire tenía aroma y el espíritu se abría al sol como un capullo. Años antes, Michael había hecho podar las malezas y las ramas inferiores de los árboles, y el suelo del bosque nunca había vuelto a ser tan intrincado. Los árboles se erguían rectos como columnas, y las ramas superiores se arqueaban formando catedrales. Duncan Maloney había comprado The Cottage en plena depresión; él insistía en que lo «había robado», con una perversa complacencia en la confesión voluntaria de una rapacidad muy poco cristiana. Había sido bautizado The Cottage inadecuadamente y por descarte, pues en la familia a nadie se le ocurría un nombre que fuera aprobado por todos. Duncan había propuesto Duncanscroft, pero tildaron el nombre de nouveau riche y lo olvidaron pronto.

The Cottage era en realidad una casona de nueve ambientes, con un siglo de antigüedad, erguida sobre un promontorio en el borde del lago. Construida

enteramente en madera, con muchos ornatos victorianos y demasiadas volutas, tenía un techo alto y empinado. Los costados estaban revestidos de tablones de cedro que el tiempo había oscurecido dándoles una impresión de dignidad. En una esquina, había una torre chata y redonda coronada por una cúpula rococó, sobre la cual Michael izaba la bandera norteamericana o la del Vaticano, cuando estaba en el lugar. La torre se había convertido en el estudio de Michael.

Desde la orilla, una escalinata de cedro bajaba a un muelle sostenido por pilotes delgados, que terminaba en una balsa flotante de madera. Cerca había un galpón para botes, un cobertizo derruido, y detrás de la casa, un garaje. En otros tiempos el garaje había sido un establo. A lo largo de una pared aún había tres pesebres, y encima un granero abierto al que se subía por una escalera apoyada en dos vigas verticales.

Copeland, invitado por Michael, había visitado dos veces The Cottage, en compañía de Jennifer, de modo que esta mañana no tuvo dificultades en encontrar el camino. Estacionó detrás de la ¿asa, lejos del lago, y mientras se quitaba la chaqueta echó un vistazo en derredor pensando dónde comenzaría la búsqueda. No había muchas probabilidades de que lo interrumpieran: la carretera estaba apenas a un cuarto de milla de distancia, pero los bosques protegían el lugar, y aunque en el lago había dos lanchas y un velero, la gente de la zona sabía que Michael venía a The Cottage en busca de soledad y los vecinos habían aprendido a no importunarlo con sus visitas.

Decidió empezar la búsqueda dentro de la casa. No le fue difícil entrar, forzando el cerrojo con una tarjeta de crédito. No habría necesidad de indagar en todas partes: ¿cuántos armarios o rincones podían contener una caja del tamaño de la que buscaba? En diez minutos había terminado su recorrido. Incluso, examinó el sótano a medio construir para cerciorarse de que recientemente no hubieran hecho excavaciones. Luego fue al galpón de los botes pero le bastó asomarse para comprobar que la caja no estaba allí. Registró cada pesebre del establo. El cubículo donde antes se guardaban los arreos, pero que ahora contenía una podadora de césped, varias herramientas y latas de gasolina, parecía un lugar apropiado, pero no estaba allí. En un momento creyó haber encontrado el escondite: un arcón asegurado con una tranca de madera. Pero cuando levantó la tapa sufrió una decepción.

Subió a la parte de arriba. Había heno polvoriento y descolorido contra las tres paredes. Encontró una horquilla apoyada contra una viga. La tomó y empezó a registrar sistemáticamente el heno, apartando la hierba seca y dejando que el sol penetrara por las hendijas de la pared. En la luz flotaba el polvo arremolinado.

En un rincón la horquilla golpeó contra algo duro. El impacto le produjo una sensación eléctrica en las manos y el sistema nervioso. Copeland se arrodilló, apartó el heno y vio la madera blanca y la carta de embarque rotosa. Cuidadosamente levantó la caja, la llevó junto a la escalera, la bajó y se acuclilló al lado.

¡Allí estaba! Había recorrido medio mundo para encontrarla, y le parecía conocida de tanto haberla imaginado. Se sintió inundado por una sensación de placer. Al cabo de un instante se incorporó y trató de levantar la tapa. Estaba cuidadosamente asegurada. En el cubículo de los arreos encontró una barra y con ayuda de esa herramienta logró levantarla. La caja estaba llena de relucientes bultos de polietileno. Desenvolvió uno, cuidadosamente. Envuelto en algodón encontró lo que le pareció el hueso de un antebrazo, oscurecido y opacado por el tiempo. Lo envolvió de nuevo y lo dejó en la caja. En un costado había un cilindro de polietileno. Lo tomó, se sentó con los pies en el borde del granero, se lo puso en el regazo y lo empezó a desenrollar cuidadosamente. Entre láminas de plástico había un antiguo manuscrito color castaño, con los bordes ennegrecidos. Lo devolvió cuidadosamente a la caja. En un extremo

había una caja de cartón. La levantó y vio que tenía la inscripción REGAL. El mejor papel de Norteamérica. Adentro había un texto dactilografiado. El título rezaba:

LA TUMBA
DE
JESUS DE NAZARETH
el relato del descubrimiento
de la tumba y los huesos de
Yeshuah ben-Joseph,
conocido
como Jesucristo

HARRIS GORDON
doctor en arqueología

Un horror violento y repentino se adueñó de Copeland. Aturdido e inmóvil, leyó y releyó esas palabras conteniendo el aliento. A los cinco minutos despertó de esa especie de trance, devolvió la página inicial a la cada de cartón y empezó a leer. Cuando terminó, la oscuridad caía sobre el establo.

Michael entró a la residencia con aire fatigado. El padre Jamieson, que lo esperaba, bajó al oír el ruido de la llave en la cerradura y le tomó el impermeable.

-Qué tiempo horrible -cloqueó-. ¿Cómo está ella?

-Los médicos parecen satisfechos -dijo Michael-, pero no sé. -Su voz carecía de vitalidad.

-¿Cuándo vuelve a casa?

-Dicen que mañana a la mañana. Tengo que pasar a buscarla a eso de las diez.

-Estando aquí, las cosas serán muy diferentes. La señorita Pritchard se muere por cuidarla.

Michael movió la cabeza.

-Parece muy abatida, muy frágil. -Suspiró pesadamente. Me preocupa. Está hablando de ir a The Cottage el próximo fin de semana. Quiere alejarse de aquí. -Optó por cambiar de tema.- ¿Algún mensaje?

-Sólo tres de cierta importancia. Copeland otra vez.

-¿Otra vez? Creí que eso ya había concluido.

-Llamó tres veces. Le dije que era inútil pero insiste en llamar. Tiene una voz rara.

-¿Rara?

-Parece como ausente. Al principio no lo reconocí.

-¿Dijo qué quería?

-Hablar con usted. Le pregunté si quería dejar un mensaje, pero dijo que no. Insiste en volver a llamar esta noche.

-¿Qué más?

-Lady Hambleton. Dijo que usted la había llamado.

-Sí.

-Dijo que podía llamarla hasta medianoche. -Miró el reloj. Allí ahora son las once.

-¿El tercer mensaje?

-El cardenal Rinsonelli desde Roma. Urgente. Michael se dirigió al estudio y se detuvo en la puerta. -Tres cosas: dígale a la señorita Pritchard que cenaremos a las siete. Comuníqueme con el cardenal Rinsonelli. Tomaré la llamada desde aquí. Me gustaría que usted le hable a lady Hambleton de mi parte. Dígale que espero no haberla molestado, etcétera etcétera, pero que la razón por la cual la llamé ya no tiene importancia. También dígale que sus abogados y los nuestros terminaron esta mañana con la transferencia de los fondos al hospital. Exprésele mi agradecimiento y demás, y dígale que nos visite cuando pase por Nueva York.

Copeland estaba borracho. En cuatro días sólo había dormido a ratos y además había comido poco, abriendo alguna lata de carne envasada para no tocarla después, probando alguna porción de cerdo frío con arvejas. Había bebido muchas tazas de café y había fumado demasiados cigarrillos, terminando con los paquetes que había guardado en el armario de la cocina. El jueves, mientras oscurecía y el viento del este arrojaba feroces ráfagas de lluvia contra la casona, un oscuro temor lo invadió. Trató de conjurarlo con un vaso lleno de whisky.

En cuatro días no se había bañado ni afeitado y a veces sentía una especie de desorientación. Había rondado la casa y los bosques con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, pateando los objetos que se le interponían en el camino, generalmente olvidándose de dónde estaba. Varias veces por día iba al garaje y subía a la parte de arriba.

La primera mañana había titubeado ante la puerta, había caminado lentamente hasta la escalera y se había detenido antes de subir. Después había ascendido sin cautela ni hesitación. Luego de persignarse, se arrodillaba frente a la caja, apartaba el heno que la cubría casi con reverencia y se quedaba mirándola durante horas.

Nunca se le ocurrió que los huesos podían no ser de Jesús. El estilo del manuscrito de Harris era académico, plagado de términos técnicos, referencias y notas al pie, pero el relato de su búsqueda era directo, y Copeland no veía razones para dudar de él. Vagamente comprendía las consecuencias del hecho de que, según parecía, Jesús no hubiera resucitado. Advertía, desde luego, que eso afectaba la divinidad del Nazareno -aunque no tenía claro hasta qué punto- y que costaría acostumbrarse. La Pascua debería ser encarada de otra manera, eso era obvio; pero las enseñanzas de Jesús y la crucifixión seguían siendo ciertas. ¿O no? Se preguntó hasta qué punto el hallazgo de Harris afectaría la Eucaristía pero desistió de pensarlo: las autoridades eclesiásticas eran las más indicadas para dar una respuesta.

Se sorprendió rezándole a la caja. No estaba acostumbrado a las plegarías entusiastas y las palabras le brotaron con torpeza y lentitud. Ante todo, quería que lo ayudaran a tomar una decisión. El día que descubrió el escondite había tratado de comunicarse telefónicamente con Michael pero desistió cuando comprendió que no le

permitirían hablar con él. Había pensado en anunciarle su descubrimiento al padre Jamieson, como una manera de romper la brecha, pero se contuvo y decidió no decirle nada a nadie hasta que comprendiera mejor la situación.

Se pasó horas preguntándose acerca de la intervención de Michael. ¿Desde cuándo sabía qué había en la caja? Si lo había sabido desde un principio, ¿por qué había invitado a Harris a vivir y trabajar en la residencia? Evocó sus sospechas, la confusa sensación de que algo estaba fuera de lugar, y se satisfizo ante la comprobación de que la intuición no le había fallado. Recordó todas sus visitas a la residencia y todo lo que habían dicho Harris o Michael. Ahora comprendía ciertas actitudes de Harris la noche en que había referido la historia del crucificado. Evocó las conversaciones que había entablado con Michael, y sobre todo las dos entrevistas, y le sorprendió que Michael le hubiera mentido con tanta frecuencia y habilidad. Lamentó no tener consigo la transcripción de la segunda charla: sería fascinante examinar cada respuesta a la luz de lo que sabía ahora. Empezó a sentir un amargo rencor por Michael: por su intromisión entre él y Jennifer (quizá porque había intuida las sospechas de Copeland y temía que lo pusieran en peligro) y por su intervención en el caso. No le cabían dudas de que Michael había presionado al gobernador y era responsable de que le hubieran quitado la investigación de las manos. Podía comprender por qué quería ocultar los hechos, pero había ido demasiado lejos. Al parecer había trazado un cuidadoso plan para ocultar la caja la noche de la muerte de Harris y había pedido el auto con ese propósito.

¡Pero un minuto! Michael había llamado al garaje poco después de mediodía. ¿Cómo podía saber a esas horas que Harris iba a morir? Copeland procuró ahuyentar el pensamiento pero fue inútil. ¿Cómo podía saber Michael que Harris moriría esa noche? Tal vez no lo sabía. Tal vez el auto se pidió por otro motivo. Debía de ser eso. ¿Pero era sólo coincidencia que Harris hubiera muerto el único día en meses en que Jennifer, la señorita Pritchard y los dos sacerdotes no estaban en la residencia? Copeland sacudió la cabeza. ¡Qué idea absurda! ¿Cómo podía admitir siquiera por un momento la posibilidad de que Michael supiera de antemano la muerte de Harris? ¿La habría planeado? Desechó la idea pero fue inútil: siguió acuciándolo, y a veces era el estímulo que lo incitaba a vagabundear por los bosques o en las cercanías de la casa.

Finalmente decidió que no podía dejar esa pregunta sin responder. Llamó a la oficina del forense en Manhattan, se identificó y pidió que le leyeran el informe acerca de la muerte del doctor Harris Gordon. Causa del deceso: paro cardíaco seguido por fibrilación ventricular inducida por shock insulínico. ¿Se había practicado una autopsia? No, no había ningún motivo. El médico del occiso, el doctor Raymond, había firmado el certificado de defunción. Estaba familiarizado con la historia clínica del occiso. Había hecho constar en el certificado que el occiso era diabético, que dos veces por día se administraba insulina, y que sufría de angina crónica. No había habido necesidad de autopsia. ¿Acaso sugería que se la practicara ahora? No, de ningún modo: sólo preguntas de rutina.

Así estaban las cosas. Y sin embargo...

¿Qué planeaba Michael hacer con los huesos ahora que los tenía en su poder? Por el momento el escondite era ideal. Nadie subía nunca al granero. No había hijos ni nietos que pudieran tropezar con la caja mientras jugaban. El establo era seco y seguro y la caja sin duda permanecería sin descubrirse durante años. ¿Pero correspondía ocultarla? Michael le había dicho que la publicación del manuscrito causaría mucho daño y había hablado de postergarla diez años, ¿pero acaso ese lapso cambiaría en algo la situación? ¿Qué circunstancias habrían variado para entonces? (Probablemente

había sido otra de sus mentiras.) Pero un hallazgo tan importante tenía que difundirse, ¿o no? ¿No era presuntuoso y arbitrario decidir ocultarlo? ¿Tan graves serían las consecuencias? ¿Perjudicarían tanto a la Iglesia? Tal vez, pero formulándose la pregunta a sí mismo, Copeland sintió que su propia fe no había disminuido en absoluto.

Temía a esos huesos. Había cerrado la caja con clavos y no estaba dispuesto a abrirla. Cada vez que apartaba el heno se cuidaba de tocarla, y antes de taparla por las noches se persignaba. A veces, mientras la contemplaba, un escozor le recorría el cuerpo, y había momentos en que, en medio del silencio, se le ponían los pelos de punta; de noche no subía al granero y de vez en cuando corría las cortinas de la cocina para atisbar la oscuridad, casi esperando ver un resplandor donde yacían los huesos.

Ahora, borracho, salió a tumbos de la casa y se dirigió al establo. Había luna llena, pero de vez en cuando la oscurecían unos nubarrones. En la oscuridad tropezó dos veces, cayendo de rodillas. Sólo llevaba una camisa, pantalones y zapatos, y antes de llegar al portón ya estaba calado hasta los huesos. Dentro del establo no veía nada. Buscó la escalera a tientas y subió. Titubeó en el último peldaño y luego siguió adelante. Hurgó en el bolsillo de la camisa en busca de los fósforos. Los fósforos estaban húmedos y a Copeland le temblaban los dedos. El azufre chisporroteaba pero se apagaba de inmediato. Raspó un fósforo tras otro hasta que uno prendió. Dos pequeños rubíes refulgieron y desaparecieron de pronto, y una criatura se escabulló en el heno. Bajo esa luz minúscula, Copeland se arrodilló frente a la caja. El fósforo le quemó las manos. Lo dejó caer. Prendió otro y apartó el heno con la otra mano.

Se quedó así, de rodillas, durante un rato, y de pronto se sintió agotado. Se recostó al lado de la caja, en la oscuridad, rozándola levemente con los dedos de la mano derecha.

El viento gemía en los aleros, la lluvia repiqueteaba contra el techo y se oía el gorgoteo del agua. Pero todo eso estaba fuera del centro de paz donde yacía Copeland, que no tardó en quedarse dormido.

A la mañana, renovado, se bañó y afeitó, tomó el desayuno, se dirigió al estudio de Michael y puso una hoja en la máquina de escribir.

The Cottage
Jueves por la mañana

Su Eminencia:

He tratado varias veces de comunicarme telefónicamente con usted, pero el padre Jamieson sabe custodiarlo. Es obvio que usted nunca accederá a enfrentarme personalmente. Supongo que-en el fin de semana vendrá por aquí como de costumbre. Pensé en esperarlo pero llegué a la conclusión de que así sólo provocaría una confrontación en la que estoy seguro de que jamás atinaría a decirle todo cuanto pasa por mi mente. Preferí escribirle esta carta. Hice una copia y se la dejaré en la residencia, pues estoy seguro de que usted no querrá recibirme.

Como ya lo estará presumiendo, he descubierto la caja y he visto los Huesos y el papiro. También leí el manuscrito del doctor Gordon. Supe todo el tiempo que en el cuarto de trabajo del doctor Gordon había gato encerrado pero desde luego ni se me ocurrió que eran los huesos del Señor. Imaginará usted mi sorpresa cuando abrí la caja.

Pasé los últimos cuatro días tratando de decidir cuál era mi responsabilidad al respecto y llegué a las siguientes conclusiones:

(1)Lamento decirle esto a un líder de mi Iglesia y a un sacerdote de Dios, pero su manera de actuar en este asunto fue deshonesta desde el principio. Ya no puedo aceptar la palabra de usted en ningún sentido. No me mintió una vez sino muchas. Me mintió a mí, a Jennifer, a la señorita Pritchard, a la policía y a los gobiernos de los Estados Unidos e Israel. Colaboró en un delito y lo encubrió, valiéndose del poder y el prestigio de su investidura. Y ha hecho esto al parecer sin preocuparse por el hecho de que es responsable de la destrucción de la felicidad de su sobrina, y de la mía por consiguiente. Que Dios lo perdone. Dudo de que yo pueda hacerlo.

(2) Supongo que lo que impulsó a ocultarla caja fue el temor al daño que el contenido podía provocar a la Iglesia. Personalmente, yo tampoco estoy preparado para asumir la responsabilidad de decirle al mundo que se han encontrado los huesos del Redentor. No está en mi poder decidir algo tan importante. No obstante, no estoy dispuesto a dejar el asunto sólo en manos de usted. Insisto en saber qué se propone. Por cierto no es mi intención dejar Sus restos en una caja de madera en un granero. (Al margen de cualquier otra posibilidad, ¿consideró usted la posibilidad de un incendio?) Se han cumplido seis semanas desde la muerte del doctor Gordon y usted no hizo nada para procurara Sus restos un lugar donde reposaran más dignamente. Espero que me informará qué se propone cuando nos encontremos.

(3) Hay algunas preguntas que quiero hacerle con respecto a la muerte del doctor Gordon. Por ahora no lo

acuso de nada pero espero que sepa contestarme sin rodeos. Ya hubo bastantes mentiras.

(4) Por último, comprendo que no puedo informar mis descubrimientos a mis superiores, pues eso plantearía muchos problemas serios. También podría ponerlo a usted en la difícil situación de ser acusado ante la ley. (Aunque dudo de que los Poderosos se atrevan a llevar las cosas a sus últimas consecuencias.) Pero no puedo correr el riesgo, por Nuestro Señor y por la Iglesia. Sin embargo, el asunto no puede quedar así. He reflexionado mucho y he rezado para orientarme. He aquí mis propuestas:

(a) Devolver los Huesos y el documento a Israel, en forma anónima, y dejar la decisión en manos del gobierno israelí. Al fin y al cabo, es una propiedad que se les ha sustraído ilegalmente.

(b) Alternativamente, disponer que se los envíe a Roma y dejar la decisión en manos del Santo Padre.

(c) Entretanto, guardar el manuscrito del doctor Gordon a buen recaudo (después de haberle sacado una fotocopia) hasta que el gobierno israelí o el Santo Padre, según sea el caso, haya decidido a qué atenerse. En ese momento se puede llegar a una decisión con respecto al manuscrito.

Estaré en mi departamento. Esperaré su respuesta hasta el lunes al mediodía. Entretanto, podría hacer algo para arreglar la situación entre Jennifer y yo, pues los actos de usted son en gran medida responsables de nuestra pelea.

Sinceramente

Copeland Jackson.

Dejó la carta en el escritorio de Michael, salió, se cercioró de que la puerta quedara cerrada con llave, subió al auto y se fue.

Estacionó en la calle 50 y subió temblando a la puerta principal de la residencia. Tocó el timbre. Jeannie se acercó a la puerta, corrió la cortina, miró afuera y volvió adentro de la casa.

Poco después se oyeron pasos más pesados y el padre Jamieson abrió la puerta.

-¿Qué quiere ahora, Copeland?

-Ver a Su Eminencia, por favor.

-No se encuentra aquí.

-No hay por qué mentir, padre.

-Y no hay por qué ser insolente. Está en Roma, como sin duda sabrá usted.

-¿Y cómo iba a saberlo?

El padre Jamieson lo estudió atentamente.

-¿Sabe que murió el Santo Padre?

-¿Murió?

-El lunes. ¿ Cómo es posible que no se haya enterado? Salió en los diarios, se informó por radio, por televisión...

Copeland se sintió exhausto e impotente.

-Estuve afuera -murmuró.

-El cardenal Maloney viajó a Roma el lunes a la noche.

El Santo Padre había muerto. Sintió ganas de llorar pero se contuvo. Ahora no tenía sentido dejar la carta. Se la guardó en el bolsillo. Se le ocurrió que si Michael no estaba, tal vez pudiera ver a Jennifer.

-¿Puede decirle a Jennifer que estoy aquí y me gustaría verla? -preguntó con humildad.

-Tampoco se encuentra aquí. Copeland lo miró con desprecio.

-Padre, por favor. Prometo no molestarla. La amo. La cara del padre Jamieson se ablandó.

-Haré esto -le dijo-: ella fue a The Cottage a pasar el fin de semana, pero esta noche la llamaré para decirle que usted estuvo aquí.

No era fácil explicar cómo llegó al desvío de The Cottage sin que lo persiguiera la policía o volcara en una curva, aunque tal vez fuera el resultado de dos años de conducir un patrullero o porque la policía estaba ocupada en otra cosa. Sea como fuere, no había hecho más de cien metros por el sendero cuando vio los tres coches policiales frente a la orilla del lago, el destello de las luces rojas, y la ambulancia.

De veintiún países de cinco continentes y de las islas del mar, los integrantes del Sacro Colegio de Cardenales habían convergido en Roma, y la ciudad volvió a ser por

unos días el centro del mundo. Habían acudido rodeados con los signos del poder: algunos acompañados por asistentes, médicos personales y cortejos de sirvientes (pese a las admoniciones papales en contra de tal ostentación), otros con más sencillez; en avión, tren y automóvil. Sixto V había decretado que el Colegio podía tener a lo sumo setenta miembros, y esa cifra había tenido validez hasta que Juan XXIII y Paulo VI la subieron a 145. Pero treinta y tres de ellos no estaban ahora en Roma: diecinueve tenían más de ochenta años y no podían participar como candidatos en las elecciones papa1es, seis estaban demasiado débiles o enfermos para viajar, y seis puestos estaban vacantes desde la muerte de quienes los ocupaban.

Desde el momento de la llegada, los cardenales se habían recluido en monasterios y colegios eclesiásticos, eludiendo todo contacto con los cientos de periodistas que pululaban en Roma y el Vaticano como si buscaran carroña. Aun cuando debían encontrarse con gente del cuerpo diplomático del Vaticano, los cardenales lo hacían masivamente, para que no se pensara que las consideraciones políticas influían en sus decisiones.

Gregorio XVII fue sepultado en la cripta de San Pedro, y con su entierro el ánimo de la ciudad sufrió un cambio sutil.

El luto cedió ante la ansiedad, el silencio ante el contenido entusiasmo. Aunque el verano embellecía la ciudad, seguía enlutada y estremecida por el tañido de centenares de campanas. Pero cuando se habló de la elección del nuevo pontífice, los rumores corrieron por las calles, introduciéndose en cada hotel y bar y restaurante y apoderándose de todas las conversaciones. La Constitución Apostólica establecía que el Colegio debía reunirse «no menos de quince días ni más de dieciocho días después de la muerte del papa, y una vez que el cardenal camarlengo estipuló la fecha, se hicieron todos los preparativos. Los 112 cardenales, tras presentar las credenciales y someterse al juramento que los comprometía bajo pena de excomunión, tras despojarse de sus vestiduras de luto para volver a vestir los mantos escarlata, pronto desfilarían solemnemente por los corredores del palacio Vaticano, dirigiéndose a la Capilla Sixtina donde se celebraría una misa especial. La gran campana del patio de San Dámaso sonaría para anunciar a las personas no autorizadas que debían retirarse, y el Prefecto de Ceremonias conduciría la procesión hasta el Vaticano, donde todos permanecerían hasta la elección del nuevo papa. No estarían solos, pero vivirían como parte de una comunidad pequeña y autosuficiente en instalaciones improvisadas, faltos de comodidades sanitarias y lugares donde dormir confortablemente. Además del Prefecto de Ceremonias, médicos, secretarios, carpinteros, plomeros y hasta bomberos permanecerían con ellos por si se presentaba alguna emergencia. La comida la prepararían las Hermanas de Santa Marta -una orden que no se destacaba por su destreza culinaria- y les sería entregada por la abertura de una puerta. El Prefecto de Ceremonias y el Arquitecto del Cónclave, con dos técnicos electrónicos, procederían luego a una investigación ritual de la zona, para clausurarla. Las ventanas ya habían sido bloqueadas, las radios y televisores trasladados, los teléfonos desconectados. Recorrerían el edificio fijándose en cada rincón y en cada armario, atisbando detrás de cada colgadura y registrando cada escondite. La búsqueda sería tradicional. Lo nuevo sería la presencia de los técnicos. En 1975 Paulo VI había ordenado que se tomaran las precauciones más estrictas para evitar el espionaje electrónico o la filmación de las deliberaciones. Se suponía que la orden obedecía a dos circunstancias: la proliferación de artefactos auditivos y el uso que hacían de ellos los funcionarios y agencias del gobierno, y tal vez en forma más inmediata, al escándalo provocado a principios de la década del 70 cuando dos periodistas italianos, un hombre y una mujer, publicaron un

Librodot

libro titulado El sexo en el confesionario, que consistía en los registros grabados de sus confesiones ante sacerdotes. Los periodistas declaraban que los sacerdotes en cuestión, después de escuchar relatos detallados y específicos de sus actividades sexuales, procuraban que los prolongaran. El papa, indignado, había excomulgado a los autores.

Completada la búsqueda, la Guardia Suiza saldría seguida por el Mariscal del Cónclave, y la gran puerta de la capilla se cerraría. El mariscal cerraría con llave por fuera, el Prefecto de Ceremonias lo haría por dentro, y nadie podría entrar o salir ni se podría transmitir ningún mensaje hasta la elección.

Para elegir un nuevo pontífice los cardenales emitirían una serie de votos secretos. La votación continuaría hasta que, tal como lo había decretado Pío XII, un candidato fuera favorecido por la mayoría de dos tercios más uno. Después de cada ronda los votos se quemarían en una pequeña hornalla panzona, cuya chimenea atravesaba una ventana pequeña y era visible desde la Plaza de San Pedro. Si no había resultado definitivo, se añadía paja húmeda al fuego para producir humo oscuro. Cuando se llegara a un consenso, sólo se quemarían los papeles, y el humo blanco, la famosa fumara, anunciaría al mundo exterior que la sede de San Pedro ya no estaba vacante.

Paolo Rinsonelli vivía días de entusiasmo. El peso de los años había desaparecido y los dolores artríticos eran desdeñados. Su despacho se había transformado en un puesto de mando de donde salían órdenes y adonde llegaban informes en una batalla por respaldarla candidatura de Michael. «Ha pasado el tiempo del decoro -rugía-. Es el momento de la batalla.» Ningún cardenal llegaba a Roma sin que se conocieran de inmediato sus predilecciones, y si estaba inseguro o indeciso pronto se buscaba la manera de influir en sus opiniones. Pero pese a toda esta actividad, no había muchas evidencias de ella y Rinsonelli se movía con serenidad en el centro de la tormenta que provocaba.

Michael, tal como lo había requerido, fue alojado en el Colegio Norteamericano, en el cuarto que había ocupado en sus días de estudiante, y casi no veía a nadie. Para impaciencia de Rinsonelli, rehusaba ver a sus visitantes o asistir a las recepciones, a menos que fuera imprescindible. Le mandaban la comida a la habitación, y cuando no paseaba por la ciudad pasaba los días y las noches en el cuarto leyendo -historias de la Iglesia, vidas de papas y clásicos religiosos-, orando, o mirando desde la ventana, por encima de las columnas de Bernini, la Plaza de San Pedro y el Vaticano.

El jueves el auto de Rinsonelli entró al Colegio. El cardenal, tras subir a duras penas los cuatro tramos de escaleras que conducían al cuarto de Michael, llamó a la puerta. No bien Michael le abrió, se desplomó pesadamente en una silla.

-Dame un minuto para recobrar el aliento -dijo, jadeando-, y te daré excelentes noticias.

Michael le sonrió afectuosamente.

-¡Siempre el mismo fanático! -dijo.

-Alguno tiene que hacer el trabajo sucio de Dios -dijo Rinsonelli sacando un pañuelo para enjugarse la cara y el cuello-. Está muy bien jugar a la novia tímida y recluida, pero si un alcahuete no interviene, ¿no se aplacará el ardor del pretendiente?

-También sirven quienes callan y esperan -sonrió Michael. Rinsonelli ahora respiraba con menos dificultad, y procedió a hurgar en una valija maltrecha. Michael advirtió su entusiasmo. -¿Cuál es la palabra que usan los bárbaros del periodismo? -

preguntó Rinsonelli, sacando un fajo de papeles-. ¿Un muestreo? Bueno, hemos hecho un muestreo por nuestra cuenta y... -examinó uno de los papeles-, habiendo entrevistado a 96 de los 112, y dejando de lado las preferencias regionales de la primera ronda, estos son los resultados.

-Pareces un viejo intrigante.

-Pues Dios bendiga a los viejos intrigantes -dijo Rinsonelli sin echarse atrás-. Como decía, estos son los resultados:

Kalumbulu 8, Castonguay 6, Meyer 2, Della Chiesa 17, Benedetti 33, Maloney 30. -Levantó los ojos con aire triunfal. Michael estaba haciendo cálculos.

-No estoy seguro de entender por qué estás tan contento -dijo-. Della Chiesa y Benedetti suman 50 votos contra mis 30, y se necesitan 76 para ser elegido.

-Empiezo a preguntarme si no valdría la pena consagrar mis energías a otra causa -dijo Rinsonelli-. Permíteme explicarte cómo son las cosas. Benedetti no tiene adónde ir. Ninguno de los que apoyan a Kalumbulu lo respaldará a él, y sólo tres de los que apoyan a Castonguay le darían el voto. A Meyer ni contarlo. Aunque la mitad de quienes no consultamos voten a Benedetti (lo cual ya es demasiado), no alcanzaría el número requerido. La predisposición contra él y el predominio italiano son asombrosos. Pienso que podemos atribuirlo a la intransigencia de Paulo y a la percepción de que Benedetti está cortado por la misma tijera. Recuérdalo: no harán falta más de cuatro rondas, a lo sumo cinco.

Michael miró gravemente a su amigo.

-¿No tienes nada que decir? -preguntó Rinsonelli-. Da la impresión de que quisieras matar al mensajero.

Michael caminó hasta la ventana para mirar afuera, extrañamente calmo. En el cuarto imperaba el silencio, sólo interrumpido por el jadeo de Rinsonelli. De pronto se oyeron pasos en el suelo de mármol, y poco después golpes en la puerta. Michael abrió.

-Lamento molestarlo, Eminencia, pero lo llaman por teléfono. Monseñor Jamieson desde Nueva York. Dice que es urgente.

-Las cenizas a las cenizas. El polvo al polvo...

La mañana era incongruentemente hermosa: el verde de la hierba, los árboles y los arbustos, el aire fragante, los pájaros que brincaban como guijarros de rama en rama silbando sus melodías, y en lo alto el sol; un pastor rodeado por el rebaño de pie contra un fondo azul.

-Yo soy la resurrección, dijo Jesús. Si ella cree en mí, aunque muera vivirá. Y quien vive y cree en mí nunca morirá.

El obispo Kelley había adaptado las promesas de Cristo a Jennifer, volviéndolas particularmente convincentes. Ahora, lejos de la fosa, a solas en la limusina esperando el momento de marcharse, las palabras retumbaban como una letanía en el cerebro de Michael y las lágrimas que no habían asomado antes brotaron al fin.

Cuando la limusina arrancó, vio la figura corpulenta de Copeland. Michael lo había buscado pero no lo había visto ni en el servicio ni en el cementerio. Pero allí estaba, solo y encorvado, dirigiéndose a su auto. Cuando estuvo cerca, Michael habló con el chófer y bajó la ventanilla.

-Copeland...

Copeland se volvió, como despertando de un sueño. Estaba más delgado. Tenía los ojos enrojecidos.

-¿Quiere subir un momento? -dijo Michael.

Copeland lo miró inexpresivamente. Luego abrió la portezuela y se metió en el auto.

-Aléjese de la carretera y estacione -le dijo Michael al chófer. Los dos guardaron silencio, sin mirarse. El auto los aislaba del mundo exterior.

-Quiero decirle cuánto lo siento -dijo Michael-. No puedo decirle cuánto lo siento. -Copeland no respondió. Siguió mirando hacia adelante.- Cómo cambian nuestras perspectivas ante la tragedia -continuó Michael-. Ahora veo cuánto me equivoqué. Le fallé a Jennifer. Le fallé a usted, Copeland. Sólo puedo decirle que lo siento, no se me ocurre nada más.

»El padre Jamieson -prosiguió- me dijo que usted estaba aquí cuando la encontraron. ¿Usted pudo hablarle por teléfono antes de ...? ¿Le había hablado por teléfono?

Copeland movió la cabeza con lentitud.

-¿Sabe por qué lo hizo?

Copeland se metió la mano en el bolsillo, extrajo un sobre y se lo entregó a Michael. Michael vio que estaba dirigido a él, lo rasgó y empezó a leer. Cuando terminó lo guardó en un bolsillo.

-¿Jennifer leyó esto?

-Dejé el original en su escritorio -asintió Copeland-. Ella lo quemó; encontré las cenizas en el hogar. -Guardó silencio un instante.- La maté -dijo suavemente, y se volvió hacia Michael por primera vez desde que había subido al auto-. La matamos -añadió con voz casi inaudible.

Estiró la mano y abrió la portezuela. -¿Adónde va? -preguntó Michael. -No lo sé.

Se apeó y caminó hacia su auto. Michael esperó a que se perdiera de vista y luego le hizo una seña al chófer.

E p í l o g o

Frío... ¿Era el invierno del espíritu?

Ahora siempre tenía frío: cuando trabajaba la tierra en lo alto de la montaña; a la noche cuando meditaba en el claustro; o cuando yacía acostado bajo las mantas toscas; en la mañana, cuando se sentaba en el jergón donde ahora apoyaba los codos -los pies descalzos en el frío suelo de piedra- y se ponía el escapulario, aferrándolo con las manos, sepultando la cabeza en la capucha y caminando rápidamente en la

penumbra del alba para ocupar su lugar en el coro. Los primeros días -¡todo parecía tan lejano!- casi desconfiaba del canto: le parecía justo que después de haber vivido de palabras no pronunciara ninguna por un tiempo.

¿Había hecho bien en venir aquí? ¿Uno está más cerca de Dios en un monasterio que en una catedral? ¿Las plegarias ascienden más rápido al cielo si provienen de una celda desnuda? ¿Las incomodidades lo encomiendan a uno a Dios? ¿Lo impresionan a El la austeridad, los rigores, las mortificaciones, la soledad del desierto? Pareciera que sí: ¿acaso la tierra prometida adonde condujo a los hijos de Israel no parecía un desierto? ¿No socorrió a Jesús en un desierto? Pero con Dios no había modo de saber. «Cuán imposible -decía el apóstol- penetrar Sus motivos o entender Sus métodos. ¿Quién puede saber qué hay en la mente del Señor?.»

Quizás el esfuerzo por comprender era en sí mismo un pecado. Tal vez sólo correspondía confiar. Pero sin duda no, pues dice el mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente... » Si a uno le ordenan amar con la mente, rehusarse a pensar debe ser por cierto un pecado. De modo que debía continuar tratando de comprender, de advertir en qué se había equivocado.

¿Pero acaso ya no lo sabía? ¿Acaso no se había alimentado de esa fuente de todos los pecados la soberbia? ¿Acaso la medida de su iniquidad no estaba en la longitud, el ancho y la profundidad, en el corazón y la mente y el hueso y la médula de su soberbia? Pese a cuanto decía, pese a su piedad y sus plegarias, ¿en realidad

no había codiciado el trono de Pedro y el Anillo del Pescador? Sí, había buscado el auxilio de Dios, pero como la respuesta había sido el silencio, había tomado ese silencio por asentimiento. En su soberbia había llegado a creer que Dios lo convocaba a él, Michael Maloney, para salvar a la Iglesia. ¡Qué engaño! ¡La iglesia de Dios dependiendo de un hombre! La Iglesia de Dios no era tan fácil de derribar.

Juntos, él y Rinsonelli habían decidido el remedio que se requería: Rinsonelli por sus motivos, él por los suyos. Habían denigrado a Benedetti y descartado a Della Chiesa. (¿Qué había dicho Paolo de Della Chiesa esa noche en la cena? <<< Un viejo. Un cero. Un papa que haría las veces de cuidador. >>>) Pero Dios había preferido poner al cero en el trono papal. No a Benedetti ni a Maloney, sino a Della Chiesa...

Inocencio XIV.

¿Qué decía Dios al elevar a este tranquilo anciano? ¿Estaba diciendo que lo que se necesitaba en este momento -cuando los ateos asediaban las puertas, cuando había disensiones dentro de la misma Iglesia, cuando el viejo orden caducaba- no era la mente brillante ni el brazo fuerte sino, aunque fuera por unos meses o unos años, un cuidador, alguien en quien se pudiera confiar con amor y humildad?

Sin duda lo que había hecho con los huesos demostraba su reflexiva sabiduría. Yacen allí, en el corazón del Vaticano, reanudando su interrumpido descanso, mientras la Congregación de Ritos, a la cual corresponde examinarlos, inicia sus serenas deliberaciones. A veces el examen (o el juicio, pues de eso se trata) lleva décadas: sin duda esta tarea, aún más importante, requerirá un lapso prolongado. La Iglesia actúa con lentitud en esos asuntos, y así debe ser, «pues para Dios mil años son como un día y un día como mil años..

Sí... soberbia. Indudablemente, soberbia. Su pecado estaba siempre presente frente a él. ¿Pero cuál había sido el pecado de Jennifer? ¿Acaso los pecados de los padres habían recaído sobre ella? ¿Qué la había incitado a levantar la mano contra sí misma para ejecutar el más terrible de los actos: la usurpación de la prerrogativa

de Dios, la negación de Su creatividad, la negación del don de la vida? ¿O la falla de Jennifer residía en no confiaren Su amor? ¿Era ella un frágil junquillo quebrado por su falta de fe? ¿Y Copeland? ¿Cómo cayó en la trampa?

¿Acaso el Enemigo sembró la semilla del resentimiento en el terreno fértil de su amor por Jennifer? ¿Había en su espíritu una mezquindad que quería acaparar totalmente el afecto de Jennifer? ¿Por eso había perseguido a Harris más allá de la tumba, casi alegrándose de que la pista lo llevara a la residencia? ¿O tal vez su terquedad y su obstinación se habían transformado sin saberlo en el instrumento para cumplir los designios de Dios?

Y Harris, su viejo amigo. Un amigo de su juventud. ¿Eras un mentiroso, Harris? ¿Tu necesidad de renombre en una época que estima tanto la fama fue tu perdición? ¿También tú codiciaste la eminencia y el elogio de los hombres? ¿Estabas perpetrando un fraude desmesurado y definitivo, Harris? ¿De quién eran los huesos, Harris? ¿De quién?

En pocos días terminaría el verano. Cumplida la penitencia que se había impuesto a sí mismo, regresaría del desierto. ¿Humillado? ¿Más sabio? Por ahora no especularía al respecto: eso empezaría a verse cuando reasumiera sus funciones en el crisol de Nueva York y Washington y Roma. Los trapenses con quienes había estado conviviendo no hacían voto de silencio: eran libres de hablar o no hablar. Y él sabía que, hiciera los votos que hiciera, sería libre de pertenecer a Dios o a sí mismo.